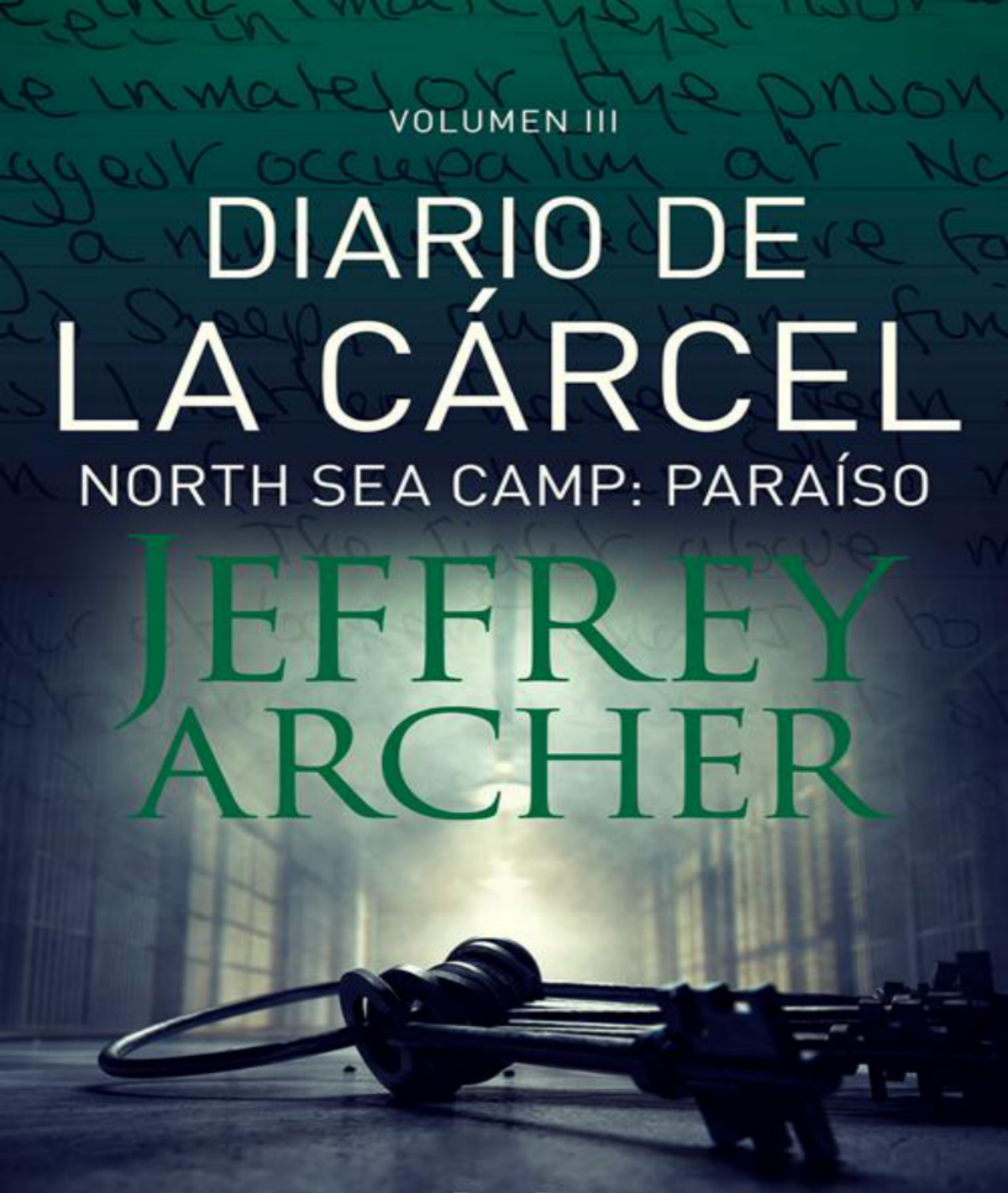

VOLUMEN III
DIARIO DE
LA CÁRCEL
NORTH SEA CAMP: PARAÍSO
JEFFREY
ARCHER

El volumen final de la trilogía de diarios carcelarios de Jeffrey Archer abarca desde su transferencia desde el Centro Penitenciario de Media Seguridad Wayland de Su Majestad hasta su puesta en libertad condicional en julio de 2003. Supone el relato del traumático período que pasó en la famosa Prisión Lincoln y los acontecimientos que llevaron a su encarcelamiento en ella. Asimismo, el libro presenta una dura visión de un sistema penitenciario a punto de quebrarse. Contado con humor, misericordia y honestidad, este diario cierra con un reflexivo manifiesto que debería ser recibido con aplausos entre defensores de la reforma del sistema y presos de las cárceles británicas.

Jeffrey Archer

North Sea Camp: Paraíso

Diario de la cárcel - 03

ePub r1.0

Titivillus 23.04.2024

Título original: *A Prision Diarry III - Heaven*
Jeffrey Archer, 2004
Traducción: Ana Alcaína Pérez
Diseño portadilla XI Aniversario: Picard

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1






Artículo 27 de la declaración
de los derechos humanos:
Toda persona tiene derecho a tomar parte
libremente en la vida cultural de la
comunidad, a gozar de las artes y a
participar en el progreso científico y en los
beneficios que de él resulten.
XI
ANIVERSARIO
PROYECTO
SCRIPTORIUM
www.epublibre.org
Tu biblioteca digital

Estimado lector,

Estas son mis memorias personales de un periodo complicado en mi vida que han sido traducidas a tu idioma. Incluyen copias de objetos originales como cartas, listas, notas, etc, que he dejado en inglés, ya que son documentación de un momento y lugar específicos, y no pueden ser traducidas correctamente.

Saludos cordiales,

Jeffrey

EN EL PARAÍSO

DÍA 89

Lunes, 15 de octubre de 2001
14:30 horas

El cartel indicador anuncia la distancia hasta la cárcel de North Sea Camp: una milla. Cuando nos acercamos a la entrada, lo primero que me llama la atención es que no hay puertas automáticas, ni muros altos, ni alambradas.

Salgo de la jaula del furgón y me dirijo a la recepción, donde un funcionario acude a mi encuentro. El señor Daff exhibe una sonrisa alegre y un aire militar. Me promete que, después de Wayland, esto será más parecido a un centro vacacional estilo Butlins.

—De hecho —añade—, hay un Butlins justo al final de la carretera, en Skegness. La única diferencia es que ellos tienen un muro alrededor del complejo turístico.

En lugar de rodear la cárcel con muros, me explica el señor Daff, aquí se hace el recuento a las 7:30, a las 11:45, a las 15:30, a las 20:15 y a las 22:00 horas, cuando debo personarme en la oficina central del pabellón: un régimen completamente distinto al que tendré que acostumbrarme.

Mientras Daff completa el papeleo, saco mis pertenencias de las bolsas de plástico reglamentarias. Me suelta que solo podré vestirme con la ropa de la cárcel, así que me confiscan todas las camisetas y las meten en una caja con la etiqueta FF8282.

Dean, uno de los ordenanzas, se encarga de ayudarme. Una vez revisadas todas mis pertenencias, me acompaña a mi habitación, y quiero subrayar que digo «habitación», y no «celda». En North Sea Camp, los presos tienen su propia llave, y no hay rejas en las ventanas. Por ahora, todo bien.

Sin embargo, vuelvo a compartir espacio con otro interno. Mi compañero de cuarto se llama David. No baja el volumen de la música cuando entro, ni se quita el cigarrillo de liar de la boca. Mientras hago la cama, David me dice que cumple una pena de prisión perpetua, con una primera parte de cumplimiento obligatorio (la denominada «tarifa») de quince años. De momento lleva cumplidos veintiún años porque todavía se le considera una amenaza para la sociedad, a pesar de estar en una cárcel de categoría D. Su delito original fue un

asesinato, una agresión con resultado de muerte a un camarero que estaba mirando con expresión lasciva a su mujer.

16:00 horas

Dean (el ordenanza de recepción) me informa de que el señor Berlyn, uno de los directores, quiere verme. Me acompaña a su despacho, en un edificio modular prefabricado, donde soy recibido de nuevo con una cálida sonrisa. Después de una charla preliminar, Berlyn dice que tiene previsto asignarme al departamento de educación. A continuación, el director me habla del problema de que North Sea Camp sea una cárcel de régimen abierto y de cómo esperan manejar el tema de la prensa. Termina diciendo que su puerta siempre está abierta para cualquier preso, por si necesito ayuda o algún tipo de asistencia.

17:00 horas

Dean me lleva a cenar a la cantina. La comida tiene mejor aspecto que la de Wayland, y se sirve y se come en un comedor central, prácticamente como en el internado.

18:00 horas

Escribo durante dos horas y estoy agotado. Cuando termino, salgo de mi habitación y acudo a reunirme con Doug en el módulo de enfermería. Por lo visto, está al corriente de todos los chismes de la cárcel, así que es evidente que me va a resultar valiosísimo como mi garganta profunda particular. Nos sentamos y vemos el informativo de la noche en unas cómodas sillas. Dean se sienta con nosotros unos minutos después, a pesar de que solo le faltan unas pocas horas para salir en libertad. Dice que ya me han lavado la ropa y que la han devuelto a mi habitación.

20:15 horas

Vuelvo al módulo norte y me presento ante el funcionario de guardia antes del recuento. El señor Hughes lleva una gorra con pico que le da cierto aire al personaje de Mister Mackay en *Porridge*, la famosa telecomedia británica de los setenta. Mi primera impresión es que parece un feroz sargento mayor (veinte años en el ejército), pero no

tardo en descubrir que en realidad es un sentimental y un blandengue. Cae muy bien entre los reclusos, que sienten gran admiración por él; si dice que va a hacer algo, lo hace. Si no puede hacerlo, te lo dice.

Vuelvo a mi habitación y hago un esfuerzo por escribir una hora más, a pesar de que el espacio está lleno de humo y la música, muy alta.

22:00 horas

Último recuento. Quince minutos después estoy en la cama, durmiendo a pierna suelta, ajeno al humo y la música de David.

DÍA 90

Martes, 16 de octubre de 2001
5:30 horas

En Belmarsh me despertaban los pastores alemanes, en Wayland lo hacía el tintineo de las llaves de los funcionarios en sus rondas matutinas, pero como North Sea Camp está a solo cien yardas de la costa, aquí son los graznidos constantes de las gaviotas los que me hacen abrir los ojos. Más tarde, mucho más tarde, se incorporan a la serenata los gruñidos sofocados de los cerdos, ya que el grupo más numeroso de residentes de North Sea Camp son los cerdos que viven en la piara de la granja de la cárcel, de novecientos acres de extensión. Envuelvo la lámpara del techo con unos calzoncillos negros para que David no se despierte mientras continúo con mi rutina de escritura. No se mueve. A las siete y media me dirijo a la ducha que hay al final del pasillo.

8:00 horas

Dean me acompaña a desayunar: gachas de avena de lunes a viernes, y cereales los fines de semana, me explica. Me contento con un huevo duro y un par de tostadas quemadas.

8:30 horas

Iniciación. La primera semana en North Sea Camp, los presos nuevos emplean el tiempo descubriendo cómo funcionan las cosas allí, mientras los funcionarios tratan de averiguar todo lo posible sobre el nuevo recluso. Mi primera cita es con el doctor Walling, el médico del centro, que hace las preguntas de rigor sobre drogas, tabaco, alcohol, enfermedades y alergias. Después de pasar veinte minutos inhalando y exhalando aire, subiéndome a la báscula y sometiéndome a una revisión de la vista, el oído, la dentadura y el corazón, el único consejo del doctor Walling es que no me pase con el ejercicio en el gimnasio.

—Procure no olvidar que tiene sesenta y un años —me recuerda.

Cuando salgo de la consulta, Doug, el ordenanza del módulo de

enfermería y amigo de Darren (Wayland, solo marihuana), me hace señas para que vaya al pabellón de enfermería, una sala privada. Doug mide seis pies y pesa unos dieciséis *stones*, tiene una buena mata de pelo que empieza a echar canas, y calculo que debe de tener unos cuarenta años. En el pabellón hay ocho camas, una de las cuales es la de Doug, porque alguien tiene que quedarse por las noches por si algún recluso se pone enfermo de repente y han de llevarlo allí. Pero el trabajo no está nada mal: Doug no solo tiene una habitación del tamaño de una *suite* de hotel, sino que también dispone de su propio televisor y su propio baño. Me dice que está en la cárcel por evasión de impuestos, pero no me cuenta más detalles. Doug cierra la puerta de su palacio y me confirma que el trabajo de ordenanza del módulo de enfermería y atención médica es el mejor de toda la cárcel. Sin embargo, me asegura que el segundo mejor puesto en North Sea Camp es el de ordenanza en la unidad de gestión de sentencias (SMU, por sus siglas en inglés). Doug me cuenta en susurros que el puesto en la SMU se va a quedar vacante en poco más de cuatro semanas, cuando el actual titular, Matthew, salga en libertad. El señor New, el supervisor de más alto rango —el equivalente al señor Tinkler en Wayland— es quien tomará la decisión definitiva, pero Doug le hablará bien de mí.

—Hagas lo que hagas —me advierte—, no acabes trabajando en la granja. Falta poco para el invierno, así que si la comida no te mata, lo hará la granja. —Cuando me voy, añade—: Ven a tomar algo esta noche. —Con eso se refiere a té o café—. Me dejan traer a dos invitados de siete a diez, y serás muy bienvenido.

Le doy las gracias y también se las doy, para mis adentros, a mi antiguo mentor, Darren. Conocer a la gente adecuada es tan importante aquí, dentro en la cárcel, como en la calle.

10:30 horas

Mi segunda reunión de iniciación es para decidir de qué trabajaré mientras esté en North Sea Camp. Me dirijo a la unidad de gestión de sentencias, un edificio que anteriormente era la vivienda del director y que se encuentra a escasa distancia de la puerta principal. El camino que lleva a la entrada está flanqueado de flores rojas y mustias. Al azul claro de la puerta de entrada le vendría bien una mano de pintura; parece como si normalmente la abrieran a patadas en lugar de empujarla.

La primera habitación en la que entro parece una especie de anexo. Hay una docena de sillas de madera y un tablón de anuncios cubierto

de folletos informativos. Cuatro funcionarios, incluido un tal señor Gough, que parece el director de un internado, ocupan la primera habitación de la planta baja. Cuando anota mi nombre, Gough anuncia, con un fuerte acento de Norfolk, que se dirigirá a los nuevos reclusos en cuanto se hayan sometido a la revisión médica. Sin embargo, como el doctor Walling se tira quince minutos con cada nuevo preso, podemos estar esperando un buen rato. Mientras aguardo impaciente en el anexo, me doy cuenta de lo sucia que está la sala. En Wayland, los suelos estaban resplandecientes porque los pulían a diario, y si te quedabas quieto más de un minuto, alguien te pasaba la brocha por encima.

Al final aparecen los siete internos nuevos. El señor Gough nos da la bienvenida y empieza diciendo que como la mayoría de los presos pasan menos de tres meses en el centro, los funcionarios tienen como objetivo que nuestra estancia sea lo más civilizada posible mientras nos preparan para volver al mundo exterior. Gough explica que en North Sea Camp cualquiera puede fugarse. Es sumamente fácil, ya que no hay muros que te retengan.

—Pero si deciden abandonarnos, les ruego que se acuerden de dejar la llave de su habitación en la almohada.

No está bromeando.

A continuación nos habla de un joven que se fugó dieciséis horas antes de ser puesto en libertad. Lo pillaron en Boston a la mañana siguiente y lo transfirieron a un centro de categoría C, donde pasó otras seis semanas. Entendido.

El señor Gough hace entonces una enumeración de los trabajos disponibles para los presos menores de sesenta años, señalando que más de la mitad de los reclusos trabajan en la granja. La otra mitad puede inscribirse en tareas educativas o desempeñar las labores habituales de cocina, pintura, jardinería o limpieza.

Gough termina diciéndonos que todos tenemos que seguir una política de «tolerancia cero con las drogas». Negarse a firmar los tres documentos que declaran que no consumes drogas y que aceptas someterte en cualquier momento a un test voluntario de detección de drogas te impedirá acceder a una «progresión» en ocho semanas. La progresión a un grado superior te permite contar con otras cinco libras a la semana para gastarlas en el economato, junto con otros beneficios penitenciarios. Gough responde así a una pregunta:

—No está permitido vestirse con ropa propia en una cárcel de régimen abierto ya que eso haría la fuga mucho más fácil.

Sin embargo, he advertido que Doug (evasión de impuestos) llevaba una camiseta verde y unos pantalones marrones sujetos con

unos tirantes de Walt Disney de lo más chillones y escandalosos. Siempre hay alguien que encuentra una forma de burlar el sistema.

Firmo gustosamente todos los formularios de drogas del señor Gough y luego me envían arriba para una entrevista con otro funcionario. El señor Donnelly no solo parece un granjero, sino que también va vestido con un mono verde y lleva unas botas de agua. Con razón está tan sucio este sitio… Parece entusiasmado por que trabaje con él en la granja, pero le explico (siguiendo las recomendaciones de Doug) que me gustaría que me tuvieran en cuenta para el trabajo de Matthew como ordenanza de la SMU. Toma nota y frunce el ceño.

12:00 horas

Después de diez semanas encerrado en Wayland y acostumbrado a que siempre tengan que servirme los platos de comida, no me hago a la idea de poder hacerlo yo mismo. Uno de los miembros del personal de cocina se ríe cuando le enseño mi plato y espero que me sirva:

—Cómo se nota que acabas de llegar de una cárcel de régimen cerrado —comenta—. Bienvenido al mundo real, Jeff.

Después del almuerzo, Dean me lleva a visitar el módulo sur, más aislado y tranquilo, que se halla en el otro extremo de la cárcel y alberga a los reclusos de más edad[1]. Allí se respira un ambiente completamente diferente.

Dean me muestra una habitación vacía, grande para los estándares normales, de unos veinte pies por ocho, con una ventana que da al sombrío mar del Norte. Me explica que todo el pabellón está en pleno proceso de remodelación y que está previsto que reabra el lunes. Van a equipar cada celda con electricidad y en algún momento, todas las habitaciones tendrán un televisor. En el camino de regreso al módulo norte, uno de los celadores me informa de que el supervisor general, el señor New, quiere verme inmediatamente. Me pongo nervioso. ¿Habré hecho algo malo? ¿Va a enviarme de vuelta a Wayland?

El supervisor New tiene unos cuarenta y bastantes años, mide unos cinco pies con once pulgadas y luce una buena mata de pelo blanco y grueso. Me recibe con una cálida sonrisa.

—Me han dicho que quiere trabajar en la SMU —dice y, antes de que pueda responder, añade—: El trabajo es suyo. Como Matthew se va dentro de cuatro semanas, será mejor que empiece cuanto antes para que la transición sea lo más suave posible. —Apenas he podido murmurar unas palabras de agradecimiento cuando sigue—: Me han dicho que quiere mudarse al módulo sur, cosa que estoy seguro de que

será posible, y también he oído que le gustaría que lo trasladaran a Spring Hill, lo cual —añade— no va a ser tan fácil, porque no lo quieren a usted ni a la repercusión mediática que lo acompaña. —Se me cae el alma a los pies—. Sin embargo —dice, una vez más, antes de que me dé tiempo a responder—, si eso es lo que quiere, hablaré con mi homóloga en Spring Hill y veré si ella puede ayudar.

Una vez que New acaba su discurso, bajamos a conocer a Matthew, el ordenanza actual. Matthew es un joven tímido, con cierto aire académico, como de hombre despistado. No acierto a imaginar qué hace alguien como él en la cárcel. A pesar de que es el señor New quien habla la mayor parte del tiempo, Matthew logra meter baza para para decirme cuáles son sus responsabilidades, desde preparar té y café para los once ocupantes del edificio, hasta elaborar los expedientes de iniciación para cada preso. Mañana pasará todo el día fuera disfrutando de un permiso penitenciario en la ciudad, así que me veré solo ante el peligro… y sin estar preparado en absoluto.

16:45 horas

Dean recoge mi bolsa de ropa sucia y me acompaña a cenar, explicándome que los ordenanzas tienen el privilegio de comer por su cuenta media hora antes que los demás reclusos.

—Eres el primero en elegir la comida —añade—, y como somos más o menos una docena… (módulo de enfermería, tiendas y economato, recepción, biblioteca, gimnasio, educación, capilla y jardines; es todo un privilegio).

Todo esto en veinticuatro horas no me va a hacer muy popular entre el colectivo de reclusos.

DÍA 91

Miércoles, 17 de octubre de 2001
5:30 horas

Me despierto poco después de las cinco y voy a orinar a la letrina que hay al final del pasillo. ¿Os habéis dado cuenta de que, cuando uno está desorientado o tiene miedo, no va al baño hasta al cabo de un tiempo? Debe de haber una explicación médica muy sencilla para eso. Yo no fui «de vientre» —por emplear las palabras del médico— los primeros cinco días en Belmarsh, los primeros tres días en Wayland y de momento me ha sido imposible «ir» aquí, en North Sea Camp.

8:00 horas

Dean asoma por la puerta para acompañarme al desayuno. Puede que de ahora en adelante ni si quiera me tome la molestia, porque no como gachas de avena y no vale la pena hacer el trayecto por un par de tostadas quemadas. Dean me advierte que los periodistas están por todas partes y que van ofreciendo grandes sumas de dinero por una foto mía con el uniforme de la cárcel. Si consiguen una foto, se van a llevar un chasco cuando vean que estoy paseándome con una camiseta y unos vaqueros. Ni rastro de insignias de la cárcel, ni número, ni bolas, ni cadenas.

8:45 horas

En la recepción, le pregunto al señor Daff si podrían darme una camiseta limpia, ya que esta tarde vendrá a visitarme mi esposa.

—¿Dónde coño crees que estás, Archer, en el puto Harrods?

9:00 horas

Como recién llegado, continúo con mi cursillo de iniciación. Mi primera sesión esta mañana es en el gimnasio. Primero nos reúnen a todos en un pequeño edificio modular y vemos un vídeo en blanco y

negro de diez minutos sobre seguridad en el trabajo. El instructor del gimnasio se concentra en la parte que habla de levantar peso, ya que hay varios trabajos en North Sea Camp que requieren que cojas cargas pesadas, por no hablar de la cantidad de presos que levantan pesas en el gimnasio. A continuación, el señor Masters, el supervisor general del gimnasio, que lleva diecinueve años en North Sea Camp, nos ofrece una visita guiada por las instalaciones. No es tan grande ni está tan bien equipado como Wayland, pero tiene máquinas de ejercicio cardiovascular que me permitirán mantenerme en forma: una máquina de remo, otra de *step* y una bicicleta. El gimnasio en sí es lo bastante grande para jugar al baloncesto, mientras que la extensión de la sala de pesas es la mitad de la de Wayland. El gimnasio está abierto todas las tardes excepto los lunes de 17:30 a 19:30, así que no tenemos (se oyen unos gruñidos: los cerdos están desayunando) que completar el programa a una hora determinada. Espero empezar este fin de semana; para entonces ya debería haberme familiarizado con el lugar (más gruñidos). El bádminton es el deporte más popular, y aunque North Sea Camp cuenta con un equipo de fútbol, el problema reciente de la fiebre aftosa ha causado estragos en cuanto a salir al campo (más gruñidos).

9:30 horas

Educación. Nos reunimos todos en la capilla. La funcionaria responsable del departamento educativo nos presenta las distintas alternativas que ofrece el centro. La mayoría de los nuevos internos la miran fijamente desde sus sillas con aire hosco y malhumorado. Como ya me han asignado un trabajo como ordenanza de la SMU, la escucho en respetuoso silencio y, una vez que termina su charla, me presento en mi nuevo trabajo.

10:30 horas

Hoy Matthew ha salido de permiso a visitar la ciudad, pero no tardo en descubrir que el puesto en la SMU consta de tres responsabilidades principales:

a. hacer té y café para los once empleados que trabajan regularmente en el edificio, además de los que aparecen para ver a algún un colega.
b. preparar los expedientes de los nuevos reclusos para que los funcionarios tengan todos sus datos a mano: sentencia, FLED

(fecha de elegibilidad para la obtención de permisos penitenciarios), domicilio, si tienen casa o trabajo fuera de la cárcel, si tienen dinero propio, si su familia quiere que regresen con ella.

c. preparar los formularios de los presos para solicitar las visitas, los días de permiso, los permisos de fin de semana, horas de ejercicio físico y permisos extraordinarios por razones humanitarias o por enfermedad.

También formará parte de mi responsabilidad asegurarme de que cada preso vaya a ver al funcionario que le corresponde, según sus necesidades. El señor Simpson, el agente de libertad condicional designado para North Camp me dice:

—Puedo ver a cualquiera si estoy libre; de lo contrario, dígales que deben pedir cita.

Eso le permite tratar con los presos que tienen un problema de verdad y evitar a los que se pasan por su despacho para quejarse cada dos por tres.

11:45 horas

Voy a almorzar con los otros ordenanzas. La funcionaria que está a cargo de la cocina, Wendy, me dice que North Sea Camp ha recibido muchos elogios por ofrecer la mejor comida de todo el sistema penitenciario.

—Debería probar la carne y dejar de ser un VIP [vegetariano interno en prisión] —me dice.

Wendy es una especie de Margaret Thatcher en miniatura. Su cocina está impoluta, mientras sus hombres se dejan la piel en sus monos de trabajo de un blanco inmaculado, lo que no deja lugar a dudas sobre el respeto que le profesan. Prometo probar la carne dentro de dos semanas, cuando rellene mi próximo formulario con el menú. (Véase siguiente página).

14:00 horas

Ahora que estoy en una cárcel de categoría D, puedo recibir una visita a la semana. Cuando cumpla un tercio de mi condena, obtendré otros beneficios penitenciarios adicionales. Solo Dios sabe qué harán los periodistas con mi primer permiso para visitar la ciudad. Sin embargo, todo esto podría cambiar muy rápidamente cuando se admita a trámite mi recurso de apelación. Si tu sentencia es de cuatro años o

más, solo puedes optar a la libertad condicional, mientras que si es de menos de cuatro años, te dejan salir automáticamente en libertad después de cumplir la mitad de la condena, y si has sido un preso modelo, puedes disfrutar de otros dos meses adicionales de libertad, aunque sometido a control telemático mediante dispositivos electrónicos [2] .

Pero volviendo a la visita de hoy: dos viejos amigos, David Paterson y Tony Bloom, acompañan a Mary.

Los tres llegan veinte minutos tarde, cosa que hace aún más patente lo pesado que debe de ser el viaje de 250 millas desde Londres. Mary y yo disponemos de treinta minutos a solas, y me dice que mis abogados han solicitado a sir Sydney Kentridge QC que se haga cargo de mi recurso de apelación si eso supone que el juez Potts tenía prejuicios contra mí antes del comienzo del juicio. El único testigo que podría testificar, Godfrey Barker, ahora se muestra reacio a declarar. Teme que su esposa, que trabaja en el Ministerio del Interior, pueda perder su trabajo. Mary cree que hará lo que es justo, mientras que yo creo que le entrarán todos los miedos y se echará atrás. Ella es la optimista, yo soy el pesimista. Normalmente es al revés.

HM PRISON NORTH SEA CAMP

Week 2	Lunch Menu	Choice		Week 2	Dinner Menu	Choice
SUN.	1. Chicken Portions 2. Roast Pork & Stuffing 3. Mushroom Pasta * 4. Stuffed Pepper * H	1		SUN.	1. Fish Fingers * H 2. Beefburger 3. Vegburger * 4. Egg Mayonnaise Sandwich *	3
MON.	1. Sausage Rolls 2. Fish Grills * H 3. Vegetable Rolls * 4. Onion Bhajees *	2		MON.	1. Pork Curry & Rice H 2. Chicken & Sweetcorn Pie 3. Veg Curry & Rice * 4. Veg Pie *	1
TUES.	1. Braised Sausage H 2. Cheese & Tomato Pizza * 3. Braised Veg Sausage * 4. Pilchard Sandwich H*	~~B~~2		TUES.	1. Beef Lasagne H 2. Fish Fillets & Parsley Sauce * 3. Vegetable Lasagne * 4. Vegetable Pie *	2
WED.	1. Fish Fingers H* 2. Cheese & Onion Pie * 3. Faggots in Gravy 4. 4-Pack Cheese Sandwich *	2		WED.	1. Ham & Egg 2. Kidney Casserole H 3. Stir Fried Rice * 4. Vegetable Pie *	1
THURS.	1. Quiche Lorraine H 2. Cheeseburger * 3. Vegetarian Quiche * 4. Veg Cheeseburger *	3		THURS.	1. Chicken Meatballs in Tomato Sauce 2. Cottage Pie H 3. Veg Meatballs in Tomato Sauce * 4. Vegetarian Soya Pie *	2
FRI.	1. Shepherd's Pie H 2. Chicken Cutlets 3. Veg Pie * 4. Onion Bhajees *	4		FRI.	1. Liver, Sausage & Onions H 2. Chicken Fricassée & Rice 3. Potato & Lentil Bake * 4. Veg Fricassée & Rice *	3
SAT.	1. Pork Hotpot H 2. Meat & Potato Pie 3. Veg Hotpot * 4. Veg Pie *	1		SAT.	1. Cornish Pasties 2. Welsh Rarebit 3. Vegetarian Pasty * 4. Vegburger *	3

You are responsible for returning your choices by Monday. Please hand to any staff on duty in the Kitchen. Print your name and number and sign the form. Failure to do so will result in you automatically being given a vegetarian meal. The Kitchen will endeavour to keep all meals as laid down on the menu. If, for any reason, the meal indicated cannot be issued, a replacement meal will be substituted. (H – Healthy Eating Option * - Suitable for Muslims)

NAME: ARCHER NUMBER: FF8282 SIGNATURE: Jeffrey Archer

Durante la visita, tanto el director Berlyn como el supervisor general New se pasean por allí, hablando con los familiares de los presos. Qué diferencia con Wayland… New nos explica que ahora consideran North Sea Camp «la cárcel más cómoda de Inglaterra» (*Sun*), gracias a lo cual espera que haya mejores presos en el futuro;

donde hay «la mejor comida de todas las cárceles» (*Daily Star*); dicen también que tengo «la habitación más grande del módulo más tranquilo» (*Daily Mail*); y, que «[Archer] es el único preso al que le dejan ponerse su propia ropa» (*Daily Mirror*). Ni una sola de estas afirmaciones es correcta.

La hora y media pasa demasiado rápido, pero al menos ahora puedo recibir una visita cada semana. Solo me queda preguntarme cuántos de mis amigos estarán dispuestos a recorrer un trayecto de ida y vuelta de siete horas para pasar una hora y media conmigo.

17:00 horas

El economato. En Wayland, rellenabas un formulario con el pedido y luego te entregaban los productos en tu celda. En North Sea Camp hay una pequeña tienda que puedes visitar dos veces por semana entre las 17:30 horas y las 19:30 horas para comprar lo que necesites: hojas de afeitar, pasta de dientes, chocolate, agua, zumo de grosella y, lo más importante, tarjetas telefónicas. También necesito un bote de espuma de afeitar, ya que todavía me afeito todos los días.

Qué diferentes las cárceles de categoría D…

18:00 horas

Voy a la cocina para la cena y me siento con dos presos al fondo de la sala. Los escojo a ellos por su edad. Uno resulta ser contable, mientras que el otro es un corredor de seguros jubilado. No hablan de sus delitos. Me dicen que ya no trabajan en la cárcel, sino que se desplazan a Boston todas las mañanas en autobús y tienen que volver todas las tardes antes de las cinco. Trabajan en la tienda local de la Cruz Roja y ganan 13,50 libras a la semana, que se acumulan en su cuenta de peculio. Algunos presos pueden ganar hasta doscientas libras a la semana, lo que les da la oportunidad de ahorrar una suma considerable para cuando salen en libertad. Eso tiene mucho más sentido que ponerlos en la calle con las cuarenta libras reglamentarias y sin trabajo.

19:00 horas

Me reúno con Doug en el módulo de enfermería para tomar un zumo de grosella con una galleta McVitie's y ver las noticias del Canal 4. En Washington D. C. han tenido que evacuar el Congreso y el Senado por

una amenaza de ántrax. Parece que hay muchas maneras de librar una guerra moderna. ¿No será que estamos en mitad de la Tercera Guerra Mundial y no nos hemos dado cuenta?

20:15 horas

Regreso al módulo norte antes del recuento para demostrar que no me he escapado[3]. Doug me asegura que el proceso se hace mucho más fácil después de las primeras semanas, cuando las comprobaciones pasan de realizarse seis veces al día a cuatro. Mi problema es que el último recuento es a las diez, y para entonces normalmente ya estoy durmiendo.

DÍA 92

Jueves, 18 de octubre de 2001
6:00 horas

Como todo es tan nuevo para mí y hay tantas cosas que ignoro todavía, aún estoy intentando averiguar cómo funciona esto.

El señor Hughes y el señor Jones, los funcionarios a cargo del módulo norte, intentan resolver rápidamente las preguntas y dudas de los presos y, lo que es más importante, tratan de «solucionar» las cosas, motivo por el cual son muy populares entre los otros reclusos. Los dos módulos parecen barracones Nissen de la Segunda Guerra Mundial. El módulo norte consta de un pasillo de cien yardas del que salen cinco galerías a cada lado. Cada pasillo tiene nueve habitaciones: dispones de tu propia llave y no hay barrotes en las ventanas.

Dos presos comparten cada habitación. Mi compañero de cuarto, David, cumple cadena perpetua (asesinato), y tiene la habitación más grande: no es la habitual de cinco pasos por tres, sino de siete pasos por tres. Ya he solicitado el traslado a la galería de no fumadores del módulo sur, que suele albergar a los reclusos de mayor edad, más maduros. A pesar del titular del *News of the World* que afirma que, todos los presos tienen derecho a exigir estar separados en función de si son fumadores o no. Sin embargo, al director Berlyn no le hace gracia mi traslado al módulo sur porque se halla junto a un camino público que actualmente está muy frecuentado por numerosos periodistas y fotógrafos.

Hace poco designaron el pasillo que hay frente al mío como zona de no fumadores, de modo que Berlyn me sugiere que me mude a una de las habitaciones vacías de esa galería. Como ahora mismo las cifras de ocupación de la cárcel son muy bajas, podría incluso estar yo solo en la celda. Hasta ahora, cada preso con el que he compartido celda o bien ha vendido su historia a los periódicos o bien han publicado su nombre en primera página, siempre en artículos exagerados y con información que nunca es precisa.

8:30 horas

Mi jornada de trabajo como ordenanza de la SMU es de 8:30 de la mañana hasta las 12:00 del mediodía, luego hago una pausa para el almuerzo y continúo de las 13:00 hasta las 16:30 horas. Llego a la unidad convencido de que Matthew va a estar allí para poder hacer la transición en el cargo, pero al único que veo es al señor Gough. Está sentado frente al ordenador, arrugando la frente y con la cabeza baja. Murmura algo para sí mismo antes de pedir educadamente una taza de té.

9:00 horas

Aún no hay señales de Matthew. Leo el manual con las tareas diarias y descubro que mis obligaciones incluyen fregar el suelo de la cocina, barrer todas las zonas comunes, aspirar las moquetas y limpiar los dos lavabos además de la cocina. Por suerte, mi cometido principal —y el único que impedirá que me vuelva loco— es gestionar las solicitudes y las preguntas de los presos. Para cuando he leído el pliego de ocho páginas dos veces, Matthew sigue sin dar señales de vida, lo que empieza a parecer un delito punible.

Si llegas tarde al trabajo, te «trincan», algo sumamente raro en una cárcel de categoría D, porque si te abren un parte, eso puede suponer la pérdida de tus beneficios penitenciarios, e incluso una regresión en tu clasificación como preso y que te devuelvan a un centro de categoría C, en función de la gravedad de tu delito. Si te pillan consumiendo drogas o si no vuelves a la cárcel a la hora asignada, eso constituye un delito de recategorización inmediata. Conceden esos beneficios e imparten los castigos para asegurarse de que todo el mundo cumpla las reglas.

El señor New, el supervisor principal, llega justo cuando Gough entra en la habitación.

—¿Dónde está Matthew? —pregunta.

Entonces observo a los funcionarios en su mejor momento, pero al servicio penitenciario en su máximo grado de ineficacia.

—Por eso he venido a buscarle —dice el señor Gough—. Anoche Matthew regresó a la cárcel después de la hora acordada (una infracción que puede hacer que lo trasladen a un centro de categoría C, porque es como si se hubiera fugado) y le abrieron un parte. —El ambiente cambia inmediatamente—. Pero lo he eliminado de su expediente.

—¿Por qué? —pregunta New mientras se enciende un cigarrillo.

—Su padre se desmayó ayer por la tarde y lo llevaron al Hospital de Canterbury. Le han diagnosticado un tumor cerebral y los médicos

creen que no sobrevivirá ni una semana.

—De acuerdo —dice New, apagando su cigarrillo—, asígnale una solicitud de permiso por razones humanitarias y llevémoslo a Canterbury lo más rápido posible.

El señor New me dice que la madre de Matthew, enferma de esclerosis múltiple, murió hace un año, y su abuela unas semanas después. Todo esto ocurrió poco después de que cometiera el delito por el que lo condenaron a quince meses de cárcel.

Matthew entra en ese momento.

New y Gough no podrían haberse mostrado más comprensivos. Estampan sus firmas con inusitada celeridad e incluso dan permiso a Matthew para que utilice el teléfono de la oficina para que venga a recogerlo su novia. Unos minutos más tarde, el director Berlyn aparece y conviene con New en que el chico (pienso en Matthew como un chico porque es incluso más joven que mi hijo) tiene que salir de la cárcel lo antes posible. Entonces empiezan a surgir los problemas.

Matthew, a quien solo le quedan cuatro semanas de condena, no conoce a nadie en Canterbury, así que tendrá que ir a dormir a la cárcel local, a pesar de que su novia y su madre se alojan en un hotel cerca del hospital. Pero lo peor es que, como a Matthew solo se le permite un permiso compasivo de veinticuatro horas, tendrá que viajar de vuelta de Canterbury y pasar la segunda noche en North Sea Camp, después de lo cual saldrá a la calle el viernes por la mañana para disfrutar de su permiso de fin de semana, cuando no tendrá que volver hasta el domingo por la noche.

—Pero ¿por qué no dejan que el chico vaya y esté con su padre y vuelva el domingo por la noche? —pregunto.

Tanto el señor Berlyn como el señor New asienten con la cabeza, pero me dicen que es imposible eludir las normas del Ministerio del Interior.

10:30 horas

La novia de Matthew llega con el coche a la barrera de entrada y el chico se va rápidamente con ella. Rezo para que el padre de Matthew no muera mientras están en la autopista. Recuerdo con tristeza el momento en que supe que mi madre se estaba muriendo, durante mi juicio. El juez Potts no me permitió abandonar el juzgado para estar con ella, ya que no aceptó el dictamen médico deque solo le quedaban unas horas de vida. Al final llegué a su lecho de muerte una hora antes de que falleciera, y ya no me reconoció.

11:00 horas

Tres presos que llegaron ayer se registran para asistir a su charla de iniciación y me acribillan a preguntas. Me siento como una especie de impostor, tratando de responderlas cuando solo llevo aquí cuarenta y ocho horas y aún estoy en iniciación. Gough les da la charla que escuché hace dos días. Les entrego un folleto con un resumen de la información. Un joven recluso me susurra al oído que no sabe leer, pidiéndome ayuda. Le digo que vuelva a verme si tiene algún otro problema.

12:15 horas

El señor New viene a verme y repasamos juntos mis responsabilidades. Abrimos un armario de gran tamaño repleto de formularios y documentos que en su opinión necesita que alguien los reordene. Se enciende otro cigarrillo.

14:00 horas

El señor Simpson, el oficial de libertad condicional, me pide que me reúna con él en su despacho del primer piso, ya que quiere poner al día mi expediente. Me pregunta si he visto a algún agente de libertad condicional después de ser condenado.

—Sí, pero solo unos minutos —le contesto—, mientras todavía estaba en el tribunal de Old Bailey.

—Bien —dice—, porque eso demostrará que está domiciliado en Londres y facilitará su traslado a Spring Hill. —Examina el ordenador y me da el nombre de mi agente de libertad condicional—. Escríbale —me aconseja— y dígale que quiere que tramiten su traslado.

15:30 horas

El señor New se reúne conmigo en el comedor para hacer otra pausa para fumar. Descubro que se marchará de North Sea Camp en enero, cuando lo trasladarán a la cárcel de Norwich como director de grado cinco[4]. A continuación saca todos los formularios necesarios para mi traslado. Aunque hablará con la señora McKenzie-Howe, su homóloga en Spring Hill, no se muestra optimista. La cárcel no solo está llena, sino que es un centro de reasignación, y yo no necesito ser reasignado; tampoco busco trabajo para cuando me pongan en libertad, ni una vivienda y, como no tengo problemas económicos, no encajo en

ninguna de las categorías habituales.

17:00 horas

Voy a cenar a la cantina y me siento de nuevo a una mesa con dos presos mayores. Ambos están en prisión por estafa; uno era un concejal local (tres meses y medio), y el otro tenía una granja de cría de avestruces. Este último promete contarme todos los detalles cuando tenga más tiempo. Está claro que no me van a faltar buenas historias: en Belmarsh, asesinato y delitos de lesiones graves; en Wayland, capos de la droga y atracos a mano armada. North Sea Camp parece una cárcel un poco más sofisticada.

19:00 horas

Me reúno con Doug en el módulo de enfermería. Me ha dejado guardar una botella de zumo de grosella y un par de botellas de Evian en su nevera para que así siempre las tenga a mi alcance. Mientras Doug me habla, descubro más cosas sobre el delito por el que está aquí. Odia a los traficantes de drogas y considera su propia reclusión un contratiempo temporal. De hecho, tiene planeado hacer un crucero a Australia en cuanto salga en libertad. «En la calle» dirige una pequeña empresa de transporte. Tiene un taller y siete camiones, y da trabajo —todavía da trabajo— a doce personas. Pasa media hora al día al teléfono para estar al corriente de lo que pasa en la empresa.

Ahora, su delito: su empresa de exportación e importación funcionaba sin problemas hasta que un cliente importante quebró y dejó impagada una factura de 170 000 libras, circunstancia que puso a Doug en una situación de presión extrema frente a su banco. Empezó a reponer fondos importando ilegalmente cigarrillos de Francia. Le impusieron una sentencia de dos años por no pagar los impuestos de aduana ni los impuestos especiales por un total de 850 000 libras.

DÍA 93

Viernes, 19 de octubre de 2001
6:00 horas

Escribo durante dos horas. Me aseguro de no molestar a David envolviendo con los calzoncillos la lámpara de techo cuya luz se proyecta sobre mi escritorio.

8:15 horas

Preparo los documentos de identidad de los tres nuevos presos que llegaron ayer. A medida que van entrando los funcionarios, les hago un té o un café. Entre tanto, sigo organizando el sistema de clasificación de los expedientes de los presos en período de iniciación. Yo mismo seguiré siendo uno de ellos otra semana más.

Cuando llega el señor New, deja su ejemplar del *Times* en la cocina, ejemplar que recoge a las seis antes de irse a casa.

Estoy acostumbrándome poco a poco a una nueva rutina. Ahora conozco a los nuevos presos a medida que van llegando y averiguo qué problemas tienen antes de que vean a un funcionario. Muchas veces se han equivocado de oficina o, simplemente, no tienen el formulario correcto. Muchos quieren que los evalúen para la clasificación de riesgos, mientras que otros necesitan ver al director, cuyo despacho está en el módulo de administración, en el otro extremo de la cárcel. Pero el verdadero problema es el propio señor New, porque muchos internos creen que si su solicitud no tiene su visto bueno, no llegará a instancias superiores. Esto se debe en parte a que se interesa por todos y cada uno de los presos, pero sobre todo a que les dedica tiempo. Muchas veces llega incluso a pasar veinte minutos con ellos para escuchar sus problemas cuando lo único que se necesita es firmar un formulario, lo que hace que otros cuatro presos tengan que esperar sentados en la sala de espera hasta que él termine.

Un día cualquiera, unos treinta presos visitan la SMU. Debo tener cuidado con no sobrepasar el límite, porque los internos tienen que verme como a alguien que defiende sus intereses, mientras que los funcionarios tienen que pensar que estoy contribuyendo a reducir su carga de trabajo. Desde luego, necesito un mayor estímulo intelectual

que hacer tazas de té, pero por mucho que me esfuerce, la paga sigue siendo de 25 peniques por hora, 8,50 libras a la semana.

12:00 horas

Voy a por mi almuerzo: pastel de verduras y alubias. Hoy no hay pudin. Vuelvo con mi bandeja a la SMU y leo el *Times*.

14:00 horas

Un preso entra en la sala y exige que lo pongan en libertad por motivos humanitarios porque su madre está enferma. El señor Downs, un astuto funcionario con mucha experiencia, le dice que enviará a un oficial de la libertad condicional a ver a su madre para que decidan si deben ponerlo en libertad o no. El preso se retira sin decir ni media palabra. El señor Downs llama inmediatamente al oficial de la libertad condicional de Leicester, por si la madre del preso está realmente enferma.

Bob (cadena perpetua) viene a ver a la psiquiatra, Christine. Bob se está preparando para la vida en el exterior una vez que salga en libertad, posiblemente el año que viene, pero antes de que eso pueda suceder, tiene que realizar diez visitas a la ciudad sin que haya ninguna incidencia. Una vez que lo haya logrado, le dejarán salir los fines de semana sin supervisión. A continuación, las autoridades evaluarán si está listo para salir en libertad. Bob lleva veintitrés años en prisión años, con una sentencia original de quince, pero, tal como señala Christine, por mucho que ella recomiende su puesta en libertad, al final la decisión siempre depende del Ministerio del Interior.

Christine se reúne conmigo en la cocina y me habla de un condenado a perpetua que salió en su primera visita a la ciudad después de veinte años. Le dieron veinte libras para que se acostumbrara a comprar en un supermercado. Cuando llegó a la caja registradora y le preguntaron cómo quería pagar, salió corriendo, dejándose allí toda la compra. No supo gestionar cómo tomar una decisión.

—También tenemos que preparar a todos los condenados a perpetua para la cocina de supervivencia. —Y a continuación añade—: No olvide que algunos presos llevan veinte años comiendo tres comidas cocinadas al día, y están tan institucionalizados que no saben ni freírse un huevo.

El siguiente condenado a perpetua que va a ver a Christine es Mike. Después de veintidós años en prisión (tiene cuarenta y nueve),

Mike también está a punto de cumplir la totalidad de su sentencia. Me invita a cenar el domingo por la noche (pollo al *curry*). Está decidido a demostrar que no solo puede cuidar de sí mismo, sino también cocinar para otros.

17:00 horas

Voy a la cantina y me siento con Ron el estafador y Dave el granjero de avestruces a comer coliflor con queso. Ron afirma que la comida de North Sea Camp es tan buena como la de la mayoría de los restaurantes de autopista. Sin duda, eso es un cumplido para Wendy.

18:00 horas

El señor Hughes (el supervisor de mi galería) me informa de que puedo trasladarme a la habitación doce del pasillo de no fumadores.

Cuando localizo la habitación, descubro que está sucísima, y que los únicos muebles son una cama individual sin hacer, una mesa y una silla. Me entra la desesperación. Lo mío es tan patético en momentos como este…

En la celda de enfrente hay un preso llamado Alan que está limpiando su habitación y que se ofrece a ayudarme. Le pregunto cuánto me cobraría por transformar mi habitación para que luzca el mismo aspecto que la suya.

—Cuatro tarjetas telefónicas —dice (ocho libras).

—Tres —regateo. Está de acuerdo. Le digo que volveré a las ocho y cuarto para el recuento y ver cómo va.

20:15 horas

Me presento a la hora del recuento antes de ir a ver mis nuevos aposentos. Alan ha contratado a un ayudante y se están dejando la piel: mientras Alan limpia los armarios, el ayudante se ocupa de las paredes. Les digo que volveré a las diez y saldaré mis deudas. El único problema es que no tengo tarjetas telefónicas ni las tendré antes del pedido del economato del miércoles. Doug acude en mi rescate y asume el papel de Darren como proveedor de bienes esenciales.

Doug parece angustiado. Me dice que su hija de catorce años ha sufrido un ataque epiléptico; mañana le dejarán ir a casa a verla.

Nos ponemos cómodos para la película de la noche y el señor Hocking, el supervisor de seguridad, se sienta con nosotros. Me

advierte que hay un periodista del *News of the World* rondando por las instalaciones, pero, con un poco de suerte, se caerá en el estuario del Walsh. Justo antes de irse, le pregunta a Doug si se va a ir a casa al día siguiente.

—Sí, me voy a ver a mi hija; estaré de vuelta a las siete —confirma Doug.

—Entonces necesitaremos a alguien de guardia para cuando se vaya la enfermera, a la una. No podemos olvidar la cantidad de fármacos y drogas que hay en este edificio. ¿Estarías dispuesto a ser ordenanza temporal del módulo de enfermería, Jeffrey? —pregunta.

—Sí, por supuesto —respondo.

22:00 horas

Vuelvo al módulo para la hora del recuento, antes de ir a ver mi habitación. No la reconozco. Está impecable. Doy las gracias a Alan, que está sentado en la esquina de la cama.

Me dice que está cumpliendo una sentencia de doce meses por tráfico de bienes robados. Es dueño de dos tiendas de muebles, en Leicester, cuyo volumen de negocio el año pasado fue de un poco más de 500 000 libras, con un beneficio de alrededor de 120 000 libras. Tiene mujer y dos hijos, y entre todos mantienen el negocio en marcha hasta que cumpla la totalidad su condena, dentro de cuatro semanas. Es su primer delito, y, desde luego, pertenece a la categoría de «nunca más».

22:45 horas

Paso mi primera noche en North Sea Camp en mi propia habitación. Sin música, sin humo de tabaco y sin molestias de ningún tipo.

DÍA 94

Sábado, 20 de octubre de 2001
6:00 horas

Los fines de semana son mortales en una cárcel. Jules, mi compañero de celda en Wayland, solía decir que el único momento en que no estás encerrado es mientras duermes; así, los fines de semana, muchos de los presos se quedan en la cama. Yo soy afortunado porque tengo la escritura para entretenerme.

8:00 horas

Veo a Matthew, que debió de volver de Canterbury anoche. Su padre sigue en coma. Me acompaña a la oficina para llamar al hospital. Aunque mi semana de trabajo oficial es de lunes a viernes, no es raro que haya un funcionario de guardia en la SMU los sábados por la mañana.

El señor Downs y el señor Gough ya están sentados a sus mesas y, después de prepararles a ambos una taza de té, Matthew me hace un repaso de cuáles son mis tareas oficiales para cualquier día o semana. Si tuviera que ceñirme exclusivamente a lo que se requiere de mí, no me llevarían más de un par de horas al día.

Nos sentamos a tomarnos una taza de té (Bovril para mí) y Matthew me cuenta su año de pesadilla: tiene veinticuatro años, mide poco más de seis pies, es delgado, con el pelo oscuro y es un joven guapo sin ser consciente de que lo es. Es muy inteligente, pero también bastante torpe, y está completamente fuera de lugar en la cárcel. Estudió antropología marina en la Universidad de Manchester y hará su doctorado cuando salga en libertad. Le pregunto si es un explorador o un académico.

—Un académico —responde sin dudarlo.

Su primer trabajo después de terminar la universidad fue como voluntario en un museo de su ciudad natal. Estaba contento con el trabajo, pero no tardó en decidir que quería volver a la universidad. Fue entonces cuando su madre contrajo esclerosis múltiple y las cosas empezaron a torcerse. Cuando su madre no tuvo más remedio que quedarse postrada en la cama, él y su hermanase turnaban para

ayudar en la casa para que así su padre pudiera seguir trabajando. Aquella carga de trabajo extra suponía una tensión tremenda para los tres. Una tarde, mientras trabajaba en el museo, Matthew se llevó a casa unas monedas antiguas para examinarlas. No he utilizado la palabra «robar» porque devolvió todas las monedas al cabo de unos días, pero el incidente le pesaba tanto en la conciencia que informó a su superior. Matthew creyó que la cosa acabaría ahí, pero alguien decidió denunciar el incidente a la policía. Matthew fue detenido y acusado de abuso de confianza. Se declaró culpable, y la policía le aseguró que no pedirían una condena de prisión. Su abogado también era de la misma opinión, y le explicó a Matthew que seguramente lo dejarían en una suspensión de la pena o lo condenarían a una pena de trabajos en beneficio de la comunidad. El juez lo condenó a quince meses de prisión[5].

Matthew es el típico ejemplo de alguien que no debería haber entrado en la cárcel: cien horas de trabajos comunitarios podrían haberle resultado útiles, pero este chico se ha pasado los últimos tres meses de su vida entre asesinos, drogadictos y ladrones. Puede que no se lance de cabeza a la delincuencia para el resto de su vida, pero ¿cuántas personas menos inteligentes acabarían haciendo justo eso? El sistema que permite que una persona así acabe en la cárcel es un sistema perverso.

Mi exsecretaria, Angie Peppiatt, me robó miles de libras y aún no la han detenido. Lo siento mucho por Matthew.

12:00 horas

El almuerzo de hoy es tan malo como el de Belmarsh o Wayland. Matthew me dice que Wendy tiene el día libre. Tengo que acordarme de bajar a comer solo cuando Wendy esté de servicio.

14:00 horas

Me presento en el módulo de enfermería y asumo las tareas de Doug mientras él está viendo a su hija. Me preparo, acompañado de un vaso de zumo de grosella negra y una botella de Evian, para ver a Inglaterra masacrar a Irlanda y ganar el Grand Slam, la Triple Corona y… a fin de cuentas, somos muy superiores sobre el papel. Por desgracia, el *rugby* no se juega sobre el papel, sino en el campo de juego. Irlanda nos machaca 20-14 y el equipo vuelve a la Isla Esmeralda sonriendo de oreja a oreja.

Todavía estoy de malhumor cuando un preso negro, alto y apuesto

entra en la sala. Se llama Clive. Solo espero que no esté enfermo, porque si lo está, soy la última persona que necesita. Me dice que está cumpliendo el último tercio de su condena, y que acaba de volver de un permiso domiciliario de una semana, como parte de su programa de reinserción.

Clive y yo somos los únicos presos que tenemos el privilegio de visitar a Doug por las tardes. No tardo en descubrir por qué Doug disfruta tanto con la compañía de Clive: es un hombre brillante, cáustico y divertido, y se podría decir incluso que es más listo que el hambre. Dejad que os ponga un ejemplo de hasta qué punto conoce los entresijos del sistema y sabe cómo burlarlos.

Durante la semana, Clive trabaja como encargado en una empresa de envasado de fruta de Boston. Sale de la cárcel después del desayuno, a las ocho, y no vuelve hasta las siete de la tarde. Por ese trabajo le pagan doscientas libras a la semana, así que, de lunes a viernes, North Sea Camp es poco más que una pensión, y el único día que ha de pasar en la cárcel es el domingo. Pero Clive también tiene una solución para eso.

Dos domingos de cada mes los tiene ocupados con las visitas reglamentarias a la ciudad, mientras que el tercer domingo se le permite quedarse allí a pasar la noche.

—Pero ¿qué pasa con el cuarto o quinto domingo? —le pregunto.

—Exento por motivos religiosos —me explica.

—¿Pero por qué, si hay una capilla en las propias instalaciones? —insisto.

—La que hay en las instalaciones es tu capilla —dice Clive—, porque tú eres de la iglesia anglicana. Yo no, yo soy testigo de Jehová —añade—. Tengo que ir a mi lugar de culto al menos un domingo al mes, y resulta que el más cercano está en Leicester.

Después de tomar un café, Clive me invita a su habitación en el módulo sur para jugar una partida de *backgammon*. Su habitación no mide cinco pasos por tres, ni siquiera siete por tres: es nada más y nada menos que de diez pasos por diez. De hecho, es más grande que mi dormitorio en Londres o Grantchester.

—¿Cómo has conseguido una habitación tan grande? —le pregunto mientras nos sentamos en lados opuestos del tablero.

—Bueno, antes era un almacén —explica—, hasta que lo rehabilité.

—Pero aquí caben cuatro presos perfectamente.

—Es verdad —dice Clive—, pero no olvides que también soy el responsable de asuntos raciales, así que solo dejan que compartan habitación conmigo los presos negros. Y no hay muchos presos negros en las cárceles de categoría D —añade con una sonrisa.

Hasta que Clive lo ha mencionado, no me había percatado del súbito descenso en el número de población negra después de Wayland. Pero he visto a algunos reclusos negros en North Sea Camp, así que pregunto por qué no les dejan compartir la habitación con él.

—Todos empiezan a cumplir condena en el módulo norte y ahí es donde se quedan —ofrece por toda explicación. También me gana al *backgammon*… dejándome con tres barritas Mars menos.

DÍA 95

Domingo, 21 de octubre de 2001
6:00 horas

El domingo es día de descanso, y si hay algo que no necesitas en la cárcel es un día de descanso.

8:00 horas

La SMU está abierta porque el señor Downs está trasladando carpetas de expedientes de su despacho al módulo de administración antes de asumir sus nuevas responsabilidades. El viernes llegaron quince presos nuevos, así que tengo una excusa para preparar sus expedientes y sus tarjetas de identidad.

La cárcel de North Sea Camp, con capacidad para 220 presos, raramente alberga más de 170 internos a la vez. Como tienen derecho a estar a menos de cincuenta millas de sus familias, el hecho de que la cárcel esté situada en la costa este de Inglaterra limita enormemente el área de alcance. En estos momentos dos de los pabellones están de reformas, lo que demuestra la falta de presión sobre la ocupación de la cárcel[6]. La rotación de North Sea Camp es de unos quince presos a la semana. Lo que estoy a punto de revelar es común en todas las cárceles de categoría D y de ningún modo exclusivo de North Sea Camp: como promedio, cada semana se fuga un preso (no vuelve al centro penitenciario), las cifras tienden a aumentar en Navidad y a disminuir un poco en verano, por lo que North Sea Camp pierde alrededor de cincuenta presos al año; eso explica la necesidad de hacer un recuento cinco veces al día. Muchos de los fugitivos regresan en el plazo de las siguientes veinticuatro horas, después de pensárselo mejor, y entonces les alargan la condena veintiocho días. Unos pocos, en su mayoría extranjeros, regresan a sus países y nunca más se vuelve a saber de ellos. Hace poco, dos holandeses se fugaron y los recogió una lancha, ya que la playa está a solo cien yardas de los límites de la cárcel. Estaban ya en Holanda antes del siguiente recuento.

A la mayoría de los fugitivos los vuelven a atrapar enseguida, muchos solo llegan hasta Boston, a solo seis millas de distancia. Luego los trasladan a una cárcel de categoría C, con sus muros altos y sus

alambradas, y nunca, bajo ninguna circunstancia, les dejarán volver a una cárcel de régimen abierto, aunque más adelante los condenen por un delito menor. Unos pocos, muy pocos, se escapan para siempre, pero entonces tienen que pasar el resto de su vida en perpetuo estado de alerta.

Hay incluso casos de esposas o novias que envían a sus maridos o compañeros de vuelta a la cárcel, y hubo un caso de una suegra que llevó de la oreja a un preso díscolo hasta la puerta principal, diciendo que no quería volver a verlo hasta que cumpliera su condena.

Todo esto viene a cuento por algo que ha ocurrido hoy. Cuando te conceden un permiso de fin de semana, tienes que estar de vuelta antes de las siete de la tarde del domingo, y si llegas tarde, aunque solo sea un minuto, te abren un parte. Ayer, una mujer estaba llevando a su marido de vuelta a la cárcel con el coche cuando empezaron a discutir acaloradamente. La mujer detuvo el coche y dejó a su marido en el arcén de la carretera a unas treinta millas de la cárcel. El hombre corrió a la cabina telefónica más cercana para informar a la prisión de lo que había pasado y enviaron un taxi a recogerlo. Firmó en el registro más de una hora tarde. Le descontaron treinta libras de su cuenta de peculio para pagar el taxi y le han abierto un parte.

14:00 horas

Salgo a dar una caminata de dos millas con Clive, quien —algo insólito— está pasando un domingo en la cárcel. Hablamos de los periódicos de la mañana. Me pintan o bien trabajando en la granja o en la enfermería, o limpiando las letrinas, o comiendo solo, o señoreando a todo el personal. Sin embargo, nada supera al *Mail on Sunday*, que publica una foto mía bastante borrosa que demuestra que me he negado a llevar la ropa de la cárcel, y eso a pesar de que llevo unos vaqueros y una sudadera gris (todo ropa de la cárcel) en la foto.

Después de nuestro paseo, Clive y yo nos echamos unas partidas de *backgammon*. Él juega en otra liga, así que decido aprovechar su superioridad y convertir cada sesión en un tutorial.

18:00 horas

Escribo durante dos horas y luego me presento ante el señor Hughes a la hora del recuento.

21:00 horas

Doug, Clive y yo vemos una magnífica película de época ambientada en Guildford y Cornwall en 1946. Mike (cadena perpetua) aparece a los veinte minutos de la película, con un pollo al *curry* en envases de plástico, como parte de su curso de cocina de reinserción. Doug lo sirve en platos de porcelana, un verdadero lujo en sí mismo, aunque tengamos que usar cuchillos y tenedores de plástico.

Me lo como muy despacio, saboreando cada bocado.

DÍA 96

Lunes, 22 de octubre de 2001
8:30 horas

Llevo una semana en North Sea Camp y empiezo a pensar que ya sé cómo funciona esto.

Me presento a trabajar en la SMU. Matthew me enseña a rellenar un formulario de pedido de cualquier material necesario para la oficina, formulario que luego se enviará a las tiendas, que se encargarán de poner el material a nuestra disposición a lo largo del mismo día. Descubrimos un pedido pendiente con fecha del 5 de octubre para archivos y papel, marcado como urgente, y otro para del 15 de octubre, marcado como muy urgente. La falta de eficiencia es algo endémico en algunas partes del servicio de instituciones penitenciarias. Millones de libras de los contribuyentes se desperdician cada año. Los departamentos responsables cambian de una prisión a otra, pero para daros un pequeño ejemplo: hace unos años, en la cárcel de Gartree había un preso que era un peligroso asesino y al que había que trasladar de celda, a una distancia de menos de cien yardas. Se presentaron quince funcionarios para trasladarlo, una operación que duró cinco minutos. Los quince funcionarios reclamaron cuatro horas extras. ¿Que cómo lo sé? Me lo contó un oficial superior que antes trabajaba en Gartree.

12:00 horas

Matthew y yo almorzamos en la cantina con los demás ordenanzas. Roger (cadena perpetua, asesinó a su esposa) se sienta con nosotros; me regaña por la derrota de Inglaterra ante Irlanda del sábado.

—Pero, con ese acento, ¿tú no eres galés? —me arriesgo a decir.

—Sí —contesta—, pero no me importa quién gane a los ingleses. Es uno de los pocos placeres de los que disfruto aquí dentro.

13:00 horas

El señor New llega a la oficina después de haber pasado la mañana en el juzgado por un asunto doméstico. Uno tiende a olvidar que los

funcionarios de prisiones tienen sus propios problemas.

Matthew y yo hablamos de cómo mejorar la eficiencia de la oficina. Me gustaría vaciar y limpiar todos los cajones y armarios y empezar de ordenarlos de nuevo. Él se muestra de acuerdo. Estamos a punto de empezar cuando la puerta se abre y entra el director. El señor Lewis me saluda con una sonrisa cálida y jovial. Le pide a Matthew que nos deje a solas y va directo al grano.

—Los periodistas —me dice— siguen acampados a ambos lados de la prisión.

Añade que han pillado a un recluso con una cámara y un teleobjetivo muy caros en su habitación. Lewis no tiene ni idea de qué periódico los habrá metido a escondidas ni de cuánto dinero habrá de por medio. El preso en cuestión ya va de camino a un centro de categoría C, y no podrá volver a una cárcel de régimen abierto. Al parecer, varios presos se han quejado de que los periodistas invaden su intimidad, y el director les ha asegurado que si aparece una fotografía de ellos en un periódico nacional, pueden presentar denuncia, posibilidad a la que, por lo visto, yo no tengo derecho. Luego hablamos de mi traslado a Spring Hill antes de que el director le diga a Matthew que ya puede volver a entrar. El señor Lewis le da otros dos días más de permiso por motivos humanitarios, lo que le permitirá a Matthew pasar cinco días con su padre. Lewis parece ser capaz de combinar la compasión y el sentido común respetando las directrices del Ministerio del Interior.

16:00 horas

El señor New vuelve a la oficina, ansioso por saber para qué quería verme el director. No le menciono el tema de la cámara, ya que Lewis me ha pedido expresamente que no lo haga. Le digo que el señor Lewis tiene la intención de hablar con el director de Spring Hill, pero que deja todo el papeleo en sus manos.

—Eso ya está encauzado —me responde New—. Ya he enviado toda la documentación a mi homóloga.

16:30 horas

Le pregunto a Matthew, en una visita a su habitación en el módulo sur, si podría rehacer la «lista de necesidades de los funcionarios» que está en la parte de atrás del armario de la cocina, para que sea tan brillante como la de Doug en el módulo de enfermería. Echo un vistazo a la estantería de Matthew: Plinio el Joven y Augusto César.

Me pregunta si he leído a Heródoto.

—No —le confieso—. Todavía estoy en 1774, leyendo sobre John Adams y el Primer Congreso continental. Necesitaré una sentencia un poco más larga si quiero volver al 484 a. C.

17:00 horas

Vuelvo a mi habitación. Odio el módulo norte. Hay mucho ruido, está sucio y huele fatal (estamos frente a la piara de cerdos). Me encierro y escribo durante un par de horas.

19:00 horas

Voy a ver a Doug (evasión de impuestos) al módulo de enfermería. Me deja usar su baño. Una vez que me he bañado y me he puesto ropa limpia, me siento casi humano.

Clive (estafa) se reúne con nosotros después de su trabajo diurno en la fábrica de envasado de fruta. Me dice que sus compañeros de trabajo se creen todo lo que leen sobre mí en el *Sun* y el *Mirror*. Me desespero.

20:15 horas

Salgo de la enfermería antes de la hora del recuento y vuelvo a mi habitación a escribir un par de horas. Por el sistema de megafonía siguen reclamando que Jackson se presente para el recuento. Probablemente ya está a mitad de camino de Boston.

22:00 horas

Último recuento. El señor me Hughes hace una seña desde el otro extremo del pasillo para indicarme que ya ha marcado mi nombre. Ya se ha dado cuenta de que sería el último en fugarme. Desde luego, no me veo capaz de llegar a mitad de camino de Boston antes de que me pillaran de nuevo.

DÍA 97

Martes, 23 de octubre de 2001
6:03 horas

Todos los condenados a perpetua de North Sea Camp están a punto de cumplir su sentencia y se preparan para reintegrarse al mundo exterior. El hecho de que hayan progresado de una cárcel de categoría A, a luego la B, la C y la D en un período de veinte años es la prueba de que quieren una segunda oportunidad.

Una de las cosas más fascinantes sobre los asesinos —y tenemos más de una docena en North Sea Camp— es que no se puede generalizar sobre ellos. Sin embargo, he descubierto que, básicamente, se dividen en dos categorías: aquellos cuyo primer delito fue ese asesinato y no es probable que vuelvan a delinquir, sobre todo después de veinte años de cárcel, y los que son malas personas y deberían permanecer encerrados en una cárcel de máxima seguridad el resto de sus vidas.

Casi todos los condenados a perpetua de North Sea Camp pertenecen a la primera categoría; de lo contrario, nunca habrían llegado a una cárcel de régimen abierto. Ahora Bob, Chris, Mike y Roger son todos hombres de mediana edad e inofensivos. Puede que esto os parezca extraño a los lectores de este diario, pero cuando estoy con ellos no siento el miedo que sí experimento con algunos de los desaprensivos más jóvenes a los que solo les quedan unas pocas semanas de condena.

8:30 horas

Matthew empieza a limpiar el armario y los cajones mientras yo me concentro en los nuevos presos. Son quince, y para cuando he aclarado las dudas y preguntas del último, ya es la hora de almorzar.

12:00 horas

El almuerzo es memorable solo porque Wendy dice que falta mi hoja de solicitud del menú. Sospecha que me la han robado y que mañana aparecerá publicada en alguno de los tabloides. Me da una nueva,

pero me pide que no escriba mi nombre en la parte superior ni que la firme, que solo le entregue la hoja.

14:00 horas

Mientras limpiaba los cajones, Matthew se ha encontrado una caja de bolígrafos marcada con la fecha de 1987 y un libro de contabilidad con las iniciales GR y una corona encima. Dos horas más tarde, todos los estantes ya están lavados y fregados. Todos los documentos que necesitamos para los reclusos nuevos están apilados en montones ordenados y tenemos tres bolsas de basura llenas de material obsoleto.

16:45 horas

Me reúno con Doug y Matthew para cenar: salchichas vegetarianas y puré.

17:00 horas

De vuelta en mi habitación escribo durante dos horas. Mañana tengo que ir al gimnasio como sea; repito, tengo que ir al gimnasio.

DÍA 98

Miércoles, 24 de octubre de 2001
8:30 horas

Hoy se reúne el comité de asignación de trabajo. Es necesario asignar un puesto a todos los reclusos nuevos que hayan completado sus entrevistas, de lo contrario, no recibirán ninguna retribución económica. El comité está formado por dos miembros de la dirección (la granja y otras actividades) y por un funcionario de rango superior. Antes de que se presenten ante el comité, informo a cada uno de los presos sobre lo que cabe esperar de la reunión, ya que pasé por el mismo proceso hace solo una semana. Les digo que resulta útil saber de antemano lo que quieren hacer, y uno de ellos, un joven asiático muy listo llamado Ahmed, me dice que él lo que quiere es mi trabajo. Otro, el señor Clarke, me dice que tiene sesenta y siete años y que le interesa un trabajo de limpieza a tiempo parcial, de un par de horas al día tal vez. Subo inmediatamente y pregunto al comité si podrían asignarlo a esta oficina, lo que me permitiría concentrarme en los nuevos ingresos semanales y en los distintos presos que aparecen a lo largo del día para hablar de sus problemas. Me dicen que lo pensarán.

12:15 horas

Vuelvo a la SMU después del almuerzo y me encuentro a un funcionario del departamento antidroga en la cocina. Su labrador negro, Jed, está husmeando y olisqueándolo todo. Intento pasar desapercibido quedándome al fondo de la sala y escucho la conversación que mantiene con el señor New. Parece que va a haber nuevas medidas contundentes en materia de drogas. El funcionario le explica a New que el año anterior les encontraron droga encima a treinta y seis visitantes durante los vis a vis, dos de ellos eran abogados y otro un procurador. Esto me resulta tan chocante que le pregunto más tarde al señor New si se lo cree. Asiente con la cabeza. Irónicamente, el titular en del *Times* de hoy reza así: ¿Se va a legalizar el cannabis?

Salgo de la oficina a la una y media, puesto que yo mismo tengo hoy un vis a vis.

14:00 horas

Alison, mi asistente personal, David, mi chófer, y Chris Beetles están sentados en una pequeña mesa cuadrada en la sala de visitas, esperándome. Después de comprar unas Coca-Colas *Light* y unas chocolatinas, sobre todo para mí, nos ponemos a hablar de todo menos de la cárcel: los temas que tratamos van desde Joseph, mi mayordomo, que está en el hospital, gravemente herido tras ser atropellado por un autobús cuando iba de camino al trabajo; hasta la inundación del cenador del fondo del jardín en Grantchester, pasando por cómo está respondiendo la población a los acontecimientos del 11 de septiembre.

A continuación, Alison y yo revisamos mis cartas personales y la lista de personas que han pedido venir a verme a North Sea Camp. Esas visitas semanales son un reconstituyente maravilloso, pero también sirven para recordarme lo mucho que echo de menos a mis amigos, encerrado en este lugar dejado de la mano de Dios.

16:00 horas

Regreso a la oficina y me encuentro al señor New y a un funcionario de seguridad, el señor Hayes, que están esperándome para hablar conmigo. Los fotógrafos no se van. Uno ha llegado incluso a ofrecer al señor Hayes quinientas libras para la organización benéfica que él elija si accedo a posar para una foto. Me niego, consciente de cuánto dinero más iría a parar a los bolsillos del periodista. Es ilegal fotografiar a un preso que está cumpliendo condena en una cárcel, aunque eso no parece preocupar a ninguno de los buitres que merodean por aquí. Los dos funcionarios me prometen que harán todo lo posible por mantenerlos a raya. A continuación, New me dice que han encontrado otra cámara de fotos en la habitación de un recluso, y que han trasladado al preso en cuestión a una cárcel de régimen cerrado esta misma mañana. Intento concentrarme en mi trabajo.

19:00 horas

Voy al economato y descubro que tengo dieciocho libras con cincuenta en mi cuenta de peculio: diez libras de mi propio dinero y ocho libras con cincuenta que me ingresan como salario semanal. Solo mis cuchillas *Gillette* ya cuestan 4,29 libras, y dos tarjetas telefónicas, cuatro libras, así que no queda mucho para extras como pasta de dientes, jabón, botellas de agua Evian y acaso alguna barrita de

chocolate. Esto solo lo digo de pasada, no vaya a ser que alguno de vosotros crea que estoy, tal como sugieren los tabloides, viviendo a cuerpo de rey.

19:15 horas

Voy andando hacia la enfermería y disfruto del aire fresco del campo, aunque el entorno sea bastante sombrío. Doug me dice que están procesando mi solicitud de traslado a Spring Hill. Pero ¿cómo sabe eso Doug antes que el señor New? Resulta que tiene un amigo (recluso) que trabaja en el módulo de administración de Spring Hill.

Me doy un prolongado baño de agua caliente. Gloria bendita.

DÍA 99

Jueves, 25 de octubre de 2001
8:30 horas

El señor Simpson (libertad condicional) y el señor Gough (funcionario de iniciación) son los primeros en llegar a la oficina. Me dan la lista de citas previas de hoy, lo cual tiene dos ventajas: puedo procesar a los internos que han reservado hora mientras me ocupo de los que se pasan por allí inopinadamente. El señor Clarke (delito aún indeterminado), nuestro limpiador de sesenta y siete años, también aparece a su hora. Matthew repasa sus tareas con él mientras yo preparo el té para los funcionarios.

10:10 horas

El señor Hocking (funcionario de seguridad) se presenta en la cocina para informarme de que un fotógrafo del *Daily Mail* (que tiene el pelo más largo que cualquiera de los internos) se ha atrincherado en las tierras de un granjero local. Podrá sacarme todas las fotos que quiera cuando vuelva al módulo norte. Hocking va a pedir permiso al granjero para echarlo.

10:30 horas

El señor Clarke ha hecho un trabajo extraordinario: no solo ha dejado impecable la oficina, sino que mañana planea atacar la sala de espera, que ahora mismo está que da pena.

12:00 horas

Almuerzo con Malcolm (estafa y ordenanza de la biblioteca). Es un hombre de pocas palabras, educado e inteligente, e incluso vestido con la ropa de la cárcel tiene un aire de profesional. ¿Qué puede haber hecho para acabar aquí?

13:00 horas

El señor New aparece y luego desaparece en el piso de arriba para reunirse con el señor Simpson, el agente de la libertad condicional. Esta tarde se entrevistarán con tres presos para hablar de sus planes en relación con la sentencia. Normalmente eso significa que al recluso en cuestión solo le quedan unos pocos meses de condena que cumplir, así que hay que decidir si está listo para trabajar fuera de la cárcel y si es apto para el control telemático mediante dispositivos electrónicos.

Los factores principales que deben tenerse en cuenta son:

a. Basándose en el historial del preso, ¿tiene probabilidades de reincidir?
b. ¿Tiene antecedentes de violencia?
c. ¿Consume o tiene antecedentes de consumo de drogas?
d. ¿Ha completado todas sus visitas a la ciudad, y su semana de permiso, sin incidentes?

En función de la respuesta que se marque en todas esas casillas, el preso puede albergar esperanzas de obtener su puesta en libertad anticipada, es decir, una sentencia de dos años se convierte en un año con dos meses adicionales sujeto a control telemático. Los tres solicitantes de hoy salen de la SMU con una sonrisa en la cara.

14:20 horas

El señor Hocking vuelve acompañado por un oficial de policía. Me dice que han encontrado otra cámara en la habitación de un recluso. Una vez más, el preso en cuestión ha sido trasladado a una cárcel de categoría C. Es el tercero en lo que llevamos de semana. Está claro que el periódico responsable lo intentará de nuevo. Unas cuantas semanas más igual y yo seré el único preso residente aquí aún.

16:30 horas

El señor Lewis, el director general, llama para hablar del problema del atosigamiento de los fotógrafos, siempre al acecho. Me pregunta si quiero volver a Wayland.

—Tiene que estar de broma —son mis palabras exactas.

El señor New me explica más tarde que solo me lo ha preguntado para proteger al servicio de instituciones penitenciarias, para que cuando al final aparezca una foto mía en los medios yo no pueda decir

que no me dieron la oportunidad de volver a las condiciones de una cárcel de régimen cerrado.

17:00 horas

Cena con Malcolm (estafa), Roger (asesinó a su esposa), Martin (posesión de un arma de fuego que se disparó) y Matthew (abuso de confianza). Toda la conversación gira en torno a un fugitivo que echaba tanto de menos a su novia que decidió dejarnos. Solo le quedaban nueve semanas para salir en libertad.

DÍA 100

Viernes, 26 de octubre de 2001

Un siglo de días en la cárcel.

8:07 horas

Desayuno. Como es viernes, nos ofrecen productos de fin de semana: una bolsa de plástico con media docena de bolsitas de té, cuatro sobres de azúcar, un poco de sal y pimienta y un par de porciones de mantequilla. Quienes hayáis leído los dos volúmenes anteriores de este diario recordaréis mis días en Belmarsh, cuando formaba parte de una cadena de presidiarios, junto con otros cinco presos, introduciendo bolsas de té en una bolsa de plástico. Bueno, finalmente han aparecido en North Sea Camp. Lo cierto es los presos hacen contribuciones útiles que pueden aprovecharse en otras cárceles, ahorrándole así dinero al contribuyente y dando a los internos una ocupación además de un pequeño salario semanal. Por ejemplo, los paños de cocina se hicieron en Dartmoor, las toallas de baño verdes en Liverpool, las sábanas marrones y las fundas de almohada en Holloway y mis mantas en Durham.

Bueno, no nos olvidemos todavía de las bolsitas de té, porque Doug me acaba de decir, mientras se comía sus huevos con beicon, que han enviado a un condenado a perpetua a la cárcel de Lincoln por posesión de droga. ¿Y dónde han encontrado esa droga? Pues ni más ni menos que en sus bolsitas de té. El personal de seguridad irrumpió en su habitación esta mañana y encontró sesenta bolsas de té que contenían cannabis, junto con cuarenta libras en efectivo, lo que consideran una prueba de que era un traficante. Y ahora centrémonos en el aspecto más ridículo, triste, estúpido, demencial (escoged el adjetivo que queráis) de esta historia: el preso en cuestión iba a salir en libertad condicional dentro de once semanas. Ahora va a pasar los próximos dieciocho meses en una cárcel de categoría B antes de pasar a un centro de categoría C, probablemente durante un par de años, antes de que le dejen volver a una cárcel de categoría D dentro de unos cuatro años. Doug añade que el personal de seguridad no sabía lo que se traía entre manos hasta que otro preso lo delató.

—¿Y por qué iba alguien a hacer una cosa así? —pregunto.

—Probablemente para salvar su propio pellejo —responde Doug—. Tal vez estaban a punto de trasladarlo a él por un delito menor, así que les ofreció poder pescar un pez más gordo a cambio de un indulto. Eso pasa todos los días.

8:30 horas

Cuando llego a la SMU, Clarke ya está esperando junto a la puerta. Se pone a vaciar los contenedores de basura inmediatamente y a limpiar el suelo de la cocina. Mientras trabajamos, descubro que este es su primer delito, que está cumpliendo una condena de quince meses por malversación de fondos y que saldrá en libertad en marzo.

10:00 horas

El correo de la mañana me trae una carta certificada de mis abogados. Leo las hojas con manos temblorosas. Han denegado mi recurso de apelación contra la condena, y solo han aceptado mi recurso de apelación contra la duración de la sentencia. No puedo describir lo mucho que me deprime la noticia.

12:00 horas

Almuerzo. Doug señala con la cabeza en dirección a otro preso que toma asiento en la mesa de al lado.

—Ese es Roy —me dice—. Es un ladrón, y esta es su condena número quince. Cuando el juez dictó sentencia, esta vez de una condena de seis meses, le dijo: «Gracias, su señoría, eso está chupado». «Pues entonces añadiré un par de meses más para que no se te seque tanto la lengua», le respondió el juez.

15:00 horas

Llamo a mi abogado, Nick Purnell QC. Cree que a pesar de todo deberíamos apelar contra la condena porque se han pasado por alto tres elementos de nuestra defensa. ¿Cómo puede Ted Francis ser inocente si yo soy culpable? ¿Cómo se puede confiar en las pruebas presentadas por la señora Peppiatt cuando en el estrado confesó que era una ladrona? ¿Cómo puedo haber cometido un delito de obstrucción a la justicia, cuando el abogado de la otra parte, el señor

Shaw, dijo que nunca había considerado que la fecha del primer diario fuera importante?

También hablamos del testigo que podría ayudarme a probar que Potts no debería haber presidido el juicio. Nick me advierte que Godfrey Barker se está echando atrás y su esposa sostiene que no se acuerda de los detalles.

17:30 horas

Veo a David (asesinato) en el pasillo; exhibe una enorme sonrisa. Mañana pasará el día con su mujer por primera vez en dos décadas. Está muy nervioso por salir solo y me cuenta la triste historia de un preso que fue a visitar la ciudad por primera vez en veinticinco años y estaba tan asustado que se subió a un árbol. Hubo que llamar a los bomberos para que lo rescataran. La policía lo llevó de vuelta a la cárcel y nunca ha vuelto a salir desde entonces.

18:00 horas

Ahora mis tardes empiezan a seguir un mismo patrón: me reúno con Doug a las seis y media y me doy un baño antes de ver las noticias de las siete en el Canal 4.

18:15 horas

Me presento a la hora del recuento y luego vuelvo a echarme unas partidas de *backgammon* con Clive.

22:00 horas

Último recuento.

DÍA 101

Sábado 27 de octubre de 2001
8:07 horas

Hay algunos presos que prefieren permanecer en la cárcel en lugar de salir a la calle: los que se han institucionalizado y no tienen familia, ni amigos, ni dinero ni posibilidades de trabajar. Y luego está Rico.

Rico ha llegado a North Sea Camp esta mañana, procedente de la cárcel de Lincoln. Es su cuarto delito de robo y aquí siempre es bien recibido porque le encanta trabajar en la granja. A Rico le gustan los cerdos especialmente, y la última vez, cuando se fue, los conocía a todos por su nombre. Incluso se echaba a dormir con ellos por la noche… bueno, hasta el último recuento. Tiene una habitación individual, porque nadie está dispuesto a compartirla con él. Esa sí es una forma de conseguir una habitación para ti solo.

9:00 horas

Voy a la SMU, pero como no hay ningún funcionario a la vista, paso las siguientes dos horas escribiendo.

11:00 horas

Intento llamar a Mary a Grantchester, pero por culpa de las últimas inundaciones las líneas telefónicas están cortadas, así que solo oigo un zumbido prolongado.

12:00 horas

De camino al almuerzo me cruzo con Peter (cadena perpetua, incendio provocado), que está barriendo las hojas de la carretera. Peter es húngaro, mide seis pies con cuatro, pesa dieciocho *stones* y ha cumplido más de treinta años por prender fuego a una comisaría de policía, aunque no hubo víctimas mortales.

Almuerzo con Malcolm (estafa), que me dice que su mujer acaba

de salir de Holloway tras haber cumplido una condena de nueve meses por blanqueo de dinero. Las setecientas cincuenta mil libras que ganó él fueron depositadas en su cuenta sin que ella lo supiera (según Malcolm), pero la condenaron igualmente. Malcolm pidió que añadieran la sentencia de ella a la suya, pero el juez se negó.

La esposa o la pareja de un preso es un factor clave para la supervivencia de este. No es tan grave si la sentencia es corta, pero aun así con frecuencia la pareja sufre tanto como él —si no más— estando sola en el exterior. En el caso de Mary, ahora mismo vive rodeada de una atención mediática que no había buscado en absoluto.

16:15 horas

Llaman a la puerta tímidamente. La abro y me encuentro con un preso que quiere hablar sobre un libro que está escribiendo (cosa que ocurre al menos una vez a la semana). Se llama Saman, y es kurdo musulmán. Está trabajando en un libro que se titula *La historia del Kurdistán* y quiere saber si me prestaría a leer algunos capítulos. (Saman estudió Ingeniería en una universidad de Kurdistán). Cuando haya cumplido su condena, Saman quiere establecerse en este país, pero teme que lo deporten.

—¿Por qué estás en North Sea Camp? —le pregunto.

Saman me dice que lo condenaron por causar una muerte por conducción temeraria, por lo que fue sentenciado a tres años. Saldrá en diciembre.

DÍA 102

Domingo, 28 de octubre de 2001
6:00 horas

Hoy es el cumpleaños de mi madre. Habría cumplido ochenta y nueve años.

8:15 horas

Después de desayunar, leo el *Sunday Times* en la biblioteca. Las normas en materia de periódicos difieren de una cárcel a otra, a menudo con unos criterios que no tienen pies ni cabeza. En Wayland te entregaban los periódicos en tu celda, mientras que en North Sea Camp no puedes tener tu propio periódico.

Mientras leo un extenso artículo sobre el ántrax, otro preso lee su ejemplar del *News of the World* y dice:

—Me alegra saber que ganas cincuenta libras a la semana, Jeff.

Los dos nos reímos. Sabe muy bien que a los ordenanzas se les paga 8,50 libras a la semana, y solo los presos que salen a trabajar fuera pueden ganar más. Curiosamente, esta invención descarada o inexactitud ha hecho que mis compañeros de prisión se muestren más compasivos conmigo.

10:00 horas

Llamo a Mary a Grantchester y al fin consigo oír el tono de llamada. Acaba de regresar de Múnich, y me dice que le fue bien. No todos los alemanes saben que su marido está preso. Su libro, *Clean Electricity from Photovoltaics*, fue acogido con grandes elogios entre los asistentes al congreso. Después del esfuerzo de años para terminar el primer volumen, acabó vendiendo 907 ejemplares. Eso sí, cada ejemplar cuesta 110 libras, y según los estándares científicos, es un *best seller*. Me gasto una tarjeta telefónica entera (veinte unidades) para ponerme al día con todas sus novedades.

11:00 horas

Un mensaje por megafonía informa a los reclusos de que pueden presentarse en el centro de detección de drogas para someterse voluntariamente a una prueba. Un resultado negativo puede ayudar con las solicitudes de libertad condicional o de control telemático. Para cuando llego, ya hay una larga cola. Me coloco detrás de Alan (fraude), al que van a trasladar a Spring Hill mañana. Dice que me escribirá y me dirá cómo es en comparación con North Sea Camp, y que tratará de averiguar si hay algún progreso con mi solicitud.

Llego al principio de la cola. El señor Vessey —el de la cara larga y adusta que nunca sonríe— señala un lavabo para que pueda darle una muestra de orina en un botecito de plástico. Luego introduce una tira en el bote que mostrará, con cinco líneas negras separadas, si soy positivo o negativo para toda clase de drogas, desde cannabis hasta heroína. Si aparecen dos pequeñas líneas negras delante de cada droga, entonces estás limpio, mientras que si solo aparece una línea, has dado positivo y tendrás que presentarte ante el director a primera hora de la mañana.

El tercer recluso por delante de mí da positivo en cannabis y monta en cólera cuando Vessey le dice que mañana le abrirán un parte. Se pone furioso y empieza a soltar toda clase de improperios. Vessey sonríe. En mi prueba solo aparecen líneas dobles, lo que es recibido con aplausos burlones por parte de quienes aún están esperando en la cola.

—Y tire su orina por el retrete, Archer —me aconseja el señor Vessey—. De lo contrario, estos de aquí estarán encantados de vendérsela al *News of the World*.

12:00 horas

Almuerzo. Brian (ordenanza de la capilla y organista) se sienta conmigo. Lo condenaron por conspiración para estafar un total de siete millones de libras a una empresa de cría de avestruces. Su abogado le convenció de que si se declaraba inocente, el juicio podría durar diez meses, y si luego era declarado culpable podría terminar con una sentencia de seis o siete años. Aconsejó a Brian que se declarara culpable de un delito menor para así obtener una condena de menos de cuatro años. Siguió su consejo y lo condenaron a tres años y diez meses. Los otros dos acusados optaron por el juicio y el jurado los declaró inocentes. Brian considera que declararse culpable fue el mayor error de su vida.

14:00 horas

Escribo durante dos horas.

18:30 horas

Voy a la capilla, donde me acompañan otros cinco presos. Brian, el hombre de los avestruces, está tocando el órgano (muy profesionalmente). Comulgo en memoria de mi madre y no puedo evitar pensar que es mi primer sorbo de vino en tres meses. El cura nos ofrece a cada uno un pequeño dedal de plástico de vino. No caigo en la cuenta de por qué hasta más tarde: algunos presos asisten al oficio solo para pimplarse el cáliz.

El cura, el reverendo Johnson, tiene más de setenta años. Hombre pulcro y bajito, nos echa un sermón pulcro y cortito sobre por qué los cristianos «renacidos» no acaban de convencerle del todo. Luego rezamos por los cristianos que fueron asesinados mientras asistían a un servicio religioso en Pakistán.

Un cuadro de la Última Cena ocupa toda la pared de detrás del altar y parte del techo. Después del oficio, el cura me dice que lo pintó un antiguo preso, y un recluso hizo de modelo para cada uno de los discípulos. Se ríe.

—El único que no es un recluso es Jesucristo.

DÍA 103

Lunes, 29 de octubre de 2001
6:11 horas

Me levanto temprano y pienso en mi casa. Tengo una pequeña reproducción en cerámica de Old Vicarage encima de la mesa, delante de mí, junto con una fotografía de Mary y los chicos, y otra de unas vistas del Parlamento desde nuestro apartamento en Londres; todo un contraste con la vista desde mi pequeña habitación en el módulo norte. El cielo está gris y amenaza lluvia. Eso es lo único que comparto con vosotros.

8:15 horas

Desayuno con Malcolm (estafa, bibliotecario jefe) y Roger (asesinato, doce años de momento). Malcolm puede contarme más cosas sobre el joven llamado Arnold que se fugó la semana pasada. Lo recuerdo de cuando le abrí la ficha de iniciación en la SMU, un pobre chaval tímido y nervioso. Compartía una habitación con dos de los hombres más desagradables con los que me he cruzado en mi vida. Uno de ellos ha sido trasladado de una cárcel a otra los últimos siete meses debido a los trastornos que causa por dondequiera que vaya, y el otro es un heroinómano que está cumpliendo los últimos meses de su condena. Nunca se me ha pasado por la cabeza fugarme; sin embargo, si tuviera que pasar una sola noche con cualquiera de esos dos hombres, tendría que planteármelo.

8:30 horas

Hoy me he propuesto reorganizar el confuso y engañoso tablón de anuncios de la sala de espera. Matthew y yo pasamos los primeros treinta minutos retirando los treinta y siete avisos antes de decidir cuáles ya no están en vigencia y cuáles son redundantes o simplemente están en el tablón de anuncios equivocado. Solo sobreviven dieciséis. Luego colocamos cinco nuevos encabezados, perfectamente impresos: drogas, educación, permisos, control telemático e información general, antes de volver a colgar los dieciséis

anuncios cuidadosamente en las columnas correspondientes. A la hora del almuerzo, la sala de espera está limpia, gracias al señor Clarke, y el tablón de anuncios es fácil de entender, gracias a Matthew, aunque creo que también me he ganado mis veinticinco peniques la hora.

12:00 horas Tengo que repetir que, en cuanto a la comida en la cárcel, North Sea Camp es excelente. Wendy y Val (su ayudante) han puesto un listón que no habría creído posible en ninguna institución con un presupuesto de solo 1,27 libras por preso para tres comidas al día. Hoy me apetece pizza, pero Wendy me hace probar una cucharada de su estofado de cordero, porque no aprueba que sea un VIP (vegetariano interno en prisión). Está riquísimo, y tal vez la semana que viene me arriesgue con un par de platos de carne.

14:30 horas La rotación en North Sea Camp es continua. La semana pasada se fueron quince reclusos, por una razón u otra: cumplimiento de la condena, doce; traslados a otra cárcel, dos; fugados, uno. Así que después de solo dos semanas, el veinte por ciento de la población penitenciaria se ha renovado. Otro mes más y seré todo un veterano.

Mientras lavo las tazas de té, Matthew me dice que su padre ha empeorado y que el director ha adelantado un día su permiso por motivos humanitarios. Se irá a Canterbury a primera hora de la mañana para pasar los próximos diez días junto a su padre. No se queja de tener que pasar las diez noches en la prisión de Canterbury (categoría B), cosa que no puede ser agradable cuando tu padre se está muriendo y no tienes a nadie con quien compartir tu dolor.

16:30 horas Otra pila de cartas me espera cuando vuelvo del trabajo, entre ellas misivas de Chris de Burgh, Patrick Moore y Alan Coren. La carta de Alan

me arranca tantas carcajadas que, en lugar de compartir algunos fragmentos con vosotros, he decidido publicarla íntegra (véase página siguiente). A lo largo de mi vida he tenido la inmensa fortuna de contar con amigos extraordinarios, capaces de tolerar y lidiar con todos mis vaivenes, y este último episodio no parece haberlos ahuyentado en absoluto, si acaso lo contrario.

17:00 horas Mañana iré al gimnasio. Solo escribo esto para asegurarme de que lo hago.

18:00 horas Escribo durante dos horas.

Alan Coren

26 de octubre de 2001

Mi querido Jeffrey:

Te pido mil perdones. Para empezar, perdón por escribirte a máquina, pero no es solo que mi letra sea ilegible, es que también tendría que practicar durante varios días, porque no he cogido un bolígrafo para otra cosa que no sea extender un cheque desde el año 1960. Lo que es más importante: procura olvidar el hecho de que no te haya escrito hasta ahora, pero la verdad es que habría preferido mil veces hablar contigo cara a cara (aunque fuese encadenado a un radiador, o lo que sea que exija el protocolo) en lugar de entablar la conversación unidireccional de un intercambio epistolar, así que —como seguramente sabes— sigo solicitando una y otra vez hacerte una visita, y una y otra vez no dejan de rechazar mi solicitud. Y lo principal, perdóname por no intentar sacarte de ahí: me he gastado una pequeña fortuna en sierras, cuerdas, cizallas, placas de matrículas falsas, billetes de avión de ida a São Paulo y en invitar a copas a unos tipos grandullones del barrio de Mile End Road con la nariz rota y los nudillos tatuados, pero cada vez que conseguía juntar todos esos elementos, esa noche siempre había luna llena y el cielo estaba completamente despejado.

Bueno, el caso es que el personal de tu oficina acaba de decirme que tal vez ahora sí sea posible programar una visita, en cuanto tanto ellos como yo hayamos rellenado una cantidad ingente de papeleo y te hayan avisado con antelación suficiente para que metas una botella gigante de Krug en un cubo con hielo y te vistas con un batín de brocado y un fez, así que lo pondré todo en marcha inmediatamente… siempre y cuando estés de acuerdo, por supuesto. Por cierto, tienes la inmensa suerte

de no estar en esa oficina ahora mismo: corren malos tiempos para vivir en lo alto de un rascacielos junto al MI6 y enfrente de la Cámara de los Comunes… y sé de lo que hablo, créeme, puesto que, tal como habrás visto en el membrete, acabo de mudarme a una casa en Regent’s Park desde cuyo estudio de la planta superior y mientras escribo estas líneas veo la mezquita de Regent’s Park, a 500 metros a mi derecha, y la residencia del embajador de Estados Unidos, a 500 metros ami izquierda. Estoy en la puñetera zona cero ahora mismo: cada vez que el helicóptero de Su Excelencia se pone en movimiento, bajamos corriendo al sótano. Podría pasar cualquier cosa. Ni siquiera yo sé dónde está Freiston, por lo que dudo que Osama bin Laden pudiera encontrarlo, y tienes más suerte todavía porque, como seguro que abren todos los sobres dirigidos al trullo, además de examinarlos y escrutar hasta el último milímetro cuadrado de su contenido, si alguien va a recibir un sobre con ántrax, ese seguro que no vas a ser tú.

La vida en Londres sigue como de costumbre: Anne y yo ya nos hemos acostumbrado a ponernos las caretas antigás para irnos a la cama, aunque sigue siendo una lata despertarse por la noche e intentar beber agua del vaso de la mesita de noche sin darte cuenta, así que ahora por las noches ponemos la secadora mucho más a menudo que antes. Giles y Victoria te mandan recuerdos y quieren que sepas que están bien y que se están aclimatando perfectamente a su nueva vida con sus padres de acogida en Timbuctú, donde me dicen que han hecho muchos amigos nuevos entre los otros evacuados, aunque les está costando encontrar la salsa marrón HP. Tu querido Partido Conservador ha elegido a su nuevo líder, a quien se puede ver todos los días en la puerta de los Comunes repartiendo su tarjeta de visita a los parlamentarios y a los trabajadores públicos que, de lo contrario,

podrían pensar que se trata de alguien que ha venido a venderles planes de pensiones privados.

¿Estás escribiendo un libro sobre la vida en chirona? *FF 8282* sería un título estupendo, y puesto que solo soy uno de los muchos gacetilleros que te envidian la posibilidad de sentarte a escribir sin que te estorbe ninguna de las distracciones que nos impiden al resto de nosotros petarlo con algo como *Homenaje de Finnegan a War and Punishment*, yo que tú me plantearía muy seriamente no seguir adelante con el recurso de apelación: renunciar a la oportunidad de otro par de años ante la máquina de escribir podría costarte millones.

Vale, está bien, si no hay más remedio…, pongámonos serios por un momento: ¿necesitas algo?, ¿hay algo que pueda hacer por ti?, ¿alguien a quien quieras que vea de tu parte?, ¿todo a la vez? Sé que tienes montones de amigos más íntimos —y más influyentes— que yo, pero como siempre cabe la posibilidad de que pueda haber algo que necesites y que nadie más pueda hacer por ti, quiero que sepas que haré todo lo que esté en mi mano por conseguirlo.

Envíame al menos una nota breve para decirme si quieres o no que vaya a verte. Si prefieres que te dejemos en paz, por supuesto que lo entenderé, pero estaría bien vernos para echarnos alguna que otra risa… aunque la risa es un bien escaso estos días.

Anne me pide que te mande nuestros mejores deseos también de su parte, Jeffrey. ¡Mucho ánimo!

Con cariño,

Alan

20:15 HORAS

Me persono en el momento y el lugar indicado para el recuento. A

partir de mañana, tras haber completado mi período de iniciación de dos semanas, solo tendré que presentarme a las 11:00, a las 16:00 y a las 20:15 horas. Como estaré en el trabajo, de ahora en adelante, las 20:15 será la única hora en que haya de fichar en persona. Doug dice que notaré la diferencia enseguida.

DÍA 104

Martes, 30 de octubre de 2001
6:01 horas

Escribo durante dos horas. Ya he completado doscientas cincuenta mil palabras desde que ingresé en prisión. Tal vez Alan Coren tenga razón.

8:15 horas

Ayer llegaron diez nuevos presos. Después de desayunar los visitará el médico y luego vendrán a la SMU para que les demos toda la información sobre su período de iniciación, antes de entrevistarse con el comité de asignación de trabajo. Van entrando uno a uno. Algunos son bastante engreídos, unos sabelotodos, creen estar de vuelta de todo y no tener nada que aprender, mientras que otros están inquietos y ansiosos, y tienen muchas preguntas desesperadas.

Y luego está Michael Keane (prisión perpetua, catorce años hasta ahora, con treinta y nueve años de edad).

Quienes hayáis estado prestando atención a las últimas doscientas cincuenta mil palabras recordaréis mis veinte días en Belmarsh, donde conocí a William Keane, en la cadena de preparación de bolsas de té. Su hermano Michael tiene el mismo encanto irlandés, el mismo ingenio y pasión por la literatura, pero no olvidéis que los siete hermanos Keane han ingresado todos en la cárcel al mismo tiempo, lo que cuesta al contribuyente la friolera de un millón de libras al año. Michael me da recuerdos de William y añade que hoy se ha enterado de que su hermana acaba de salir de Holloway después de cumplir nueve meses de condena por una serie de delitos con tarjetas de crédito. Michael espera conseguir la libertad condicional en marzo, y si bastase con el encanto irlandés, sin duda lo lograría, pero por desgracia la decisión debe ser ratificada por el Ministerio del Interior, que se limitará a leer su historial y nunca lo verá en persona. Su fama entre los Keane es legendaria, porque cuando estaba en Belmarsh —una cárcel de máxima seguridad— llegó hasta la primera puerta exterior mientras vaciaba los cubos de basura: eso es lo más lejos que ha llegado alguien en un intento de fuga del infierno.

10:20 horas

Un preso desaliñado y sin afeitar llamado Potts entra en la SMU para confirmar que tiene una cita con su abogado esta tarde. Compruebo la agenda del día y veo que su abogado tiene hora a las tres en punto. Potts, que acaba de salir de un turno de tres horas en la cocina, sonríe.

—Te veo a las tres, Jeff.

11:40 horas

El comité de asignación de trabajo ya ha visto a los diez reclusos nuevos y les ha adjudicado trabajo en la granja, en la cocina o en el comedor de los funcionarios. Uno de ellos, Kevin (seis años por fraude en el IVA), ha optado por educación a tiempo completo, ya que está cursando el último año de la carrera de Derecho.

12:00 horas

Durante el almuerzo, Doug me pregunta si ya he hecho mi pedido de comida para llevar para el fin de semana. Me doy cuenta de que me está tomando el pelo, pero le sigo la corriente, encantado. Entonces me cuenta la historia de dos antiguos reclusos, Bruce y Roy, auténticas almas gemelas y cómplices.

Bruce no tardó en descubrir que no solo era fácil fugarse de North Sea Camp, sino que era igual de sencillo volver allí sin que nadie se percatase. Así que una noche recorrió andando las seis millas hasta Boston, compró una ración de *fish and chips*, robó una bicicleta, regresó, escondió la bicicleta en la granja y se fue a la cama. Fue así como puso en marcha un próspero negocio conocido como «pedidos de fin de semana». Su compañero de habitación, Roy, se pasaba la semana anotando los pedidos de los otros presos para la cena del sábado por la noche (la última comida de cada día es a las cinco, así que es posible que te entre un poco de hambre a las nueve). Pertrechado con los encargos, Bruce se iba en bici a Boston inmediatamente después del recuento de las 20:15, entraba en el local de *fish and chips*, en el McDonalds o en el KFC —por no hablar del *pub* — y volvía al cabo de menos de una hora a tiempo de repartir los pedidos y dejarse ver todavía rondando por los pasillos mucho antes de las 22:00, el último recuento.

Este servicio «punto-con» [el *con* de convicto] estuvo funcionando con éxito durante varios meses, en la mejor tradición de la libre empresa. Por desgracia, siempre hay algún cliente insatisfecho que

acaba dando el chivatazo, y una noche dos funcionarios pillaron a Bruce a una milla de la cárcel, cargado hasta las cejas de comida y bebida. A la mañana siguiente lo trasladaron a un centro de categoría C. Su compañero de habitación, Roy, consciente de que solo era cuestión de días que lo implicasen a él también, se fugó con todo el dinero y no se le ha visto el pelo desde entonces.

14:50 horas

Potts vuelve a la SMU para la reunión con su abogado. Se ha afeitado, se ha lavado el pelo y lleva una camisa limpia y bien planchada, y unos zapatos bien lustrados. Me corresponde la nada envidiable tarea de decirle que su abogado ha llamado hace unos minutos para cancelar la cita.

Este es un mensaje para todos los abogados que tratan con personas encarceladas: su visita puede ser el acontecimiento más importante de la semana, si no del mes, así que no la cancelen a la ligera.

Potts se aleja con aire sombrío, cabizbajo.

16:00 horas

El señor Hocking entra en la SMU. Me dice que acaban de registrar la cuarta galería del módulo norte (nueve habitaciones) porque a un celador le pareció oír que sonaba un teléfono móvil. Estar en posesión de un móvil es un delito que te garantiza que te envíen a un centro de categoría C *ipso facto*, el mismo día incluso.

16:30 horas

Escribo durante dos horas; estoy agotado, pero por lo menos ya no tengo que personarme al recuento de las diez de la noche.

19:00 horas

Me reúno con Doug y Clive en la enfermería. Clive me dice que los funcionarios no encontraron nada en el registro de esta mañana. Muchas veces, eso de «oír un teléfono móvil» es solo una excusa para llevar a cabo uno cuando en realidad el objetivo es encontrar algo más.

—La verdad es que estaban buscando otra cámara que han

introducido los periodistas hace poco —dice Doug—. Incluso saben el nombre del preso involucrado, y como va a salir en libertad el viernes, quieren asegurarse de que no se vaya con un carrete de fotos que los ponga en evidencia.

11:40 horas

Llevan de urgencia a Potts al hospital de Boston, después de una sobredosis.

DÍA 105

Miércoles, 31 de octubre de 2001
6:23 horas

Me despierto pensando en Potts. Me recuerda lo horrible que es estar en la cárcel y por qué los presos viven siempre con esperanza. Más tarde me entero de que van a trasladar a Potts a la cárcel de Sudbury para que pueda estar cerca de su esposa y su familia. Sé cómo se siente. Todavía estoy esperando oír noticias de Spring Hill.

8:30 horas

Esta mañana tenemos una junta de evaluación de riesgos. Cuatro presos que van a solicitar la libertad anticipada con control telemático tienen que presentarse ante el director adjunto, el señor Leighton, y el oficial superior de la libertad condicional, el señor Simpson. Si un candidato tiene un historial intachable durante su paso por la cárcel —si nunca le han abierto otra denuncia ni ha estado involucrado en ningún asunto de drogas— tiene posibilidades. Sin embargo, la consideración principal es si el preso puede volver a delinquir. Así que si el recluso está en prisión por robo o fraude con tarjetas de crédito, sus posibilidades ya no son tan buenas.

Paso la siguiente hora acompañando a cada uno de los cuatro presos ante la junta de evaluación. Salen al cabo de veinte minutos, dos con amplias sonrisas y encantados de estrecharme la mano, y otros dos que se abren paso a empujones, soltando exabruptos y fulminando con la mirada a todo el que se cruza en su camino.

11:11 horas

El señor New ha recibido un fax de Spring Hill solicitando tres documentos más y respuesta a otros cinco asuntos: una autorización del módulo de enfermería para confirmar que estoy sano y que no tomo ningún medicamento; mis expedientes de Belmarsh y Wayland para demostrar que nunca mehan abierto ningún parte y la confirmación de North Sea Camp de que no se me ha acusado de nada desde que estoy aquí. También quieren saber si tengo la intención de

presentar recurso de apelación contra mi sentencia, y si es así, si voy a comparecer ante el tribunal. El señor New parece sorprendido cuando le digo que no voy a hacerlo. Tengo dos razones para tomar esa decisión: no quiero pasar ni un minuto más de mi vida en Belmarsh, que es adonde te trasladan si debes comparecer ante el Tribunal Superior, y, en segundo lugar, no pienso hacer pasar a mi esposa por el calvario de tener que hacer frente a los periodistas a las puertas del del tribunal cada vez que entre y salga.

11:30 horas

En la enfermería, la enfermera jefe revisa los formularios de Spring Hill. Linda marca todas las casillas y confirma que estoy sano y extraordinariamente en forma… para mi edad, comenta desvergonzadamente.

12:00 horas

En el almuerzo, Doug me advierte que aún pueden pasar un par de meses antes de que en Spring Hill haya una vacante porque es la cárcel más popular de Gran Bretaña y, en cualquier caso, puede que la clase de publicidad que yo atraería no les haga ni pizca de gracia. Bell (un ordenanza del gimnasio) se inclina a hablarme al oído y me informa:

—Es el mejor talego en el que he estado en mi vida. Solo me vine aquí para estar más cerca de mi mujer.

15:52 horas

El señor New reaparece con mi impecable expediente de Belmarsh y Wayland.

A las 16:04 manda un fax a Spring Hill con las ocho páginas que le pidieron. Recibe la confirmación de que han llegado a las 16.09 horas. Les mantendré informados.

16:15 horas

El escuchador más veterano de la cárcel, Brian (conspiración para estafar a una empresa de cría de avestruces), asoma por la SMU. Pregunta si se puede rediseñar el dorso de las tarjetas de identidad de los presos, porque actualmente anuncian a la organización de los

Samaritans y los Crimestoppers. Brian señala que como ningún preso puede llamar a un número 0800, sería más útil emplear ese espacio para informar a los recién llegados sobre el programa de los Escuchadores. Tiene razón.

17:00 horas

Escribo durante dos horas.

19:00 horas

Doug me dice que el director general, el señor Lewis, se ha pasado hoy por la enfermería porque ha leído en el *News of the World* que guardo un alijo secreto de galletas de chocolate en la nevera.

—Es verdad —le informó Doug—. Jeffrey las compra en el economato cada jueves y deja un paquete aquí para los dos, para que nos las comamos con mi café y su Bovril.

Hace una semana le dije a Linda que en el economato podías comprar un tarro de la pasta saborizante Marmite, pero que no podías comprar Bovril, que me gusta más. Al día siguiente apareció un tarro de Bovril.

Los presos incumplen las normas a todas horas, a menudo sin darse cuenta. Los funcionarios tienen que hacer la vista gorda; de lo contrario, a todos les caería una denuncia todos los días y el servicio penitenciario se paralizaría. Por supuesto que hay una diferencia entre un tarro de Bovril y una cerveza, y entre tener una toalla extra y un teléfono móvil, o un libro de tapa dura y una bolsita de té llena de heroína. La mayoría de los funcionarios aceptan que esto sea así y usan el sentido común.

8:26 horas

Dos funcionarios, el señor Spencer y el señor Hayes, se reúnen con nosotros en la enfermería para hacer un descanso. Nos enteramos de que esta tarde han llegado once presos nuevos y que mañana solo siete saldrán en libertad, así que la cárcel está casi llena. También cuentan que ayer noche metieron a otro preso en la celda de aislamiento y que tendrá que presentarse ante el director mañana. Es probable que lo manden de vuelta a la cárcel de Lincoln. Parece ser que encontraron una cámara en su habitación, la tercera en los últimos diez días. También saben qué periódico está involucrado en el asunto.

DÍA 106

Jueves, 1 de noviembre de 2001
6:19 horas

En la cárcel no se piensa en lo que se puede hacer a largo plazo; todo gira en torno a la inmediatez. ¿Cuándo es el próximo pedido al economato para que pueda comprar otra tarjeta telefónica? ¿Puedo cambiar de trabajo? ¿Me pondrán en progresión a estatus mejorado? ¿Podré mudarme a una habitación individual? Por el momento, en lo único que pienso es, ¿podré ir a Spring Hill? No cuándo, sino si puedo. En la cárcel, el *cuándo* solo llega después de que el *puedo* se haya hecho realidad.

8:30 horas

Hoy hay quince nuevos presos, entre ellos un tal comandante Willis, que tiene sesenta y cuatro años. Estoy deseando saber qué es lo que ha hecho.

Ni Willis, ni Clarke (el limpiador) ni yo estamos obligados a trabajar porque todos tenemos más de sesenta años, pero Willis deja claro que está buscando trabajo y la junta de asignación le adjudica uno (en ingeniería).

9:30 horas

El señor Hocking, el funcionario de seguridad, se pasa por la SMU a por una taza de té. Me dice que Braithwaite, en cuya habitación encontraron una cámara, va ahora camino de Lincoln de nuevo. El periódico responsable esta vez era el *Sunday Mail* . Han remitido toda la documentación relevante a la policía local, ya que el periódico podría haber incurrido en un delito clasificado como «ayudar a un preso en la comisión de un delito».

10:30 horas

Llamo a Alison. Han invitado a Mary a la celebración de las bodas de

oro de Margaret y Denis Thatcher el 13 de diciembre. James recorrerá el largo trayecto para venir a verme el sábado.

19:15 horas

Doug me dice que su contacto en la oficina de administración de Spring Hill no está seguro de que vayan a aceptarme como interno. Seguro que Doug se entera de cuál va a ser mi sino mucho antes que cualquiera de los funcionarios de North Sea Camp.

20:15 horas

Estalla una pelea en la sexta galería. En ella participa un joven con una trágica historia, un adicto a la heroína desde que tenía catorce años. Va a salir en libertad mañana por la mañana. Las ceremonias para celebrar la salida de la cárcel son bastante comunes y la popularidad de un recluso puede medirse por cómo es la despedida que le dedican sus compañeros de prisión la noche antes de su marcha. A este preso en particular le echaron un cubo lleno de mierda por la cabeza y le quemaron los papeles de su puesta en libertad delante de él. Hay un centinela apostado al fondo de la galería, y el funcionario más próximo está sentado en la oficina de la unidad, al final del pasillo, leyendo el periódico, así que tened por seguro que la humillación continuará hasta que el funcionario empiece la ronda cuando le corresponda.

Cuando vuelvo al módulo de atención médica, le digo a Doug el nombre del preso involucrado. No muestra ninguna sorpresa, sino que se limita a comentar:

—Ese chaval no va a llegar ni a los cuarenta…

22:30 horas

Cuando vuelvo a mi habitación, me encuentro con Alan (venta de objetos robados) en el pasillo. Me pregunta si le puedo guardar un caballo balancín de madera en miniatura, porque la suya está un poco abarrotada con dos reclusos. Pagó veinte libras por el juguete (mediante un giro postal que alguien de fuera le envió a la mujer del preso que lo ha fabricado). Es un regalo para su nieto de catorce meses.

Mientras escribo este diario, tengo delante varias tarjetas de buenos deseos, una reproducción en cerámica de la casa de Old

Vicarage, una foto de Mary y los chicos, y ahora, un caballo balancín.

Alan saldrá a la calle dentro de dos semanas y, cuando se vaya, nadie le tirará ningún cubo de excrementos por la cabeza. Los presos harán cola para darle la mano a este hombre tremendamente decente.

DÍA 107

Viernes, 2 de noviembre de 2001
6:19 horas

Las fugas son un fenómeno exclusivo de las cárceles de categoría D. Es casi imposible fugarse de una cárcel de categoría A o B, y extremadamente difícil de un centro de categoría C (como Wayland). Para determinar la elegibilidad de una persona presa para ingresar en una cárcel de categoría D, debe demostrar una alta probabilidad de completar su sentencia sin intentar fugarse. En la práctica, las cárceles están tan superpobladas que los centros penitenciarios de categoría C, desesperados por vaciar sus celdas, muchas veces optan por desembarazarse de presos que, sencillamente, nunca deberían ser enviados a una cárcel de régimen abierto.

El año pasado llegó un grupo de once presos de este tipo, grupo que quedó reducido a siete antes del último recuento de esa misma noche. Hoy he descubierto que debido a la falta de personal, ya crónica, solo hay cinco funcionarios de guardia por las noches, y dos de ellos están haciendo horas extras, así que fugarse no es muy difícil.

Los presos huyen por mil razones distintas, pero principalmente por presiones familiares externas: porque la esposa tiene una aventura amorosa, porque la pareja se ha llevado a los hijos o porque ha habido una muerte en la familia que no cumple los requisitos para obtener el permiso por motivos humanitarios. La ironía del asunto es que estos presos son los que tienen más probabilidades de que los pillen, porque el primer sitio al que van es a su casa, y allí los está esperando una pareja de policías locales que luego los devuelven a una cárcel de régimen cerrado y a una sentencia más larga.

Antes de que me metieran en la cárcel habría dicho: «Pues me parece muy bien, porque eso es justo lo que se merecen». Sin embargo, después de ciento seis días de un intenso proceso de aprendizaje, me he dado cuenta de que hay que juzgar a cada individuo por la magnitud de sus aciertos y errores. Acepto que tengan que ser castigados, pero en este caso las cosas casi nunca son blancas o negras.

Luego hay una categoría completamente distinta de fugitivos: los extranjeros. Ellos simplemente quieren volver a su país, y son

conscientes de que la policía británica no tiene ni el tiempo ni los recursos para ir a buscarlos allí.

Por cada Ronnie Biggs hay cien Ronnies anónimos. El señor New me cuenta la historia de dos fugitivos que forman parte del folclore de North Sea Camp: hace unos años Boston celebró una maratón para apoyar a una organización benéfica local contra el cáncer y la ruta seleccionada llevó a los competidores a través de un camino público que recorre el lado este de la cárcel. Un preso se escabulló del gimnasio vestido con ropa de deporte, se unió a los atletas que pasaban y no se le ha vuelto a ver desde entonces.

La segunda historia tiene que ver con un preso que tuvo que comparecer en el juzgado por un segundo cargo mientras cumplía una sentencia de seis años por una condena anterior. Cuando el jurado regresó a la sala del tribunal a dar su veredicto, los celadores que lo custodiaban lo esperaron abajo en las celdas. El jurado emitió un veredicto de no culpable por el segundo cargo.

—Es usted libre de abandonar el juzgado —declaró el juez. Y eso fue exactamente lo que hizo.

La razón por la que saco este tema es porque Potts, que ha tenido una mala semana, se fugó ayer tras su intento de suicidio. Resulta que la gota que ha colmado el vaso tiene que ver con la custodia de sus hijos, el tema por el que quería hablar con su abogado.

8:15 horas

Después de la frenética sucesión de acontecimientos tras la llegada ayer de quince nuevos presos, en comparación hoy está todo muy tranquilo. Allen (cannabis, seis años) se pasa por la SMU para decirme que aún no se han procesado sus formularios para el permiso de fin de semana, y lo había solicitado para este. El funcionario de guardia, el señor Hayes, se ocupa del asunto. Thomas (posesión de un arma de fuego que se disparó) dice que no han dado la autorización para su formulario de visita a la ciudad y pregunta cuánto tiempo más tendrá que esperar para saber si le van a dejar salir. El señor Hayes se ocupa del asunto. Merry (malversación de fondos) llega sin saber cuándo va a trasladarlo el Grupo 4 a Sudbury para que pueda estar más cerca de su familia. El señor Hayes se ocupa del asunto.

El señor Hayes es un funcionario poco corriente. No le asusta tomar decisiones y defenderlas. También se hace su propio té. Cuando le pregunté por qué, se limitó a decirme:

—No está aquí para servirme, sino para cumplir su sentencia. No necesito que nadie me prepare el té.

10:00 horas

El señor Hocking y yo acordamos que lo mejor será que los reporteros saquen una foto y luego se larguen, para que así que sus funcionarios de seguridad puedan seguir con su trabajo.

Salgo del edificio de la SMU y me paro a propósito a hablar con Peter (prisión perpetua, incendio provocado), que está barriendo las hojas del camino. Él se mantiene de espaldas a las cámaras. Tres minutos más tarde vuelvo al edificio y, dicho y hecho, todos los fotógrafos desaparecen.

12:00 horas

El comandante Willis viene a la SMU para devolver su carpeta roja con los documentos de iniciación. Me dice que tiene sesenta y cuatro años, que es su primer delito, un delito de lesiones graves, con una condena de un año, y que saldrá en libertad en marzo. Fue comandante del ejército y, después de retirarse, se enamoró de una joven nigeriana (una prostituta), con la que luego se casó. La joven no tardó en empezar a maltratarlo y a gastarse el poco dinero que tenía. Un día él no pudo aguantar más, perdió la cabeza y le clavó un cuchillo de cocina. Ella lo denunció a la policía. Acabará cumpliendo diez meses (si le ponen la pulsera electrónica), seis de ellos en North Sea Camp.

No entiende por qué me cayeron cuatro años.

14:30 horas

Una tarde tranquila. Una visita fugaz del señor Berlyn para comprobar que llevo una camisa de la cárcel, ya que la prensa sigue insistiendo en que la mía no es la reglamentaria. Comprueba la etiqueta azul y blanca del sistema penitenciario británico y se va, satisfecho.

21:00 horas

Me quedo dormido frente al televisor. Doug dice que ronco. Escribo cinco horas al día, además de una semana de treinta y cuatro horas laborables, y ni siquiera voy al gimnasio.

DÍA 108

Sábado, 3 de noviembre de 2001

He escrito varias veces sobre el aburrimiento de los fines de semana, pero hoy ha pasado algo que ha convertido el sopor habitual en una actividad frenética.

8:50 horas

Han vuelto los reporteros. O bien ayer no se quedaron satisfechos con la foto que sacaron o trabajan para los dominicales, que quieren una «foto del día». Quedo con el director adjunto, el señor Berlyn, en volver a hacer otra caminata, saliendo y entrando, para librarnos de ellos de una vez por todas. Parece agradecido.

14:00 horas

Estoy esperando un vis a vis con mi hijo James. Al principio, cuando entro en la sala de visitas, no lo veo, pero entonces me fijo en una mano que me saluda. Resulta ser mi hijo. Se ha dejado barba. No me gusta nada, y así se lo hago saber, lo cual resulta un poco duro, ya que acaba de viajar ciento veinte millas para verme.

James me dice que mis abogados están centrando todos sus esfuerzos en mi recurso de apelación. El señor y la señora Barker han confirmado que oyeron al juez hablar de mí en una cena más de un año antes de que me detuvieran. Esto podría cambiar mi apelación.

17:00 horas

Doug y yo estamos tomando el té en el hospital cuando Clive entra para anunciar que se va a trasladar a otra habitación.

—¿Por qué? —pregunto, porque es el que tiene más espacio de toda la cárcel.

—Porque están poniendo electricidad en todas las demás habitaciones. —No me puedo creer que renuncie a sus espaciosos aposentos a cambio de un televisor—. Si quieres mudarte, Jeffrey, será mejor que te vengas al módulo sur ahora.

Salimos en busca del funcionario de guardia, que aprueba el

traslado. Con la ayuda de Alan (venta de objetos robados), paso las siguientes dos horas trasladando todas mis cosas del módulo norte al sur mientras Clive se muda a una pequeña habitación individual al fondo del pasillo.

Ahora me alojo en una habitación de veintiún pies por dieciséis. La mayoría de los presos dan por sentado que le pagué a Clive una gran suma de dinero para que se fuera y me dejara sitio a mí, cuando la verdad es que él quería mudarse de todos modos. Solo hay un inconveniente (siempre tiene que haber uno): mis nuevos aposentos están al lado de la sala de televisión, pero como la apagan a las once cada noche y rara vez dejo a Doug en la enfermería antes de las diez y media, no creo que llegue a ser un verdadero problema.

Ahora tengo un trabajo interesante, una habitación mejor, comida comestible y gano ocho con cincuenta libras a la semana. ¿Qué más se puede pedir?

DÍA 109

Domingo, 4 de noviembre de 2001
6:19 horas

Escribo durante dos horas antes de ir con Doug al módulo de atención médica. Vemos juntos el programa de David Frost, entre cuyos invitados está el jefe de policía de Irlanda del Norte, sir Ronnie Flanagan. Mientras hablan de los periódicos de la mañana, sir Ronnie dice que el hecho de que la prensa sensacionalista me saque fotos mientras estoy en la cárcel es una invasión de mi intimidad. Las fotos están bien, pero los artículos rozan lo grotesco.

Un funcionario de seguridad señala más tarde que los artículos publicados en dos de los tabloides van firmados por mujeres, y en estas últimas tres semanas nadie ha visto a ninguna periodista ni a ninguna fotógrafa en las inmediaciones de North Sea Camp.

12:00 horas

En el almuerzo me siento con un recluso llamado Andy que es toda una anomalía en cualquier cárcel, ya que anteriormente ya había estado diez años en prisión… trabajando como funcionario. Ahora cumple una condena de siete años tras haberse declarado culpable de introducir drogas en la cárcel destinadas a un preso. Andy me dice que la única razón por la que lo hizo fue porque el preso en cuestión amenazaba con darle una paliza a su hija. Estaba casada con un exrecluso.

Ya os estoy oyendo: «¿Y tú te lo tragaste, Jeffrey?». Pues sí. La policía presentó pruebas irrefutables al jurado que demostraban que la hija de Andy había recibido amenazas y pidió al juez que tuviese eso en cuenta al dictar la sentencia. Aunque Andy afirma que no sabía lo que había en los paquetes, el último que introdujo, una caja de bombones Cadbury, contenía cuatro gramos de heroína pura.

Si hubiera sido cannabis, podrían haberlo condenado a un año o dieciocho meses. Si no hubiera confesado, podría haber salido con una simple suspensión de empleo y sueldo. Me dice que sabía que al final acabarían descubriéndolo, y que cuando lo llamaron para declarar, prefirió quitarse todo ese peso de encima.

Al principio enviaron a Andy a la prisión de Gartree (categoría B) con una nueva identidad y haciendo constar un delito distinto en su expediente. Tuvieron que trasladarlo en cuanto uno de los presos lo reconoció. De allí fue a Swalesdale, donde duró veinticuatro horas. Luego fue trasladado a Elmsley, una cárcel para delincuentes sexuales, donde compartió galería con Roy Whiting, que fue condenado por el asesinato de Sarah Payne. Una vez que accedió al régimen abierto, Andy vino a North Sea Camp, donde cumplirá su sentencia.

Su único otro comentario —que he oído una y otra vez y que, por tanto, considero digno de mención— es el siguiente:

—Los delincuentes sexuales viven en condiciones mucho mejores que cualquier otro preso.

DÍA 110

Lunes, 5 de noviembre de 2001
8:28 horas

Cuando era parlamentario, a menudo oía expresar la convicción de que la cadena perpetua debería significar cadena perpetua. Lo recuerdo porque hoy tenemos una reunión de la junta de cadena perpetua en la SMU.

En North Sea Camp hay nueva condenados a prisión perpetua, y podéis estar seguros de que si han conseguido llegar a una cárcel de régimen abierto, no se les va a pasar por la cabeza fugarse. En realidad, son todos bastante inofensivos. Dos de ellos salen cada día a trabajar a un geriátrico, uno va a una biblioteca de Boston y otro a la tienda local de Oxfam.

Linda, su oficial de la libertad condicional, se reúne con nosotros para tomar un café durante la hora de descanso de la mañana. Añade más información al trabajo de investigación que llevo haciendo los últimos tres meses. Empecé mi vida penitenciaria en Belmarsh en una galería con veintitrés asesinos. El perfil de los condenados a perpetua varía desde los asesinos a sangre fría como Denis Nielsen, quien se declaró culpable de trece asesinatos, hasta Chris, que mató a su esposa en un ataque de ira después de sorprenderla en la cama con otro hombre; ya ha pasado catorce años lamentando su arrebato. Nielsen empezó su condena —y allí la terminará— en la cárcel de máxima seguridad de categoría A. Actualmente está encerrado en una SSU (unidad especial de seguridad), una especie de cárcel dentro de la cárcel. Cada vez que se desplaza a algún punto dentro del centro penitenciario, siempre va acompañado de al menos dos funcionarios y un perro, y lo cachean cada vez que sale de su celda o vuelve a ella. Por la noche, deja toda su ropa en la puerta de la celda y un funcionario se la devuelve a la mañana siguiente. Nielsen le ha dicho a New en distintas ocasiones que habría sido mucho mejor para todos si lo hubieran ahorcado.

Ahora que los terroristas del IRA ya no están en las cárceles inglesas, de los 1.800 asesinos que cumplen condena, solo hay siete internos en las unidades especiales de seguridad.

El caso de Chris, que asesinó a su mujer, ilustra el otro extremo de

la escala: ha conseguido la progresión a la categoría D después de once años y trabaja en las cocinas, por lo que tiene acceso a varios utensilios con los que podría matar o mutilar. Ayer mismo lo vi cortar carne, de forma bastante eficiente. Espera que la junta de vigilancia penitenciaria esté de acuerdo en concederle la libertad condicional dentro de dieciocho meses. Durante los últimos once años, ha pasado de la categoría A a la categoría D después de su paso por diecisiete cárceles, tres de ellas en un solo fin de semana, cuando lo llevaron a Preston, a Swalesdale y luego a Whitemoor, descubriendo cada una de las veces que no tenían sitio para él en ninguna de ellas.

Hoy se realizarán las entrevistas a los nueve condenados a perpetua de North Sea Camp para poder remitir informes adicionales al Ministerio del Interior, a fin de que este pueda decidir si están listos para volver al mundo exterior. El Ministerio del Interior será quien tome la decisión final; acostumbran a ser bastante conservadores y aceptan alrededor del 60 por ciento de las recomendaciones de la junta. La junta se reúne a las nueve de la mañana cuando, Linda, la oficial de la libertad condicional de los condenados a perpetua, se sienta con el director adjunto, el señor Berlyn, con una psiquiatra llamada Christine y con el oficial de la prisión de los condenados a perpetua.

El primer interno en presentarse ante la junta es Peter, que prendió fuego a una comisaría de policía. Ha cumplido treinta y un años de cárcel y, francamente, ahora es un hombre grandote e indefenso que se ha institucionalizado de tal forma que la junta de la libertad condicional tendrá que enviarlo directamente a una residencia de ancianos. Peter me ha dicho que ha de cumplir al menos otros dieciocho meses para que la junta esté dispuesta a examinar su caso. No creo que vaya a salir nunca de aquí, como no sea con los pies por delante.

El siguiente preso en presentarse ante la junta es Leon.

El mayor problema de los condenados a perpetua es su historial. Durante los primeros diez años de sus condenas, no ven ninguna luz al final del túnel, por lo que la amenaza de añadirles otros veintiocho días a su sentencia no es muy disuasoria, que digamos. Pasados esos primeros diez años, según afirma Linda, con frecuencia se produce un cambio radical en la actitud de los condenados a perpetua que coincide con su paso a una cárcel de categoría B y luego, de nuevo, cuando llegan a un centro de categoría C. Esto se hace más patente aún cuando llegan al fin a un centro de categoría D y de pronto pueden creer de veras que su puesta en libertad es posible.

Es prácticamente inaudito que un condenado a perpetua se fugue,

dicho sea de paso. No solo los enviarían de nuevo a una cárcel de régimen cerrado, sino que es posible que nunca más sean candidatos a obtener la libertad condicional.

Sin embargo, la mayoría de los condenados a perpetua entrevistados hoy han llevado una existencia bastante irreprochable los últimos cinco años, aunque a menudo lucen cicatrices, dientes mellados y huesos rotos que les recuerdan sus primeros diez años en una cárcel de categoría A.

A lo largo del día, todos van desfilando con aire dócil ante la junta. Sin fanfarronería, sin soltar improperios, sin actitud chulesca; eso podría retrasar un año más sus posibilidades.

A Leon le siguen Michael, y luego Chris, Roger, Bob, John, John y John (coincidencia que no sería aceptable en una novela). Al final de la jornada, Linda sale de la sesión exhausta. Por cierto, todos la adoran. No solo conoce hasta el mínimo detalle de sus biografías, sino que también los trata como seres humanos.

16:00 horas

Hoy solo ha habido otro incidente reseñable: la aparición en la SMU de un hombre que mató a una mujer en un accidente de tráfico y que fue condenado a tres años por conducción temeraria. Es un hombre amable y educado que me pidió ayuda con su libro sobre el Kurdistán. El señor New me dice que lo van a trasladar a otra cárcel. El marido de su víctima vive en Boston y, como al preso le corresponde su primera visita a la ciudad, el marido se ha opuesto alegando que podría encontrárselo en su rutina diaria.

El preso viene a verme después de su reunión con New. Se toma la decisión con filosofía; acepta que la familia de la víctima tiene todo el derecho del mundo a pedir que lo trasladen. Es evidente que vive atormentado por la culpa y que parece destinado a revivir el terrible incidente el resto de su vida; tanto es así que me sorprendo tratando de consolarlo. Es realmente otra categoría distinta de condenado a cadena perpetua.

22:00 horas

Deben de estar celebrando la noche de Guy Fawkes, porque desde mi ventanuco veo fuegos artificiales sobre Boston.

DÍA 111

Martes, 6 de noviembre de 2001
5:49 horas

Hoy la noticia bomba es que desde el 1 de noviembre, North Sea Camp se ha convertido en una cárcel de reinserción (sin duda habréis notado que es 6 de noviembre). El cambio de estatus podría significar la supervivencia de North Sea Camp, que lleva varios años bajo amenaza de cierre.

La reinserción significa sencillamente que una vez que un preso haya llegado a su FLED (fecha de elegibilidad para la obtención de permisos penitenciarios) —en mi caso, julio del próximo año—, puede obtener un empleo fuera de la cárcel trabajando cincuenta y cinco horas a la semana, sin incluir la duración del trayecto hasta el lugar de trabajo. El ambiente de la prisión cambiará por completo cuando los internos se transformen en externos: saldrán de la cárcel todas las mañanas entre las siete y las ocho, y no volverán hasta las siete de la tarde.

Los presos podrán percibir entre ciento cincuenta y doscientas libras a la semana, lo mismo que Clive como encargado en Exotic Foods. Será interesante ver la rapidez con la que North Sea Camp implanta la nueva directiva del Ministerio del Interior.

8:30 horas

Hoy han llegado siete presos nuevos a North Sea Camp, y a las 11:21 horas ya han completado su charla sobre el período de iniciación y su entrevista con el comité de trabajo. Mi labor como ordenanza de la SMU ahora va sobre ruedas, aunque Matthew me ha dicho que un funcionario se quejó de que, durante la primera semana, preparé la peor taza de té de la historia. Sin embargo, ahora que he descubierto cómo evitar que las hojas de té terminen en la taza, necesito un nuevo reto.

14:30 horas

El señor New me advierte que la cárcel está llegando a su límite de

capacidad máxima y que tal vez tengan que poner otra cama en mi habitación. No es que quieran que alguien comparta habitación conmigo, después de que el *News of the World* publicara tres páginas enteras con la historia de mi último desdichado compañero de celda; simplemente es un gesto para demostrar a los otros internos que mis amplios aposentos no son una habitación individual.

17:00 horas

Escribo o, para ser más exactos, trabajo en el sexto borrador de mi última novela, *Hijos de la fortuna*.

19:00 horas

Doug y yo vemos las noticias del Canal 4. Hay bronca en Stormont durante la conferencia de prensa de David Trimble tras su reelección como primer ministro. Si lo que estoy viendo en televisión tuviera lugar en North Sea Camp, todos perderían sus beneficios penitenciarios y los enviarían de nuevo a una cárcel de régimen cerrado.

Doug tiene el don de la oportunidad y espera hasta el final de las noticias para soltar su bomba. La reunión mensual del comité de la cárcel, compuesto a partes iguales por miembros del personal y presos, se celebrará el próximo viernes. El director es el presidente, y entre los cinco representantes de la prisión están Doug y Clive; dos hombres que entienden bien cómo funciona el poder, por limitado que sea. Doug me dice que el tema principal del orden del día será la reinserción, y él tiene intención de solicitar trabajo en su empresa de transporte en Cambridgeshire. Su solicitud cumple los criterios recomendados, ya que la localidad de March se halla dentro del radio de cincuenta y cinco millas. También es el trabajo que recuperará cuando salga en libertad, aligerando de ese modo la presión sobre su mujer de dirigir la empresa mientras él ha estado encerrado.

Pero ahora, las consecuencias: su trabajo como ordenanza de la enfermería, el puesto más codiciado de la prisión, estará disponible. Me deja claro que si quiero el puesto, estará encantado de recomendarme a Linda, quien ya ha insinuado que ese nombramiento contaría con su aprobación. Eso significaría mi traslado al módulo de atención médica, y aunque trabajaría siete días a la semana, hay una ventaja añadida de un aumento de sueldo de tres libras con veinte, que sumadas a mis ingresos personales de diez libras, ascenderían a más de veinte libras a la semana para gastarlas en el economato.

Pero el mayor lujo de todos sería dormir en el módulo de enfermería, que cuenta con un baño dentro de la propia habitación, un televisor de dieciséis pulgadas y una nevera. Es demasiado bueno para ser verdad, e incluso podría tentarme a quedarme en North Sea Camp… bueno, al menos hasta mi fecha de elegibilidad para obtener permisos.

DÍA 112

Miércoles, 7 de noviembre de 2001
5:58 horas

Lo llaman Mick *el Llaves*. Llegó ayer, y si no lo hubieran rechazado para trabajar en las cocinas, su historia nunca habría llegado a mis oídos. Ni siquiera ahora estoy seguro de creérmela del todo.

Sentenciado originalmente a dos años por allanamiento de morada, Mick cumple ahora su noveno año en prisión. No se han arriesgado a trasladarlo a una cárcel de categoría D hasta ahora, cuando solo le faltan doce semanas para salir. La razón es muy sencilla: a Mick le gusta escapar, o ayudar a otros a escapar, y tiene un don particular del que se sirve para completar esa clase de hazañas. Le basta con mirar una llave una sola vez y ya es capaz de reproducirla. Primero memoriza la forma y luego dibuja la silueta en un papel antes de trasladarla a una pastilla de jabón de la cárcel: la primera impresión de la llave. El siguiente paso consiste reproducir la imagen en plástico, usando cuchillos o tenedores reglamentarios. A continuación cubre la llave recién fabricada con pintura de textura pastosa que obtiene del departamento de trabajos de obra y reformas. Al día siguiente ya tiene una llave.

Durante sus años de cárcel, Mick no solo ha sido capaz de abrir la puerta de su propia celda, sino también la de cualquier otra persona. De hecho, cuando estaba en Whitemoor, cerraron la prisión durante veinticuatro horas porque tuvieron que cambiar las cerraduras de las quinientas celdas.

Según me dice este irlandés encantador, escapar de la cárcel es solo la mitad del asunto:

—Entrar en las cocinas, en el economato o incluso en el despacho del director aumenta la calidad de vida. De hecho —concluye—, mi mayor reto fue abrir el armario de los fármacos de la enfermería en menos de una hora.

En aquella ocasión, los funcionarios sabían quién era el responsable, pero como no faltaba nada (Mick dice que nunca se ha tomado una droga en su vida), solo pudieron acusarlo por ser «sospechoso», y más tarde no pudieron conseguir que la acusación se sostuviese ante un tribunal.

Algunas de las llaves de la cárcel son demasiado grandes y complicadas de reproducir dentro, así que, inasequible al desaliento, Mick se apuntó a las clases de dibujo y expresión artística. Hizo dibujos de las siluetas de Nueva York, Dallas y Chicago antes de enviárselas a su hermano a su casa. Pasaron varias semanas antes de que el inocente profesor de dibujo se diera cuenta de lo que pasaba: el personal de seguridad interceptó un paquete de llaves que su hermana le había traído a la cárcel. Menudo compañero más útil habría sido Mick en el castillo de Colditz…

Mick me dice que espera conseguir un trabajo en la cocina, donde su intención es portarse bien, ya que quiere salir a la calle dentro de doce semanas.

—En cualquier caso —añade—, sería un duro golpe para mi reputación escapar de una cárcel de régimen abierto.

El comité de asignación de trabajo rechazó la solicitud de Mick para el puesto en la cocina; después de todo, hay varios armarios, despensas y frigoríficos, todos ellos cerrados con llave, y eso para él podría ser una tentación irresistible. Sale de la SMU con una sonrisa en la cara.

—Me han asignado a la granja —comenta—. No les preocupa que abra una pocilga. Por cierto, Jeff, si algún día necesitas entrar en el despacho del director y echar un vistazo a tus expedientes, no tienes más que decírmelo.

10:00 horas

Ha aparecido una cama extra en mi habitación, porque dos de las galerías están temporalmente fuera de servicio mientras las acondicionan para instalar los televisores. Hoy he descubierto que cobran a los presos una libra a la semana por el alquiler de sus aparatos de televisión, y North Sea Camp obtendrá por ese concepto un beneficio anual de diez mil libras. Me dicen que en Wayland eran treinta mil libras. La libre empresa en su máxima expresión. Aun así, el objetivo de esta entrada del diario es que sepáis que pronto compartiré mi habitación con otro preso.

14:40 horas

A petición del señor New, me reúno con él en su oficina. Acaba de recibir una llamada de su homólogo en Spring Hill, que ha preguntado si soy consciente de que, si me trasladasen allí, tendría que compartir habitación con otro preso.

—Sí —respondo.

—¿Y pueden confirmar que la razón principal por la que solicita el traslado es el inconveniente para su familia de tener que desplazarse doscientas cincuenta millas para ir a visitarlo?

—Sí —respondo.

New asiente con la cabeza.

—Anticipaba sus respuestas. Aunque todavía no han tomado una decisión, la primera vacante no será hasta el 28 de noviembre.

De repente, llega la hora de la verdad: ¿preferiría quedarme en North Sea Camp como ordenanza del módulo de enfermería, con mi propia habitación, TV, baño y nevera? ¿O mudarme a Spring Hill y estar más cerca de mi familia y amigos? Tengo que hablar del asunto con Mary.

17:00 horas

Vuelvo a mi habitación y escribo un par de horas; de momento no ha aparecido ningún otro ocupante para reclamar la segunda cama.

18:42 horas

Llega mi nuevo compañero de cuarto, junto con dos amigos. Se llama Eamon, y parece un sujeto agradable. Lo dejo a solas para que se instale.

Cuando entro en la enfermería, una enorme sonrisa ilumina la cara de Clive. Ha pasado once meses en esa habitación sin tener que compartirla con nadie, ni siquiera una noche. Yo no he podido aguantar ni once días.

DÍA 113

Jueves, 8 de noviembre de 2001
8:15 horas

Desayuno. Wendy, la responsable de cocina, necesita que el comité de asignación de trabajo de esta mañana le destine tres nuevos trabajadores.

—Pero si ayer mismo me dijo que tenía demasiado personal.

—Es verdad —responde, con las manos en la cintura—, pero eso fue ayer, y esta mañana he tenido que despedir a tres de esos tunantes.

—¿Por qué? —pregunto con ansia.

—Sabía que me lo preguntaría —responde—, y solo se lo diré porque sé que se va a enterar tarde o temprano. Ayer por la mañana puse a tres de ellos a desplumar gallinas, y anoche desaparecieron dos de ellas. No sé quién las robó, pero en mi cocina imparto juicios sumarios, así que los he echado a los tres.

9:30 horas

Hoy llegan ocho nuevos presos para empezar el período de iniciación, incluyendo a mi compañero de cuarto, Eamon. Parece que trabajó en la cocina de su última prisión, pero «en la calle» es albañil. Saldrá en libertad en enero y quiere trabajar a la intemperie durante los meses de invierno para curtirse. Me parece lógico, así que le recomiendo que opte por la granja.

10:00 horas

Eamon consigue el puesto que quería. También encuentro tres trabajadores nuevos para la cocina de Wendy, y a las 10:39 el comité de asignación ya está tomando café. Necesito un nuevo desafío.

12:00 horas

Almuerzo. Me siento al lado del ordenanza responsable de las nuevas

visitas, que me dice que «en la calle» era peluquero en Leicester. Cobraba 27,50 libras, pero estando aquí en la cárcel me cortará el pelo gustosamente una vez al mes a cambio de una tarjeta telefónica. Otro problema resuelto.

14:30 horas

En la dirección acaban de recibir un fax de Spring Hill en el que solicitan mi último plan de actuación en relación con la sentencia, que no puede actualizarse hasta que haya cumplido veintiocho días en North Sea Camp. Los planes de actuación forman parte del historial de cada preso y son un elemento importante a la hora de considerar la elegibilidad para la libertad condicional. Las reuniones de los comités de planificación de la sentencia se celebran casi todas las tardes y están presididas por el señor New y el señor Simpson. Yo debía presentarme ante el comité el 20 de noviembre, pero New lo adelanta inmediatamente una semana, al 12 de noviembre, el próximo lunes, que sería mi vigésimo noveno día en North Sea Camp, y promete enviar por fax el resultado a Spring Hill esa misma tarde. Tengo curiosidad por ver qué excusa se les ocurre después.

15:30 horas

El señor Berlyn (director adjunto) se presenta en la SMU para quejarse de que la cárcel está llena hasta los topes por primera vez en años y dice que la culpa la tengo yo.

—¿Y eso por qué? —pregunto.

—Porque el *News of the World* —me explica— ha descrito North Sea Camp como el centro penitenciario más cómodo de Gran Bretaña, así que ahora todos los presos aptos para la categoría D quieren que los envíen aquí. Es una de las razones por las que espero que lo trasladen a Spring Hill —continúa—, así podremos traspasarles a ellos esa dudosa distinción. Por cierto —agrega—, no se haga muchas ilusiones de que vayan a trasladarlo pronto, porque alguien de los de arriba [el Ministerio del Interior en la jerga carcelaria] quiere impedirlo.

16:00 horas

John (cadena perpetua, asesinato) llega a la SMU acompañado de una mujer muy atractiva a la que presenta como su pareja. Eso me deja

perplejo. Si John asesinó a su esposa y lleva los últimos catorce años encerrado en la cárcel, ¿cómo puede tener pareja?

17:00 horas

Vuelvo a mi habitación y escribo durante dos horas, sintiéndome aliviado de que Eamon no aparezca. No estoy seguro de si es porque está con sus amigos de Derby o porque es extremadamente considerado. Esta mañana me dijo que no le importaba que encendiera la luz a las seis.

—Trabajo en el sector de la construcción —me explicó—, así que estoy acostumbrado a levantarme a las cuatro y media de la mañana.

Creo que debo añadir que no fuma, no suelta tacos y siempre se muestra muy educado. Todavía no he descubierto por qué está en prisión.

19:15 horas

Encuentro a Doug y a Clive en la enfermería, cabizbajos, analizando la nueva directiva de reinserción antes de la reunión de mañana. Doug está decidido a ser el primer preso en salir de los módulos y, si eso ocurriera, quizá me convertiría en el ordenanza del módulo de enfermería de la noche a la mañana. Por primera vez miro el módulo desde una perspectiva diferente, pensando en los cambios que haría.

DÍA 114

Viernes, 9 de noviembre de 2001
6:00 horas

Anoche, antes de dormirme, estudié el último proyecto de ley para la reforma de la Cámara de los Lores, tal y como publican el *Times* y el *Telegraph* de la mano de Phil Webster y George Jones, los respectivos jefes de la sección de política de esos periódicos.

Cuando entré en la Cámara de los Comunes en 1969 a la edad de veintinueve años, creo que fui el primer diputado electo que no fue elegible para el servicio nacional[7]. Lo menciono porque, habiendo ganado una elección para cubrir una vacante por la circunscripción de Louth, en Lincolnshire, para cubrir una vacante, viví seis meses de la peor parte —y también la última— de una sesión en la que casi todos los miembros habían servido no solo en las fuerzas armadas, sino también en la Segunda Guerra Mundial, y media docena de ellos incluso en la Primera Guerra Mundial. En la bancada del fondo abundaban los generales, los almirantes y los mariscales del aire, que podían añadir varios rangos a su título oficial de parlamentarios. A la hora del almuerzo, en el comedor de los miembros del Parlamento, podías sentarte al lado de sir Fitzroy McLean, que se lanzó en paracaídas en Yugoslavia para ayudar a Tito, o de Airey Neave, que escapó del castillo de Colditz.

En 1970, cuando Ted Heath llegó a primer ministro, Malcolm Rifkind, Kenneth Clarke y Norman Lamont se sumaron a mí: una nueva clase de políticos que, con el tiempo, reemplazaría a los *amateurs* del pasado. Uso la palabra *amateur* con respeto y admiración, ya que muchos de estos hombres no deseaban ocupar ningún alto cargo, sino que consideraban el Parlamento como una extensión de las fuerzas armadas que les permitía seguir sirviendo a su país.

Cuando entré a formar parte de los Lores en 1992, la Cámara constaba de pares hereditarios, pares vitalicios y pares activos (yo pertenecía a esta última categoría). Peter Carrington (que fue ministro de Asuntos Exteriores en el gabinete de Margaret Thatcher) es un ejemplo de par hereditario; el difunto Yehudi Menuhin de par vitalicio que rara vez asistía a la Cámara (¿por qué iba a hacerlo?). Y John Wakeham era un par activo y mi primer líder: un ministro del

gabinete nombrado por los Lores para hacer un gran trabajo.

Puede parecer una extraña forma de componer una segunda cámara, y ciertamente antidemocrática, pero, pese a todos sus defectos, durante el tiempo que ocupé los escaños del fondo desarrollé un gran respeto por la experiencia, la dedicación y el servicio que recibía el país a cambio de tan pequeño desembolso. En la otra cara de esa moneda antidemocrática estaban los pares hereditarios, e incluso algunos pares vitalicios, que de un año a otro no aparecían nunca por la Cámara, mientras que otros, que prácticamente no aportaban ninguna contribución, asistían todos los días para asegurarse de recibir sus dietas y gastos diarios.

8:00 horas

Descubro algunas cosas más sobre la vida amorosa de John (cadena perpetua) durante el desayuno. Al parecer, John conoció a su pareja hace unos seis años cuando estaba en Hillgrove, una cárcel de categoría C. Ella había llevado a un par de amigos de John a visitarlo. En ese momento John solo podía recibir una visita cada quince días. Al saber que una mujer a la que no había visto en su vida estaba sentada en el aparcamiento, sugirió que fuera dentro con ellos. Durante los siguientes meses, Jan siguió llevando a los amigos de John a su visita quincenal, pero no tardó en empezar a ir ella sola por su cuenta. Esta relación amorosa se desarrolló en unas circunstancias de lo más restrictivas y poco prometedoras. Ahora John está en una cárcel de categoría D y Jan puede venir a verlo una vez a la semana. Tienen intención de casarse, si le conceden la libertad condicional dentro de dieciocho meses.

Como podéis imaginar, todavía han de superar varios obstáculos: John tiene cincuenta y un años, y ha cumplido veintitrés de condena, y Jan tiene cuarenta y ocho, está divorciada y tiene tres hijos de su primer matrimonio. En algún momento entre ahora y el próximo mes marzo, Jan debe decirles a sus tres hijos, de veinticuatro, veintidós y quince años, que se ha enamorado de un asesino, y que tiene la intención de casarse con él cuando salga en libertad.

11:00 horas

Me llaman a gritos por el sistema de megafonía y me ordenan que me presente en la recepción. Esas voz estentórea solo puede ser del sargento mayor Daff (*Daffodil*, «narciso», para los internos). Tengo varios paquetes por recoger, la mayoría de ellos libros que la gente

tiene la amabilidad de enviarme; me permiten aceptarlos solo si prometo que terminarán en la biblioteca; también, dos camisetas para uso exclusivo en el gimnasio (guiña un ojo) y una caja de trufas belgas que me envía una señora de Manchester. Ahora la regla sobre cajas de bombones y otros dulces está muy clara: los presos no pueden tenerlos en su celda, ya que pueden estar llenos de droga, así que se las dan a los chavales que vienen al gimnasio los jueves para las clases de necesidades especiales (que alguien me explique eso). Le comento que no creo que haya muchos niños de siete años capaces de apreciar plenamente las trufas belgas, pero quizá a la señora Daff sí le gusten (llevan casados cuarenta años).

—No —me responde con brusquedad—, eso podría interpretarse como un soborno.

Daff sugiere que los incorporen como premio en la rifa del Baile de los Samaritans en Boston. Estoy de acuerdo. He admirado durante años el trabajo de los Samaritans, y en la cárcel le han salvado la vida a muchísimos jóvenes.

16:00 horas

Cuando vuelvo a mi habitación, encuentro a Eamon preparándose para mudarse e irse con sus amigos de Derby al dormitorio de ocho habitaciones, así que volveré a estar solo otra vez. Aprovecho el tiempo que pasa guardando sus cosas en la bolsa de plástico reglamentaria para descubrir por qué está en prisión.

Al parecer, el sábado por la noche de la final de la Copa de la liga inglesa del año anterior, Eamon y sus amigos se emborracharon en su *pub* local. Entonces apareció un amigo y les dijo que una banda rival le había pegado una paliza y que necesitaba ayuda «para darles una lección a esos hijos de puta». Eamon y sus compañeros de borrachera acudieron armados con tacos de billar y cualquier otra cosa a la que pudieron echar mano. Persiguieron a la banda rival hasta sus coches, en el aparcamiento municipal, junto al edificio del Tribunal de la Corona, donde se libró una batalla campal que quedó registrada por las cámaras de seguridad.

Cinco de ellos fueron acusados de desórdenes públicos y actos violentos y se declararon inocentes; uno de ellos era miembro del equipo de fútbol del Derby County. Su abogado negoció la posibilidad de que el cargo fuera rebajado a la categoría de alteración del orden público. Bastó un vistazo a las imágenes de las cámaras de seguridad y rápidamente cambiaron su declaración a culpable. Les cayeron diez meses a cada uno, y si les conceden el control por medios telemáticos,

los pondrán en libertad después de solo doce semanas (cinco meses menos dos meses de control telemático). Por cierto, el amigote que les pidió ayuda fue el primero en oír las sirenas y escapó momentos antes de que llegara la policía.

DÍA 115

Sábado, 10 de noviembre de 2001
6:38 horas

No pasa un solo día en el que no desee no estar aquí. Echo de menos mi libertad, echo de menos a mis amigos y, sobre todo, echo de menos a Mary y a los chicos.

No pasa un solo día en el que no maldiga al juez Potts por lo que todo el mundo vio como unas conclusiones tendenciosas frente al jurado, y por su evidente regocijo al emitir una sentencia tan severa.

No pasa un solo día en el que no me pregunte por qué la policía no ha detenido a Angie Peppiatt por malversación de fondos.

No pasa un solo día sin que me pregunte cómo puedo ser culpable de obstrucción a la justicia si Ted Francis no lo es: o ambos somos culpables o ambos somos inocentes.

Llevo ciento quince días en la cárcel, y mi ira y mi desesperación afloran al fin a la superficie después de la visita de un joven llamado Derek.

Derek llama tímidamente a mi puerta y me tomo un descanso de mi sesión de escritura para satisfacer su simple deseo de que le firme un autógrafo al dorso de una foto de la novia que ha estado apoyándolo. Le pregunto sobre su sentencia (la mayoría de los presos hablan con todo lujo de detalles, aunque saben que estoy escribiendo un diario). Derek cumple tres meses en la cárcel por robar a sus jefes tras extender un cheque personal que sabía que no tenía fondos. Pasó un mes en la cárcel de Lincoln, que según me cuentan los más veteranos es aún peor que Belmarsh. Añade que el «ejemplar escarmiento» del magistrado le ha servido para presenciar una violenta paliza en la ducha, ver cómo alguien se inyecta heroína y oír un lenguaje que no tenía ni idea de que empleara ningún ser humano.

—Pero usted ha sido un ejemplo para mí —añade antes de irse—. Sus buenos modales, su alegría y su disposición para escuchar los problemas de la gente nos han sorprendido a todos.

No puedo decirle que no tengo otra opción. Que es todo fachada. Que me siento un hombre desesperadamente desgraciado, roto y hundido. Sonrío cuando tengo la moral por los suelos, me río cuando no veo rastro de humor por ninguna parte, ayudo a los demás cuando

soy yo quien necesita ayuda. Estoy solo. Si mostrara alguna señal, aunque solo fuera por un momento, de lo que me pasa por dentro, al día siguiente tendría que leer los detalles en algún tabloide. Todo lo que hago está a una simple llamada telefónica de un periodista amigo con el talonario de cheques en la mano. No sé de dónde he sacado las fuerzas para mantener esta apariencia y no desmoronarme nunca en presencia de nadie.

Lo conseguiré, aunque solo sea para castigar a mis enemigos, a quienes les encantaría ver cómo me derrumbo. Me ayudan los centenares de cartas que llegan cada semana de la gente corriente y honrada; me ayudan mis amigos que permanecen fieles; me ayuda el amor y el apoyo de Mary, Will y James.

No pienso en la venganza, ni siquiera albergo esperanzas de que se haga justicia, pero Dios sabe que no me rendiré.

DÍA 116

Domingo, 11 de noviembre de 2001
8:05 horas

Llego cinco minutos tarde al desayuno. El señor Hayes, un funcionario considerado y amable, me pide hablar un momento a solas conmigo y me pregunta si en adelante podría ser más puntual porque, de lo contrario, algunos presos se quejarán de que recibo un trato preferente.

9:00 horas

Doug está de permiso en la ciudad para poder visitar a su familia en March y Linda (enfermera jefe) me pregunta si voy a ser el «guardián de las pastillas». Tienes que reunir tres requisitos para asumir esa responsabilidad:

a. ser no fumador,
b. no haber tenido nunca nada que ver con drogas,
c. saber leer y escribir.

En una cárcel de ciento setenta y dos reclusos, solo siete cumplen los tres requisitos.

10:00 horas

Escribo durante dos horas.

12:10 horas

Almuerzo. Llego puntualmente.

1:15 horas

El director general, el señor Lewis, viene a ver a Linda.

—Me alegro de encontrarlo aquí —me dice—. He recibido una

carta de una tal «Escandalizada, Bexhill-On-Sea», que quiere saber por qué tiene una piscina privada y lo llevan a casa en su Rolls Royce todos los viernes para que pase el fin de semana con su familia. La he desengañado con respecto a los dos primeros puntos y he añadido que ahora trabaja tanto los sábados como los domingos en el módulo de atención hospitalaria con una retribución de veinticinco peniques la hora.

14:00 horas

Mary viene a visitarme. Es fantástico volver a verla, aunque tiene aspecto cansado y está pálida y ojerosa. Me pone al día sobre todos mis problemas legales, incluidos detalles de todo el dinero que desapareció durante la época en que Angie Peppiatt fue mi secretaria. También hablamos de si debería presentar una demanda contra la baronesa Nicholson por su acusación de que yo había robado millones de libras al pueblo kurdo, y de cómo es posible que Ted Francis sea inocente cuando a mí me declararon culpable del mismo delito. Una vez que haya completado el expediente sobre la señora Peppiatt, se lo entregará a la policía.

Por último planteamos el dilema de si debo permanecer en North Sea Camp y asumir el cargo de ordenanza del módulo de enfermería. Decidimos que debo seguir solicitando ingresar en Spring Hill.

18:00 horas

Leo los únicos periódicos dominicales de los que puedo echar mano, el *Observer* y el *News of the World*. Uno demasiado a la izquierda para mi gusto, el otro demasiado a la derecha.

10:00 horas

Doug regresa de pasar el día con su familia y yo le devuelvo mi responsabilidad como «guardián de las pastillas». Está convencido de que me van a proponer para el puesto en la enfermería tan pronto como le concedan el permiso para trabajar fuera, lo que lo sacaría de la prisión cinco días a la semana. Le digo que tanto Mary como yo aún pensamos que sería mejor que me trasladasen a Spring Hill.

22:30 horas

De vuelta a mi habitación. En la televisión comunitaria de la sala contigua están poniendo una película de vampiros, a todo volumen. Asombrado por la capacidad del cuerpo humano para tolerar y acostumbrarse a ciertas cosas, acabo quedándome dormido.

DÍA 117

Lunes, 12 de noviembre de 2001
8:50 horas

Cada día que pasa, me digo que al final las historias acabarán por agotarse y, con ellas, este diario. Bueno, pues hoy no, porque Simon acaba de entrar en la SMU.

Simon trabaja en el comedor de los funcionarios, y aunque lo veo todos los días aún no lo había conocido en persona. Ha venido a la SMU para consultar el estado de una solicitud que presentó para visitar a su madre en Doncaster. Me temo que ha estado tratando con un funcionario al que llaman, irónicamente, «el hombre de acción». Después de seis semanas y varias «solicitudes», Simon todavía no ha tenido ninguna novedad. Después de prometerle que investigaré el asunto, le pregunto, como de pasada, por qué está en la cárcel.

—Secuestré a mi hijo —me responde.

Eso aviva mi curiosidad. No me había encontrado con un secuestro hasta ahora. Simon se declaró culpable de secuestrar («rescatar», según sus palabras) a su hijo de cinco años durante cuarenta y siete días. Lo llevó a Chipre, a través de Francia, Alemania, Yugoslavia y Turquía. Lo hizo, explica, porque después de separarse de su mujer, descubrió que su hijo estaba siendo maltratado físicamente tanto por su exesposa como por el nuevo compañero de esta, un sargento de policía. El juez no dio crédito a su historia y lo condenó a cuatro años de cárcel, como advertencia a otros padres que quieran tomarse la justicia por su mano. Me parece bien y, de hecho, me sorprendo asintiendo con la cabeza.

Un año más tarde, el nuevo novio de su exmujer (el sargento de policía) fue detenido y acusado de un delito de lesiones, y le impusieron una condena de tres años por —entre otras cosas— romperle el brazo al niño. Simon presentó un recurso de apelación inmediatamente y volvió a los tribunales para enfrentarse al mismo juez. No solo alegó circunstancias atenuantes, sino que añadió: «Yo ya se lo dije», a lo que el juez respondió: «Eso no altera el hecho de que usted infringió la ley, por lo que cumplirá su sentencia íntegra».

Ya os estoy oyendo decir: «Bah, pero podría haber denunciado al hombre a la policía y a los servicios sociales». Intentad denunciar a un

sargento de policía. Y Simon tiene pilas de expedientes en su habitación llenos de quejas a los servicios sociales con respuestas que rayan lo ridículo: «Hemos examinado el caso con suma atención y no tenemos razones para creer…». Simon tuvo que vender su casa para pagar las setenta mil libras de las costas legales y ahora está encerrado en North Sea Camp, sin un céntimo y sin saber dónde está su único hijo. Se me parte el corazón con la historia de este hombre.

¿Habríais hecho lo mismo por vuestro hijo? Si la respuesta es sí, entonces sois unos delincuentes.

11:00 horas

Me llaman por el sistema de megafonía para que me presente en la recepción. El sargento mayor Daff está de servicio. Le complace entregarme mi radio, una vez han comprobado que no contiene ningún tipo de drogas escondida. Es una Sony de triple banda, práctica, sencilla y profesional. Cumplirá su función, y solo hay que echar un vistazo al robusto aparato para saber que la ha enviado Mary.

14:30 horas

Es una tarde tranquila, así que Matthew me da una charla sobre Heródoto. Está muy satisfecho consigo mismo porque ha encontrado un pasaje en el cuarto libro de las *Historias* que podría ser la primera referencia conocida sobre la inhalación de cannabis (cáñamo). Reproduzco la traducción completa:

Y ahora, el baño de vapor. Sobre un armazón compuesto por tres palos que se juntan en la parte superior, extienden unos trozos de tela de lana, con cuidado de que no se separen, y en el interior de esta tienda, colocan un plato lleno de piedras candentes. Luego cogen unas semillas de cáñamo, entran en la tienda y tiran las semillas sobre las piedras candentes. Aquello empieza a humear inmediatamente y despide unas vaharadas que no pueden compararse con ningún otro baño de vapor en toda Grecia. Los escitas disfrutan tanto de esta experiencia que emiten aullidos de placer.

15:40 horas

El señor New y el señor Simpson me entrevistan para el plan de actuación en relación con la sentencia. Rellenan todas las casillas

marcando la opción «Sin antecedentes» en materia de drogas, violencia, delitos previos, abuso de alcohol o trastorno mental. En las casillas restantes, introducen las palabras «Bajo riesgo» con respecto a probabilidad de fuga, reincidencia y acoso. La última casilla tiene que rellenarla mi oficial de personal. El señor New tiene la amabilidad de elogiar mi trabajo en la SMU y mi relación con otros presos.

Ambos funcionarios firman el documento y lo envían por fax a Spring Hill a las 16:07 horas. El acuse de recibo tiene lugar a 16:09 horas. Estaremos atentos a los próximos acontecimientos…

DÍA 118

Martes, 13 de noviembre de 2001
5:51 horas

Escribo durante dos horas.

8.30 horas

Hoy no llega ningún recluso nuevo, por lo que no hay reunión del comité de asignación de trabajo. New no entra a trabajar hasta la una, así que Matthew y yo tenemos una mañana tranquila. Me da una charla sobre Alejandro Magno.

12:00 horas

Llamo a Chris Beetles a su galería. Su catálogo anual, *Illustrators' Catalogue*, ha llegado en el correo de la mañana. Incluye la habitual selección de talento: Vicky, Low, Brabazon, Scarfe, Shepard, Giles y Heath Robinson. Sin embargo, es un nuevo artista el que atrae mi atención.

E. H. Shepard ilustró la primera edición del clásico infantil *El viento en los sauces* y, tras su muerte, por un breve período de tiempo, lo hizo Heath Robinson. Sin embargo, hace poco se ha publicado una nueva edición ilustrada con una serie de acuarelas absolutamente preciosas de la mano de Michael Foreman, que es uno de los ilustradores más respetados de Gran Bretaña. En la actualidad los Shepard originales se cotizan por hasta cien mil libras y los Heath Robinson pueden llegar a alcanzar las diez mil libras. Así pues, fue una sorpresa muy agradable descubrir que las obras del señor Foreman estaban disponibles por alrededor de quinientas libras. Decido escoger una o dos para mis futuros nietos.

Así que, ansioso, empiezo a pasar las hojas y elijo una docena más o menos para que Mary las hojee después. No me queda más remedio que sonreír cuando llego a la página ciento once: es la ilustración del señor Sapo en la cárcel, recibiendo la visita de la lavandera. No solo se trata de un dibujo absolutamente imprescindible para un futuro nieto mío, sino que debería ser la felicitación navideña de este año. (Ver

más abajo).



16:00 horas

Un preso llamado Fox me pregunta si es cierto que tengo un portátil en mi habitación. Le explico educadamente que tengo por costumbre escribir todos mis manuscritos a mano y que no tengo ni idea de cómo usar un ordenador. Parece sorprendido. Más tarde me entero por mi antiguo compañero de habitación, Eamon, de que circula un rumor por ahí de que tengo mi propio portátil y un teléfono móvil. En la cárcel, la envidia es tan común como en la calle.

17:00 horas

Recibo una visita de David (estafa, dieciocho meses). Ha recibido una carta extensa y fascinante de su antiguo compañero de habitación, Alan, que fue trasladado a Spring Hill hace una semana. Alan confirma que su nueva residencia es mucho más agradable que North Sea Camp, y me aconseja que me reúna con él lo antes posible. No parece darse cuenta de que la decisión no depende de mí. Sin embargo, la carta contiene una frase muy elocuente: «Uno de los

funcionarios ha comentado que llevan esperando a Jeffrey desde hace una semana, ¿es que ha decidido no venir?». David cree que deben de haber accedido a aceptarme y que solo están esperando mi plan de actuación en relación con la sentencia, que ayer mismo les enviaron por fax.

Por cierto, David (el destinatario de la carta) era maestro de escuela en Sleaford antes de llegar a North Sea Camp a través de Belmarsh. Tres de sus antiguos alumnos son también internos de la cárcel; bueno, para ser exactos, solo dos… uno acaba de fugarse.

19:00 horas

Doug y yo vemos la entrada de los tanques en Kabul mientras Bush y Blair tratan de disimular su expresión triunfante.

22:30 horas

De vuelta en mi habitación, estoy desvistiéndome cuando, de pronto, se dispara el fogonazo de un *flash*[8]. Abro la puerta rápidamente y veo a un recluso corriendo por el pasillo. Salgo detrás de él, pero desaparece por la puerta trasera y se pierde en la noche.

Vuelvo a mi habitación y, al cabo de un momento, un funcionario llama a la puerta y entra. Me dice que saben quién es el culpable, porque varios presos lo vieron salir. Mañana a estas horas todo el mundo sabrá quién ha sido: otro preso sobornado por la prensa. Pillaron a los últimos tres, quienes perdieron su clasificación de presos de categoría D, los enviaron de nuevo a una cárcel de categoría B y les prolongaron la duración de su sentencia. Me han dicho que la tarifa actual por fotografía es de quinientas libras. Si lo atrapan, os lo diré. Si no, lo habréis visto en uno de los periódicos nacionales, con el titular:

DÍA 119

Miércoles 14 de noviembre de 2001
8:15 horas

Mientras voy andando a desayunar desde el módulo sur, recojo fragmentos de información sobre el incidente de anoche: resulta que el fotógrafo no era un preso, sino Wilkins, un exrecluso que salió en libertad el viernes pasado. Varios de los internos los reconocieron, todos sorprendidos de que estuviera otra vez dentro de la prisión, cuatro días después de haber salido de ella.

Pero he aquí la parte trágica de todo el episodio: Wilkins estuvo en la cárcel por conducir sin carnet, y cumplió solo doce semanas de una sentencia de seis meses. La condena por entrar en un centro penitenciario con algún propósito ilegal conlleva una pena máxima de diez años, o eso es lo que asegura el cartel en blanco y negro al entrar en North Sea Camp. Y lo que es peor: pasarías todo el tiempo de condena en un centro de categoría B, ya que se te consideraría como alguien con una alto riesgo de fuga. La última denuncia de este tipo en North Sea Camp fue cuando un padre introdujo droga para su hijo. Terminó con una sentencia de tres años.

Me muero de ganas de descubrir qué periódico considera este comportamiento como un servicio al público. Me han dicho que cuando cojan a Wilkins, parte del trato para negociar la duración de la sentencia dependerá de si está dispuesto a proporcionar a la policía la información de quién lo metió en este lío.

14:30 horas

Llaman a todos los funcionarios por el sistema de megafonía para que se presenten en la puerta de entrada inmediatamente. Matthew y yo miramos por la ventana de la cocina mientras una docena de celadores llegan de todas direcciones a distintas velocidades. Rodean a un equipo de televisión que —según descubro más tarde— está intentando grabar a un doble de Jeffrey Archer sujetando uno de mis libros y diciendo que va a intentar escapar. El señor New me dice que les advirtió que estaban en un terreno propiedad del gobierno y que debían marcharse inmediatamente, a lo que el productor respondió:

«No pueden tratarme así, soy de la BBC». ¿De verdad puede haber caído tan bajo una institución como la BBC?

DÍA 120

Jueves, 15 de noviembre de 2001
5:21 horas

Me levanto temprano porque tengo que presentarme en el módulo de enfermería a las siete y media de la mañana para asumir mis nuevas responsabilidades como suplente de Doug mientras él asiste a un curso de tres días de conducción de carretillas elevadoras. No entiendo cómo puede resultarle eso útil a un hombre de cincuenta y tres años que dirige su propia empresa de transporte, con un volumen de negocios de dos millones de libras. A él no parece importarle lo absurdo del asunto, siempre y cuando pueda salir de prisión tres días. Escribo durante dos horas.

7:30 horas

Me presento ante Linda en el módulo de enfermería y presencio el triaje de enfermos de la mañana. Una veintena de presos hacen cola para recoger su medicación o para ver si les dan la baja médica para no trabajar por hoy. Si llueve o hace mucho frío, la cola es el doble de lo normal. La mayoría de los trabajadores de la granja prefieren pasar el día calentitos viendo la televisión en lugar recogiendo coles de Bruselas o limpiando las pocilgas. Linda los describe como «cuentistas» y afirma ser capaz de detectarlos a treinta pasos de distancia. Si yo trabajara en la granja, seguramente me contaría entre ellos.

Bill (estafa, trabajador de la granja) ha sufrido en sus carnes todas las enfermedades, afecciones y microbios conocidos por la humanidad. Hoy tiene diarrea y le pide a Linda que le dé el día libre en el trabajo. Está seguro de que mañana se encontrará bien.

—Por supuesto —dice Linda, obsequiándole con la más cálida de sus sonrisas. Bill le devuelve la sonrisa como respuesta—. Aunque —añade— tendré que ingresarte en la enfermería todo el día.

—¿Por qué? —pregunta Bill con gesto de sorpresa.

—Porque te tendré que tomar una muestra cada treinta minutos —explica— para decidir qué medicación prescribirte. —Bill entra en el módulo, se acuesta en una de las camas y mira en dirección a la

pantalla de televisión con expresión esperanzada—. De eso ni hablar —le desilusiona Linda.

Una vez que Linda ha identificado a los auténticos enfermos de los caraduras, me entrega cuatro listas con los nombres de quienes tienen permiso para no trabajar ese día. Entrego una copia en la oficina de la unidad del módulo sur, en la oficina de la granja, en el módulo norte, en la entrada y en la sección de educación antes de ir a desayunar.

8:30 horas

Es el último día de Matthew en North Sea Camp y anda coleccionando papeles. Lleva un formulario impreso a doble cara de departamento en departamento, al módulo de enfermería, al gimnasio, al comedor, al economato y a la recepción, para recoger firmas que autoricen su puesta en libertad al día siguiente. Empieza por el señor Simpson, el oficial de la libertad condicional de la SMU, y acabará con el supervisor principal, el señor New. Mañana por la mañana tendrá que entregar esta hoja de papel en recepción antes de que lo pongan en libertad por fin. No es inaudito que el papel para la puesta en libertad de un preso desaparezca de la noche a la mañana, lo que puede retrasar varias horas la salida de un recluso.

Echaré de menos a Matthew, quien, a sus veinticuatro años, va a volver a la universidad a terminar su doctorado. He aprendido mucho de él durante las últimas cinco semanas. Desde que estoy en la cárcel, he conocido a más de un millar de presos y él es uno de los pocos que, en mi opinión, nunca debería haber ido a la cárcel. Le deseo suerte en el futuro; es un buen chico.

12:00 horas

Voy al módulo de enfermería para ver si la enfermera jefe me necesita.

—De momento no —dice Linda—, pero como esperamos a otros diecisiete recién llegados esta tarde, vuelva sobre las cuatro, por favor, o cuando vea aparecer el furgón por la puerta principal.

—¿Cómo está Bill? —pregunto.

—Duró unos cuarenta minutos —responde con sequedad—, pero lamentablemente no pudo proporcionarme ninguna muestra. Lo mandé de vuelta a la granja, pero por supuesto le dije que regresara inmediatamente si se repetía problema.

14:00 horas

Al volver a la SMU me encuentro a un preso en la sala de espera, temblando de forma evidente. Se llama Moore. Me dice que lo han sacado del trabajo para una reunión con dos policías que vienen desde Derbyshire para interrogarlo. Ha cumplido diecisiete meses de una sentencia de cinco años y está ansioso por saber por qué quieren verlo.

14:30 horas

Los policías no han aparecido todavía. Voy a ver a Moore y compruebo que sigue hecho un manojo de nervios.

14:53 horas

Llegan los dos policías de Derbyshire. Me saludan con una sonrisa y no me parecen hostiles en absoluto. Los llevo a una sala de interrogatorios del primer piso, les ofrezco una taza de té y aprovecho para decirles que Moore está un poco nervioso. Me aseguran que es solo una simple investigación rutinaria y que no tiene nada de qué preocuparse. Vuelvo abajo y le doy a Moore ese mensaje; los temblores desaparecen.

15:26 horas

Moore se despide con una sonrisa y saludándome con la mano; nunca había visto a un hombre más aliviado.

16:00 horas

Los diecisiete nuevos presos llegan en un furgón vía Birmingham y Nottingham. Voy al módulo de enfermería para tomarles la tensión y anotar su peso y altura. No es fácil cumplir con mis nuevas obligaciones mientras los diecisiete hablan a la vez. ¿Qué trabajos hay disponibles? ¿Cuánto pagan? ¿Puedo ir al economato esta noche? ¿A qué hora es el recuento? ¿Cuál es el mejor módulo? ¿Puedo llamar por teléfono?

19:00 horas

Doug regresa de su jornada con las carretillas elevadoras. Está

contento de hacer el curso porque si espera conservar su carnet de conductor de camión, tendría que hacerlo de todos modos dentro de un año. El curso le cuesta trescientas cuarenta libras, pero está dispuesto a pagarlas solo para poder salir durante tres días.

—De hecho, pagaría mucho más —dice.

20:15 horas

Después del recuento, me doy un baño antes de ir al módulo sur a despedirme de Matthew. Para cuando llegue a trabajar al módulo de enfermería mañana a las siete y media, Matthew será un hombre libre. No le envidio, porque nunca deberían haberle metido en la cárcel, para empezar.

DÍA 121

Viernes, 16 de noviembre de 2001
10:00 horas

Los diecisiete nuevos reclusos están esperando en el anexo a que comience su charla introductoria antes de firmar el documento donde se comprometen a no tomar drogas. Todos charlan tranquilamente, con una excepción: hay un preso sentado en una esquina, con la cabeza baja, los pies golpeteando el suelo, con expresión ansiosa. Eso podría deberse a muchas razones, pero aunque los funcionarios están atentos a cualquier inclinación suicida durante las primeras cuarenta y ocho horas de la llegada de un preso, informo de mi preocupación al señor New. Me dice que lleve al recluso a su despacho pero que haga que parezca un trámite rutinario.

Cuando el hombre sale del despacho, al cabo de cuarenta minutos, está sonriendo. Resulta que X está condenado por un delito tipificado como de clase A, lo que normalmente significa un delito sexual contra un menor. Sin embargo, a X lo sentenciaron a seis meses por pegar a su hijo. Solo cumplirá doce semanas, y el hecho de que esté en una cárcel de categoría D indica que no tiene antecedentes de violencia. Sin embargo, si se supiera que su delito es de clase A, otros internos darían por sentado que es un pedófilo. New ha aconsejado al preso que, si le preguntan por qué está aquí, diga que pegó a un tipo que intentó colarse en la cola del taxi. Como solo va a cumplir doce semanas, es perfectamente creíble.

11:30 horas

Storr entra en el edificio, agitando en el aire un formulario de queja. Ayer, después de regresar de una visita a la ciudad, dio positivo en un test de alcoholemia; sí, te pueden hacer la prueba de alcoholemia en la cárcel sin haber conducido un vehículo: de hecho, basta con caminar. Storr protestó diciendo que él nunca bebe, ni siquiera «en la calle», y que el verdadero culpable es un frasco de enjuague bucal. Mandan a Storr de vuelta al módulo norte para que vaya a buscar el frasco ofensivo, al que le quedan unos dos dedos de líquido rojo en el fondo. En la etiqueta el alcohol figura como uno de los ingredientes.

Después de cierta discusión, New decide que Storr vuelva a someterse al test mañana por la mañana. Si el resultado es negativo, su explicación se dará por buena[9]. Posteriormente se someterá a más tests de forma aleatoria y, si en alguno de ellos da positivo, lo enviarán de nuevo a una cárcel de categoría C. Storr acepta este dictamen y se va con aire satisfecho.

14:30 horas

Le pregunto al señor New si hay alguna novedad sobre mi traslado a Spring Hill. Niega con la cabeza.

16:00 horas

Voy de nuevo al módulo de enfermería y hago pruebas de orina a los tres recién llegados a los que no se la hicimos ayer, les tomo la tensión y anoto su peso. Entre ellos hay un preso que se llama Blossom y que es la tercera vez que vuelve a North Sea Camp en otros tantos años.

—Es más bueno que el pan —dice Linda—. Es un gitano que, una vez que lo han condenado, no da ni un solo paso en falso; siempre sale a la calle como un preso modélico después de cumplir la mitad de su sentencia, pero una vez que se ha ido, normalmente vuelve al cabo de un año —añade.

22:30 horas

En las imágenes de las noticias de televisión aparece Kabul tal como era bajo el dominio de los talibanes. Entre los edificios grabados está la cárcel de Kabul: a su lado, North Sea Camp parece el hotel Ritz; veinte hombres habrían ocupado mi habitación con solo tres colchones harapientos y con manchas de orín para todos.

Duermo como un tronco.

DÍA 122

Sábado 17 de noviembre de 2001

Cualquiera que esté encerrado en la cárcel quiere que su condena pase lo más rápido posible. Si tienes la suerte de trabajar en algo interesante, como yo con mi puesto en la SMU, sin duda eso ayuda a matar el tiempo de lunes a viernes. Eso solo nos deja con el otro problema: el fin de semana. Una vez que llega tu fecha de elegibilidad para obtener permisos penitenciarios y puedes trabajar fuera de la cárcel, salir de visita a la ciudad cada semana y pasar una semana fuera cada mes, me han dicho que los meses se pasan volando, pero si no logro ganar mi apelación contra la duración de la sentencia, nada de eso pasará hasta julio del año próximo… dentro de otros ocho meses. Así que el aburrimiento se convertirá en mi mayor reto.

Puedo escribir, pero no todas las horas del día. Con suerte los sábados por la tarde siempre hay un partido de *rugby* que ver, y los domingos una visita que esperar con ansia. Así que, para que conste en acta:

Sábado

6:00 horas: Escribo este diario durante dos horas.

8:15 horas: Desayuno.

9:00 horas: Leo el *Times* o cualquier otro periódico disponible.

10:00 horas: Trabajo en el sexto borrador de *Hijos de la fortuna*.

12:00 horas: Almuerzo.

14:00 horas: Veo a Nueva Zelanda derrotar a Irlanda 40-29 en la BBC1.

16:00 horas: Veo a Gales derrotar a Tonga 51-7 en la BBC2.

16:40 horas: Veo las imágenes más destacadas de la victoria récord de Inglaterra por 134-0 contra Rumanía en ITV.

18:00 horas: Continúo trabajando en *Hijos de la fortuna* y me quedo sin papel. Es culpa mía.

20:15 horas: Firmo a la hora del recuento, demostrando así que

no me he fugado ni me he muerto de aburrimiento.

20:30 horas: Me voy con Doug a la enfermería y vemos una película de Danny de Vito y Bette Midler, seguida de las noticias.

22:30 horas: Regreso a mi habitación, me acuesto y, a pesar del ruido del programa deportivo procedente de la sala de televisión de al lado, me duermo.

DÍA 123

Domingo, 18 de noviembre de 2001
6:11 horas

Después de cinco semanas en North Sea Camp, debéis de estar tan familiarizados con mi rutina diaria como yo, así que, a partir de hoy, mencionaré únicamente los aspectos más destacados o aquellos incidentes más inusuales que a mi entender pueden resultaros de interés.

14:00 horas

Recordaréis que me permiten recibir una visita a la semana, y mis visitantes de hoy son Alan y Della Pascoe. Conocí a Alan cuando él era aún un muchacho de instituto, y hasta el observador menos agudo se habría dado cuenta de que estaba destinado a ser una estrella. Permaneció toda una década en el nivel más alto, y si en esa época no hubiese coincidido con Moses —el más grande de todos los tiempos en los cuatrocientos metros vallas—, sin duda Alan habría ganado dos medallas de oro olímpico, en lugar de dos de plata. Solo competimos una vez como atletas; él tenía diecisiete años y yo veintiséis. Prefiero no pensar en cómo acabo aquella carrera…

Aunque tuve el privilegio de ver a Della correr para su país (medalla de oro de la Commonwealth y plusmarquista mundial), no nos volvimos a ver hasta que se casó con Alan, y nuestras familias han estado muy unidas desde entonces. Siguen siendo la clase de amigos que no cambian de pista para correr en sentido contrario cuando has quedado descalificado.

DÍA 124

Lunes, 19 de noviembre de 2001
5:30 horas

Me despierta el ruido de tres tractores pesados cosechando acres y más acres de coles de Bruselas. Si yo me despierto cada día a las cinco y media, ¿a qué hora deben de levantarse los trabajadores del campo para ponerse al volante del tractor antes de que yo me levante?

8:15 horas

Como recordaréis, Matthew salió en libertad el viernes pasado, y ha sido sustituido por Carl en la SMU.

Carl habla en voz baja y agradable y es muy educado. Es el vocalista de la banda de *rock* de la prisión y tiene el atractivo físico que se le exige a cualquier que aspire a esa vocación: mide cinco pies con once, es delgado y tiene el pelo rubio y ondulado. Me cuenta que tiene una hija de quince años que nació cuando él tenía veinte (no está casado), así que debe tener unos treinta y tantos años.

Carl llega a las ocho y veinte, lo cual es un buen comienzo, y mientras le explico cuáles son nuestras tareas diarias, él toma notas. El lunes suele ser tranquilo: no hay nuevos ingresos ni se reúne el comité de asignación de trabajo, así que puedo informarle de forma detallada sobre todo el personal residente en el edificio y sus responsabilidades. Aprende rápidamente, y también tiene a todas las mujeres del edificio acudiendo a la cocina con la más mínima excusa. En solo una semana ya lo tendrá todo dominado y el que sobrará seré yo.

Ahora, por supuesto, querréis saber qué hace este cruce entre Robbie Williams y Richard Branson en prisión. La respuesta es simple: está aquí por fraude. Carl se cobró una suma de dinero como adelanto sobre unas propiedades que ni le pertenecían ni las representaba adecuadamente. Un aspecto más interesante del caso de Carl es que su coacusado se declaró no culpable mientras que, por consejo de su abogado, Carl se declaró culpable. Pero aún hay más: como Carl tenía que esperar el resultado del juicio de su coacusado antes de que pudieran dictar su sentencia, salió en libertad bajo fianza durante nueve meses y, en ese tiempo, salió «por piernas». Se fue a Barcelona,

encontró un trabajo e intentó establecerse allí. Sin embargo, al cabo de unas pocas semanas, decidió que tenía que volver a Inglaterra y dar la cara, según sus propias palabras.

A Carl le sorprendió un poco que no le detuvieran cuando aterrizó en Heathrow. Pasó el fin de semana con un amigo en Nottingham y luego se entregó en la comisaría más cercana. El policía de la recepción estaba tan perplejo que no sabía qué hacer con él. Presentaron cargos contra Carl ese mismo día, más tarde, y después de pasar una noche bajo custodia, a la mañana siguiente lo sentenciaron a tres años. A su coacusado también le cayeron tres años. Su abogado dice que solo lo habrían condenado a dos años si no hubiese quebrantado la libertad bajo fianza y desaparecido en Barcelona. Carl es un preso modelo, así que solo cumplirá dieciséis meses, la mitad de su sentencia menos dos meses con control telemático.

14:30 horas

El señor New llama a Spring Hill para preguntar sobre mi traslado, pero como no hay respuesta de la oficina de Karen, lo intentará de nuevo mañana. Si yo estuviera en mi despacho, lo intentaría de nuevo a las tres, a las cuatro y a las cinco de la tarde, pero aquí en la cárcel, imposible. Que sea mañana, no pasa nada. Después de todo, no me voy a ir a ningún sitio.

17.00 horas

David (asesinato) llega con toda mi ropa lavada. Los condenados a cadena perpetua tienen su propia lavadora y su plancha. El dueño de la tintorería de Jeeves of Belgravia, en Pont Street, estaría orgulloso de él. Le doy tres barritas Mars y saldo mi deuda.

18:00 horas

Necesito comprar un enchufe del economato (30 peniques) porque sigo dejándome el mío en el lavabo. Ya me han desaparecido cuatro en las últimas cuatro semanas. Cuando llego al mostrador, se han agotado. Sin embargo, Doug me dice que tiene un cajón lleno de enchufes…, no esperaba menos de él.

DÍA 125

Martes, 20 de noviembre de 2001

Muchos aspectos de la vida en la cárcel son insoportables: el aburrimiento, el confinamiento, el echar de menos constantemente a la familia y los amigos. Todo eso puede desvanecerse con el tiempo, pero hay dos cosas que no olvidaré nunca cuando salga en libertad: el ruido y el lenguaje malsonante.

Anoche, a las diez, cuando volví a mi habitación, la sala de televisión de al lado estaba abarrotada de *hooligans* gritones; el volumen, para la repetición de la pelea por el título mundial de pesos pesados entre Lennox Lewis y Hasim Rahman, estaba tan alto que era como encontrarme de vuelta en Belmarsh, cuando en la celda contigua sonaba música *reggae* a todo volumen. Me alegré enormemente de que Lennox Lewis hubiese conservado su título, pero no me hacía ninguna falta oír cada palabra que dijera el comentarista, ni los vítores, gritos e insultos de un público en su mayoría parcial. Al final me rendí, me acerqué a la puerta de al lado y pregunté si podían bajar un poco el volumen. Me recibieron con un coro de «¡Vete a la mierda!».

10:00 horas

Dieciséis nuevos reclusos se presentan ante el comité de asignación de trabajo, todos con sus carpetas rojas en la mano. Se ha corrido la voz: si no devuelves las carpetas, no consigues un trabajo, y si no tienes trabajo, ni cobras ningún salario. Como la cárcel está tan llena en estos momentos, en la mayoría de los buenos trabajos (módulo de atención médica, la SMU, la biblioteca, talleres educativos, economato, comedor de funcionarios) no queda ninguna vacante, por lo que solo queda cocina, labores de limpieza y la temida granja. Entre los nuevos internos hay alguien con un doctorado y un oficial del ejército. Lo arreglo todo de forma que el preso del doctorado, a quien solo le quedan cinco semanas de condena, trabaje en el economato y el oficial del ejército le sustituya. Solo uno de los nuevos no tiene ni idea de lo que quiere hacer, así que, inevitablemente, acaba en la granja.

11:00 horas

Ya os he descrito el periplo que sigue el papeleo en este centro, de manera que imaginaos mi sorpresa cuando, entre los tres presos que aparecen esta mañana con los papeles para su puesta en libertad se encuentra Potts. ¿Recordáis a Potts? ¿El preso cuyo abogado no apareció? ¿El que tomó una sobredosis? Bueno, pues ahora está totalmente recuperado y volvió al juzgado para presentar su recurso de apelación. Sin embargo, llegó media hora tarde y el juez se negó a escuchar su caso, a pesar de que fue el servicio de instituciones penitenciarias el que tuvo la culpa de que no llegara a tiempo. Y aquí estamos, dos semanas más tarde, y mañana saldrá en libertad, a pesar de que no debía salir hasta mediados del próximo año. Como no podemos mantener una conversación como es debido en la SMU, quedamos en que iré a verlo esta noche y me enteraré de qué es lo que ha ocasionado este cambio tan repentino.

15:00 horas

El director de Spring Hill (el señor Payne) llama para hablar en privado con el señor New. Le preocupa el revuelo mediático que se va a armar si acepta mi traslado. New hace todo lo posible para calmar la inquietud de Payne, señalando que una vez que los tabloides sacaron sus fotografías, la prensa no ha vuelto a aparecer por aquí desde entonces. Sin embargo, Payne responde diciendo que eso no impidió que se publicaran una serie de reportajes de «internos» y «presos liberados» que, aunque son pura fantasía, no ayudan. New le dice que me he aclimatado bien, que he compartido habitación con otro recluso y que soy un preso modélico. Payne dice que tomará una decisión en breve. No soy optimista.

18:30 horas

Me han invitado a asistir a una reunión de los Samaritans (sección de Boston) y los Escuchadores (presos). Se reúnen una vez al mes en el módulo de enfermería para intercambiar opiniones e ideas. Solo necesitan que les firme algunos libros para su mercadillo navideño. Una de las señoras me pregunta si puede traer más libros de la librería de la Cruz Roja para que los firme.

—Por supuesto —le digo.

22:30 horas

Echan una película de vaqueros por televisión, así que el ruido es soportable, es decir, hasta que empieza el tiroteo del final.

DÍA 126

Miércoles, 21 de noviembre de 2001
6:18 horas

Se ha resuelto el misterio de la puesta en libertad anticipada de Potts: un error administrativo hizo que el juez pensara que la vista del caso era a las diez de la mañana, mientras que Potts logró acreditar mediante un documento que solicitaban su comparecencia en el tribunal a las diez y media. Posteriormente, el juez accedió a resolver la apelación de inmediato y, tras considerar los hechos, redujo la sentencia de Potts a la mitad. El director lo sacó del trabajo en la cocina para comunicarle la noticia de que lo pondrían en libertad esta mañana. Es el primer preso al que veo realmente feliz en meses.

8:15 horas

Hoy llegan doce nuevos reclusos y, como siempre, si examinamos la lista con cuidado, encontramos una buena historia. Hoy el protagonista es Cormack. Salió en libertad bajo control telemático hace poco más de seis semanas y está de vuelta, pero solo once días.

Cuando se concede la libertad bajo control telemático tienes que seguir una serie de estrictas reglas. Te ponen en libertad dos meses con una pulsera electrónica alrededor del tobillo; debes dar la dirección en la que vas a vivir durante esos dos meses; se exige que tengas un teléfono fijo y no puedes salir del domicilio durante unas horas determinadas, normalmente entre las siete de la tarde y las siete de la mañana siguiente. También debes comprometerte por escrito a no tomar drogas ni alcohol.

Cormack es un caso poco corriente, porque no ha infringido ninguna de estas normas, pero ayer por la mañana se presentó en la comisaría local solicitando que lo devolvieran a la cárcel los últimos once días porque ya no era bienvenido en el domicilio que había proporcionado.

—Una sabia decisión —comentó el señor Simpson, el oficial de la libertad condicional que recomendó su puesta en libertad anticipada —. Ha obedecido la ley al pie de la letra y no sufrirá ninguna penalización como consecuencia. Si hubiera intentado pasar los

últimos once días en otro lugar, lo habrían detenido y enviado a un centro de régimen cerrado.

Un hombre realmente sabio.

12:00 horas

Leon, el preso con un doctorado, me acompaña a la hora del almuerzo. Es el nuevo ordenanza de los servicios del economato, lo que le da derecho a comer más temprano. Me da las gracias por haberlo ayudado a conseguir el trabajo. Durante el almuerzo descubro que su doctorado es en Meteorología. Me dice que no hay muchas oportunidades laborales en su campo, así que cuando salga buscará un puesto de profesor, algo nada fácil cuando se tienen antecedentes penales. Leon fue condenado a seis meses por conducir sin carnet, así que solo cumplirá doce semanas. Me dice que ese no es su mayor problema: su prometida es una chica que se acaba de licenciar con honores en la Universidad de Birmingham y que, como él, quiere ser profesora. Hasta aquí, todo bien; sin embargo, ahora mismo Leon tiene que enfrentarse a los prejuicios raciales a la inversa: ella pertenece a la casta india de los brahmanes, de clase alta, y antes incluso de que Leon fuera a la cárcel, los padres de ella no lo consideraban lo suficientemente bueno para su hija. Me explica que es necesario reunirse con el padre en tres ocasiones distintas antes de que este pueda conceder la mano de la hija en matrimonio, y después de eso, el pretendiente aún debe conocer a la madre. Todas estas ceremonias se llevan a cabo de manera extremadamente formal. Antes de que lo condenaran, Leon solo había logrado reunirse una vez con el padre; ahora se niegan a acceder a una segunda o tercera reunión, y la madre se muestra inflexible y dice que nunca le permitirá entrar en la casa familiar. ¿Debería desafiar su prometida a sus padres y casarse con el hombre al que ama, o bien obedecer a su padre y romper todo contacto? Ya han pasado siete de las doce semanas, pero Leon señala que no es fácil mantener el contacto con ella cuando solo se le permite una visita a la semana y dos tarjetas telefónicas.

15:00 horas

El señor Berlyn (director adjunto) viene a la SMU a preguntarme si he invitado a alguien de fuera a venir a escuchar mi charla mañana por la noche. A decir verdad, había olvidado que accedí a la petición del bibliotecario para que diera una charla sobre cómo escribir un *best seller*. Le aseguro a Berlyn que no he invitado a nadie —ni de dentro ni

de fuera— de la cárcel.

Me dice que después de leer la información sobre el «evento» en el periódico local, varios ciudadanos llevan todo el día llamando para preguntar si pueden asistir.

—¿Pueden? —pregunto inocentemente.

No se molesta en responder.

DÍA 127

Jueves, 22 de noviembre de 2001
5:55 horas

El dilema de si prefiero quedarme en North Sea Camp y trabajar como ordenanza en la enfermería o que me trasladen a Spring Hill ha llegado a un punto crítico. El señor Berlyn le ha dicho a Doug (fraude con el IVA y actual ordenanza en la enfermería) que si solicita un trabajo en la empresa Exotic Foods de Boston, donde actualmente trabaja Clive (fraude a la administración local y profesor de *backgammon*), le concederían el estatus de trabajador externo, lo que le permitiría salir de la cárcel seis días a la semana, incluso permitiéndole usar su propio coche para ir y venir a trabajar.

Si a Doug le ofrecen el trabajo, yo solo estaré una semana más como ordenanza de la SMU antes de traspasar mis responsabilidades a Carl. Luego tendría que pasar una semana a cargo de Doug, quien me instruiría acerca del funcionamiento y tareas del módulo de enfermería, para que pudiese asumir el puesto el lunes siguiente.

10:30 horas

Hoy llegan ocho nuevos reclusos y todos expresan su alivio de estar en una cárcel de régimen abierto hasta que llega el momento de asignarles un trabajo. Una vez más, la mayoría de los presos terminan en la granja, razón por la que se ven muchas caras largas saliendo del edificio. Pocos quieren pasar el día con cerdos, ovejas y coles de Bruselas, sin olvidar que las temperaturas en esta zona de Inglaterra y en esta época del año suelen estar bajo cero. Uno de los presos, un antillano llamado Wesley, acostumbrado a climas más cálidos, está tan enfadado que pide que lo manden de vuelta a Ashwell, su antigua cárcel de categoría C. Dice que sería mucho más feliz encerrado todo el día con un muro que lo protegiese del viento. El señor Berlyn le asegura que si todavía piensa lo mismo dentro de un mes, será un placer para él enviarlo de vuelta.

17:00 horas

Cenar temprano es, como ya he explicado, uno de los privilegios de los ordenanzas, así que me sorprende ver una mesa ocupada por seis reclusos a los que no había visto nunca.

John (cadena perpetua, ordenanza de cocina) me dice que todos son musulmanes, y como el Ramadán acaba de empezar, solo pueden comer entre la puesta y la salida del sol, lo que significa que no pueden desayunar ni almorzar con los otros presos. Eso no explica por qué cenan solos, porque a las cinco de la tarde en noviembre está ya muy oscuro y…

—Ah —dice John—, tienes razón, pero ¿ves esa bandeja grande llena de paquetes de leche y cereales? Ese es el desayuno de mañana, que se llevarán esta noche y que se tomarán en sus habitaciones hacia las cinco de la madrugada. Si los otros presos se enteraran de eso, cuando tienen obligatoriamente que bajar al comedor, haga el tiempo que haga, ¿te imaginas la de quejas que habría?

—O conversiones a Alá y a la fe musulmana —sugiero.

18:00 horas

Doy mi charla en la capilla sobre cómo escribir un *best seller*. El público de veintiséis personas está compuesto por reclusos y personal de la cárcel. En primera fila se sientan cinco mujeres a las que no reconozco, diecisiete presos y cuatro miembros del personal, incluido el señor Berlyn, el señor Gough y la señora Hampton, la bibliotecaria.

He disfrutado dando una charla por primera vez en tres meses, y aunque ya había tratado el mismo tema en muchas ocasiones anteriores, me ha parecido bastante fresco después de un paréntesis tan largo, y las preguntas eran de las más inteligentes que recuerdo.

Me han añadido dos libras a mi cuenta de peculio.

19:00 horas

Llamo a Mary y —tonto de mí— olvido la tarjeta telefónica en la ranura del aparato. Cuando vuelvo al cabo de tres minutos, ha desaparecido. Más vale afrontarlo: estoy en una cárcel.

19:30 horas

Recojo mis cartas de la oficina de la unidad, treinta y dos hoy, incluida una de Winston Churchill que contiene un libro titulado *The Duel* [El duelo], que narra los ochenta días de enfrentamientos entre

su abuelo y Hitler en 1940. Entre las otras cartas, casi todas de ciudadanos normales y corrientes, hay una de Jimmy.

Puede que recordéis a Jimmy si habéis leído el segundo volumen de estos diarios (*Purgatorio*). Era el apuesto capitán de fútbol con una condena de tres años por vender cannabis. Lleva un mes fuera de la cárcel y ha encontrado trabajo en la construcción. Son muchas horas y está bien pagado pero, admite, a pesar de todo el deporte y las visitas diarias al gimnasio durante su condena, se encontraba en baja forma después de dieciocho meses de encierro. Justo está empezando a recuperar la ética del trabajo. Me asegura que nunca más venderá drogas y, como no las consumía, no tiene ninguna intención de empezar ahora. Quiero creerle. Asegura haber solucionado su vida amorosa: está viviendo con la *sexy* y ha dejado a la intelectual. Como ahora tengo su dirección y un número de teléfono, le llamaré el fin de semana.

20:15 horas

Después del recuento, Doug y yo repasamos nuestra estrategia para llevar a cabo la transición laboral sin problemas. Sin embargo, si nuestro plan funciona, sugiere que hagamos creer a los funcionarios del comité de asignación de trabajo que la idea fue suya.

DÍA 128

Viernes, 23 de noviembre de 2001
8:10 horas

John (asesinato, ordenanza de cocina) me dice durante el desayuno que anoche se fugaron dos presos. Me recuerda un incidente de hace un par de semanas, cuando Wendy los echó a ambos de la cocina por robar unas gallinas. Unos días después los perdonó, para volver a despedirlos al día siguiente por robar unas latas de atún…, ni siquiera lo hicieron para comérselas sino para cambiarlas por cannabis. Luego los pusieron a trabajar en la granja, donde es difícil robar algo, porque los cerdos pesan demasiado y las coles de Bruselas no son un producto comercial. Sin embargo, anoche pillaron a los dos presos fumando cannabis en su habitación y les abrieron un parte. Deberían haber comparecido ante el director esta mañana. Cabe la posibilidad de que el director solo les hubiese castigado con una amonestación, pero lo más probable es que los hubieran enviado a la temida prisión de Lincoln, para probar todas sus instalaciones victorianas. Se fugaron antes de que alguien pudiera tomar una decisión en uno u otro sentido.

***12:08 horas** Estoy en mi habitación, escribiendo, cuando Carl llama a la puerta. La Cruz Roja y la empresa KPMG han hecho una declaración conjunta tras la exigencia de la baronesa Nicholson de que se hiciera una investigación sobre qué pasó con el dinero recaudado para el pueblo kurdo. Es la noticia que abre los informativos del mediodía, y estoy encantado de recuperar mi buen nombre.*

***12:20 horas** Llamo a Alison a la oficina y me informa de que Mary está en la Cámara de los Lores para asistir a una reunión sobre recursos energéticos.*

Alison me lee la lista de las solicitudes de entrevistas de radio y televisión que ha recibido Mary, pero al final ha decidido solo emitir el siguiente breve comunicado de prensa:

Comunicado de prensa

Lord Archer y la campaña

Mi familia y yo estamos encantados, pero no sorprendidos, de que la investigación de la empresa KPMG sobre la campaña Simple Truth, dirigida por Jeffrey en 1991, haya confirmado que ni él ni nadie se apropió de forma indebida de los fondos. Es algo que sabíamos desde el principio. Nos sentimos muy orgullosos de todo el trabajo que Jeffrey ha hecho en favor del pueblo kurdo, de la Cruz Roja Británica y de muchas otras buenas causas a lo largo de los años. Esperamos que la baronesa Nicholson, cuyas acusaciones han hecho perder mucho tiempo y causado mucha angustia injustificada, acepte las conclusiones de KPMG.

Mary Archer

13:00 horas Lady Thatcher ha salido diciendo que no le sorprende el resultado de la investigación, noticia que ha pasado a un segundo plano después de la muerte, a la edad de noventa y dos años, de dame Mary Whitehouse.

14:00 horas Varios de los funcionarios tienen la amabilidad de comentar el resultado de la investigación, pero también he pasado a un segundo plano para ellos. Parece ser que los dos presos que se fugaron anoche, Marley y Tom, han sido detenidos esta mañana por la policía, a solo seis millas de la prisión. Los detuvieron, presentaron cargos contra

ellos y los trasladaron a la cárcel de Lincoln. Han añadido cuarenta y dos días a la sentencia de cada uno, y nunca más podrán optar a la categoría D, ya que ahora están clasificados como presos con alto riesgo de fuga.

***17:00 horas** He pasado a ser la tercera noticia en* Live at Five*, pero como he sido exonerado de toda culpa, está claro que he perdido interés. Si hubiera malversado los cincuenta y siete millones de libras, o alguna porción de ellos, habría protagonizado todos los informativos un par de días, y la cárcel estaría repleta de fotógrafos esperando mi traslado a Lincoln.*

No hay ni un fotógrafo a la vista.

***22:00 horas** En las noticias de las diez solo mencionan de pasada la declaración de la Cruz Roja. Veo que tendré que huir si espero volver a acaparar todos los titulares.*

***22:30 horas** Ironías de la vida en la cárcel: Eamon, mi antiguo compañero de habitación, ahora puede mudarse con su amigo Shaun. Les han ofrecido la habitación que dejaron los dos hombres que se fugaron.*

DÍA 129

Sábado, 24 de noviembre de 2001
4:00 horas

Una linterna me ilumina los ojos y, al despertar, me encuentro a un celador que quiere comprobar si estoy en la cama durmiendo y no me he fugado. Ya no duermo.

7:17 horas

Duermo más de la cuenta y no empiezo a escribir hasta pasadas las siete.

10:00 horas Toda la prensa seria informa de las conclusiones del informe de KPMG. Varios de los periódicos señalan que nada de esto habría pasado si la baronesa Nicholson, exdiputada conservadora reconvertida en diputada del partido liberal, no hubiese presentado su queja a sir John Stevens, para empezar. Llamo a Mary para hablar de nuestro próximo movimiento, pero no obtengo respuesta.

14:00 horas Hoy recibo la visita de Doreen y Henry Miller. Doreen es portavoz de los Lores, tras haber sido ministra en el gabinete de John Major. Me pone al día con las noticias de la Cámara Alta y me cuenta que ambos bandos de la cámara detestan por igual el último proyecto de reforma de los Lores. El proyecto de ley hace caso omiso del excelente informe de la Comisión Real de John Wakeham, y no gusta al partido laborista porque no se elegirá un porcentaje

de pares lo bastante alto, y tampoco al conservador porque elimina a todos los pares hereditarios restantes.

—No puede alcanzar rango de ley en su forma actual —me asegura Doreen—, porque se encontrará con mucha oposición en ambas Cámaras[10].

Cuando Doreen y Henry se van, los noventa minutos se me han pasado volando.

16: 00 horas Llamo a Mary, pero el teléfono sigue sonando sin que nadie lo coja.

16:40 horas Veo como Inglaterra derrota a Sudáfrica 29-9 y, a pesar del traspié con Irlanda, empiezo a creer que tal vez somos el mejor equipo de rugby del mundo. Si me sueltan a tiempo, viajaré a Australia para ver la próxima Copa del Mundo de Rugby.

19:00 horas Llamo a Mary. Sigue sin haber respuesta.

20:15 horas Después del recuento, me reúno con Doug en la enfermería y me encuentro a cuatro funcionarios en la sala de espera. Uno de ellos, el señor Harding, lleva la ropa manchada de sangre. El señor Hocking, el jefe de seguridad, le está sacando una foto. Resulta que Hocking, tras recibir un chivatazo, se enteró de que dos reclusos se habían largado a Boston a comprar unas botellas de alcohol, así que él y otros tres celadores estaban esperándolos. Sin embargo, cuando los vieron volviendo, uno de los presos agarró la pesada linterna de Harding y le golpeó en la cabeza, dando a su compañero el tiempo suficiente para escapar.

Redujeron y esposaron al primer preso, y ahora está encerrado en el módulo de aislamiento. El segundo todavía tiene que reaparecer, aunque saben de qué preso se trata. Hasta un reportero novato se daría cuenta de que ahí hay una historia.

DÍA 130

Domingo, 25 de noviembre de 2001
8:04 horas

Llamo a Mary a Cambridge; no hay respuesta. Lo intento en Londres, pero me salta el contestador automático. Ficho ante Linda en la enfermería. Doug está de permiso en la ciudad (de siete de la mañana a siete de la tarde), así que soy el guardián temporal de las pastillas.

11:30 horas Durante el almuerzo, me entero por uno de los ordenanzas del gimnasio de que ha atrapado al segundo recluso que pretendía meter alcohol en la cárcel. Lo enviarán a Nottingham esta tarde.

La tendencia a autolesionarse suele ser una de las razones por las que trasladan a los delincuentes tan rápidamente. No es del todo infrecuente que un preso que haya estado encerrado durante la noche se corte las muñecas o incluso se rompa un brazo, y luego le eche las culpas al funcionario que lo redujo. El preso puede alegar que el guardia lo agredió primero, lo que significa que no pueden trasladarlo hasta que se haya realizado una investigación completa. Hocking tomó varias fotografías de ambos presos, lo que hará un poco más difícil dar credibilidad a esa versión.

12:00 horas Los periódicos de la mañana predicen que pronto me trasladarán a Spring Hill para que pueda estar más cerca de mi familia. Uno o dos llegan a sugerir incluso que, de entrada, no deberían haberme enviado a Wayland o a North Sea Camp basándose únicamente en una acusación de la señora Nicholson.

22:00 horas Después de las noticias, llamo a Mary de nuevo, pero aún no hay respuesta.

DÍA 131

Lunes, 26 de noviembre de 2001
8:30 horas

Una de mis tareas en la SMU consiste en la distribución de bolsas de basura. A las ocho y media de la mañana, dos presos, Alf y Rod, acuden a trabajar y se llevan una bolsa de basura cada uno. Esta mañana, Alf me pide diez. Os daré unos segundos para que dilucidéis por qué, porque yo no he podido.

Los viernes hago un pedido semanal de suministros que se entregan el lunes, y el pedido siempre incluye diez bolsas de basura, así que Alf pretende acabar con todo mi *stock* en un día. Me extrañaría mucho que estuviese traficando con ellas, intercambiándolas con algo, y son demasiado grandes para las papeleras que tiene en su habitación, así que me rindo y le pregunto a qué viene esa demanda repentina. Alf me dice que el director general del servicio de instituciones penitenciarias, Martin Narey, va a venir a visitar North Sea Camp el miércoles, y el director quiere que el lugar esté resplandeciente para su inspección. Muy bien. Sin embargo, si Narey es medio inteligente, no tardará en darse cuenta de que North Sea Camp es un vertedero de basura, que está muy dejado y que le falta financiación. Si le enseñan el módulo norte o el sur, se preguntará si de verdad tenemos alguien que limpie mientras se tapa la nariz y camina de puntillas para sortear la basura. La sala de visitas está hecha una porquería y prácticamente no hay actividades ocupacionales o de formación. Sin embargo, si solo le enseñan el economato, el gimnasio, la granja, la enfermería y la SMU, se irá con una impresión favorable.

Me han dicho que el verdadero propósito de la visita del señor Narey es hablar de cómo se va a preparar esta cárcel para convertirse en centro de reinserción una vez que el nuevo director asuma el cargo en enero.

10:30 horas

El señor Belford, un celador del módulo sur, se pasa a tomarse un café. Me dice que el recluso que me fotografió en mi habitación no vendió

la única foto que consiguió sacar porque la calidad del negativo era muy mala.

11:00 horas

Entre los nuevos reclusos llegados de Nottingham se incluyen un pasante (lesiones), un taxista (cobraba de más a los clientes) y un granjero (robo a su jefe). Todos terminan en la granja porque la cárcel está abarrotada y no hay otros trabajos disponibles.

18:00 horas

Economato. Tengo 13,50 libras de crédito (gano 8,50 libras a la semana, y puedo complementarlo con 10 libras de mi propio dinero). Compro dos tarjetas telefónicas, tres botellas de Evian, un paquete de hojas de afeitar *Gillette*, un desodorante en *roll-on* y un cepillo de dientes, lo que deja mi cuenta a cero. No es que necesite nada de eso desesperadamente, pero es mi forma de asegurarme de no poder comprar más chocolate, ya que necesito perder el medio *stone* que he ganado desde que llegué a North Sea Camp.

19:00 horas

Llamo a James al trabajo. Me dice que Mary ha estado yendo de un lado a otro los últimos días: Oundle, Londres y Cambridge, y luego de vuelta a Londres esta tarde[11].

Voy con Doug a la enfermería. Prevé una entrevista en la empresa Exotic Foods el miércoles o jueves, y espera empezar a trabajar allí el próximo lunes, una semana antes de lo previsto originalmente. Ya ha hablado con el señor Belford sobre ocupar una habitación en el módulo sur, en la zona de no fumadores, y con el señor Berlyn sobre el tema de los desplazamientos a Boston. Sin embargo, hay un pero: Linda cree que Doug debería dar una formación a su sucesor durante una semana antes de irse.

19:10 horas

Llamo a la galería de Chris Beetles y le deseo suerte a Chris en la inauguración de la exposición de los ilustradores. Mary espera poder pasarse y ver la imagen que he escogido para la tarjeta de Navidad de este año. Le pido que le dé un beso de mi parte y que le diga que

mañana por la noche la llamaré a Cambridge. Por primera vez en treinta y cinco años, hace cinco días que no hablo con mi esposa. No olvidéis que ella no puede llamarme.

DÍA 132

Martes, 27 de noviembre de 2001
6:11 horas

Hoy ha tenido lugar un incidente de gran importancia. De hecho, es prácticamente un relato breve. Sin embargo, mientras escribo estas líneas, todavía no sé el desenlace. Pero sí puedo relatar el planteamiento y el nudo del relato.

¿Os acordáis de Leon, el preso con el título de doctorado que llegó hace una semana? Quiere casarse con una chica india de la casta superior, pero los padres de ella se oponen a la idea, y eso era antes de que lo metieran en la cárcel (por conducir sin carnet, seis meses). Bueno, el caso es que reapareció en la SMU a eso de las tres de la tarde en lo que solo puede describirse como un estado de gran nerviosismo. Aunque por la mañana habíamos recibido a diez nuevos reclusos y celebrado un comité de asignación de trabajo, la tarde estaba siendo tranquila. Me senté con Leon en la cocina mientras Carl le preparaba una taza de té. Necesitaba desesperadamente saber si iban a concederle la libertad anticipada bajo control telemático y, en caso afirmativo, cuándo lo dejarían salir. La funcionaria que se encarga de ese asunto estaba en su oficina, así que subí a preguntarle si podía recibirlo.

Al cabo de diez minutos, Leon reaparece y nos dice que mañana por la mañana decidirán si se la conceden.

—Bueno, pues problema resuelto —dice Carl.

—No, nada de eso —contesta Leon—, porque si al final resulta que no me la conceden, será una catástrofe.

Leon no me parece la clase de hombre que emplea la palabra «catástrofe» a la ligera, así que le pregunto por qué. A continuación nos cuenta los pormenores sobre las últimas complicaciones de su vida amorosa.

Los padres de su novia han descubierto que su hija planea casarse con Leon tan pronto como salga de la cárcel, el 6 de diciembre. Incluso ha reservado cita en el registro civil. Anoche le dijo por teléfono que sus padres no solo han prohibido el enlace, sino que le han seleccionado a tres hombres a los que no ha visto en su vida como candidatos a marido y los tres van a venir en avión desde la India el

fin de semana. Ella tendrá entonces que escoger a uno de ellos antes de volar juntos a Calcuta para casarse el 6 de diciembre.

Ahora entiendo perfectamente la desesperación de Leon; voy en busca del señor Downs, un funcionario de rango superior, un hombre bueno y astuto. Lo encuentro en la sala de los funcionarios, repasando el itinerario de mañana para la visita del director general. Le expongo el caso al señor Downs y accede a ver a Leon inmediatamente.

Después de la reunión entre ambos, Leon nos dice que Downs ha sido muy comprensivo y que informará de sus preocupaciones directamente al director. Ha pedido ver a Leon de nuevo mañana a las ocho de la mañana, una hora antes de la reunión de la junta penitenciaria que tiene que decidir si se le concede la libertad anticipada bajo control telemático. Había dado por sentado que no tendría nada más que contaros hasta el resultado de esa reunión, sin embargo…

19:00 horas

Consigo hablar al fin con Mary y, cuarenta minutos después, ya me he gastado las dos tarjetas telefónicas.

Voy al módulo de enfermería a darme un baño, pero antes de hacerlo le cuento a Doug la historia de Leon. No llego al baño porque me dice que recuerda un caso en el que se concedió una dispensa especial para permitir que un recluso se casara en la capilla de la cárcel.

—¿Por qué no le preguntas al vicario a ver qué piensa? —sugiere.

—Porque para entonces será demasiado tarde —le digo a Doug, recordándole la hora de la reunión de la junta, a las nueve de la mañana, y la llegada de los tres caballeros de la India, que aterrizarán en Sheffield el fin de semana.

—Pero si el reverendo Derek Johnson está en la capilla ahora mismo… —dice Doug—. Celebran la reunión mensual del clero de la cárcel.

Dejo a Doug y me voy rápidamente a la capilla. El ordenanza, John (estafa con avestruces), me dice que el vicario acaba de irse, pero si salgo corriendo, aún podría pillarlo en la puerta. A mis sesenta y un años ya no soy muy rápido, pero todavía puedo correr, y teniendo en cuenta que el párroco aún es mayor que yo, espero poder pillarlo antes de que se vaya. Cuando llego a la puerta, su coche está en la barrera, esperando a que le abran y lo dejen salir. Empiezo a gesticular frenéticamente. El hombre aparca el coche y se reúne conmigo en la puerta, donde le cuento toda la historia. Derek me

escucha con suma empatía y dice que, en determinadas circunstancias, podría casar a la pareja en la capilla de la prisión, y confía en que el director estará de acuerdo, dadas las circunstancias. También añade que si la joven necesitara un sitio donde pasar la noche, él y la señora Johnson podrían proporcionarle una habitación. Doy las gracias al párroco y vuelvo al módulo norte en busca de Leon.

Lo encuentro en su habitación y le comunico las últimas noticias. Está encantado, y me dice que ha vuelto a hablar con su prometida y que ella ya lo ha dispuesto todo para que la boda se celebre en una oficina de registro local, siempre y cuando a él le concedan la libertad anticipada. Si no se la concediesen, al menos hemos encontrado una solución alternativa. Leon está dándome las gracias efusivamente cuando oigo mi nombre a través del sistema de megafonía:

—Archer, preséntese de inmediato en la oficina de la unidad del módulo sur.

Dejo a Leon, me voy corriendo al módulo sur y llego a la oficina de la unidad a las nueve menos un minuto. Me he olvidado por primera vez de presentarme para el recuento de las ocho y cuarto. Si hubiera llegado un minuto después de las nueve me habrían abierto un parte y habría perdido mi oportunidad de «progresar» en mi grado penitenciario durante otras ocho semanas. El señor Belford, el funcionario de guardia, que no sabe nada de mis maquinaciones nocturnas, se ríe a carcajadas.

—Me moría de ganas de abrirte un parte, Jeffrey —dice—, pero estaba seguro de que encontrarías una buena excusa para hacer lo que sea que estuvieras haciendo a las ocho y cuarto.

—Estaba con el párroco —le contesto.

DÍA 133

Miércoles 28 de noviembre de 2001
9:50 horas

Leon está sentado en la sala de espera de la SMU, listo para la reunión de la junta que decidirá su puesta en libertad anticipada y que cuenta con el señor Berlyn (director adjunto) y el señor Simpson (oficial responsable de la libertad condicional).

Anoche Leon volvió a llamar a su prometida. Los tres pretendientes ya han llegado de la India, y una vez que Sunita haya elegido a uno de ellos (y si no lo hace, sus padres decidirán por ella) la llevarán a la India para conocer a los padres del novio. La pareja regresará entonces a Inglaterra para prepararse para la boda el 6 de diciembre, el día antes de que Leon salga en libertad.

El plan de Sunita es llevar solo equipaje de mano en el vuelo, de modo que cuando vuelva a Inglaterra, saldrá directamente por la aduana mientras sus padres la esperan en la sala de recogida de equipajes, suponiendo que recogerá sus maletas. El hermano de Leon la estará esperando en la sala de llegadas y la llevará directamente a Birmingham, donde ella y Leon se casarán más tarde ese mismo día.

Si la junta le concede a Leon la libertad bajo control telemático, saldrá de North Sea Camp a las ocho en punto del sábado, irá directamente con coche a Birmingham, y serán marido y mujer antes de que la familia descubra dónde se ha metido. Todo depende del resultado de la entrevista de Leon con la junta, dentro de unos minutos. El señor Berlyn llama a Leon a las diez y once minutos y lo acompaño a la sala.

Carl y yo nos paseamos arriba y abajo por la cocina fingiendo estar ocupados. La SMU está en estado de alerta porque Martin Narey, el director general, ha llegado hace unos minutos.

10:32 horas

Aparece Leon, al borde de las lágrimas. La junta ha rechazado su solicitud. Temo que se fugue esta noche y se tome la justicia por su mano.

11:30 horas

El reverendo Derek Johnson viene a decirnos que se ha reunido con el director, quien no tiene autoridad para permitir que se celebre una boda en la capilla. Un preso debe tener una condena de al menos nueve meses antes de poder solicitar ese privilegio. Añade que nadie se había encontrado nunca en unas circunstancias tan excepcionales.

Ahora Leon no puede hacer nada hasta las siete de la tarde, cuando ha quedado en llamar a su prometida al móvil. Antes de irse, nos dice dos cosas más: primero, su padre, un hombre extremadamente rico, ha ofrecido una dote de quinientas mil libras a la familia de Sunita. La madre de Leon también pertenece a la casta brahmana, pero como su padre es irlandés, su hijo no es un candidato aceptable. No puedo sino preguntarme cuánto habrán ofrecido los tres pretendientes de la India como dote por esta chica a la que aún no conocen. Nos cuenta también que la hermana de Sunita se vio en el mismo trance hace dos años y que ahora está pasando por un divorcio complicado. Carl y yo acordamos reunirnos en la habitación de Leon a las siete y media para planear su próximo movimiento.

11:45 horas

Salgo a almorzar unos minutos antes de que el director general llegue a la SMU. Para cuando me acabo mi coliflor con queso y vuelvo al módulo sur a hacer un par de llamadas, el señor Narey ha ido a visitar las dependencias de los condenados a perpetua. Vuelvo al trabajo a la una.

17:00 horas

Me paso a ver a Doug, quien me confirma que Exotic Foods ha accedido a entrevistarlo el viernes por la mañana, y espera empezar a trabajar con ellos el lunes, de modo que podría pasar a ser ordenanza de la enfermería en dos semanas.

19:30 horas

Leon abre la puerta de su habitación y nos recibe con una amplia sonrisa. Sunita ha escapado de Sheffield y ha ido a Portsmouth para alojarse con el hermano y la cuñada de nuestro compañero. Se ha comprado un teléfono nuevo, pues le preocupa que sus padres contraten a un detective privado para localizarla a través del móvil

que le compró Leon.

Leon saca un grueso fajo de cartas de la estantería.

—Mi novia me escribe dos veces al día —dice.

Las noticias de Leon son fabulosas, pero cuando salimos de su habitación le comento a Carl que no hace falta ningún detective privado especialmente brillante para saber que Sunita podría estar en casa del hermano de Leon.

Tengo el presentimiento de que este culebrón aún no ha terminado.

DÍA 134

Jueves, 29 de noviembre de 2001

Ya he hablado en ocasiones anteriores del valioso papel que desempeña la organización de los Samaritans, quienes se encargan de formar a los presos escogidos como Escuchadores. En North Sea Camp han ido un paso más allá y han dispuesto una sala especial donde hay un teléfono móvil preprogramado para los reclusos que necesitan llamar a los Samaritans.

Este servicio se ha popularizado muchísimo, ya que cada vez más presos afirman necesitar ayuda y orientación de los Samaritans; tanto es así que el señor New últimamente ha empezado a tener sospechas. Después de una llamada particularmente larga, salpicada de risas y carcajadas, confiscó el teléfono y descubrió de inmediato qué era lo que habían estado haciendo los reclusos: habían sacado la tarjeta SIM del interior del móvil y la habían sustituido por una propia, que alguien había introducido de forma ilegal en la cárcel.

A partir de hoy ya no habrá ninguna sala reservada a los Samaritans, ni tampoco con un teléfono móvil.

11:00 horas

Si al final me voy a trabajar con Doug a la enfermería la semana que viene, este será mi último comité de asignación de trabajo, así que le sugiero a Carl que haga como si yo ya no estuviera allí. Durante el resto de la mañana, cuando un preso llama con algún problema, es Carl quien se encarga de resolverlo.

Mi única preocupación es que como a Carl le quedan otros quince meses de condena antes de ser elegible para salir en libertad anticipada bajo control telemático, puede aburrirse mucho antes de que termine su sentencia.

12:30 horas

El señor New llama a Spring Hill para preguntarle al señor Payne por qué mi traslado tarda tanto. Le dice que Spring Hill está a punto de ser objeto de una investigación de la fiscalía como consecuencia de algo que ocurrió antes de que lo nombraran director del centro. Payne

teme que la prensa acuda en tropel y, aunque está dispuesto a admitirme en el centro, no puede comunicarme su decisión hasta dentro de un par de semanas. Presiono al señor New para que me dé más información sobre qué es lo que podría causar tanto interés público, pero se niega a hablar del tema. Me pregunto si no será una simple estratagema para evitar mi traslado[12].

19:00 horas

Voy a ver a Leon al módulo norte. Acaba de hablar por teléfono con su prometida, que sigue en Portsmouth en casa del hermano de Leon. Los tres pretendientes indios de Sunita han vuelto a casa acompañados de su madre, mientras que su padre se ha quedado en Bradford. Sunita ha llamado a su padre, que ha accedido a reunirse con Leon, pero que aún no sabe que este está en la cárcel y que no saldrá en libertad hasta dentro de tres semanas.

DÍA 135

Viernes, 30 de noviembre de 2001
9:30 horas

Los proyectos mejores del recluso y del ratón quedan truncados.

Estoy preparando un té para el señor Simpson en la SMU cuando el funcionario de guardia me pide que me vaya a la enfermería por un caso de riesgo de suicidio. Doug ha ido a Boston para su entrevista en la empresa Exotic Foods, así que les falta un ordenanza.

La vigilancia ante el riesgo de suicidios es algo muy frecuente en la cárcel, y esta es la segunda vez que acudo por ese motivo. Linda y Gail tienen que juzgar si el preso está realmente planteándose quitarse la vida o si solo busca llamar la atención y una oportunidad de sentarse tranquilamente a ver la televisión.

Me presento en la enfermería unos minutos más tarde y descubro que el posible suicida es un hombre de unos cuarenta y cinco años, bajo y de complexión gruesa, cubierto de tatuajes, al que le faltan varios dientes. David cumple una sentencia de seis años por lesiones graves. Lo que me desconcierta es que saldrá en libertad el 14 de enero, por lo que solo le quedan unas pocas semanas más de condena. Lo único que se espera de mí es que lo vigile mientras Gail se ocupa de sus demás tareas, que hoy incluyen atender a un preso que resultó herido tras ser arrojado por una ventana de la cárcel donde estaba antes.

Lo primero que me pide David es un vaso de agua, lo cual no es un problema. Luego desaparece en el lavabo, y no reaparece hasta al cabo de un buen rato, cuando pide otro vaso de agua. En cuanto se bebe el agua, llega el párroco. Se sienta junto a David y le pregunta si puede ayudarle. Le pregunto a David si quiere que me vaya.

—No —dice, pero quiere otro vaso de agua.

Luego le habla al párroco sobre los demonios que lo visitan por las noches, insistiéndole para que cometa más crímenes, y como él no quiere apartarse del buen camino, no sabe qué hacer.

—¿Eres miembro practicante de alguna religión? —le pregunta el reverendo.

—Sí —responde David—. Creo en Dios y en la vida después de la muerte, pero nunca he estado seguro de cuál religión sería la mejor

para mí.

A continuación tiene lugar una prolongada y reflexiva charla después de la cual David decide que su religión es la Iglesia de Inglaterra. La única conclusión interesante de la charla es que David quiere volver a la cárcel de Nottingham porque allí se siente más a salvo de los demonios, y lo más importante es que disponen de un psiquiatra a tiempo completo que entiende su problema. Eso también me deja perplejo. Nosotros también tenemos nuestro propio psiquiatra, Val, que está de guardia en la SMU esta mañana. ¿Por qué iba a querer alguien dejar North Sea Camp para volver a un lugar de mala muerte como Nottingham?

Una vez que el párroco se marcha, David desaparece de nuevo en el lavabo y después de otro largo rato, vuelve y pide otro vaso de agua.

Gail asoma la cabeza por la puerta para informar a David de que el director ha decidido que puede volver a Nottingham, así que debe ir a su habitación y recoger sus cosas. David parece feliz por primera vez. Vacía el vaso de agua y se levanta para irse. ¿Vosotros también estáis perplejos?

12:00 horas

Durante el almuerzo, Dave (condenado a perpetua), que después de dieciocho años encerrado ya lo ha visto todo, me cuenta qué era lo que estaba haciendo David realmente. Anoche se rumoreaba que David se había colocado con heroína y temía que hoy le hicieran una prueba de detección de drogas. Si no hubiera pasado el test, le habrían añadido veintiocho días a su sentencia y lo habrían enviado de nuevo a Nottingham. De ahí su numerito con los demonios. La ingesta de varios litros de agua puede eliminar la heroína del organismo en veinticuatro horas, y aunque David va a ir a Nottingham de todos modos, de esa forma evitó los veintiocho días adicionales. Qué ingenuo soy… Debería haberlo deducido.

12:30 horas

El señor Lewis (el director general) ha recibido una carta del ministro del Interior del gabinete en la sombra formado por la oposición, sir Brian Mawhinney, solicitando visitarme.

13:15 horas

Mi gozo en un pozo. Doug regresa de su entrevista con la empresa Exotic Foods y me dice que no necesitan que empiece a trabajar hasta mediados de enero. Como en febrero ya será elegible para la reinserción y podrá volver a trabajar en su propia empresa, ¿qué sentido tendría? Así que ha decidido quedarse como ordenanza del módulo de enfermería durante los próximos dos meses.

Ahora mi única esperanza es el director de Spring Hill.

DÍA 136

Sábado 1 de diciembre de 2001
4:19 horas

Permanezco en vela durante horas, cavilando. Aunque estoy revisando el sexto borrador de *Hijos de la fortuna*, se me ha ocurrido una nueva idea para el final que requerirá cierto trabajo de documentación en temas médicos. Tendré que pedirle consejo al doctor Walling.

10:40 horas

Se acaba de anunciar oficialmente que el 1 de enero el señor Lewis se jubilará como director. Voy a la oficina de la unidad y cojo un formulario de solicitud de cambio de trabajo. Si no voy a ser ordenanza del módulo de enfermería he decidido solicitar su puesto de trabajo. (Véase página siguiente).

12:00 horas

Doug me dice que va a intentar otra estratagema para salir a trabajar fuera. Tiene un amigo en March que dirige una pequeña empresa de transporte (tres camiones) y que va a ofrecerle un empleo como chófer. El único problema es que se trata de una empresa de transporte local y no ofrece servicio fuera de Boston, que es uno de los requisitos actuales para cualquiera que quiera trabajar fuera de la cárcel. Sin embargo, la mujer de Doug, Wendy, se reunirá hoy con el futuro jefe y hará que envíe un fax ofreciéndole a Doug un trabajo como conductor para trasladar la carga de Boston a March. Tendremos que esperar a ver si el señor Berlyn lo aprueba. Me niego a ilusionarme con la idea.

CHANGE OF LABOUR REQUEST

NB. Eight weeks should elapse before submitting a request.

NO: FF 8282	NAME: ARCHER	EDR: Up to you
PRESENT PARTY: Orderly SMU	REQUESTED PARTY: Govenor of N.S.C	
HOW LONG ON PRESENT PARTY: Eight weeks Enhanced (just)		
REASON FOR REQUEST: I hear that the Govenor of Leicester is unable to join due to stress, provable caused by the thought of taking care of me. I feel after eight weeks I am more than ready to take over from Mr Lewis.		
Signed:		

Fill in above and give it to Senior Officer i/c unit.

The RT Hon The Lord Archer of Weston-Super-Mare

1. PRESENT PARTY OFFICER'S COMMENTS: (Please return to SO i/c __________ unit)

Archer has all the necessary skills, oratory, written & organisational. He does however lack the freedom to represent NSDM on a national level, which could hamper our fight to stay open. On the other hand his contacts more than balance this weakness. I therefore support this application.

Date: 1-12-01 Signed: .... Wilkinson ....

2. REQUESTED PARTY OFFICER'S COMMENTS: (Please return to SO i/c __________ unit)

Jeffrey has proved to be a first class orderly, although Mr Reeves has no opinion of him as a tea maker. He is good both the Officers and the other Prisoners, showing remarkable skills of communication and presience which may disqualify him from the Job of Governor. However he is willing to do the Job for £8.40p per week

Date: Signed: .... CNEW Head of Res

3. LABOUR BOARD DECISION:

No order, overqualified.

Date: 1/12/2001 Signed: ....

(Head of Inmate Activities)

LPF030

14:00 horas

Voy al campo de fútbol y veo a North Sea Camp jugar contra Witherton. Perdemos 5-0, así que no hay mucho más que decir, aparte de que hacía mucho frío en la línea de banda; el viento soplaba procedente de la siguiente masa de tierra al este, que resulta que es Rusia.

19:00 horas

Me siento en mi habitación a leer *This Week*, una revista excelente si quieres disponer de un panorama general de los acontecimientos de la semana. Me da la oportunidad de ponerme al día con la situación en Afganistán, Estados Unidos e incluso North Sea Camp.

Bajo el titular, un artículo explica que, al parecer, alguien se parece mucho a Jeffrey Archer se queja de que la policía lo detiene regularmente para asegurarse de que no me he escapado de la cárcel. «Es muy injusto —protesta—, me está destrozando la vida». El periódico afirma que sus protestas habrían sido más convincentes si no hubiera viajado a North Sea Camp acompañado de un tabloide para sacarse una foto en el exterior de la cárcel.

21:00 horas

Voy a ver a Leon a su habitación del módulo norte. Su prometida le ha dicho a su padre que está en Noruega por negocios y que no volverá a Inglaterra hasta el 21 de diciembre, el día que saldrá de la cárcel.

DÍA 137

Domingo, 2 de diciembre de 2001
10:30 horas

La prometida de Leon viene hoy a verlo, y emplearán los noventa minutos de la visita para planear su boda.

11:30 horas

Voy con Doug a la enfermería y leo la prensa de la mañana. La revista *People* dedica media página a contarles a sus lectores que estoy muy disgustado porque un preso me ha robado el diario y tendré que empezarlo de cero. No estaría disgustado: después de ciento treinta y siete días y más de trescientas mil palabras, me darían ganas de pegarme un tiro.

15:00 horas

Doug acaba de hablar por teléfono con su mujer y me dice que su amigo va a poner un anuncio en el *Boston Target* este miércoles diciendo que necesita un conductor para transportar mercancías de Boston a March. Doug solicitará el trabajo y el mismo día el señor Berlyn recibirá un fax ofreciéndole una entrevista. Si Berlyn está de acuerdo, aceptarán a Doug para el puesto al día siguiente.

DÍA 138

Lunes, 3 de diciembre de 2001
9:40 horas

El señor New aparece en la SMU, maldiciendo entre dientes. Parece ser que la cárcel está llena hasta los topes y que hay solicitantes de Nottingham, Lincoln, Wayland, Birmingham y Leicester que tendrán que ser rechazados porque no quedan camas libres. Por lo visto, todo es culpa mía.

Eso no sería un problema para Spring Hill, porque siempre tienen una lista de espera muy larga, y pueden ser muy selectivos. En North Sea Camp significa que si algún recluso se salta las reglas, lo enviarán de nuevo a la cárcel de procedencia, como descubrieron tres reclusos personalmente la semana pasada. No era ese el caso cuando había docenas de camas vacías.

10:50 horas

Veo a Leon volviendo de la entrada al recinto para dirigirse al economato, su lugar de trabajo, y salgo de la oficina para hablar con él. La visita de ayer fue bien.

—Pero tengo la sensación de que Sunita me oculta algo —añade.

Lo presiono para que me diga qué podría ser, pero asegura que no lo sabe, o tal vez de pronto siente reparos sobre cuántas páginas de mi diario voy a dedicar a su historia. A continuación me pide que cambie todos los nombres y, como me parece razonable, eso es lo que he hecho.

14:15 horas

Doug me trae buenas noticias: la señora Tempest (funcionaria responsable de reinserción) le ha asegurado que si consigue una entrevista con otra empresa de transporte, ella lo acompañará, en el supuesto de que cumplan con todos los criterios habituales de la policía y del reglamento penitenciario. Si luego le ofrecen un trabajo, ella recomendará que empiece inmediatamente, y con eso quiere decir el próximo lunes.

Cada día tengo más claro que hay varios funcionarios (no todos) que están decididos a que North Sea Camp reciba la calificación de centro de reinserción, y que no se quede simplemente en una cárcel de régimen abierto de categoría D. Si el Ministerio del Interior está de acuerdo, entonces a varios de los reclusos se les permitirá salir durante el día a trabajar como voluntarios en servicios a la comunidad (CSV por sus siglas en inglés) y al final ir avanzando hasta obtener un empleo a jornada completa. Está claro que el caso de Doug es una prueba, porque es un candidato obvio para el trabajo en el exterior, y si consiguen que la prueba funcione, las compuertas podrían abrirse y el futuro de esta cárcel ya no correría ningún peligro. Así que, de repente, podrían cambiarse las tornas de mi fortuna. Una vez más, te envidio a ti, lector, que puedes simplemente avanzar las páginas para descubrir qué ocurre a continuación en mi vida.

16:00 horas

El señor Simpson (oficial responsable de la libertad condicional) ha acabado de entrevistar a los tres reclusos sobre sus planes de actuación en relación con la sentencia. Baja a la cocina a tomarse un vaso de agua.

En las últimas seis semanas he ido conociendo bastante bien a Graham Simpson, a pesar de que es un hombre muy reservado. Supongo que va con el cargo. Es un profesional como la copa de un pino, y no se le ocurriría hablar de ningún otro preso, por muy bueno o muy malo que fuese su expediente. Sin embargo, sí está dispuesto a responder a preguntas más generales sobre el sistema penal, y después de treinta años en la profesión se ha formado sus propias opiniones, que merece la pena escuchar. Sospecho que la mayoría de los lectores de este diario piensa que, en el caso de los condenados a cadena perpetua, habría que encerrarlos y tirar la llave al mar, y en algunos casos, incluso que habría que ahorcarlos. Sin embargo…

Todos los asesinos son condenados a noventa y nueve años de prisión, pero el juez fija entonces un período mínimo de condena que puede ir desde los ocho años hasta la cadena perpetua. En North Sea Camp tenemos un recluso que está cumpliendo su trigésimo segundo año de cárcel. En el Reino Unido hay más de mil ochocientos presos cumpliendo cadena perpetua, de los cuales solo un pequeño porcentaje llega a una cárcel de régimen abierto de categoría D. Actualmente hay veintidós presos de perpetua en North Sea Camp. Después de ser condenados, comienzan su vida penitenciara en una cárcel de categoría A y van progresando a la categoría de B y C hasta,

finalmente, ingresar en una cárcel de categoría D con la expectativa de ser puestos en libertad. En North Sea Camp, de los veintidós condenados a perpetua, estos períodos mínimos se fijan desde los doce años hasta lo que decida la judicatura de Su Majestad, y el señor Simpson confirma que aunque algunos llegarán a ser elegibles para su puesta en libertad, nunca la obtendrán. El Ministerio del Interior no querrá asumir el riesgo, sencillamente.

Simpson me explica que dentro de sus responsabilidades está la de evaluar cuáles de estos presos deben optar a su puesta en libertad, pero siempre pecará de prudente, dado que, por muchos éxitos que haya entre los presos que salen «a la calle», solo hace falta un fracaso para llegar a las portadas de los periódicos.

Simpson admite uno de esos fracasos, un hombre sin condenas previas que, hasta que mató a su esposa infiel, llevaba una existencia perfectamente normal. Lo condenaron a cadena perpetua, con un período mínimo de cumplimiento de doce años. Una vez en la cárcel, su conducta hizo que progresara rápidamente (según el estándar entre los condenados a perpetua) de la categoría A a la B, luego a la C, y luego a North Sea Camp en menos de ocho años. Mientras estuvo en North Sea Camp su historial siguió siendo intachable, hasta que se enamoró de una funcionaria de la cárcel, que tuvo que renunciar a su puesto y buscar otro trabajo. Después de doce años fue puesto en libertad y se casaron poco después. El hombre encontró un buen empleo y se afincó en la comunidad. Tres años después, en el aniversario del asesinato de su primera mujer, mató a su nueva esposa y luego se quitó la vida.

Simpson lanza un suspiro.

—No había ningún indicio de que pudiera ocurrir algo así, y si no hubiera salido en libertad, ningún condenado a perpetua saldría nunca. La mayoría nunca será un peligro para la sociedad, porque en la mayor parte de los asesinatos se trata del primer delito y de delitos aislados; el noventa por ciento de los presos de este tipo que salen en libertad nunca vuelven a delinquir.

Es posible que un condenado a perpetua salga en libertad al cabo de ocho años, pero la gran mayoría cumple más de veinte, y algunos nunca salen de la cárcel… salvo dentro de un ataúd.

DÍA 139

Martes, 4 de diciembre de 2001
8:57 horas

Han despedido al señor Clarke y lo han asignado a trabajos en el exterior, mientras que han enviado a Carl de vuelta al módulo sur, y todo por culpa de un celador muy poco honesto. Lo explico ahora mismo.

El señor Clarke es el encargado de la limpieza en la SMU y como tiene 67 años, solo trabaja por las mañanas. Así se protege del frío y tiene algo que hacer más allá de pasarse todo el día de brazos cruzados en su habitación. Todos sabréis por las entradas anteriores que se sentía muy orgulloso de su empleo. Carl, a quien he estado formando para que me sustituya, no volverá a la SMU hasta que me nombren ordenanza de la enfermería (y si eso ocurre). ¿Y por qué? Pues porque un celador ha estado hablando con la prensa para complementar sus ingresos, y entre las cosas que les ha dicho es que tengo mi propio limpiador y un asistente personal. El director ha considerado necesario suspender los dos trabajos mientras se lleva a cabo una investigación. New está furioso, no tanto por Carl, sino porque el señor Clarke ha sufrido las consecuencias como resultado directo de la «conducta poco profesional» de un funcionario.

La información tan detallada que se ha proporcionado a la prensa ha permitido que la investigación reduzca el número de sospechosos a dos funcionarios. Ahora mismo, las apuestas en la cárcel se hacen por ver cuál de los dos, algo bastante injusto, porque permite a los presos señalar a cualquier funcionario que les caiga mal.

10:00 horas

Comité de asignación de trabajo. Han rebajado oficialmente de categoría a Carl, que pasa a ser limpiador, pero el señor Berlyn me ha asegurado que cuando mi puesto quede disponible, será él quien lo ocupe. El señor Clarke está ahora barriendo las hojas del patio. No olvidemos que estamos en el mes de diciembre.

12:00 horas

En el almuerzo Doug me dice que la señora Tempest ha sugerido que su futuro jefe acuda a la prisión, donde revisarán concienzudamente sus referencias y lo interrogarán sobre las características del empleo, que implica conducir un camión de Boston a Birmingham y luego a March y realizar el camino de vuelta todos los días. Si todo va según lo planeado, Doug podrá incorporarse a su puesto el lunes por la mañana, yo iré a trabajar a la enfermería como ordenanza, Carl se trasladará de nuevo a la SMU y, si el sistema demuestra una pizca de sentido común, volverán a asignar al señor Clarke la tarea de limpiador a tiempo parcial.

14:00 horas

Paso la tarde a solas en la SMU. Tres presos deben presentase ante la junta del plan de actuación y hay otro que necesita asesoramiento sobre la puesta en libertad bajo control telemático. Como no sabe leer ni escribir, yo le relleno todos los formularios.

New llega con cara de frustración. Ha estallado otra crisis sobre las camas de la prisión: doce de las habitaciones del módulo sur no tienen puertas. Da la orden de instalarlas inmediatamente, lo que en términos penitenciarios significa el próximo lunes como muy pronto.

18:00 horas

Me llaman por megafonía para que me presente en la recepción. Solo puede ser el señor Daff.

Me persono ante el sargento mayor y me lo encuentro solo. El señor Daff me dice que ha decidido jubilarse anticipadamente porque no le gustan los cambios que se están produciendo en el servicio de instituciones penitenciarias. «Demasiado blandengues», murmura en voz baja. Añade que como seré el próximo ordenanza del módulo de enfermería, me permitirán que tenga conmigo algunas de mis pertenencias. Abre mi caja y deja que me lleve un chándal, una manta, dos fundas de almohada, un mantel y un diccionario. Rellena el formulario rosa y estampo mi firma por cada uno de los objetos. Luego me guiña un ojo mientras los coloca en una bolsa de plástico negro. Me voy con mi botín.

22:00 horas

Salgo de la enfermería, vuelvo a mi habitación y me pongo cómodo para leer *La escafandra y la mariposa*, que me ha recomendado mi hijo William.

DÍA 140

Miércoles, 5 de diciembre de 2001
10:00 horas

Según W. S. Gilbert, el castigo debería ser proporcional al delito cometido, y yo no tengo nada en contra de eso. Sin embargo, ¿no deberían todos los presos ser tratados por igual, sea cual sea la cárcel en la que estén encerrados? Lo que me lleva al tema del salario.

La práctica en North Sea Camp es, lisa y llanamente, absurda y, lo que es más importante, injusta, porque discrimina de tal forma que no hay quien se lo explique. Me he dado cuenta de la desigualdad únicamente por mi contacto dos veces a la semana con el comité de asignación de trabajo, que no solo adjudica los puestos de forma arbitraria, sino que también decide los salarios. Por ejemplo, como ordenanza de la unidad de gestión de las condenas, me pagan 8,50 libras a la semana. Los ordenanzas de la biblioteca reciben 9,40 libras, los del gimnasio 11,90 libras, los de recepción 10,50 libras, los de educación 8,40 libras y los de la capilla 9,10 libras. Sin embargo, un trabajador de la granja, que empieza a las ocho de la mañana y está fuera pasando frío todo el día, recibe 5,60 libras, y un limpiador, 7,20 libras, mientras que el barbero de la cárcel, que solo trabaja por las tardes de seis a ocho, recibe 10 libras a la semana.

Ocurre lo mismo en cualquier otra prisión, pero parece que a todo el mundo le importa un bledo.

Hoy pasan siete presos por la sección de ingresos. A dos de ellos los han enviado a North Sea Camp cuando solo les quedan once y nueve días de condena, respectivamente. ¿Por qué lo hacen, cuando el traslado a otra cárcel es una experiencia turbadora, inquietante y desagradable[13]?

¿Por qué no nombrar como miembros de la junta del centro penitenciario a presos cuidadosamente seleccionados que puedan decirle al Ministerio del Interior un par de verdades desagradables? Aquí en North Sea Camp hay dos internos con un título de doctorado, siete con licenciaturas y varios con graduados profesionales, todos tan listos como cualquier funcionario de los que he conocido, con la excepción del señor Gough, quien prefiere hablar de Sisley, Vanburgh y John Quincy Adams en lugar de comentar las últimas normas del

reglamento penitenciario.

14:00 horas

Carl me sustituye en la SMU porque tengo una visita teatral. Con eso quiero decir que las dos personas que vienen a verme hoy son el director de teatro David Gilmore y el productor Lee Menzies. David Gilmore (*Daisy Pulls it Off*) acaba de volver de Australia, donde ha estado dirigiendo *Grease*, y Lee está a punto de estrenar *The Island* en el Old Vic.

Ahora mismo soy un inversor (ángel) de ambos. *Grease*, que está de gira por el Reino Unido, no solo me ha devuelto ya la inversión de capital inicial, sino que también ha arrojado unos beneficios del cincuenta por ciento. Esto no es lo habitual, lo más frecuente es que ocurra al revés. Tengo el diez por ciento de *The Island*, que aún no se ha estrenado. David Ian (que hubo de cancelar su visita en el último minuto) tiene varios espectáculos en producción en los que tengo una participación: *The King and I* (Londres y gira), *Chicago* (gira), *Grease* (gira), y ahora está hablando de producir el exitoso musical de Broadway, *The Producers*. Una vez que David y Lee me han puesto al día de todo lo que ocurre en el mundillo teatral, nos centramos en un tema sobre el que creo que podrán aconsejarme.

El señor Daff grita con su voz de sargento mayor que es hora de que los visitantes se vayan. Cómo vuela el tiempo…

20:30 horas

Doug me dice que hoy ha venido a verlo su mujer. Le ha confirmado que le ofrecerán el trabajo como transportista y así yo podré ser el ordenanza del módulo de enfermería la semana que viene. Tendré que decidir qué hacer si Spring Hill me ofrece el traslado.

22:00 horas

La vida puede ser horrible, pero después de ver las noticias de las diez y las condiciones de la cárcel griega donde han encerrado a once observadores de aviones británicos, doy gracias por lo que tengo.

DÍA 141

Jueves, 6 de diciembre de 2001
16:45 horas

Después de un día sin asesinatos, sin fugas ni traslados de ninguna clase, me reúno con Doug para cenar. Nos sentamos a una mesa de la esquina y me pone al día sobre su entrevista de trabajo. Tras responder al anuncio en el *Boston Target*, Doug fue entrevistado en presencia de la señora Tempest, le ofrecieron el puesto y empieza el lunes como conductor de camión. Llevará una carga de bobinas de acero de Boston a Birmingham y luego hasta March, antes de regresar a Boston. Luego debe estar de vuelta en la prisión a las siete en punto. El trabajo será de seis días a la semana, y le pagarán cinco libras la hora.

Para recapitular: Doug cumple una condena de cuatro años y medio por evitar el pago del IVA sobre bienes de importación por un valor de varios millones de libras. Tiene derecho, después de cumplir una cuarta parte de su sentencia —si ha sido un preso modelo, y lo ha sido— a buscar un trabajo fuera de la cárcel. Todo eso forma parte del programa de reinserción del que solo disfrutan los presos que han alcanzado el grado penitenciario de la categoría D.

Es un acuerdo satisfactorio para todos: North Sea Camp saca a los presos a trabajar a la calle y en Doug tienen a alguien que no será un problema ni infringirá ninguna regla. Aunque tiene licencia para conducir vehículos de servicio público, hace años que no lleva un camión y dice que será como empezar de nuevo. Aun así, es mejor que estar encerrado en una cárcel todo el día.

DÍA 142

Viernes, 7 de diciembre de 2001
9:00 horas

Me piden que vaya a ver a la enfermera jefe del módulo de enfermería para una entrevista. Cuando salgo de la SMU en esa dirección, me entra un poco de ansiedad ante de la duda de si Linda estará barajando a alguien más para el puesto de ordenanza de la enfermería. Mis temores se ven aplacados de inmediato con su comentario inicial diciéndome que está encantada de que vaya a trabajar con ella. Su única preocupación es que esté escribiendo un diario, y hace hincapié en la confidencialidad de los historiales médicos de los presos. Estoy de acuerdo en mantener absolutamente esa confidencialidad.

***10:00 horas** El señor New confirma que han reincorporado al señor Clarke (robo) a su puesto como limpiador de la SMU. Menuda diferencia a partir de ahora… Carl ya puede concentrarse en el verdadero trabajo de ayudar a los funcionarios y a los presos y no tener que preocuparse de si alguien ha vaciado o no los cubos de basura.*

***14:00 horas** ¿Recordáis a los dos presos a los que pillaron volviendo de Boston cargados de botellas de alcohol? Uno agredió a un celador con una linterna para que sus compinches pudieran escapar. El fugitivo, que consiguió volver a su habitación gracias a una muda que le proporcionó un amigo, se fue de rositas porque resultó imposible demostrar que había estado fuera. Hoy, a ese mismo preso le han encontrado en su habitación un desodorante que no*

se vende en el economato. Lo han enviado a una cárcel de categoría B en Liverpool esta tarde.

18:00 horas Me paso una hora firmando doscientas felicitaciones de Navidad del «señor Sapo».

20:15 horas A Doug le han entrado dudas sobre abandonar su trabajo como ordenanza en la enfermería: la idea de conducir ocho horas al día durante seis días a la semana ya no le parece tan atractiva.

22:00 horas Vuelvo a mi habitación y termino La escafandra y la mariposa, del desaparecido Jean Dominique Bauby. Tal como señaló mi hijo, se trata de un libro magnífico. El autor sufrió un accidente cerebrovascular masivo que lo dejó paralizado y mudo, de manera que solo podía mover un párpado. Y con ese párpado inventó un alfabeto con el que dictó el libro. A su lado, eso hace que mis problemas parezcan del todo insignificantes.

DÍA 143

Sábado, 8 de diciembre de 2001
8:00 horas

Normalmente los fines de semana son un aburrimiento, pero después de un par de horas corrigiendo *Hijos de la fortuna*, empiezo a trasladar mis escasos bienes personales al módulo de enfermería. Aunque no me mudaré de forma oficial hasta mañana, Doug me deja guardar algunas de mis cosas debajo de una de las camas de la enfermería.

13:00 horas

Entre las cartas de hoy están las de Rosemary Leach y Stephanie Cole en respuesta a mi entusiasta carta típica de fan después de su interpretación en la película *Back Home*. En una carta manuscrita, Leach cree que tal vez estaba un poco sobreactuada, porque lo que «se lleva» ahora en el cine es la sosería y el comedimiento. A Stephanie Cole su propia actuación le pareció demasiado sentimental. Las admiro por ser tan críticas consigo mismas.

Hoy recibo setenta y dos felicitaciones de Navidad, lo cual me levanta muchísimo el ánimo. Los funcionarios han puesto en marcha una porra sobre cuántas tarjetas recibiré de la gente: el señor Hart apuesta por 1.378, el señor New por 1.290 y el señor Downs por 2.007. Escojo tres para para ponerlas en el estante que hay junto a mi cama: un paisaje del magnífico ilustrador escocés Joseph Farqueson, una caricatura de Giles de la Abuela y un retrato de Bellini de la Virgen.

14:00 horas

Lo más destacado de mi jornada es la visita de Mary, James y Alison, que me ponen al día en todos los asuntos de índole personal, relacionados con la oficina y legales. William regresa de Estados Unidos la semana que viene y, junto con Mary y James, vendrá a verme en Nochebuena. Mary volará a Kenia y asistirá a la boda de mi sobrino. Mary y yo siempre hemos querido ir de safari y ver los

grandes felinos. Este año no va a poder ser.

DÍA 144

Domingo, 9 de diciembre de 2001
9:00 horas

Doug tiene un «día libre» con su familia en March, así que paso la mañana cubriéndolo en la enfermería.

14:00 horas

Una visita de dos portavoces conservadores: Patrick McLoughlin, parlamentario vicerresponsable de la disciplina de partido en los Comunes, y Simon Burns, el número dos de Liam Fox, que ocupa la cartera de salud. Son amigos leales desde hace muchos años. Hice campaña por ambos antes de que entraran en la Cámara, Patrick en una famosa elección para cubrir una vacante después de que Matthew Parris dejara los Comunes, que ganó por cien votos, y Simon, que ocupó el escaño de Norman St John Stevas en Chelmsford West, donde los liberales habían reducido la mayoría de Norman de los 5.471 en 1979 a los 378 en 1983.

—Si creyerais que los conservadores no volverán al poder hasta dentro de quince años, ¿os buscaríais otro trabajo? —pregunto.

—No —responden ambos al unísono.

—De todas formas —añade Simon—, no estoy cualificado para hacer ninguna otra cosa.

Patrick asiente con la cabeza. No estoy seguro de si está de acuerdo con que Simon no podría hacer ninguna otra cosa, o porque a él le pasa lo mismo.

Hablamos con total franqueza sobre Ian Duncan Smith. Ambos se muestran satisfechos de que haya logrado llevar a un segundo plano el debate sobre Europa en el seno del partido y concentrarse en el servicio de salud, la educación y los servicios sociales. Aceptan que Blair está librando una buena guerra (Afganistán), y aunque las discrepancias con Brown son reales, el pueblo británico no parece mostrar demasiado interés. Patrick siente que podríamos volver al poder en el ciclo electoral después del siguiente, pero Simon no es tan optimista.

—Pero si Brown toma el relevo de Blair —añade—, sí podríamos

ganar las próximas elecciones.

—¿Y si alguien toma el relevo de Ian Duncan Smith? —pregunto.

No me responde ninguno de los dos.

Cuando se van, me doy cuenta de lo mucho que echo de menos la Cámara y todo lo relacionado con la política.

22:15 horas

Esta es mi última noche en el módulo sur. A pesar del partido de fútbol que están retransmitiendo a todo volumen en la puerta de al lado, duermo a pierna suelta.

DÍA 145

Lunes, 10 de diciembre de 2001
3:52 horas

Me despierto temprano, así que escribo un par de horas.

6:00 horas Recojo mis últimas cosas y acudo a la enfermería a reunirme con Doug, que está haciendo el mismo ejercicio, pero a la inversa.

7:30 horas Describiré mi nueva rutina diaria antes de hablaros sobre mi trabajo en el módulo de enfermería.

6:00 horas Levantarse, escribir hasta las 7:00.

7:00 horas Baño y afeitado.

7:30 horas Llegada de la enfermera jefe para triaje de enfermos, que dura hasta las 8:00.

8:00 horas Entregar los justificantes de «exento» de trabajo en los módulos norte y sur, la granja, talleres, educación y puerta principal.

8:20 horas Desayuno.

9-10:30 horas Llegada del médico para atender a los pacientes hasta las 10:30 aproximadamente, dependiendo del número.

11:30 horas Triaje de enfermos hasta el mediodía (recogida de píldoras, etc.).

12:00 horas Almuerzo.

12:30 horas Llamar a Alison a la oficina.

13-14:00 horas Escribir.

15:00 horas Llegada de los presos de Birmingham, Leicester, Wayland, Lincoln o Bedford, todos de categoría C, para su ingreso en North Sea Camp. Primero van a la

recepción para registrarse; a continuación, su siguiente parada es la enfermería, donde la enfermera les abre la ficha y revisa sus historiales médicos. Es raro que te transfieran a otra cárcel si estás enfermo.

Les tomo la tensión, recojo sus muestras de orina —para la detección de la diabetes, no para drogas; eso se lleva a cabo en un edificio separado más tarde—, tomo noto de la altura y el peso, y le paso toda la información a la enfermera para que pueda contrastarla con su historial médico.

16:30-17:00 horas Triaje de enfermos. Linda, que empezó a trabajar a las 7:30 horas, se va a las 17:00.

17:00 horas Cena. Si alguien se pone enfermo por la noche, el funcionario de guardia puede abrir el consultorio y dispensar la medicación, aunque a la mayoría se les dice que pueden esperar hasta el triaje de enfermos del día siguiente. Si es grave, se los traslada al Pilgrim Hospital de Boston en taxi, que está a quince minutos de distancia.

17:30 horas Escribir durante un par de horas.

17:45 horas Llamar a Mary y/o James y Will.

20:00 horas Leer o ver la televisión; esta noche, *Catalina la Grande*. Me acompañan Doug y Clive (puedo estar en compañía de otros dos internos en el módulo de enfermería entre las 19:00 y las 22:00 horas).

22:20 horas Después de ver las noticias, me acomodo en una cama cinco pulgadas más ancha que la de mi habitación en el módulo sur y me quedo profundamente dormido. Tal como sugiere el título de este libro, comparado con Belmarsh y Wayland, esto es el Paraíso.

DÍA 146

Martes, 11 de diciembre de 2001
5:49 horas

Ya estoy cogiéndole el tranquillo a mi rutina diaria. Es un trabajo mucho más exigente que el que realizaba en la SMU. Espero que Linda esté dispuesta a enseñarme primeros auxilios y, lo que es más importante, a ayudarme a entender mejor el problema de la droga en las cárceles.

7:25 horas

Estoy junto a la puerta, esperando que llegue Linda. Le preparo un café, con un edulcorante y una cucharadita de leche en su taza con el cerdito. Los cinco médicos tienen sus propias tazas.

Linda lleva más de diez años trabajando en el servicio de instituciones penitenciarias. Tiene tres hijos ya mayores, dos chicos y una chica. Estuvo casada con un «enfermero tutor», Terry, que desgraciadamente murió de cáncer de piel hace un par de años, a los cincuenta y tres. Trabaja muchas horas y los presos la miran de una forma muy parecida a cómo miraba yo a mi maestra de preescolar: como una combinación de madre, enfermera y confidente. No se anda con tonterías, pero no podría ser más comprensiva si estás realmente enfermo.

8:15 horas

Después del triaje de enfermos, llevo a cabo mis rondas por las distintas partes del centro para informar al personal de quiénes no irán hoy a trabajar, antes de irme a desayunar. Le pregunto a John (cadena perpetua) de qué es la carne de la salchicha.

—Siempre es carne de vacuno —responde—, porque hoy en día hay tantos musulmanes en las cárceles que nunca sirven salchichas de cerdo.

10:00 horas

La enfermería recibe la visita de un hombre llamado Alan, que viene a impartir un curso sobre el abuso de drogas y alcohol. Va de un centro penitenciario a otro, aconsejando y ayudando a cualquiera que desee orientación al respecto. Hay 150 trabajadores de este tipo en todo el país, pagados por el contribuyente con el presupuesto del NHS (el Sistema Nacional de Salud) y del Ministerio del Interior.

A Alan le desespera ver el escaso número de presos que aprovechan el servicio que viene a ofrecerles. Solo en Bradford, calcula que el cuarenta por ciento de los reclusos menores de treinta años se drogan, y otro treinta por ciento son adictos al alcohol. Me enseña la enorme cantidad de formularios del Ministerio del Interior que debe rellenar cada vez que ve a un preso. Al final de la mañana, solo dos reclusos de los 211 se han molestado en asistir a su charla.

11:00 horas

Recibo una visita especial del miembro del Parlamento sir Brian Mawhinney, un viejo amigo cuya circunscripción electoral está a unas veinte millas al sur de North Sea Camp. Como exministro del gabinete y ministro del Interior del gabinete en la sombra, tiene muchas preguntas sobre las cárceles, y como hace seis meses que no entro en el Palacio de Westminster, hay preguntas que yo también siento interés por que me responda.

Brian permanece una hora en el centro, y cuando al fin dejamos de rememorar las victorias del pasado, hablamos de los desastres del presente. Teme que el escenario que pinta Simon Burns sea realista, una larga travesía por el desierto para los conservadores, pero afirma:

—Los acontecimientos, amigo mío, siguen siendo todavía nuestra mayor esperanza.

Brian se pasa del tiempo reglamentario y yo me pierdo el almuerzo… sin quejas al respecto.

16:00 horas

El señor Hart me transmite un mensaje de mis abogados de que mi documentación con el recurso de apelación no se ha presentado ante el tribunal. Me entra el pánico. Le di toda la documentación al funcionario de seguridad hace seis semanas. Hart llama a Hocking, quien confirma que los papeles se enviaron el 29 de octubre. ¿Quién tiene la culpa?

17:00 horas

El economato. Ahora que he progresado dentro de la cárcel, me añaden quince libras de mi propio dinero a mi cuenta de peculio cada semana. Con mi salario como ordenanza de la enfermería de 11,70 libras, son un total de 26,70 libras por semana. De manera que ahora puedo disfrutar del jabón de Cussons, de la pasta de dientes SR, del champú Head and Shoulders, e incluso de algún que otro paquete de galletas de chocolate de McVitie’s.

18:00 horas

Esta noche voy a un concierto de *rock*, a cargo de la banda Pros y Cons. El nivel es alto, en especial en el caso de Gordon (lesiones graves) en la guitarra, quien, por desgracia para el grupo, sale a la calle mañana.

20:00 horas

Doug regresa de su segundo día de trabajo. Ha conducido a Birmingham y Northampton en un día. Está agotado y harto de su compañero de habitación, que se deja la radio encendida toda la noche. A las diez y media ya estoy metido en la cama y durmiendo. Mañana descubriréis qué importancia tiene eso.

DÍA 147

Miércoles, 12 de diciembre de 2001
2:08 horas

El funcionario de seguridad del turno de noche abre mi puerta y me apunta con la linterna a los ojos. No vuelvo a dormirme hasta al cabo de una hora.

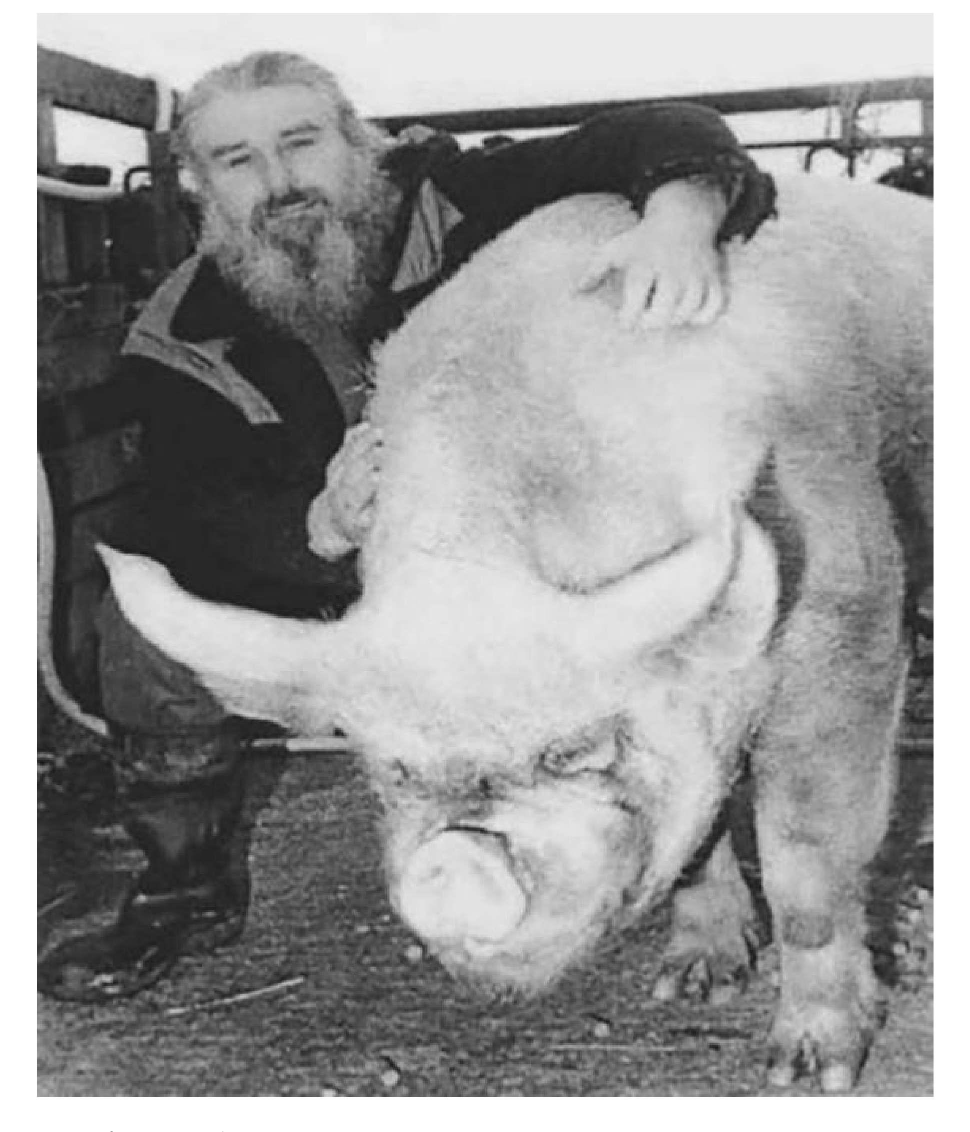
5:16 horas

Lo hace otra vez, así que me levanto y me pongo a escribir.

8:07 horas

En mi ronda por la cárcel de esta mañana, repartiendo los justificantes de quienes están exentos de trabajar ese día, tengo que pasarme por la granja. Hace un frío de muerte y muchos de los reclusos dicen que están resfriados. Me encuentro con el responsable de la granja, el señor Donnelly, un hombre encantador al que conocí en mis días en la SMU cuando era miembro del comité de asignación de trabajo. Me presenta a Blossom, una criatura preciosa.

Blossom pesa veintiséis *stones*, tiene la nariz rota y cuatro patas peludas y gordas. Tiene suerte de estar viva. Blossom es la cerda favorita de los presos, así que cuando le llegó el turno de ser sacrificada, los reclusos la escondieron en un pajar. Cuando Donnelly no consiguió encontrar a Blossom esa mañana, se le concedió un indulto de una semana. Blossom reapareció al día siguiente, pero se desvaneció misteriosamente de nuevo cuando el camión del matadero asomó la semana siguiente. Una vez más, Donnelly la buscó y, una vez más, no la encontró. Los reclusos sabían que los guardias no tardarían mucho en descubrir el escondite de Blossom, así que solicitaron al director que la comprara, para que pudiera pasar el resto de sus días en North Sea Camp en paz. Donnelly se sintió tan conmovido por la preocupación de los presos que levantó la condena a muerte y dejó que Blossom se jubilara. La alegre mascota ahora deambula por la granja, feliz como una perdiz. (Véase fotografía debajo).



Volver a Día 231 < <

8:30 horas

En el camino de vuelta a la enfermería, después del desayuno, noto algo raro y me doy cuenta de que Peter (cadena perpetua, incendio provocado) no está en la calle barriendo las hojas como todas las mañanas. Un funcionario de seguridad me explica que Peter está de permiso en Boston, la primera vez que sale de la cárcel en treinta y un años. Intentaré hablar con él en cuanto vuelva, para poder captar sus primeras impresiones sobre la libertad.

9:00 horas

Los nuevos reclusos acuden a la revisión médica. Ahora ya siento que estoy adaptándome a la rutina como ordenanza del módulo.

12:00 horas

Llamo a Mary para asegurarle que el juzgado ya ha localizado mis papeles y para desearle suerte con nuestra fiesta de Navidad mañana por la noche. También asistirá a la celebración por las bodas de oro de Denis y Margaret Thatcher en el East India Club esta noche. Promete llamarme para contarme cómo han ido ambas fiestas. No puede, le recuerdo; solo puedo llamarla yo a ella.

16:08 horas

Me ordenan por megafonía que me presente en la recepción. Cuando llego, el sargento mayor Daff me dice que me han enviado dos pasteles de Navidad, uno de los cuales es de la señora de Gerald Scarfe, más conocida como Jane Asher, y va acompañado de una felicitación navideña de la que solo reproduciré la última frase:

> *Te he hecho un pastel para Navidad con una sierra y una lima dentro. Hasta pronto.*
>
> *Con cariño,*
>
> Jane.

El otro pastel lo envía un grupo de mujeres de Middleton. Como está prohibido que los presos reciban alimentos de ninguna clase por si contienen alcohol o drogas, el señor Daff acuerda que uno vaya a la residencia de ancianos local y el otro al hogar de niños con necesidades especiales. Así que está bien que los niños y los ancianos se pongan hasta las cejas de drogas, pero yo no.

—Son normas del Ministerio del Interior —explica el señor Daff.

17:00 horas

Veo a Peter (cadena perpetua, incendio provocado) avanzando por el camino. Parece un poco aturdido, así que lo invito a entrar en la enfermería y a tomarse un café y galletas conmigo. Hablamos durante casi una hora.

Al salir de la cárcel por primera vez en más de treinta años, la mayor sorpresa para Peter ha sido la cantidad de «puretas» (personas mayores) que estaban en las calles de Boston haciendo sus compras de Navidad. En 1969, la esperanza de vida de un hombre era de sesenta y ocho años, y de setenta y tres para las mujeres; ahora es de setenta y seis y ochenta y un años, respectivamente. Peter también piensa que muchas de las chicas jóvenes iban vestidas de forma «que parecían fulanas», pero admite que no podía quitarles los ojos de encima. A Peter, que mide seis pies y cuatro pulgadas de alto y pesa dieciocho *stones*, le ha sorprendido ver que ya no destacaba entre la multitud como hace treinta y un años. Cuando visitó el supermercado Safeways, era la primera vez que veía un carrito; antes solo le habían atendido en un mostrador y usaba una cesta de la compra. Y en cuanto al dinero, entiende cómo funcionan los decimales, claro, pero la última vez que compró algo en una tienda había doscientos cuarenta peniques en una libra, medias coronas, billetes de diez chelines y la guinea todavía era una moneda de feliz memoria.

A Peter lo han dejado perplejo los pasos de peatones en los que el semáforo se acciona mediante un botón y le daba miedo cruzar uno. Sin embargo, la experiencia que menos le ha gustado ha sido la de probarse ropa en un probador detrás de una cortina, mientras la gente pasaba por su lado, en especial las dependientas femeninas a las que no les importaba descorrer la cortina para ver cómo le iba la ropa. Le sorprendió mucho poder probarse una camisa sin tener que comprarla.

Sospecho que el proceso de reinserción —visitas acompañadas a la ciudad (seis en total), visitas no acompañadas a la ciudad, permisos domiciliarios los fines de semana, permisos semanales, un trabajo en servicios a la comunidad como voluntario, seguido de un trabajo en la comunidad— le llevará al menos otros tres o cuatro años, y para entonces Peter ya tendrá derecho a su pensión de vejez. Me pregunto si llegará a reincorporarse al mundo real algún día y no lo trasladarán simplemente de una institución a otra.

22:00 horas

Escucho las noticias de las diez. Han condenado a Roy Whiting a cadena perpetua por el asesinato de Sarah Payne. Una vez dictada la sentencia, descubrimos que Whiting ya había sido condenado hace años por secuestrar a un niño y abusar sexualmente de un menor. ¿Cuál fue su sentencia en aquella ocasión? Cuatro años.

DÍA 148

Jueves, 13 de diciembre de 2001
6:00 horas

En la cárcel, los ordenanzas son como los prefectos de la escuela: se les asigna su trabajo porque se puede confiar en ellos. En contrapartida, se espera que trabajen a cambio de determinados beneficios penitenciarios, como comer juntos en un grupo pequeño, y, en mi caso, disponer de una habitación individual con televisión.

Hay más de una docena de ordenanzas en total. Ayer echaron a los dos de recepción, dejando dos vacantes muy solicitadas.

Martin, el veterano de los dos ordenanzas de recepción, iba a salir a la calle esta mañana, dos meses antes, bajo control telemático. La única restricción era que debía permanecer en su lugar de residencia entre las siete de la tarde y las siete de la mañana. Martin ya había terminado la «ronda del papeleo», que debía completarse el día antes de su puesta en libertad. Por desgracia, esta mañana, antes de salir, decidió llevarse consigo una camiseta vaquera y unos vaqueros de la cárcel, todo nuevecito, y varias camisas. Por lo visto, una camisa de la cárcel a rayas blancas y azules se vende por unas cien libras en la calle, sobre todo si lleva el monograma de la cárcel, NSC, grabado en el bolsillo.

Cuando se descubrió el robo, lo despidieron inmediatamente y, lo que es más triste, también echaron al otro ordenanza, Barry, cuyo único delito fue no delatar a Martin. Curiosa forma de impartir justicia cuando la única manera de conservar tu trabajo es delatando a tu compañero a sabiendas de cuáles serán las consecuencias para esa persona, por no hablar de cómo te tratarán el resto de los reclusos en el futuro. Nos enteraremos de cuál va a ser el castigo mañana, cuando ambos hombres se presentan ante el director.

14:00 horas

Me llevo una decepción al recibir una carta de William Payne, el director de Spring Hill, rechazando mi solicitud para el traslado. Sus razones para el rechazo aparecen en su carta, reproducida aquí. (Véase página siguiente). Creo que debo señalar que los últimos cinco

reclusos de North Sea Camp que han solicitado su traslado a Spring Hill han sido todos aceptados. No vale la pena recurrir, porque hace tiempo que dejé de esperar algún tipo de justicia cuando el Ministerio del Interior tiene algo que ver.

15:00 horas

Seis nuevos reclusos: cuatro con sentencias cortas que van de tres semanas a nueve meses, y dos condenados a perpetua que, durante los últimos dieciséis años, han estado encerrados veintidós horas al día. Caminan por el perímetro de la cárcel (no hay muros) como en una especie de trance, y no entienden por qué nadie les ordena que vuelvan a sus celdas. Linda me dice que a menudo los condenados a perpetua acuden a la enfermería al final de la primera semana resfriados y con llagas en los pies, y tardan mucho más en adaptarse a las condiciones del régimen abierto.

Uno de los presos con condenas cortas procedente de Nottingham, a quien han colocado en la zona de no fumadores del módulo sur —donde hay, sobre todo, presos de mayor edad que trabajan en servicios a la comunidad como voluntarios y que solo vuelven al centro penitenciario por la noche—, me dice con una sonrisa socarrona que anoche no podía dormir porque había demasiado silencio.

HM Prisons
Grendon & Springhill
Grendon Underwood
Aylesbury
Bucks HP18 0TL
Telephone 01296 770301
Fax 01296 770756
E mail governorpayne@hotmail.com





Mr J Archer FF8282
HMP North Sea Camp
Frieston
Boston
Lincs
PE22 0QX

Ref: 103/2001

Date: 10 December 2001

Dear Mr Archer,

APPLICATION TO TRANSFER TO SPRING HILL

Thank you for your application to transfer to HMP Spring Hill.

I have considered your application carefully. You requested a transfer in order that you may receive visits from your family more easily than you can at North Sea Camp. While Spring Hill would be suitable, there are currently more vacancies at HMP Hollesley Bay, near Woodbridge in Suffolk which is within easy reach of Cambridge and commuting distance of London. For this reason I am refusing your request to transfer to Spring Hill.

The Governor of Hollesley Bay has confirmed that he is able to offer you a place should you wish to request a transfer to that establishment. I hope this provides a positive alternative to you.

Yours sincerely,

William Payne.

William Payne
Governor

cc: Colin New, HMP North Sea Camp
Karen Mackenzie-Howe, HMP Spring Hill

18:00 horas

Recibo la visita del señor Hocking. A partir de ahora no debo tirar papeles personales, cartas, sobres o notas en el cubo de basura que hay fuera de la enfermería, ya que anoche sorprendieron a un preso rebuscando en el contenido. De ahora en adelante tendré que dárselo todo a un funcionario de seguridad, que los destruirá en el triturador de papeles. North Sea Camp no quiere repetir el desastre de Belmarsh, donde un celador robó un capítulo de mi libro e intentó vendérselo al

diario *Sun*.

20:00 horas

Me siento en mi palacio y entretengo a mi corte, formada por Doug, Clive y Carl, o al menos así es como me siento después de Belmarsh y Wayland.

En Londres, Mary es la anfitriona de nuestra fiesta de Navidad.

DÍA 149

Viernes, 14 de diciembre de 2001
10:00 horas

Hoy toca día de juicio. Tres presos se presentan ante el director. Los reclusos tienen un interés morboso por el resultado de cualquier juicio, ya que es una unidad de medida para saber hasta qué punto pueden infringir las normas.

A Martin, el ordenanza de recepción que se declaró culpable de intentar robar ropa de la cárcel el día que iba a salir en libertad, se le retira el privilegio de salir bajo control telemático y le añaden siete días a su sentencia. Así que por un par de vaqueros y unas camisas de la cárcel, Martin se va a quedar en North Sea Camp hasta un par de semanas antes de Pascua, en lugar de pasar la Navidad en casa con su mujer y sus hijos. Además, los sesenta y siete días no los pasará protegido del frío en la recepción, como ordenanza, sino trabajando en la granja en pleno invierno, limpiando las pocilgas de los cerdos.

Barry es el siguiente. Su delito fue no delatar a Martin. A pesar de que este dejó bien claro en su declaración ante el director que su compañero no participó en absoluto en el delito, también se queda sin su trabajo de ordenanza y regresa a la granja como cuidador del ganado. Que el director esperase de él que delatara a su amigo (dudo incluso que fueran amigos) me parece un poco duro.

Encontrar unos sustitutos competentes no va a ser tarea fácil. Se rumorea que le han ofrecido el trabajo a Peter (cadena perpetua, acaba de pasar su primer día fuera después de treinta y un años) como siguiente paso en su proceso de reinserción. Peter me dice que no quiere ser ordenanza, que él está contento barriendo hojas.

El tercer preso en presentarse ante el director esta mañana es Ali, un hombre que está cumpliendo tres meses por robo. Ali se ha negado a trabajar en la granja y se ha encerrado en su habitación. Por semejante desafío, le han añadido cuatro días a su sentencia. Puede que eso no parezca un castigo desproporcionado, y en circunstancias normales, creo que no debería quejarse, ya que es la penalización legal por negarse a trabajar. Sin embargo, los cuatro días concretos son la Nochebuena, el día de Navidad, el 26 de diciembre (festivo en Inglaterra, el llamado Boxing Day) y el 27 de diciembre.

Ali llega al módulo de enfermería momentos después del dictamen y se echa a llorar. El director decide que yo también merezco un castigo, porque Linda me ordena que me encargue de él. Son las diez y cuarenta minutos de la mañana y el director quiere que Ali esté trabajando en la granja esta misma tarde. Por suerte, Inglaterra está jugando contra la India. Es la segunda jornada del partido internacional de Test, y Ali es un experto en críquet. Nos sentamos en la sala del hospital a ver la última sesión del día. Sachin Tendulkar está en la línea de bateo, así que Ali deja de llorar. A la hora del almuerzo (final del partido en Madrás), Tendulkar ha anotado 123 y las lágrimas de Ali se han transformado en sonrisas.

Está de vuelta en la granja a la una.

15:00 horas

Hoy llegan siete nuevos presos de Nottingham, y como esta mañana solo hemos puesto en libertad a tres, nuestras cifras alcanzan los 211 internos, cuando nuestra capacidad es de 220. La rotación semanal en North Sea Camp es de un 20 por ciento, y me han dicho que siempre llega a su punto máximo en esta época del año. Uno de los condenados a perpetua me informa también de que en Navidad siempre se fugan más presos, muchos de los cuales se entregan en la noche de Boxing Day. La actitud del director es simple: si vuelven a la puerta del centro dando muestras de arrepentimiento, se les añaden veintiocho días a su sentencia; si esperan a que los recoja la policía, además de añadirles los veintiocho días, los mandan a una cárcel de categoría B a la mañana siguiente.

16:00 horas

Linda me pide que lleve dos muestras de sangre a la puerta de entrada de la cárcel para que las puedan enviar al Hospital Pilgrim. Durante el paseo de trescientas yardas de distancia, me distraigo pensando en una nueva idea sobre cómo descubren los gemelos su identidad en *Hijos de la fortuna*. Cuando llego a la puerta, las muestras de sangre ya no están en el paquete de plástico, por lo que deduzco que deben de haberse caído por el camino. Corro por primera vez en semanas. No quiero perder mi puesto y acabar trabajando en la granja. Veo a Jim (ordenanza del gimnasio) corriendo hacia mí: ha encontrado las muestras en el borde del camino. Resollando para tratar de recobrar el aliento, le doy las gracias: me ha salvado de mi primer delito denunciable. De hecho, creo que llegados a este punto debería

confesar que hace unas semanas recogí un penique del suelo y desde entonces guardo la pequeña moneda en el bolsillo de mis vaqueros, sintiendo una ligera punzada de desafío por el hecho de estar en posesión de dinero en metálico. Vuelvo a meter las muestras en su paquete de plástico y las entrego en la puerta.

Cambiando de tema, el otro ordenanza del gimnasio, Bell, es también el portero de fútbol de North Sea Camp. Antes estaba en Spring Hill, pero pidió un traslado para estar más cerca de su mujer. North Sea Camp necesitaba un portero, así que el traslado solo tardó cuatro días. Gracias a este pequeño subterfugio ahora llevamos una buena racha ganadora; sin embargo, tengo que informar que la mujer del portero se ha largado con su mejor amigo, lo que podría explicar la expulsión de Bell de la semana pasada. Perdimos 5-0.

DÍA 150

Sábado, 15 de diciembre de 2001
7:30 horas

Ahora tengo que trabajar siete días a la semana, porque también hay consulta los sábados y domingos. Es un módico precio a pagar por todos los demás beneficios penitenciarios de ser ordenanza del módulo de enfermería.

Hoy no hay muchos pacientes, once en total, pero es que no hay trabajos que hagan necesario escaquearse un sábado por la mañana. La enfermera se va a las diez y media y tengo el resto del día para mí, a menos que haya una urgencia.

11:00 horas

Paso un par de horas corrigiendo *Hijos de la fortuna*, y solo hago descansos para almorzar, y luego para ver el partido de fútbol de la cárcel.

14:00 horas

El mánager y entrenador de fútbol es un funcionario superior que se llama Masters. Está orgulloso de su equipo, pero cuando se trata de insultar al árbitro, es igual de bestia que cualquier *hooligan*. Hoy hace de juez de línea, y debería apoyar al árbitro, por no hablar del otro juez de línea, pero ambos reciben una lluvia de improperios, ya que Masters parece incapaz de emitir su dictamen sobre un fuera de juego aunque esté a cien metros de la falta y el juez de línea del otro lado del campo tenga al jugador que ha cometido la falta delante de las narices. Para ser justos, lo cierto es que contagia su entusiasmo al resto del equipo y ganamos un partido muy reñido por 2-0.

DÍA 151

Domingo, 16 de diciembre de 2001
7:30 horas

Solo hay cinco reclusos en la consulta a primera hora de la mañana. Linda me explica que aunque la cárcel cuenta con un club de fotografía, una carpintería, una biblioteca, un gimnasio y una capilla, muchos de los presos se pasan el fin de semana en la cama, levantándose solo para comer o ver un partido de fútbol en la televisión. Parece un desperdicio absoluto de sus vidas.

14:00 horas

Hoy me visitan Malcolm y Edith Rifkind. Malcolm y yo entramos en la Cámara más o menos por la misma época, y seguimos siendo amigos desde entonces. Malcolm es uno de esos raros ejemplares en política con muy pocos enemigos. Fue secretario de Estado de Defensa y ministro de Asuntos Exteriores bajo las órdenes de John Major, y no puedo dejar de señalar que no conozco ninguna otra profesión aparte de la política capaz de deshacerse alegremente de sus profesionales más competentes cuando están en lo más alto de su carrera. Es el equivalente a prescindir de alguien como Beckham o Wilkinson a la edad de veinticinco años, por ejemplo. Sin embargo, es un derecho que tiene el electorado, y una de las pocas desventajas de vivir en democracia.

Malcolm y su esposa, Edith, quieren saberlo todo sobre la vida en la cárcel, mientras que yo quiero que me cuenten los últimos chismes de Westminster.

Malcolm hace un comentario político que me quedará grabado en la memoria:

—Si en 1979 el electorado nos hubiera ofrecido un contrato por dieciocho años, lo habríamos firmado encantados, así que no podemos quejarnos si ahora tenemos que pasar unos años en el desierto.

Él y Edith han viajado desde Londres para verme y ahora irán a Edimburgo. No puedo hacer suficiente hincapié en lo mucho que agradezco la amabilidad de los amigos.

20:00 horas

El señor Baker viene a tomar un café y charlar un rato. El comedor de funcionarios está cerrado el fin de semana, así que el módulo de enfermería es el lugar natural para hacer una pausa. Me dice que un preso se ha fugado, mientras que otro, al volver de su visita a la ciudad, estaba tan borracho que tuvieron que ayudarlo a salir del coche de su mujer. La de ayer va a ser su última visita a la ciudad en varios meses, y he ahí el problema: era su primer día fuera de la cárcel en seis años.

DÍA 152

Lunes, 17 de diciembre de 2001
8:50 horas

—Papá llamando a hotel, papá llamando a hotel, ¿me recibes?

Es la señal de llamada que emplea el supervisor general New para comunicarse con Linda, y debo decir que el módulo de enfermería es lo más parecido a un hotel que voy a pisar durante mi encarcelamiento en uno de los centros penitenciarios de Su Majestad.

Hace una mañana de frío glacial en esta parte llana y de campos abiertos de Lincolnshire, así que hay una larga cola para ver al médico. Los primeros en la fila son los presos que tratan de completar la ronda del papeleo, que mañana saldrán en libertad. El segundo grupo incluye a los que deben comparecer ante la junta disciplinaria para una nueva resolución sobre su sentencia: uno al que sorprendieron inyectándose heroína, otro en posesión de dinero en efectivo (veinte libras) y, finalmente, el recluso que volvió borracho anoche. El médico declara que los tres están en buen estado físico y no ve razones médicas que puedan utilizarse como circunstancia atenuante en su defensa. El heroinómano es trasladado de vuelta a Lincoln posteriormente. El preso al que le encontraron veinte libras en su habitación asegura que se le olvidó entregarlas cuando volvió de una visita a la ciudad, así que acaba con siete días más de condena. Al borracho le añaden veintiún días, y no podrá hacer más visitas a la ciudad hasta nuevo aviso. También le advierten que la próxima vez, volverá a una cárcel de categoría B.

Los del tercer grupo —el más numeroso, con diferencia— están realmente enfermos o no tienen ganas de trabajar en la granja cuando el termómetro marca temperaturas bajo cero. A la mayoría les dicen que vuelvan al trabajo inmediatamente o, de lo contrario, se les abrirá un parte y tendrán que presentarse ante el director.

14:00 horas

Llamo a Mary, que tiene noticias interesantes. Creo que es el momento de señalar que, al final de mi juicio, el juez Potts declaró que el mío era «el delito de perjurio más grave que he visto a lo largo de mi carrera y que haya podido encontrar en los libros de jurisprudencia».

Una profesora de Derecho de la Universidad de Buckingham ha estado revisando las sentencias de los condenados por perjurio. Ha descubierto que en el período que va de 1991 a 2000, en el Reino Unido fueron acusadas de dicho delito 1.024 personas. De los 830 condenados, poco menos de 400 no recibieron ninguna sentencia privativa de libertad, mientras que en el caso de 410, la sentencia fue de dieciocho meses o menos. Solo cuatro personas recibieron una sentencia de cuatro años, confirmada en la apelación. Una de ellas inculpó a un hombre inocente, que cumplió treinta y un meses de una condena de diecisiete años por un crimen que no cometió; la segunda fue juzgada dos veces por un asesinato del que fue absuelta, pero más tarde fue condenada por perjurio durante esos juicios. Las otras dos personas fueron condenadas por declaraciones falsas relacionadas con matrimonios que formaban parte de una estafa a gran escala en redes de inmigración ilegal.

19:17 horas

Llaman a la puerta, y como el módulo de enfermería está fuera de servicio después de las seis a menos que sea una urgencia, doy por sentado que se trata de un funcionario. No lo es. Es un antillano de carácter afable que se llama Wright. Siempre está de buen humor y nunca se queja de nada salvo del tiempo.

—Hola, Jeff; creo que me he roto el dedo.

Le examino la mano como si tuviera algo más que un diploma de primeros auxilios de mis días como *boy scout*, allá por los años cincuenta. Le sugiero que vayamos a ver al responsable de su unidad. El señor Cole no es un hombre comprensivo, pero al final accede a que Wright sea trasladado al Hospital Pilgrim. Wright vuelve al cabo de una hora con el dedo entablillado.

—Por cierto, ¿cómo te lo rompiste? —le pregunto.

—Pues es que me di un golpe con una puerta.

—Qué curioso —digo—, porque creo que acabo de ver a esa puerta andando con un ojo morado…

DÍA 153

Martes, 18 de diciembre de 2001
10:00 horas

En mi bolsa con la correspondencia hay una carta certificada del tribunal de apelación. La imprimo íntegramente. (Véase página siguiente). Las autoridades penitenciarias o los tribunales parecen funcionar muy lentamente, ya que mi apelación podría aplazarse hasta febrero, en lugar de celebrarse en diciembre. Los expertos en materia de apelaciones —y con ello me refiero a mis compañeros de prisión— me dicen que el período de tiempo habitual entre la recepción de dicha carta y el anuncio de la fecha de la apelación es de unas tres semanas. Luego pasan otros diez días hasta que se celebra la vista de la propia apelación.

Entre mis otras cartas hay una de *dame* Edna, preguntando por el código de vestimenta para cuando venga de visita a North Sea Camp.

12:00 horas

Brian (intento de estafa a una empresa de avestruces) me da las gracias por una caja de nuevos libros de bolsillo que han llegado a la oficina de la Cruz Roja en Boston, enviados por mi editor.

13:00 horas

Mi nuevo trabajo como ordenanza de la enfermería me ha obligado a reajustar mi horario de escritura. Ahora escribo entre las 6:00 y las 7:00 de la mañana, entre las 13:00 y las 15:00 y entre las 17:00 y las 19:00. Los fines de semana, puedo encajar una hora extra cada día, lo que significa que ahora mismo estoy consiguiendo completar unas treinta y siete horas de escritura a la semana.



THE COURT SERVICE

Criminal Appeal Office
Royal Courts of Justice,
Strand, London, WC2A 2LL
Telephone: 020 7947 7082 (Direct line)
0207 7947 6014 (Enquiries)
(Direct line - between 9.00am and 5.00pm)
Fax: 020 7947 6900 DX 44450 STRAND
Minicom: 020 7947 7594

All letters should be addressed to
THE REGISTRAR

Date: 12 December 2001

Your ref: FF8282

Our ref: 200104555S2

JEFFREY HOWARD ARCHER
HMP NORTH SEA CAMP
FREISTON
BOSTON
LINCS
PE22 0QX

Dear Sir/Madam,

Regina v JEFFREY HOWARD ARCHER

I acknowledge receipt of the form seeking to renew your application for leave to appeal against conviction.

In due course our List Office will set a date for your application to be considered by the Full Court of Appeal. You will be aware that since leave to appeal was refused, you are not entitled to Legal Aid for counsel to represent you in relation to the application(s). Accordingly, unless you have already informed this office of a different arrangement, the List Office will presume that the matter is to be fixed for consideration without a legal representative to appear on your behalf.

Please note that if your renewal was not filed within the specified time limits and an extension of time to renew is required, the Court will consider that application first. If an extension of time is refused, the matter will be finished and the Court will not go on to consider the main application for leave to appeal.

It is most important for you to be aware that your application(s) may be listed for hearing at very short notice. If, therefore, you have already made private arrangements for legal advisers to represent you or if you make such arrangements before the hearing date, you must inform this office immediately, supplying details of their name(s), address(es) and telephone number(s). You should also ensure that they are aware of any date fixed for consideration of your application(s).

Yours faithfully

Mrs Jushna Chowdhury
For Registrar
A copy of this letter is being sent for information purposes to;
The Governor, HMP NORTH SEA CAMP
MICHCON DE REYA, Solicitors

18:00 horas

Visito el economato para comprar jabón, hojas de afeitar, chocolate, Evian y tarjetas telefónicas; de lo contrario iré sucio, sin afeitar, y estaré sin comer y sin beber en Navidad, por no hablar de que no me

podré comunicar con nadie. El funcionario de guardia comprueba mi saldo y descubre que solo tengo 1,20 libras de crédito. ¡Socorro!

DÍA 154

Miércoles, 19 de diciembre de 2001
9:00 horas

—Archer, acuda a recepción inmediatamente; Archer, acuda a recepción inmediatamente.

Ahora que el señor Daff se ha jubilado, no gozo de la misma libertad que en el pasado.

Hoy he recibido cinco paquetes. El primero es un libro de Iris Murdoch, *El mar, el mar*, que una señora de Dumfries me ha enviado muy amablemente. Como ya lo leí hace unos años, cuando la señora Murdoch ganó el premio Booker, lo dono a la biblioteca. El segundo es un abridor de botellas de plata, un objeto no demasiado útil para un recluso, ya que no nos permiten beber, pero un gesto amable de todas formas. Pregunto si puedo dárselo a Linda. No, pero se puede incluir en la rifa de los jubilados. El tercero es un bolígrafo Parker. ¿Puedo dárselo a Linda? No, pero se puede incluir en la rifa de los jubilados. El cuarto es un osito de peluche de Dorset. No me molesto en preguntar, me limito a acceder a donarlo a la rifa de los jubilados. El quinto es un tubo grande del que, al abrirlo, salen quince pósteres de la galería de Chris Beetles, que llevo más de una semana esperando con ansia. Explico que es un regalo para el módulo de enfermería, así que no tiene sentido guardármelo porque el módulo de enfermería lo recibirá tan pronto como me pongan en libertad. Esta vez están de acuerdo en dejar que me lo lleve. Resultado: uno de cada cinco.

14:00 horas

Con ayuda de Carl y de una caja de Blu-Tack, paso encantado un par de horas colgando láminas de Albert Goodwin, Ronald Searle, Heath Robinson, Emmett, Geraldine Girvan, Paul Riley y Ray Ellis en las paredes del módulo de enfermería. Con más de novecientas tarjetas navideñas esparcidas por las camas, el pabellón se ha transformado en una galería de arte. (Véase página siguiente).

17:00 horas

Vuelvo al economato. Solo tengo 2,50 libras de crédito, cuando

calculo que debería tener unas dieciocho. Estoy a punto de perder los estribos, y no me tranquilizo hasta que el funcionario a cargo me dice que lleva todo el último año tratando de cambiar el sistema; me recuerdo que no es culpa suya. Toma nota de la discrepancia en el ordenador. Le doy las gracias y vuelvo a la enfermería. No tengo motivos para quejarme; tengo el mejor trabajo de la cárcel y la mejor habitación, y me dejan escribir cinco horas al día. Cállate de una vez, Archer.

18:00 horas

Asisto a la misa y la sesión de villancicos de las seis y media, donde leo una de las lecturas. Lucas 2, versículos ocho a veinte. Como no me gusta el texto moderno, el párroco me ha dejado leer la versión del rey Jaboco.

La capilla está abarrotada desde mucho antes de que comience el servicio y Brian (estafa con la cría de avestruces) toca el órgano con gran brío y un grado de improvisación considerable. La esposa del párroco, tres funcionarios y cuatro reclusos leen las lecturas. Yo voy detrás del señor New, y el señor Hughes lee después de mí. Todos disfrutamos de una relajada sesión de villancicos y lecturas bíblicas, y después está el colofón de pasteles de carne y café, lo que podría explicar la gran afluencia de público.

Después del servicio, Brian me presenta a Maria, que es la responsable de la tienda de la Cruz Roja en Boston. Ha traído mi caja de libros de bolsillo y me pregunta si estaría dispuesto a firmarlos. Accedo encantado.

S.H.
RESPONSE
KIT
Dictionary

DÍA 155

Jueves, 20 de diciembre de 2001
7:30 horas

Récord de enfermos con temperaturas próximas a la congelación en el exterior.

11:00 horas

El último recluso en ver al doctor es un paciente que se llama Robinson. Está tiritando y tratando en vano de entrar en calor. Llevo en la cárcel el tiempo suficiente para detectar a un adicto a la heroína a treinta metros de distancia. Mientras espera su cita con el médico, Robinson confiesa que está tratando de dejarlo, y se ha autoimpuesto una prueba de orina obligatoria cada mañana. Tiene treinta y dos años y lleva los últimos catorce entrando y saliendo de la cárcel.

—Tengo suerte de estar vivo —dice—. Después de que me trincaran esta última vez, cargué con el muerto y dejé a mi colega que se librara a cambio de la promesa de que me enviaría diez pavos a la semana mientras estuviera dentro.

El «colega» murió unas semanas después de pincharse un lote de heroína adulterada.

—Si el trato hubiera sido al revés —sugiere Robinson—, el muerto sería yo.

12:30 horas

Durante el almuerzo hablo del problema de la droga en las cárceles con los dos ordenanzas del gimnasio, quienes aborrecen el consumo de drogas. Me quedo en *shock* —¿tengo capacidad aún para quedarme en *shock*?— cuando Jim (robo, solo antigüedades) me dice que el treinta por ciento de la población reclusa de North Sea Camp está enganchada a la heroína. Pero lo que es aún más deprimente, cuando Jim estuvo aquí hace ocho años por un delito anterior, dice que solo un puñado de los reclusos se drogaban. ¿Qué pasará dentro de diez años?

13:00 horas

Cuando vuelvo del almuerzo, veo a Brian y John, los trabajadores voluntarios de la Cruz Roja, andando hacia mí. Los han sacado a ambos del trabajo y los han recluido en la cárcel mientras se lleva a cabo una investigación. Maria, que dirige la tienda de la Cruz Roja en Boston, ha sido acusada de introducir material de contrabando (doce libros de bolsillo) en la cárcel. Por lo visto, debería haber informado al personal de la puerta de su petición de que le firmara los libros. Brian me dice que la dejaron llorando, y tengo que decir que lo que empezó como un simple gesto de buena voluntad ha terminado como el rosario de la autora: han eliminado a la Cruz Roja como participante del programa de trabajo como voluntarios al servicio de comunidad, y Brian y John han perdido sus empleos. Estoy decidido a averiguar si ahí hay algo más —en la cárcel he aprendido a no dar las cosas por ciertas automáticamente— y si no lo hay, tratar de corregir esta injusticia.

20:00 horas

Carl sugiere que veamos *El expreso de medianoche*, una forma segura de recordarnos lo afortunados que somos. Y pensar que Turquía quiere ser un miembro de pleno derecho de la Unión Europea…

DÍA 156

Viernes 21 de diciembre de 2001
9:00 horas

Hoy está de guardia el doctor Walling. Está de muy buen humor y nos trae regalos de Navidad a Linda y a mí. A Linda le da una caja de bombones Ferrero Rocher, y a mí me regala una botella de *whisky*. Linda me quita la botella al instante, diciendo que va contra el reglamento de la prisión ofrecer alcohol a los presos. Si me hubieran pillado con una botella de *whisky* (en realidad no bebo alcohol) habría perdido mi trabajo, y posiblemente me habrían enviado a una cárcel de categoría B y añadido más días a mi sentencia. El doctor Walling parece lógicamente avergonzado.

12:00 horas

Simon (secuestro de su hijo, ordenanza del comedor) aparece para darle a Linda su sándwich del almuerzo. Mientras le preparo un café, Simon me dice que hoy se va a trasladar de habitación. Su compañero de cuarto, un hombre casado con dos hijos, le preguntó anoche si se había planteado alguna vez la posibilidad de ser bisexual. Simon me dice que se levantó de la cama de un salto, se vistió, salió de la habitación y exigió que lo trasladaran, porque no quería que lo encerraran con alguien que, según sus palabras, es «maricón perdido».

20:00 horas

Veo *Great Artists* [Grandes pintores] en la BBC 2. El tema es Breughel y todos los pequeños Breughels.

22.00 horas

Me quedo dormido en la silla, exhausto. Debe de ser la combinación de escribir y realizar las tareas de la enfermería. No puedo quejarme, ya que los días pasan mucho más rápido.

DÍA 157

Sábado, 22 de diciembre de 2001
9:00 horas

La vida en la cárcel es como un partido de críquet: cada día descubres una nueva forma de salir del campo.

Esta mañana el médico tiene que emitir un justificante de apto para un preso llamado Hal (ladrón de pisos, seis meses) antes de que se presente ante el director. Anoche Hal salió de la cárcel y se fue andando a Boston. Se pasó por uno de los *pubs* locales, se tomó una pinta y luego compró una botella de vodka, una botella de ron y un *pack* de seis cervezas Fosters. A Hal no le apetecía recorrer las seis millas de vuelta andando, así que decidió hacer dedo para volver a la prisión. El señor Blackman, uno de nuestros funcionarios más jóvenes, lo recogió y escoltó encantado, confiscó el alcohol de contrabando y metió a Hal en el módulo de aislamiento. Hal debía salir en libertad en enero, pero me temo que ahora será más bien en febrero. Resulta que también le sugirió a Blackman que si lo dejaba a media milla de la prisión, podía quedarse con el botín. Buen intento, Hal.

Entre los otros reclusos que se presentarán ante al director esta mañana está Simon (secuestro de su hijo), pero solo por una amonestación. Al parecer, ha ido diciendo por ahí que su compañero de cuarto es «maricón perdido». El director le ordenará que deje de emplear ese lenguaje vejatorio o de lo contrario perderá su trabajo como ordenanza del comedor.

Hablo con el ladrón de pisos mientras espera para ver al médico. Hal dice que en realidad no le importa lo que decida el director: su pareja lo ha dejado, su madre no le habla y no ha visto a su padre en años. Cuando salga, no tiene donde pasar la noche y solo tiene treinta y siete libras a su nombre. Dice que necesita un trabajo que le permita ganar dinero suficiente para no tener que volver a robar.

—¿Cuánto es suficiente? —le pregunto.

—Doscientas libras —responde—. Así tendría ocasión de encontrar algunas «quelis» y conseguir un trabajo.

11:00 horas

El señor Lewis asoma por la enfermería para desearle feliz Navidad a Linda. Mientras le preparo un café, se queja de que he tirado el cenicero del módulo, así que no puede disfrutar de un cigarro. A regañadientes, le doy un plato viejo. Me dice que le sorprendió la decisión de Spring Hill y, mirando a su alrededor, añade:

—Si le proponen el traslado a Hollesley Bay, ni se lo plantee siquiera.

14:50 horas

Mary y William llegan casi una hora tarde a su visita por culpa de la nieve y el hielo, que han provocado largos atascos en la A1. Mi tiempo con ellos se ve reducido a cuarenta minutos.

Es el cumpleaños de Mary, y lleva la esmeralda que Sergio me compró en las montañas cuando volvió a Colombia[14]. Quería darle la maceta de cerámica que hice en Wayland, pero me dijeron que se rompió en el horno.

Hablamos de su próximo viaje a Kenia, para asistir a la boda de su sobrino. Estará fuera los primeros diez días de enero, pero como la vista de mi recurso de apelación no será hasta mediados de febrero, no hay problema. Espera poder ver a sir Sidney Kentridge y Godfrey Barker antes de irse. Si Godfrey firma una declaración jurada confirmando que el juez Potts habló mal de mí en una cena a la que ambos asistieron un año antes de mi detención, podría salir en libertad de aquí a unas semanas. Will no es optimista. Cree que Godfrey se sentirá en un compromiso porque su esposa trabaja para la junta de vigilancia penitenciaria, la que decide sobre la libertad condicional de los presos. Como Godfrey me ha enviado una tarjeta de Navidad, espero que Will esté equivocado, sinceramente.

Sin duda a un hombre como él tienen que importarle la justicia y la verdad. Pronto lo descubriremos.

DÍA 158

Domingo, 23 de diciembre de 2001
8:35 horas

El *Sunday Telegraph* informa de que he escrito una novela de trescientas mil palabras titulada *Hijos de la fortuna* durante el corto espacio de tiempo que llevo en prisión. Puede que a ellos les parezca corto, pero para mí han sido 158 días.

De hecho, escribí los tres primeros borradores de la novela antes de que me condenaran. Había planeado ir en coche desde Boston (en el estado norteamericano de Connecticut) a Newhaven vía Hartford, donde está ambientado el libro, e investigar los últimos flecos de la novela antes de que interviniera el juez Potts. Terminé pasando el mes de agosto no en Estados Unidos, sino en Belmarsh, escribiendo el primer volumen de este diario.

9:00 horas

Llaman por megafonía a cinco reclusos. Les ordenan presentarse ante los servicios médicos, lo que significa que han sido acusados de algo y que luego tendrán que presentarse ante el director para la sanción disciplinaria: dos por fumar cannabis, uno por estar borracho, uno por esconder veinticinco libras en una lata de cigarrillos, y por último Hal, quien, como recordaréis, hizo autoestop desde Boston llevando encima una botella de vodka, una botella de ron y un *pack* de seis cervezas Fosters. Hal me señaló que el trayecto de ida y vuelta entre Boston y North Sea Camp es de doce millas, y ese día estábamos a dos grados bajo cero. No creo que el director lo considere una circunstancia atenuante…

Hal pierde todos sus beneficios penitenciarios y le añaden veintiún días a su sentencia.

11:00 horas

El director, el señor Lewis, a quien le quedan pocos días para jubilarse, asoma por el módulo de enfermería para interesarse por la auditoría del fin de ejercicio, ¿o acaso ha sido solo para disfrutar de

una taza de café con Linda y un cigarrillo durante la pausa de la mañana? Como se va a jubilar pronto, le pido que me cuente una historia.

—¿Y qué hay de mis memorias? —protesta, pero entonces me cuenta una anécdota de sus tiempos como director de la prisión de Oxford: dos hermanos fueron acusados de robo, pero el mayor no creía que su hermano menor pudiera soportar ir a la cárcel, así que asumió la culpa y lo condenaron a seis meses. Resultó que el hermano menor no podía soportar estar «en la calle» sin su hermano mayor, así que robó una escalera, trepó por el muro de la prisión y se coló en la cárcel. Nadie se dio cuenta hasta el recuento de esa noche, cuando el funcionario de guardia informó que tenían un preso más de lo que figuraba en el registro. Detuvieron al hermano menor, acusado de entrar ilegalmente en la cárcel. Le cayeron tres meses y acabó compartiendo celda con su hermano.

A continuación, Lewis me habla de dos presos que escaparon del Real Tribunal de Oxford mientras iban esposados, los dos juntos. Echaron a correr calle abajo perseguidos por la policía, pero cuando llegaron a un paso de cebra, uno decidió cruzar la calle mientras el otro seguía corriendo por la acera. Las esposas que los unían chocaron contra la farola del paso de peatones, los fugitivos rodearon la farola a toda velocidad y se dieron de bruces el uno contra el otro.

DÍA 159

Día de Nochebuena

El día de hoy es una auténtica pesadilla para el personal de seguridad. Primero están los reclusos rematadamente estúpidos que se fugan en algún momento de la mañana y luego regresan a la cárcel la noche del 26 de diciembre. Si además están borrachos, les dejan dormir la mona y luego les alargan la condena veintiocho días. En segundo lugar está el grupo que se escapa a Boston y regresa con provisiones y comida. Mientras permanezcan en sus habitaciones y no causen problemas, los funcionarios hacen la vista gorda. Si crean problemas, también les caen veintiocho días más de condena. Esto se conoce como «la hora de Nelson», y solo ocurre en Navidad.

Seguramente os parece una locura, pero cuando hay 211 internos y solo 5 celadores de guardia, es cuestión de sentido común. ¿Por qué no hay más funcionarios de guardia? Porque el servicio anda escaso de personal y este está mal pagado. El funcionario de prisiones medio gana 17 000 libras al año, y el aumento de sueldo de este año fue del 1,8 %. ¿Por qué no enviar a los delincuentes de vuelta a una cárcel de régimen cerrado? Porque ya hay hacinamiento en todos los centros penitenciarios (67 500 en Gran Bretaña) y si lo hicieran, las cárceles de categoría D estarían vacías. ¿Y si redujeran el número de cárceles de categoría D? Si hicieran eso, nadie se reinsertaría nunca en la sociedad. La víspera de Navidad, los presos de las cárceles de categoría D solían salir en libertad a las ocho de la mañana (con la excepción de los condenados a cadena perpetua) y tenían que volver al centro antes de las ocho de la tarde del día siguiente, pero Michael Howard puso fin a eso cuando llegó a la cartera de Interior. Ese pequeño descanso era más para el personal que para los presos.

7:30 horas

Dave (asesinato) está entre los heridos vivientes, y acude a la enfermería doblado hacia delante, con cólicos estomacales. La enfermera jefe le suministra analgésicos que contienen ciertos opiáceos. Tiene que rellenar un formulario por separado, formulario que llevo a seguridad porque si a Dave le hicieran una prueba de

orina, daría positivo. La enfermera está especialmente atenta en estos casos, vigilando a los presos que fingen sentir dolor para conseguir los fármacos, sobre todo cuando saben que están a punto de hacerles un test de detección de heroína. En el caso de Dave, no hay duda de que sufre dolores reales, y en cualquier caso, ha sido un preso modelo desde el día que llegó a North Sea Camp. Está desesperado por impresionar a la junta de la libertad condicional y salir lo antes posible. Ya ha cumplido veintiún años de condena, y su esposa dice que no puede esperar mucho más.

9:00 horas

A pesar de que es Nochebuena hay un preso que no podrá evitar que lo encierren por haber tentado demasiado a la suerte. Durante una prueba obligatoria de detección de droga intentó cambiar un tubo de orina de otra persona por el suyo cuando estaba en el baño. Resulta que le cambió la muestra limpia de drogas a otro preso por una barrita de Mars.

11:00 horas

Sue, la encargada de las cuentas de peculio, viene a la enfermería para decirme que me he quedado sin mi dinero privado y por eso en mi cuenta solo aparecían 1,20 libras de crédito. Si me hubiera avisado hace una semana, podría haberle pedido a Mary que la recargara. Sin embargo, Sue me explica que no puede dejar que un preso sepa que se le está acabando el dinero, y que solo puede informarle si él le pregunta directamente cuál es el saldo de su cuenta. La razón es que la mayoría de los presos están siempre sin blanca y no hace falta que alguien se lo recuerde continuamente. Me parece razonable.

20:00 horas

Doug vuelve del economato cargado de manjares exquisitos y me dice que acaban de detener a un preso por pedir un taxi para que lo llevara a Boston y luego lo trajera de vuelta a la cárcel. La compañía de taxis llamó a la prisión, así que dos funcionarios estaban esperándolo cuando regresó. Lo sorprendieron con 48 latas de cerveza encima, además de una botella de *whisky*, otra de vodka y otra de *brandy*. También traía seis cajas de *fish and chips*, un melón, una caja de fresas, un bote de nata y una caja de anguilas gelatinosas.

El preso suplicó que lo metieran en la celda de aislamiento a pasar la noche por si los internos que habían perdido su «espíritu navideño» creían que le había vendido la mercancía a otros. El funcionario de guardia le ha hecho caso, pero aun así tendrá que comparecer ante al director el día 26.

DÍA 160

Día de Navidad

El día de Navidad para quienes están encerrados en la cárcel puede resumirse en una palabra: espantoso. Durante los últimos 159 días como preso he aprendido lo perversa que es la realidad.

Hoy voy a trabajar, como todos los días, y doy las gracias por tener algo que hacer. En la consulta de las siete y media de la mañana, solo seis presos se presentan al triaje de enfermos; tienes que estar muy mal para levantarte a las siete y media la mañana de Navidad y atravesar toda la cárcel para llegar a la enfermería cuando la temperatura en la costa este es de dos grados bajo cero.

A las ocho y cuarto voy a desayunar, y aunque hoy se sirven huevos, tocino y salchichas, todo servido por los funcionarios (señor Hocking, señor Camplin, señor Baker y señor Gough), solo unos cuarenta de los doscientos reclusos se molestan en aparecer.

De vuelta en la enfermería, Linda y yo descargamos bolsas de comida de su coche para poder hacer una merienda para mis amigos esta tarde. También me da un regalo, que está envuelto en papel de Navidad. Lo abro muy despacio, tratando de adivinar qué podría ser. Dentro de una cajita hay una taza de porcelana, con un gato negro sonriéndome. Ahora tengo mi propia taza, y ya no habré de decidir entre una taza de la sopa Campbell y un cacharro blanco desportillado cuando me tome mi Bovril por las mañanas.

10:00 horas

Linda me deja a cargo de la enfermería mientras asiste a la fiesta de Navidad del director. Francamente, si más de la mitad de los presos no estuvieran aún en la cama durmiendo, podría ayudar a que todos se fugaran. Cuando los tabloides afirman que disfruto de privilegios que los otros presos no tienen, en algo llevan razón: tengo la suerte de poder seguir con el mismo trabajo que hago estando fuera de la cárcel. Mientras todos los demás intentan matar el tiempo, yo me siento a escribir un par de horas.

12:00 horas

El almuerzo es excelente; una vez más, lo sirven los funcionarios, y es compartido con media docena de pensionistas del pueblo local. Consiste en sopa de tomate, seguido de pavo, chipolatas, patatas asadas y relleno, con toda la salsa que quepa en el plato. Me resisto a comerme el pudin de Navidad, pues varios celadores han tenido la delicadeza de comentar el hecho de que estoy engordando (nueve libras en nueve semanas).

Después del almuerzo voy al módulo sur y llamo a Mary y a los chicos. Teniendo en cuenta las circunstancias, parecen contentos y en la conversación predomina la jovialidad y el tono festivo, pero no puedo ocultar el hecho de que los echo de menos. Mi mujer tiene cincuenta y siete años, mis hijos veintinueve y veintisiete, y hoy estoy rodeado de hombres sentados en sus habitaciones contemplando fotografías de niños de entre seis meses y quince años. Sí, merecen estar encerrados si han cometido un delito, pero debemos recordar que es el día de Navidad, y sus familias no tienen la culpa.

Cuando vuelvo al módulo, advierto que los que no están en la sala de televisión o al teléfono están acostados en sus camas dispuestos a dar el día por terminado. Tengo tanta comida en mi nevera que invito a una docena de internos a reunirse conmigo en la enfermería.

Aparecen todos, sin excepción. Vemos *La gran evasión* (nótese la ironía del asunto) y disfrutamos del festín de Linda: pasteles de cerdo, patatas fritas, rollos de salchicha, galletas de mantequilla, KitKats y, lo más popular de todo entre mis compañeros de prisión: un trozo de mi queso Cheddar. Todo eso no va regado con Krug, sino con un surtido de limonada, agua Evian, té, café o refresco de grosella.

Todos ríen, charlan, ven la película, y cuando se van, David (estafa, maestro de escuela) me dedica un cumplido que nunca había recibido en ninguna de mis fiestas a base de champán y *shepherd's pie*:

—Gracias por habernos quitado de encima este día de una forma tan placentera.

DÍA 161

26 de diciembre
7:30 horas

Para los presos que no vuelven al trabajo, el día después de Navidad es casi peor que el de Navidad. Muy pocos reclusos acuden a la consulta esta mañana y, desde luego, ninguno de ellos tiene ninguna enfermedad reseñable que valga la pena destacar.

8:15 horas

En el desayuno he descubierto otra terrible consecuencia de la cultura de la droga en las cárceles. Jim (solo antigüedades), el ordenanza del gimnasio, me dice que en muchos casos los presos heroinómanos mueren a los pocos meses de salir de la cárcel. ¿La razón? La heroína que toman en la cárcel es siempre más floja porque los traficantes añaden otras sustancias como azúcar, talco o harina, de manera que cuando salen en libertad, se exponen inmediatamente a una sustancia más pura, que el cuerpo ya no puede tolerar. ¿El resultado? Que acaban muriendo de sobredosis.

11:00 horas

El director viene a ver a Linda y me da un regalo de Navidad y otro de cumpleaños para Mary, a pesar de que tiene prohibida cualquiera de las dos cosas, puesto que eso podría ponerlo en un compromiso si alguna vez debo comparecer ante él tras la apertura de un parte, por ejemplo. Sin embargo, como solo faltan unos días para que se jubile, supongo que le parece que eso es poco probable.

Resulta que el director colecciona monedas de un cuarto de penique, y le regala a Mary una moneda acuñada en 1944 y a mí una de 1940, nuestros respectivos años de nacimiento. Su gesto me conmueve. También ha traído tres volúmenes de *The World's Greatest Paintings: Selected Masterpieces* [Los mejores cuadros del mundo: Obras maestras seleccionadas], publicados en 1934 y editados por T. Leman Hare, para que los lea en Navidad. Él sabe qué es lo que me estimula.

Los tres volúmenes son fascinantes a distintos niveles, sobre todo

por los cien cuadros; casi todos figurarían en una recopilación equivalente editada en el año 2002. Los cuadros incluyen *La Mona Lisa*, de Da Vinci; *El dux Leonardo Loredan*, de Bellini; la *Madre del artista leyendo*, de Rembrandt; *Un herrero*, de Landseer (maravilloso) y la obra de Yeames *¿Y cuándo viste a tu padre por última vez*? Sin embargo, en este volumen de 1934 no se menciona a los impresionistas; no hay ejemplos de Monet, Manet, Van Gogh o ni siquiera Cezanne. Se describe a Velázquez como el mejor pintor español de todos los tiempos, con Murillo en segundo lugar. Me pregunto si el profesor Hare había oído hablar siquiera de Picasso en 1934, y dónde lo colocaría en el canon de los pintores españoles en 2002.

Solo hay dos pintores que no conocía: John MacWhiter y Millet (no Jean-Francois Millet, sino un norteamericano, Francis David Millet). «En la calle» suelo a ir a visitar las exposiciones de la Tate Britain regularmente —vivo enfrente, al otro lado del río—, pero no recuerdo haber visto ni el *Junio en el Tirol austriaco* de MacWhiter (magnífico), ni el *Entre dos fuegos*, de Millet. Espero que sir Nicholas Serota los exhiba, porque la Tate Britain va a estar entre los primeros lugares que visite cuando salga en libertad.

En su prólogo, el profesor Hare escribe algo que, en mi opinión, es aún más relevante hoy que en 1934:

Hoy en día se dicen y se escriben tantas tonterías sobre el arte que, naturalmente, el hombre corriente no siente predisposición alguna hacia el tema en sí y desconfía de quienes practican las Artes. Piensa que si este amasijo de contradicciones y jerga confusa es el resultado del amor al Arte, lo mejor es que prescinda de él por completo. No hay ningún misterio en el Arte, pero sí mistificación por doquier, puesta en práctica por ciertos críticos a quienes les encanta hacerse pasar por seres superiores. Dichos críticos proponen la teoría de que el disfrute de las bellas artes está reservado a una minoría selecta y exclusiva, refiriéndose, por supuesto, a ellos mismos y sus discípulos. No se puede propugnar error más grande que ese, una falacia relativamente moderna y tan peligrosa que, de persistir, con el tiempo acabará cubriendo de desprecio todo y a todos los relacionados con el Arte.

1934.

2002. Sin comentarios.

13:00 horas

Linda echa la persiana por hoy y se va a casa a disfrutar de un

merecido descanso. Ha estado de guardia los últimos diecinueve días sin interrupción.

21:00 horas

Confieso que, para los estándares de la cárcel, estoy en el Paraíso, pero creo que debería haceros saber que aún me muero de ganas de volver a la Tierra.

DÍA 162

Jueves, 27 de diciembre de 2001
10:00 horas

El director Lewis ha recibido una llamada de sir Brian Mawhinney, y aunque no puede revelar los detalles, sospecha que el ministro del Interior en la sombra se va a poner en contacto con Mary quien, a su vez, me informará a mí. Misterio.

El director toma un sorbo de té.

—Como me voy a ir en breve, voy a contarle una historia sobre un miembro actual del personal cuyo nombre debe permanecer en el anonimato. El funcionario en cuestión tenía un día libre, y por la noche él y su mujer se al *pub* a tomar una copa. Cuando salieron, un poco más tarde, el funcionario vio a un hombre tratando de arrancar su coche, pero parecía que la batería estaba descargada. El hombre preguntó si podía ayudar empujando el coche. El conductor le dio las gracias y el funcionario lo empujó para sacarlo del aparcamiento. El motor arrancó y el conductor le dio las gracias mientras desaparecía en el horizonte.

Cuando el funcionario en cuestión volvió a trabajar a la mañana siguiente, se enteró de que uno de los reclusos se había fugado. El preso había conseguido robar un coche de un *pub* local con la ayuda de un ciudadano muy servicial, que le había dado un empujoncito.

—No puede ser verdad —protesto—. El guardia tuvo que reconocer al preso… (Para ser justos, hay más de doscientos reclusos en North Sea Camp, y la rotación muchas veces es de veinte a treinta presos por semana).

—Sería lógico pensarlo —responde el director—, sobre todo porque el preso era el único antillano del centro[15]. —Se ríe—. El funcionario en cuestión podría haber conseguido que todo el asunto se hubiera olvidado si no fuera porque nadie le ha visto el pelo al preso ni al coche robado desde entonces.

DÍA 163

Viernes, 28 de diciembre de 2001
11:07 horas

Cada vez que hay un caso de lesiones graves en la cárcel, la pregunta inmediata siempre es: «¿Hay otro preso involucrado?». Así que cuando nos llaman a Linda y a mí al módulo norte para ver a un preso que, al parecer, se ha roto la pierna tras resbalar en el suelo, la primera pregunta de Linda es: «¿Quién le ha empujado?».

Cuando llegamos, los funcionarios de guardia, el señor Hughes y el señor Jones, están allí y parecen satisfechos con la explicación de que Ron ha sufrido un accidente de verdad. Sin embargo, hay algunos detalles irónicos en este caso en particular: el recluso involucrado está cumpliendo una sentencia de seis semanas y debería salir en libertad el próximo jueves. El año pasado se rompió la pierna izquierda en un accidente de moto; esta vez ha conseguido romperse la derecha, y varios de los clavos de la izquierda se han desprendido. Linda confirma que un funcionario tiene que llevarlo al hospital, aunque no entiendo cómo podría fugarse con dos piernas rotas… ni por qué querría intentarlo siquiera, seis días antes de que lo pongan en libertad. Sin embargo, las normas son las normas.

Normalmente no puedes salir de la cárcel a menos que el médico de guardia te dé el visto bueno, y en el caso de Ron pasarán al menos seis semanas antes de que le quiten el yeso.

—Lo dejaremos salir —dice Linda—, pero solo si un familiar viene a recogerlo el próximo jueves y está de acuerdo en hacerse responsable de él.

—¿Y si nadie lo hace? —pregunto.

—Entonces se quedará aquí hasta que se recupere por completo.

DÍA 164

Sábado, 29 de diciembre de 2001
14:00 horas

Mary, William y James vienen a visitarme. Hablamos sobre todo de los asuntos legales relacionados con mi juicio y mi recurso de apelación. El tema de la conversación se centra en la baronesa Nicholson. Mary le ha escrito pidiéndole que se disculpe.

El lunes, Mary se va a Kenia con su hermana Janet, un viaje que hace años que quería hacer por su pasión por los felinos de cualquier tamaño.

¿Qué ha pasado con nuestros noventa minutos?

18:00 horas

Estoy escribiendo durante mi última sesión del día cuando llaman a la puerta. Normalmente eso significa que a un preso le duele la cabeza y necesita un paracetamol, fármaco que tengo permiso para dispensar siempre y cuando el preso traiga una nota del funcionario de guardia. Si se trata de algo más grave, entonces hay que consultar al responsable de la unidad. Abro la puerta y saludo con una sonrisa al preso, que, en mi opinión, luce un aspecto bastante sano.

—¿Tienes condones, Jeff? —pregunta.

—No —le digo, consciente de que Linda guarda un suministro para los presos que salen de permiso el fin de semana o que están a punto de salir en libertad, pero incluso entonces los reparte con cuentagotas —. Si vienes mañana a la consulta de las siete y media de la mañana, Linda…

—Para entonces será demasiado tarde —dice. Pongo cara de sorprendido—. Es que mi hermana ha venido a visitarme esta tarde y no tiene dinero suficiente para volver a casa. Algunos de los chicos están dispuestos a pagarle diez libras por una mamada, pero normalmente al final acaban queriendo un completo y pagándole veinte.

Lo cual plantea una serie de preguntas teniendo en cuenta que estar en posesión de dinero en efectivo en la cárcel es ilegal. ¿Se trata de una actividad en el interior o al aire libre (fuera estamos a menos

dos grados) y de verdad es su hermana?

—Lo siento, no puedo ayudarte —ofrezco como única respuesta, y cuando se pierde en la noche, hago un esfuerzo por concentrarme y seguir escribiendo.

DÍA 165

Domingo, 30 de diciembre de 2001
7:30 horas

Al funcionario de seguridad que hoy está de guardia le gusta su trabajo, pero no se siente realizado hasta que le abre un parte a alguien. El señor Vessey entra a toda prisa en el consultorio para ver a la enfermera: esta noche ha encontrado catorce botellas vacías de vodka en el fondo del contenedor de la entrada de la cárcel. Sigue una conversación en susurros, y no hace falta mucha imaginación para darse cuenta de que le está preguntando si algún interno ha ido a la consulta esta mañana «un poco más destrozado que de costumbre». Momentos más tarde, sale corriendo hacia el módulo sur.

De hecho, esta mañana muy pocos reclusos han acudido a la consulta, ya que la mayoría están durmiendo (o durmiendo la mona), y los que han venido estaban enfermos de verdad. Se va a llevar una decepción.

10:00 horas

Durante la mañana recibimos la visita del señor Lewis y el señor Berlyn, el nuevo director adjunto, que se toman un café con Linda. El señor Hocking es el siguiente en llegar, con la noticia de que cinco reclusos han dado positivo en la prueba de alcoholemia. Dos de ellos son trabajadores voluntarios de los servicios a la comunidad, que podrían perder todos sus beneficios penitenciarios. Por ejemplo, podrían volver a trabajar en la granja para el resto de su condena[16]. Hocking me dice que duda que les impongan un castigo tan severo, pero la advertencia de cara al futuro será muy clara.

¿Por qué iba a arriesgarse nadie a perder tanto por un par de vodkas?

12:00 horas

Linda se va al mediodía, así que paso cuatro de las próximas seis horas corrigiendo *Belmarsh*, el primer volumen de esta diario.

19:00 horas

Por la tarde leo *Esto es Nueva York*, de E. B. White, que Will me regaló para Navidad. Un párrafo al final del libro resulta inquietantemente profético.

El cambio más sutil que ha experimentado Nueva York es algo de lo que la gente no habla demasiado pero que está en la imaginación de todos. La ciudad, por vez primera en su larga historia, se ha vuelto vulnerable. Una escuadrilla de aviones poco mayor que una bandada de gansos podría poner fin rápidamente a esta isla de fantasía y quemar las torres, derribar los puentes, convertir los túneles del metro en recintos mortales e incinerar a millones. La intimidad con la muerte forma parte ahora de Nueva York: está en el sonido de los reactores en el cielo y en los negros titulares de la última edición [17].

Esto se escribió en 1949, y el autor murió en 1985.

DÍA 166

Día de Nochevieja 2001
11:00 horas

Cuatro nuevos presos llegan al módulo de enfermería procedentes de Nottingham, con aire de estar perdidos, un poco desorientados. Me sorprende que el Grupo 4 los haya traído antes del almuerzo ya que no suelen llegar hasta alrededor de las cuatro de la tarde.

—Es el día de Nochevieja —explica Linda—. Todos querrán estar en casa a las cuatro.

12:00 horas Linda revisa sus libros y me dice que North Sea Camp sufrió una rotación de algo más de mil presos durante el año 2001, así que después de once semanas, soy algo así como todo un veterano.

18:00 horas En Nochevieja, Mary y yo solemos invitar a ocho amigos a cenar en la casa de Old Vicarage. Este año tendré que conformarme con un KitKat y un vaso de refresco de grosella, y espero que Doug y Clive puedan acompañarme.

DÍA 167

Año Nuevo 2002
6:00 horas

La cárcel está en silencio, así que me pongo a revisar el primer volumen de este diario. Leyendo aquellos primeros días, cuando estaba tan destrozado, me cuesta trabajo creer lo mucho que me he obligado a mí mismo a olvidar. Además, eso se ha agudizado aún más desde que me nombraron ordenanza del módulo de enfermería, donde lo tengo todo excepto la libertad y la compañía diaria de mi esposa, familia y amigos; un castigo en sí mismo, pero no es el purgatorio ni, desde luego, el infierno.

10:00 horas

El señor New viene a la enfermería a despedirse. Se irá de North Sea Camp esta noche y el 8 de enero cambiará su uniforme por un traje, cuando se convierta en director de la prisión de Norwich. Me ha enseñado muchas cosas sobre el bien y el mal durante los últimos tres meses.

18:00 horas

Echo de menos a mi mujer, a mi familia y a mis amigos. El mayor enemigo al que debo enfrentarme es el aburrimiento, y es mortal.

Para muchos presos, hoy es el día en que experimentan por primera vez con drogas. Para empezar, los camellos les ofrecen las drogas gratis, a cambio de nada, y cuando piden más, entonces se la dan a cambio de una tarjeta telefónica y una onza de tabaco o dinero en efectivo, y finalmente, cuando ya están enganchados, son capaces de dar cualquier cosa a cambio de una dosis, incluida su vida.

Esta noche, la policía de Lincolnshire ha informado a la enfermera de que han encontrado muerto bajo un seto, en un apacible camino rural, a un exrecluso que se llamaba Cole y que salió de North Sea Camp hace seis semanas.

Murió de una sobredosis.

Feliz Año Nuevo.

DÍA 168

Miércoles 2 de enero de 2002
6:00 horas

Sigo corrigiendo el *Diario de la cárcel. Volumen I - Belmarsh: Infierno*.

10:00 horas

El señor Berlyn aparece para decirme que ya tiene planes para mi trabajo como voluntario en los servicios a la comunidad en caso de que me reduzcan la sentencia, y eso incluso antes de que se haga pública la fecha de mi vista para la apelación. Quiere que trabaje en un geriátrico, ya que estará lejos del alcance de la prensa. También cree que sacaría provecho de la experiencia. Esperaba trabajar en la tienda de la Cruz Roja en Boston, pero Berlyn ha descartado esa opción después de que Maria trajera a la cárcel, sin el permiso reglamentario, algunos libros mío para que los firmara antes de Navidad para recaudar dinero para su misión en Afganistán. El reverendo Derek Johnson, el capellán de la cárcel, ha ido a verle para defenderla, explicando que su negociado está directamente relacionado con el perdón y la reinserción. La respuesta inmediata del señor Berlyn fue: «Pues mi negociado es el del castigo y las represalias». Supongo que se refería a los presos; no me puedo creer que quiera castigar a una mujer trabajadora y honrada que intenta regentar una tienda de la Cruz Roja.

16:50 horas

Linda parce muy cansada. Ha trabajado veintiuno de los últimos veinticuatro días. Me dice que va a solicitar un empleo en Boston. Mi único y egoísta pensamiento es que espero que no se vaya antes que yo.

20:00 horas

Doug se presenta en el módulo de enfermería para darse su baño nocturno y ver la televisión. Ya se ha adaptado a su trabajo como conductor, lo que le mantiene fuera de la cárcel entre las ocho de la mañana y las siete de la tarde. Me pregunto si, para los presos como Doug, no sería mejor rediseñar el sistema de libertad bajo control telemático, para que pudiera dejarle su cama a otro candidato que la necesite más que él.

DÍA 169

Jueves, 3 de enero de 2002
7:30 horas

La consulta de primera hora de la mañana está llena de reclusos que quieren inscribirse en las sesiones de acupuntura. Tienes que presentarte en la enfermería entre las siete y media y las ocho de la mañana para poder reservar cita a las once. Linda y Gail están perfectamente cualificadas, y la acupuntura «en la calle» podría costar hasta cuarenta libras por sesión. Para un recluso, es gratis, como lo son todas las prescripciones.

El propósito de la acupuntura en la cárcel es doble: para reducir el estrés y dejar de fumar. Linda y Gail han obtenido resultados prometedores en el pasado. Un recluso ha pasado de sesenta cigarrillos al día a tres después de un solo mes de sesiones. Otros presos, que padecen estrés, dependen de las sesiones, y cualquier recluso que se presente a una segunda sesión puede describirse como que se las toma en serio.

Sin embargo, volviendo al presente: ocho internos llegan sospechosamente en grupo y se apuntan a la sesión de las once. Se da la coincidencia de que todos residen en el módulo sur y trabajan en la granja, lo que significa que no asistirán a la mayor parte del trabajo de la mañana y aun así recibirán la paga completa.

A las ocho en punto Linda llama al señor Donnelly a la granja para informarle de que la sesión de acupuntura de la mañana está tan llena (dos solicitantes habituales, uno de educación y otro desempleado) que les reservará otra sesión a los ocho de la granja a las cuatro de la tarde. Esto significa que tendrán que completar su día de trabajo antes de presentarse en la enfermería. Será interesante ver cuántos de ellos aparecen.

9:00 horas

El joven Ron (el de las piernas rotas) llega cojeando para la visita con el médico. Está haciendo la ronda del papeleo y tiene que recibir el alta médica y el justificante de «apto» antes de que puedan ponerlo en libertad mañana a las ocho de la mañana. Después de la enfermería,

todavía tiene que visitar el gimnasio, el economato, la SMU, la sección de educación, la oficina de la unidad y la recepción. ¿Cómo van a firmarle a un hombre con las dos piernas rotas un justificante de que es apto para enfrentarse al mundo? Linda acude al rescate, llama a todos los departamentos y luego firma en nombre de cada uno de ellos. Problema resuelto.

9:15 horas

Cuando el doctor Walling termina de atender a sus pacientes, se reúne conmigo en la sala. Hablamos del problema de las drogas en Boston, la aletargada Boston, (con población de unos 54 000 habitantes).

Hace poco al doctor Walling le abrieron el coche. Le robaron lo típico en estos casos —la radio, cintas, el maletín —pero lo que le dejó destrozado fue perder una caja de diapositivas fotográficas que lleva acumulando durante treinta años. Como no había hecho copias, son irremplazables, y el robo tuvo lugar solo unos días antes de que diera una serie de conferencias en Estados Unidos. Suponiendo que se trataba de un robo relacionado con drogas (necesidad de dinero en efectivo para un «pico» rápido), el doctor Walling fue a la casa de los tres capos de la droga de Boston. Dejó una nota diciendo que necesitaba las diapositivas urgentemente y que pagaría una recompensa de cien libras si se las devolvían.

Las diapositivas aparecieron al día siguiente.

El verdadero significado de este relato es que un médico importante sabe quiénes son los capos de la droga de la ciudad, y sin embargo la policía parece impotente para meter a esos hombres entre rejas. El doctor Walling me explica que se trata del viejo problema de que el «pez gordo» nunca se ensucia las manos: hace que las drogas entren de contrabando en el país antes de venderlas a un traficante. El pez gordo también emplea a camellos para distribuir las drogas, de forma gratuita, principalmente a los niños cuando salen de la escuela sin que nadie vaya a recogerlos, de modo que mucho antes de que lleguen a la universidad o consigan un trabajo, ya están enganchados. Y eso, repito, es lo que pasa en una pequeña localidad de Inglaterra como Boston, no en Chelsea o Brixton.

¿Cómo estará Gran Bretaña dentro de diez años, veinte años, treinta, si la policía calcula que el cuarenta por ciento de todos los delitos actuales están relacionados con las drogas?

16:00 horas

No acude nadie de la granja para la sesión de acupuntura.

19:37 horas

Carl entrar corriendo, sin aliento, para decir que un preso se ha desmayado en el módulo sur. Linda se fue a casa hace dos horas, así que salgo corriendo de la enfermería y veo al señor Belford y al señor Harman, corriendo unas yardas por delante de mí.

Cuando llegamos a la puerta de la habitación del preso, nos lo encontramos jadeando. Lo reconozco inmediatamente por su visita al doctor Walling de esta mañana. Me siento impotente viéndolo allí encogido en el suelo, agarrándose el estómago, pero por suerte llega una ambulancia en escasos minutos. Un sanitario le coloca en la cara una máscara de oxígeno y luego le hace las preguntas rutinarias, todas las cuales puedo responder por él: nombre de su médico, última visita, motivo de consulta y medicación administrada. También puedo decirles cuál es su presión sanguínea: 145/78. Lo llevan al Hospital Pilgrim, y como no superó su última evaluación de riesgos, el señor Harman tiene que viajar con él en la ambulancia.

Como Harman ya no está en la lista, probablemente nos quedan solo cinco funcionarios de guardia esta noche, para vigilar a 211 presos.

DÍA 170

Viernes, 4 de enero de 2002
5:00 horas

Termino de corregir *Belmarsh* y se lo envío de nuevo a mis editores.

8:00 horas

Salgo de la enfermería para hacer mis rondas matutinas, que tienen tres propósitos: en primer lugar, informar a cada jefe de departamento sobre qué reclusos están de baja por enfermedad y no acudirán al trabajo; en segundo lugar, en caso de incendio, identificar quién está dónde; y en tercer lugar, si alguien no se presenta en el momento del recuento, para comprobar si se ha fugado.

De camino a la granja me encuentro con Blossom, con cuyo nombre bautizaron a una de las cerdas de la granja. Blossom es un nómada (o un gitano, como los llamábamos antes de que el término fuera políticamente incorrecto). Blossom me dice que acaba de rescatar a un borrego atrapado en una placa de hielo; al parecer, los cuartos traseros se le quedaron atrancados en un charco de barro, que se congeló durante la noche, por lo que el pobre animal no podía moverse.

—Le has salvado la vida —le digo a Blossom.

—Qué va —contesta—, hoy lo van a sacrificar, así que pronto aparecerá en el menú en forma de chuletas congeladas.

12:00 horas

Recojo mi correspondencia en el módulo sur. Aunque la mayoría de los mensajes son más o menos del mismo estilo, hay uno que envían un tal Frank y una tal Lurline desde Wynnum, Australia, que merece la pena mencionar, aunque solo sea por el sobre. En el campo del destinatario figuraba lo siguiente:

Lord Jeffrey Archer

Encarcelado por contar una trola
En algún lugar de Inglaterra.

Está fechada el día de Navidad, y solo ha tardado nueve días en llegarme al Lincolnshire profundo.

14:30 horas

Han cerrado a cal y canto el módulo principal de administración. Gail me dice que no puede entrar en el edificio para realizar ninguna labor administrativa, y no sabe por qué. Es interesante porque se trata de una zona a la que los reclusos no tienen acceso en ningún caso.

Los últimos meses, han desaparecido dinero y objetos de valor. El señor Berlyn está decidido a atrapar al culpable. Resulta un ejercicio infructuoso, porque, a pesar de un registro muy minucioso, las veinte libras que le robaron a alguien del bolso no aparecen. Al señor Hocking, el funcionario de seguridad a cargo de la operación, todo el operativo le ha parecido sumamente desagradable, ya que implicaba investigar a sus colegas. Tengo la sensación de que sabe quién es el culpable, pero está claro que no me lo va a decir. Mi «garganta profunda», un preso de los más veteranos, me dice el nombre de la sospechosa. Para los lectores con alma de detective, no aparece mencionada en este diario.

DÍA 171

Sábado 5 de enero de 2002
7:30 horas

Un preso del módulo sur entra en la consulta con una lesión en la ingle. A Linda su estado le preocupa lo bastante como para trasladarlo cuanto antes al hospital local. Mientras tanto, le cura las heridas y le suministra algunos analgésicos. El preso no le da las gracias ni dice «por favor» ni una sola vez. Esta actitud se da entre más de la mitad de los reclusos, y en más del 70 por ciento de los menores de treinta años. Aunque es una generalización, me he dado cuenta de que, entre la población carcelaria, los que no tienen modales también son reacios a trabajar.

14:30 horas Entre las miles de cartas que he recibido desde que me encarcelaron, varias son de organizaciones benéficas que siguen pidiendo donaciones, libros firmados y objetos de recuerdo, y de vez en cuando un garabato, un dibujo, un poema o incluso un cuadro. A pesar de ser un amante del arte desde siempre, Dios decidió poner una pluma en mi mano en lugar de un pincel. Sin embargo, encontré una alternativa cuando conocí a Darren, un ordenanza de los talleres educativos. Darren ya ha diseñado varios carteles y letreros imaginativos para el módulo de enfermería. La última petición de una organización benéfica consiste en que les envíe un girasol, en cualquier medio artístico. Se me ha ocurrido una idea que Darren se encarga de llevar a la práctica. ***(Véase página siguiente).***


FF8282

DÍA 172

Domingo, 6 de enero de 2002
8:00 horas

Como han transcurrido los doce días desde Navidad, paso un par de horas quitando mis felicitaciones navideñas de la pared (1.712) y guardándolas para dárselas a Will cuando me visite esta tarde.

10:30 horas

Linda me dice que una enfermera del Hospital Pilgrim ha llamado con carácter urgente por el preso con la herida en la ingle. Han enviado inmediatamente a un guardia para vigilarlo hasta que esté a salvo y de vuelta en su habitación en North Sea Camp. No es mala idea hacer que te trasladen al hospital local si tienes planeado escaparte, pero no es tan inteligente preguntarle a una enfermera dónde están las salidas.

14:00 horas

Will viene a verme, acompañado de mi regalo de Navidad. Ni él ni James han tenido noticias de su madre desde que aterrizó en Kenia. Will me tranquiliza sugiriendo que o se lo está pasando en grande, o se la ha comido un león.

20:00 horas

Doug llega a la enfermería con la noticia de que cinco de los presos que estaban de permiso en la ciudad no han regresado. Como ninguno de ellos es un asesino, solo van a alertar a la policía local. Si un asesino se fuga, el Ministerio del Interior tiene que informar a la prensa nacional en un plazo de veinticuatro horas.

DÍA 173

Lunes, 7 de enero de 2002

Han ordenado a North Sea Camp que amplíe su capacidad en número de camas. Ahora que casi todas las habitaciones tienen televisor, se pueden reconvertir las salas grandes de televisión en tres dormitorios, de forma que la cárcel contará con trece camas más. No creo que esto llegue a resolver de forma decisiva el problema de la superpoblación en las cárceles.

11.00 horas

Cuando el señor Berlyn llega a la enfermería, Linda le dice que va a solicitar un trabajo en la oficina del forense en Boston. Luego él me asegura que no cree que ella se vaya a ir nunca. Parece sorprendido y frunce el ceño cuando le digo que ya ha rellenado un formulario de solicitud.

Después me cuenta que, de los cinco presos que no se presentaron a las siete de la tarde anterior, dos llegaron tarde y tendrán que comparecer ante el director esta mañana; a dos los pillaron en estado de embriaguez en un salón recreativo de Skegness y ya han sido enviados a Lincoln, donde completarán su sentencia con otros veintiocho días más; y uno sigue prófugo.

—No me creo que merezca la pena —digo al hablar de los fugitivos con Jim (solo antigüedades) durante el almuerzo.

—Puede que para ti no merezca la pena, Jeffrey, pero no conocemos su situación doméstica. ¿Se ha largado la parienta con su mejor amigo? ¿Están bien los niños? ¿Los van a echar a todos su casa? ¿Están…?

Estoy de acuerdo con Jim. No puedo ni concebir esa clase de problemas.

DÍA 174

Martes, 8 de enero de 2002
10:00 horas

> **Servicio de instituciones penitenciarias declaración en materia de política de asuntos raciales**
>
> El servicio de instituciones penitenciarias está comprometido con la igualdad racial. La discriminación por motivos de color, raza, nacionalidad, origen étnico o nacional o religión es inaceptable, al igual que cualquier tipo de lenguaje o comportamiento racialmente abusivo o insultante por parte de cualquier miembro del personal, recluso o visitante, y no se tolerará ninguna de las dos cosas[18].

Esta declaración está expuesta públicamente en todas las prisiones de Inglaterra, y debo admitir que nunca he visto a ningún funcionario mostrar ningún prejuicio racial en ningún momento. Al contrario, he visto a varios presos jugar la carta de la raza a su favor.

—Eso lo dices porque soy negro…

—Te metes conmigo porque soy musulmán…

Por desgracia, no he visto a ningún funcionario negro o asiático en Wayland o en North Sea Camp, de lo contrario podría haber intentado algo como: «Te metes conmigo porque soy blanco…».

¿Seríais capaces de nombrar algún país que tenga alguna política en materia de asuntos raciales diseñada para proteger a los blancos? Desde luego, no será Zimbabue, que vuelve a aparecer hoy en los titulares. Lo digo únicamente porque hoy han enviado una circular a todos los departamentos que muestra claramente cuán en serio se toma el servicio de instituciones penitenciarias los derechos de las minorías.

12:00 horas

El señor Belford se pasa por el módulo de enfermería e informa de una conversación que escuchó entre dos señoras mayores que esperaban en

una parada de autobús de Boston:

> —*¿Viste a Jeffrey Archer en el* pub *anoche?*
>
> —*No, creía que estaba en la cárcel.*
>
> —*No, viene a nuestro* pub *local casi todas las noches y se pone a beber una pinta detrás de otra, antes de que su chófer se lo lleve de vuelta a la prisión en un Rolls Royce.*
>
> —*Es una vergüenza.*

El funcionario les comentó a las dos mujeres que no he salido de North Sea Camp desde el día que llegué, y que no bebo.

—Eso es lo que usted cree —fue la respuesta inmediata.

DÍA 175

Miércoles, 9 de enero de 2002
5:14 horas

Me despierto y pienso en el futuro.

Todo depende del resultado de mi apelación. Ahora mismo tengo una condena de cuatro años. En las circunstancias actuales, suponiendo que siga siendo un preso modelo, cumpliré dos, siempre y cuando el informe de la junta de vigilancia penitenciaria encargada de mi libertad condicional sea positivo, lo que significa que saldré en libertad el 19 de julio de 2003. Sin embargo, he presentado recurso de apelación contra la sentencia y la condena, y si revocasen mi condena, me pondrían en libertad el mismo día. Si no, todo dependerá de que me reduzcan la sentencia. Si los tres jueces de apelación redujeran mi sentencia de cuatro a tres años, ya no estaría sujeto a la junta de vigilancia penitenciaria y podría salir en libertad automáticamente dentro dieciocho meses. Si mi expediente sigue siendo intachable, saldré bajo control telemático dos meses antes de eso, después de dieciséis meses, el 17 de noviembre de 2002. Dentro de diez meses. Si los jueces del tribunal de apelación reducen mi sentencia a dos años, saldré el 17 de mayo, que son solo otros cuatro meses. Si mi sentencia queda reducida a la duración habitual por perjurio, es decir, 18 meses, saldré el 17 de marzo, dentro de seis semanas.

Quizá ahora entendáis por qué estoy tan nervioso por el asunto de la apelación y por qué cada día espero tener noticias del juzgado sobre cuándo tendré que comparecer ante el tribunal.

10:00 horas

Hoy nos acompaña un enfermero en prácticas. Simon pasará tres semanas en North Sea Camp en comisión de servicios del Hospital Pilgrim. No tardará en descubrir que los presos reciben mucho mejor trato que el ciudadano de a pie. A las siete, puedes recoger tu paracetamol, las aspirinas, las pastillas para la garganta, el enjuague bucal y los medicamentos que te hayan recetado. A las nueve, puedes ver al médico y nunca vas a tener que esperar más de veinte minutos. A las once, si estás estresado o quieres dejar de fumar o dejar las

drogas, puedes asistir a una sesión de acupuntura. Alas doce, puedes volver y conseguir más medicación. A las dos y media puedes asistir a una charla sobre cómo dejar de fumar; los parches de nicotina se reparten cuando termina la charla. A las cuatro y media puedes volver a por más medicación. Después de las cinco de la tarde, el ordenanza puede suministrar aspirinas o paracetamol a cualquier preso que venga acompañado con una nota de un funcionario. Si estás gravemente enfermo, una ambulancia te llevará al Hospital Pilgrim en una hora.

Un día normal, un preso entregado puede gastarse cientos de libras del dinero de los contribuyentes, cuando en realidad, dudo que el diez por ciento de ellos fuera a ver a un médico estando «en la calle» y, desde luego, no irían a una farmacia si eso significara tener que tocar ni un penique de su propio dinero. Así que lo que nuestro nuevo becario va a aprender es que si estás enfermo, es mejor estar en la cárcel que ser un jubilado con achaques o un niño enfermo.

DÍA 176

Jueves, 10 de enero de 2002
13:15 horas

A pesar de que todos los días a la una se comprueba el funcionamiento de la alarma antiincendios, hoy suena por segunda vez a la una y cuarto. Seguridad está llevando a cabo un simulacro de incendio a gran escala.

Todo el personal, los funcionarios y los reclusos tienen que presentarse en el patio de la granja, donde formamos filas por separado en los distintos compartimentos. Voy al único marcado como enfermería y me reúno allí con Linda, Gail y Simon. A mi izquierda está el módulo norte uno, a mi derecha el pabellón de los condenados a perpetua, una veintena de asesinos reunidos.

Estamos todos, desde el director hasta el último recluso que acaba de ingresar en el centro. Esperamos a que el señor Hocking, el funcionario de seguridad de mayor rango, nos dé el visto bueno. Es la primera vez que veo a toda la comunidad en un solo lugar, y eso pone de relieve lo desproporcionado del número de personal con respecto a la cantidad los presos. No pasa nada tratándose de una cárcel de categoría D, donde todo se basa en la confianza, pero sería imposible en un régimen cerrado. Si hubiera un simulacro de incendio en una cárcel de categoría A o B, solo se podría llevar a cabo galería por galería, en un centro de categoría C módulo por módulo, quizá, a menos que quisieras enfrentarte a un motín o a una fuga masiva.

13:45 horas

Doscientos once presos y treinta y ocho miembros del personal (incluido el personal administrativo) vuelven al trabajo.

20:00 horas

Veo *En busca del arca perdida*. La última vez que vi esta película fue con mis dos hijos; Will tenía entonces nueve años y James, siete. El productor era uno de mis mejores amigos, Frank Marshall[19].

DÍA 177

Viernes, 11 de enero de 2002
6:03 horas

Me gustaría poneros al corriente sobre un par de asuntos que tal vez queráis ver resueltos.

Los últimos diez días se han fugado seis presos, y ya he explicado la historia de cinco de ellos, pero no he hablado todavía de McGeekin. McGeekin tenía permiso para ir de visita a la ciudad, lo que le permitía salir de la cárcel a las ocho de la mañana, siempre y cuando se presentara de nuevo en la puerta del centro a las siete de esa misma noche. No regresó, así que el asunto quedó en manos de la policía.

—Ya está de nuevo bajo custodia —informó el sargento de la policía local al guardia de la puerta. McGeekin se presentó en la comisaría más cercana y les dijo que quería que lo enviaran de vuelta a la prisión de Wayland, en Norfolk, en lugar de volver a North Sea Camp.

No es raro que un recluso quiera volver a la vida más regulada de una cárcel de régimen cerrado. Algunos incluso llegan a decir que se sienten más seguros con un muro alrededor. Con frecuencia, a los condenados a perpetua en especial les resulta imposible aceptar el régimen abierto. Después de estar quince años encerrados, a menudo durante veintidós horas al día, no saben gestionar tanta libertad. A las pocas horas de llegar, solicitan que los envíen de vuelta, pero se les dice que aguanten y mes y que luego, si todavía siguen pensando lo mismo, presenten una solicitud de traslado.

Francamente, a mí tendrían que llevarme a rastras de vuelta a Wayland, y sería capaz de fugarme antes de tener que volver a Belmarsh.

DÍA 178

Sábado, 12 de enero de 2002
10:00 horas

Han robado el tapón de la bañera de la enfermería, lo cual tiene su misterio, porque es la única bañera de la cárcel a la que pueden acceder los internos, así que el tapón no puede ser de mucha utilidad para nadie más. Sin embargo, yo tengo uno de repuesto, lo que me convierte en el rey del mambo, porque ahora soy el «controlador del tapón de la bañera». Todavía tendré que presentar una solicitud para uno nuevo, lo que significa rellenar tres formularios y probablemente esperar tres meses.

14:00 horas El centro penitenciario juega un partido de fútbol contra el equipo líder de la liga local. Cuando nuestro equipo sale al campo, no reconozco a casi ningún jugador. El señor Masters, funcionario del gimnasio y entrenador, señala que la rápida rotación de los internos ha hecho que haya sacado a cincuenta y cuatro jugadores al campo desde el primer partido de la temporada. Eso es algo que ni siquiera el Manchester United podría gestionar. A esto se añade el hecho de que a nuestro portero estrella, Bell, lo han sancionado con un partido de suspensión por emplear insultos y lenguaje soez contra el árbitro cuando este concedió un penalti al equipo contrario. Tuvo la mala suerte de que un oficial de la Asociación Inglesa de Fútbol estuviera evaluando al árbitro ese mediodía y, por tanto, el árbitro no pudo hacer oídos sordos a los insultos de Bell. De hecho, es probable que hasta en el centro de Boston se hubiese oído algún «Cómprate una putas

gafas, cegato de mierda».

Nuestro segundo portero es Carl (estafa), el ordenanza de la SMU que me sustituyó y que viene casi todas las noches a ver la televisión al módulo de enfermería. Ha aceptado sustituirlo en ese único partido, mientras Bell mira desde la línea de banda.

Me ha parecido que era mi deber asistir al encuentro y apoyar al equipo en tan dramáticas circunstancias. Me fui en el descanso, cuando íbamos perdiendo 7-1, justo después de que nuestro reportero de la cárcel, el comandante Willis (apuñaló a su esposa con un cuchillo de cocina, dos años), me dijera que el *Boston Standard* le había dado tan poco espacio para hacer la crónica del partido que solo podría mencionar los nombres de los goleadores. También me divirtieron sus exclamaciones para animar a los jugadores desde la línea de banda: «Buena jugada, Harry»; «Muy buena entrada, David» y «Un gran chute, Reg», como si fuera el director de un internado dirigiéndose al equipo de críquet de una escuela privada de segunda fila.

17:00 horas Me siento con Carl para cenar, pero no parece muy contento.

—¿Cómo ha quedado el resultado? —pregunto.

—Jugamos mejor en la segunda mitad —dice.

—Entonces, ¿cuál ha sido el resultado? —repito.

—15-3.

El único hombre con una sonrisa de oreja a oreja en la cara es Bell, el portero suspendido, cuya posición como «primer portero» permanece intacta.

DÍA 179

Domingo, 13 de enero de 2002
11:00 horas

Cuando Linda cierra la consulta por la mañana, me siento a leer el *Sunday Times*. El artículo en portada habla sobre el príncipe Harry y la revelación en el *News of the World* de que ha probado la marihuana y también ha bebido mucho alcohol, a pesar de que todavía es menor de edad. Algunos de nosotros somos lo bastante mayores para recordar la impactante revelación de que habían sorprendido al príncipe Carlos bebiendo *brandy* de cereza cuando aún estaba en Gordonstoun.

14:00 horas

Esta semana vienen a visitarme Stephan Shakespeare, mi antiguo jefe de gabinete en la campaña para la alcaldía de Londres; Robert Halfon, asesor principal del diputado Oliver Letwin, el ministro del Interior en la sombra, y mi hijo Will.

La opinión generalizada es que el Ian Duncan Smith lo está haciendo mejor de lo esperado. Les advierto que si hay que tener en cuenta la opinión de los reclusos y el personal penitenciario, la mayoría de la gente no sabe quién es, simplemente.

Will me dice que no va a volver a Estados Unidos hasta después de la apelación. También me informa de que Godfrey Barker ha cambiado de opinión y ya no está dispuesto a ayudar y puede que incluso abandone el país antes de ser obligado a dar testimonio sobre la conversación de la cena que tuvo lugar con el juez Potts. Su esposa Anne ha dicho que se divorciará de él si lo hace [20] .

20:00 horas

Un condenado a perpetua se ha fugado. Salió de visita a la ciudad sin ir acompañado y a las siete de la tarde no regresó a la cárcel. Si sigue ausente dentro de veinticuatro horas, el Ministerio del Interior dará a conocer su nombre y su historial a la prensa. Cuando un joven gamberro se escapa, rara vez aparece en el periódico local, pero la ciudadanía tiene derecho a saber si un asesino anda suelto.

Doug me informa sobre el trasfondo del asunto: parece ser que el recluso dio positivo en un test obligatorio de detección de drogas (heroína) hace unas semanas y lo trasladaron a la unidad de condenados a perpetua del módulo norte. Se espera que el resultado de su última prueba de la semana pasada también dé positivo. Como se trataría de un segundo delito, lo trasladarán automáticamente de nuevo a una cárcel de categoría B y le añadirán al menos otros dieciocho meses a su sentencia. Se trata de un hombre que empezó con un período de condena mínimo de doce años y ya lleva diecisiete en la cárcel.

Si hubiera sido un preso modelo, podría haber salido en libertad hace cinco años.

DÍA 180

Lunes, 14 de enero de 2002
9:00 horas

Cada mañana, cuando llega el médico, primero firma los justificantes de aptitud de los presos que van a salir en libertad ese día. Luego firma las solicitudes para los permisos de cinco días, acompañadas de un justificante del buen estado de salud del preso. Su siguiente tarea consiste en examinar a todos los nuevos presos que acaban de ingresar en el centro procedentes de otra cárcel. Por último, el médico se encarga de aquellos a los que acaban de «trincar», es decir, los presos a quienes les han abierto una denuncia y deben someterse a un examen de su estado físico y mental antes de que les puedan aplicar un castigo. Una vez que ha visto a todos estos internos, el médico visita entonces a los que están realmente enfermos.

Hoy tenemos a tres reclusos a quienes han «trincado» recientemente. Dos son por infracciones corrientes, pero el tercero pilló por sorpresa incluso al director. El primero fue por insultar a un funcionario, y tuvo que ser algo bastante grave para que el preso acabe ante el director. El segundo fue un recluso al que se le encontraron veinte libras en su habitación. El primero acabó con cuatro días añadidos a su sentencia, mientras que al segundo le añadieron siete días, pero el tercero…

Todos los presos que salen de visita a la ciudad deben presentarse en la puerta sobrios antes de las siete de la tarde. Este recluso en particular llegó unos minutos tarde y, según el celador de la puerta, no se aguantaba de pie. En la calle te pueden hacer la prueba de alcoholemia si vas conduciendo, pero aquí te la hacen andando.

Cuando lo acusaron de embriaguez, el preso aseguró que se había tragado medio bote de enjuague bucal media hora antes de volver a la cárcel. Es cierto que un bote de colutorio contiene alcohol, y que en los alcoholímetros suele dar un positivo de 0,5 %. El problema era que el alcoholímetro mostraba un 3,5 %. A continuación, comprobaron su historial médico, y como el preso no había visitado la consulta durante más de un mes y nunca había pedido ningún enjuague bucal, le pidieron que explicara por qué de repente se había bebido medio bote.

—Porque le acababa de hacer una mamada a mi compañero —respondió.

Cuando el funcionario se recuperó de esta revelación, pasó las páginas del manual del reglamento penitenciario hasta dar con lo que buscaba.

—¿Firmó usted la declaración de compromiso para los presos que salen de visita a la ciudad? —preguntó inocentemente.

—Sí —fue la respuesta inmediata.

—¿Y a quién eligió como persona responsable de usted en todo momento?

—A mi madre —contestó el preso.

—¿Y su madre fue testigo de la acción que acaba de describir?

El recluso se quedó callado un momento, se declaró culpable y le añadieron veintiocho días a su sentencia.

11:00 horas

Linda sale del módulo de enfermería y se dirige a la recepción, a donde acaban de llevar a sus presos después de sacarlos de sus habitaciones sin previo aviso, ya que los van a enviar a la cárcel de Lincoln (categoría B). Ambos han dado positivo para heroína en el test de detección de drogas obligatorio.

A los presos nunca les avisan de que van a trasladarlos, por si deciden huir en lugar de volver de nuevo a un régimen cerrado.

DÍA 181

Martes, 15 de enero de 2002
9:00 horas

Los cinco de Derby están haciendo la ronda del papeleo y todos acuden a la enfermería para despedirse. Eamon, que compartió habitación conmigo por un breve espacio de tiempo, se muestra especialmente simpático y dice que espera que volvamos a vernos algún día. Asiento con la cabeza.

17:00 horas

En la cena me siento al lado de John (asesinato), quien hace un comentario interesante sobre Chris (asesinato), que sigue aún en paradero desconocido. Si ha logrado escapar a determinados países europeos (Suecia, Portugal o Italia) cuyos gobiernos no aprueban nuestro sistema de período mínimo de condena para los condenados a perpetua, es posible que las autoridades de dichos países hagan la vista gorda, sobre todo después de que el Ministerio del Interior anunciara hoy que no consideraban a Chris un peligro para la sociedad.

20:30 horas

Estoy repasando el borrador de hoy cuando un preso entra tambaleándose en el módulo de enfermería. Está sudando a mares y casi no puede respirar. Le tomo la tensión; está a 176/109, e inmediatamente informo al responsable de la unidad, pero no antes de tomarme la tensión yo también (130/76) para comprobar que la máquina funciona correctamente.

El señor Downs (que sustituyó al señor New como supervisor general) está de guardia y le digo que Gail lleva los últimos cuatro días controlando a este paciente, y que si la lectura del tensiómetro superaba de nuevo los 105, debían llevarlo directamente al Hospital Pilgrim para que le hicieran un examen completo.

—No es tan sencillo —explica Downs—. Esta noche solo tengo cinco funcionarios de guardia, y este recluso no se ha sometido a

ninguna evaluación de riesgos, así que tendría que acompañarlo uno de nosotros.

Downs lanza un suspiro, llama a un taxi y da instrucciones a un celador para que acompañe al recluso al Hospital Pilgrim (coste total, veinte libras).

Eso significa que esta noche tenemos 191 presos custodiados por cuatro funcionarios, uno de ellos una mujer joven que se acaba de incorporar al servicio.

Buenas noches.

DÍA 182

Miércoles 16 de enero de 2002
10:00 horas

A Martin, el recluso que perdió dos meses por intentar robar ropa de la cárcel la mañana en que iba a ser puesto en libertad, le han caído otros veinticinco días más de condena, esta vez porque lo han pillado con marihuana en su habitación. Al principio debía salir de North Sea Camp el 14 de diciembre, y ahora ya no saldrá hasta el 14 de marzo. A este paso, puede que hasta yo salga antes que él.

No es raro que los reclusos terminen cumpliendo un período de cárcel más largo que el que indicaba la sentencia original. Sin embargo, Martin aún tendrá que sufrir varios «reveses» más para ganar a un preso de Wayland (*Diario de la cárcel, Volumen II*) que empezó con una sentencia de tres años por posesión de heroína y que sigue viviendo en ese centro penitenciario ocho años después.

15:00 horas

Entre los nuevos reclusos hay un policía y un hombre condenado a cinco años por intentar matar a su suegra. El resto están dentro por lo de siempre: robo, conducción temeraria, drogas, drogas y drogas. Aun así, intuyo que dentro de este grupo hay un par o tres historias interesantes.

19:00 horas

Recibo la visita de Keith (drogas, clase B), lo cual me sorprende un poco, ya que el lunes pasado estaba haciendo la ronda del papeleo y debería haber salido ayer. No me puedo creer que haya cometido otro delito en las últimas veinticuatro horas. No. Resulta que la junta de la libertad condicional, después de informar a la prisión que podía salir en libertad el lunes, le ha dicho que debe esperar hasta que le firmen uno o dos papeles más. ¿Por qué no le dijeron eso el lunes pasado, en lugar de dejar que se hiciera ilusiones inútilmente?

Le hablo a Keith de un preso al que trasladaron ayer desde Leicester y al que hoy han devuelto a esa misma cárcel. Las

autoridades olvidaron enviar todos los detalles de su libertad condicional. El hombre viajó a North Sea Camp en un furgón, pasó la noche aquí, y ahora tiene que volver a la cárcel de Leicester. Por cierto, esperamos que regrese a North Sea Camp la semana que viene. Esta incompetencia burocrática se pagará con el dinero de los contribuyentes.

DÍA 183

Jueves, 17 de enero de 2002

Después de un mes trabajando como ordenanza del módulo de enfermería, ya domino mi horario de trabajo:

5:00-7:00 horas Escribir el primer borrador de los acontecimientos del día anterior.

7:00-7:30 horas Abrir las cortinas, hacer la cama, poner el agua de la tetera a hervir, afeitarse, bañarse y vestirse.
Preparar las listas y hacerle el café a Linda. Con un chorrito de leche y sacarina.

7:30-8:00 horas Consulta, normalmente de veinte a treinta internos que vienen a recoger recetas o que necesitan pedir hora para ver al médico a las nueve.

8:00-8:30 horas Entregar los justificantes de ausencia del trabajo en la granja, los talleres, el economato, el comedor, el departamento de educación, los módulos norte y sur y la puerta.

8:30-8:45 horas Desayuno en el comedor.

9:00-10:30 horas Consulta con el médico.

11:00 horas Acupuntura, normalmente tres o cuatro reclusos.

11:10-11:40 horas Leer el borrador de la mañana de este diario.

11:50 horas Despertar a los pacientes de la acupuntura; Linda quita las agujas.

12:00 horas Almuerzo.

12:40 horas Llamar a Alison a Londres y recoger mi correspondencia en la oficina del edificio sur.

13:00-15:00 horas Continuar con el segundo borrador del trabajo del día anterior.

15:00-16:00 horas Registrar los nuevos ingresos procedentes de otras prisiones. Darles una breve charla introductoria, luego tomarles la tensión, anotar su peso y hacer una prueba de diabetes (orina).

16:30-16:50 horas Consulta de la tarde. Los reclusos que pidieron recetas esta mañana pueden recoger sus medicamentos, ya que el personal los habrá ido a buscar a una farmacia de Boston al mediodía.

16:50 horas Linda acaba su jornada laboral y se va.

17:00 horas Cena.

17:30-19:00 horas Sesión final de escritura, completando casi seis horas en total.

19:00 horas Abrir la sala polivalente para el uso de personal externo, como por ejemplo, los Escuchadores, los testigos de Jehová, para las sesiones de orientación sobre drogas y alcohol y los distintos comités de la prisión.

19:10-20:00 horas Leer la correspondencia del día, tomar notas y enviárselas a Alison.

20:00-22:00 horas Doug y Carl se reúnen conmigo para tomar un café, charlar o ver una película en la televisión.

22:30 horas Leer hasta que me entre sueño.

El ordenanza del módulo de enfermería tiene el horario de trabajo más largo e irregular de cualquier preso; siete días a la semana. Los sábados y los domingos, cuando Linda y Gail se han ido, barro la sala de la enfermería, el vestíbulo, el lavabo y el baño antes de pasar la fregona por todo. (Aunque no recuerdo cuándo fue la última vez que hice alguna faena doméstica, las tareas me resultan terapéuticas, aunque no me atrevería a decir que disfruto haciéndolas).

Luego reviso los suministros y repongo lo que falte en los armarios. Si me falta algo, relleno un formulario de pedido para las tiendas (blocs de notas, papel higiénico y, hoy mismo, una nueva aspiradora, porque la vieja finalmente ha muerto).

Algunos presos me dicen que prefieren trabajar en la cocina o en el comedor de los funcionarios porque les dan más comida. Yo prefiero estar en la enfermería y darme un baño y dormir a pierna suelta.

DÍA 184

Viernes, 18 de enero de 2002
5:26 horas

El guardia de seguridad del turno de noche acaba de entrar y me dice con una sonrisa que puedo fugarme. Suelto mi bolígrafo y le pregunto por qué.

—Porque tenemos un preso de más en la lista.

—¿Y eso cómo ha sido? —pregunto.

—Uno de los chavales que salió ayer en libertad volvió a su casa y resulta que nadie lo quiere allí, así que volvió anoche de extranjis y se fue a sobar a su antigua habitación.

—¿Y qué hiciste? —pregunto.

—Lo llevé otra vez a la puerta y lo eché de aquí por segunda vez.

Siento lástima por un hombre que no tiene adónde ir y me pregunto cuánto tiempo pasará hasta que vuelva a delinquir.

8:00 horas

Me encuentro con Keith («consciente de estar relacionado» con un delito de drogas de clase B) cuando vuelve del desayuno. Todavía debe de estar esperando a que firmen los papeles que le faltan para que lo dejen salir. Tal vez estáis perplejos —como yo— porque no sabéis en qué consiste su delito exactamente.

Keith dirigía una pequeña empresa de transporte, y uno de sus camiones iba equipado con depósitos de combustible de repuesto. Cuando el conductor pasó por la aduana, los guardias descubrieron que los depósitos de combustible de repuesto contenían 249 kilos de marihuana. Condenaron a Keith a nueve años.

Cada vez que un juez dicta una sentencia en materia de drogas, hay un período mínimo de condena según la clase de la droga, A, B o C. También es relevante si se considera que estás «en posesión» o si eres un proveedor, y la cantidad involucrada.

Clasificación de las drogas:

a. Clase A heroína, éxtasis, cocaína, opiáceos
b. Clase B cannabis (marihuana) (ahora clase C), anfetaminas

c. poppers)

He aquí una guía aproximada de las penas máximas:

a. Clase A posesión, siete años (multa o ambos) proveedor, cadena perpetua (multa o ambos)
b. Clase B posesión, cinco años proveedor, catorce años
c. Clase C posesión, dos años proveedor, cinco años

Muchos de los reclusos se sienten tratados injustamente por el hecho de que las sentencias varían enormemente de un tribunal a otro, y como más del cincuenta por ciento de ellos están acusados de delitos relacionados con drogas, siempre están haciendo comparaciones. Unos pocos admiten que les han caído penas muy bajas, mientras que la mayoría piensa que son sentencias duras.

17:00 horas

El recluso condenado a cinco años por intentar asesinar a su suegra resulta ser otro caso poco corriente. El hombre pegó a su suegra cuando esta se negó a dejarle ver a sus hijos. La mujer perdió el conocimiento y la trasladaron al hospital. Como no murió, y la policía no tenía pruebas de que él tuviese intención de matarla, cambiaron la acusación por la de allanamiento de morada con agravante y lo condenaron a cinco años. Hay que tener formación como letrado para entender cómo llegaron a formular esa segunda acusación: el preso explica que cuando fue a buscar a sus hijos, se metió en casa de su suegra sin que ella lo hubiese invitado a entrar, y eso es un delito de allanamiento de morada con agravante.

DÍA 185

Sábado 19 de enero de 2002
14:00 horas

Hoy esperaba poder ver a Mary, Will y James, pero las autoridades han decretado que ya he cubierto mi cupo de visitas de este mes y, por lo tanto, no puedo verlos hasta principios de febrero.

15:00 horas

El partido de fútbol de esta semana también ha sido cancelado, así que una vez más me enfrento al mayor enemigo del presidiario: el aburrimiento.

DÍA 186

Domingo, 20 de enero de 2002
10:51 horas

El señor Hart (un socialista de la viaje escuela) viene a verme a la enfermería para decirme que hoy publican un reportaje a doble página sobre mí en el *News of the World*. Parece que Eamon (uno de los cinco de Derby) ha sido el último exrecluso en coger sus treinta monedas de plata y contarle al mundo cómo es eso de compartir habitación con Jeff.

Me sorprende la cantidad de presos que vienen hoy a verme para decirme lo que piensan de Eamon. Oigo formular frases extrañas como «ha roto nuestro código», «eso no se hace» en boca de hombres que están en prisión por asesinato y delitos de lesiones graves. Después de Belmarsh, Fletch, Tony, Del Boy y Billy no dijeron nada, mientras que Darren, Jimmy, Jules y *Sketch* de Wayland también mantuvieron la boca cerrada. Aquí en North Sea Camp, confío en Doug, Carl, Jim, Clive y Matthew. Y ellos sí tendrían historias que contar…

16:00 horas

He creado un club para tomar el té en la cárcel porque me encantan las reuniones sociales, sean cuales sean las circunstancias. Es cierto que en Belmarsh o Wayland eso hubiera sido imposible, pero como ahora vivo en la enfermería, puedo incluso enviar invitaciones. Para ser miembro del club hay que ser mayor de cuarenta años.

Los invitados pueden asistir al «Club de la Enfermería» los domingos entre las cuatro y las seis de la tarde. Se servirá té, café, galletas y *scones*, todo suministrado por Linda. Actualmente los miembros son alrededor de una docena, e incluyen a David (estafa, maestro de escuela), John (estafa, contable), John (estafa, empresario), Keith (posesión de drogas), Brian (granja de avestruces y organista de la capilla), Doug (importación de tabaco), el comandante (apuñaló a su esposa), el capitán (robo, expulsado del regimiento), Malcolm (estafa) y Carl (estafa).

No se habla de la vida en prisión, sino de lo que pasa en el mundo exterior: si el IRA debería entrar o no el Parlamento, si Bin Laden está

vivo o muerto, el estado del sistema nacional de salud y las últimas noticias sobre el partido del Test Match en India. Todos mis invitados siguen las reglas del club. Se quitan los zapatos y se ponen las zapatillas al entrar a módulo de enfermería, y está prohibido fumar y emplear lenguaje soez. Dos de ellos saldrán en libertad la semana que viene, Keith habrá cumplido cinco años, y Brian casi tres. Brindamos por ellos y les deseamos suerte. Carl y David se quedan para ayudarme a lavar los platos.

DÍA 187

Lunes, 21 de enero de 2002
7:30 horas

Ya empiezo a conocer a los usuarios habituales de la enfermería: cinco presos que se presentan cada mañana entre las siete y media y las ocho a recoger su medicación. No acabo de entender por qué estos cinco hombres necesitan la misma medicación para algo de lo que la mayoría de nosotros nos recuperaríamos en unos pocos días. La enfermera tiene sus sospechas, pero si un preso se queja de dolor de muelas, esguince muscular o artritis, tienen derecho a que les receten fármacos de la familia de los opiáceos, como por ejemplo, la codeína, el paracetamol combinado con codeína o el dextropropoxifeno. Estos medicamentos darán positivo en cualquier prueba de drogas, y si un preso los toma a diario durante un mes, puede afirmar: «Es mi medicación, señor guardia». Sin embargo, si un preso da positivo en una prueba de heroína, el personal de enfermería le extraerá una muestra de sangre y solicitará un dictamen médico para saber si es posible que su medicación diaria arroje esos resultados. Varios reclusos han descubierto que ese elemento de duda muchas veces juega a su favor. Doug me dice que algunos adictos vuelven a sus habitaciones, tiran las pastillas por el retrete y luego se toman su dosis diaria de heroína.

11:20 horas

Un condenado a perpetua llamado Bob (doce años, asesinato) tiene que comparecer ante la junta de la libertad condicional la semana que viene. Está a punto de cumplir el período mínimo de condena y el Ministerio del Interior suele recomendar que el preso cumpla al menos otros dos años antes de plantear su puesta en libertad. Hace poco esta decisión dejó de ser responsabilidad del Ministerio del Interior y ha pasado a recaer sobre la junta de la libertad condicional. Bob recibió una carta de la junta esta mañana informándole de que lo pondrán en libertad el próximo jueves.

Intentad imaginaros cumpliendo doce años de condena (pensad en la edad que teníais hace doce años) y ahora imaginaos que, cuando ya

habíais dado por sentado que tendríais que cumplir otros dos años, os dicen que saldréis en libertad el jueves siguiente.

El hombre camina con aire aturdido, entre otras cosas porque ayer se cayó de una escalera y ahora lleva el tobillo enyesado. Qué manera de empezar su reentrada en el planeta Tierra.

DÍA 188

Martes, 22 de enero de 2002
11:00 horas

Andrew Pierce, del *Times*, se ha enterado de que mañana Libby Purves va a entrevistar a Mary. La BBC debe de haberlo filtrado, pero no me quejo, porque el artículo es bueno, aunque el señor Pierce tenga la falsa impresión de que North Sea Camp se encuentra en Cambridgeshire. Ojalá estuviera ahí.

16:00 horas

Entre mi correo de la tarde hay una tarjeta de San Valentín, que es un poco como recibir una tarjeta de Navidad en noviembre, también hay una propuesta de matrimonio, una oferta para un papel en una película (para hacer del mariscal de campo Haig), una petición para protagonizar una serie de televisión de doce episodios y una invitación para dar una charla después de una cena en Sídney el próximo mes de septiembre. ¿Acaso ellos saben algo que yo no sé?

20:00 horas

Un funcionario aparece por la enfermería durante su ronda vespertina para tomarse un café. Me cuenta una preocupante historia sobre un suceso que tuvo lugar en la última cárcel donde trabajó.

Es cosa sabida entre los presos que si un funcionario en particular te la tiene jurada, no hay nada que puedas hacer al respecto. Puedes seguir el procedimiento de presentar una reclamación, pero incluso aunque lleves razón, los funcionarios siempre se apoyan entre sí cuando uno de sus compañeros tiene problemas. Podría escribir un libro con toda clase de ejemplos. Yo mismo lo he sufrido en mis propias carnes, aunque en un grado tan insignificante y sutil que no he considerado que el incidente mereciera reproducirse aquí. En esa ocasión, el director se disculpó personalmente, pero aun así me aconsejó no interponer una queja.

Volvamos no obstante al preso del módulo norte que sí tuvo la osadía de presentar una queja por escrito sobre un funcionario en

particular; en esta ocasión, no puedo por menos de estar de acuerdo con el preso en que ese funcionario en concreto es un abusón. Sin embargo, después de una larga investigación (todo en la cárcel es largo) el funcionario fue absuelto de cualquier delito, pero eso no le impidió buscar venganza.

El recluso en cuestión cumplía una condena de cinco años, y en el momento en que entró en prisión mantenía una relación extramatrimonial de la que su esposa no estaba al corriente, y para complicar aún más las cosas, la relación era con otro hombre. El preso recibiría la visita íntima de uno de ellos cada quince días, mientras les escribía a ambos durante la semana. El reglamento en las cárceles de régimen cerrado indica que debes dejar las cartas sin cerrar en la oficina de la unidad para que el personal penitenciario responsable pueda leerlas y comprobar si sigues involucrado en alguna actividad delictiva o si le has pedido a alguien del exterior que te envíe droga a la cárcel. Cuando ese preso dejó sus dos cartas en la oficina de la unidad, el funcionario de guardia era el mismo hombre sobre el que había presentado una queja al director. El guardia leyó las dos cartas de amor, y sí, lo habéis adivinado: las intercambió, selló ambos sobres y con ello, el destino del preso.

¿Que cómo sé que esto es verdad? Pues porque el funcionario involucrado acaba de decírmelo y está encantado de contárselo a cualquiera al que considere una amenaza.

DÍA 189

Miércoles, 23 de enero de 2002
9:00 horas

Mary aparece en el programa *Midweek*, con Libby Purves.

12:15 horas

Llamo a Mary. Se va a almorzar con Ken Howard, miembro de la Real Academia de Bellas Artes británica, y con otras figuras el mundo del arte.

14:00 horas

Hoy mis visitantes son Michael Portillo y Alan Jones (el John Humphrys de Australia). Ante todo, debo dejar clara mi posición sobre la pugna por el liderazgo de Michael; a mí me habría gustado que sucediera a John Major como líder del partido, como también habría votado por él para que sucediera a William Hague, aunque me habría sentido dividido si Malcolm Rifkind hubiera recuperado su escaño en Edimburgo.

Es una visita estimulante, y sirve para recordarme cuánto echo de menos el emocionante tira y afloja de Westminster, encerrado como estoy en el rincón más frío y remoto de Lincolnshire. Michael nos cuenta uno o dos cambios que habría hecho si hubiera salido elegido líder del Partido Conservador. Sugiere que necesitamos nuestra propia «Cláusula 4», algo que Tony Blair convirtió de manera brillante en un tema importante, a pesar de que no tenía un trasfondo significativo. Michael también cree que los candidatos parlamentarios del partido deberían ser seleccionados desde el centro, restando poder a las circunscripciones electorales. También le preocupa que haya tan pocas mujeres y miembros de grupos minoritarios en la bancada de los conservadores. Señala que en las últimas elecciones, el partido solo añadió una nueva mujer a sus filas en un momento en que el partido laborista tenía más de cincuenta.

—No es una gran campaña publicitaria a favor del nuevo partido moderno e inclusivo, que digamos —añade.

—Pero ¿cómo habrías abordado el tema europeo? —pregunta Alan.

Michael está a punto de responder cuando el socialista recalcitrante del centro (concejal local laborista), el funcionario Hart, nos dice que se nos ha acabado el tiempo.

El sector de la política no va tan sobrado de talento como para que los conservadores puedan sobrevivir sin Portillo, Rifkind, Hague, Clarke y Redwood, desempeñando todos ellos papeles importantes, especialmente mientras estemos en la oposición.

Cuando se marcharon los dos hombres, estaba rebosante de entusiasmo. Una hora más tarde, tenía ganas de fugarme de allí.

17:00 horas

Llamo a Mary. Acaba de salir de hablar con el abogado Julian Malins QC y va a cenar con Leo Rothschild.

DÍA 191

Viernes, 25 de enero de 2002
8:15 horas

Me llaman por megafonía para desayunar y me ordenan que vuelva a la enfermería inmediatamente. Anoche, cuando Gail ya se había ido a su casa, llegaron cinco presos nuevos. Hay que hacerles las pruebas rutinarias (ritmo cardíaco, peso, altura) antes de que llegue el doctor Walling a las nueve. Uno de los nuevos ingresos anuncia con orgullo que, aunque es su quinto delito, es su primera visita a North Sea Camp.

10:30 horas Cuando termina de pasar consulta, el doctor Walling me acompaña a tomar un café en la sala.

—Uno de ellos ha sido como una pesadilla —dice, como si yo no fuera «uno de ellos». No me dice a cuál de los veinte pacientes se refiere, y yo no pregunto. Sin embargo, su siguiente frase me coge por sorpresa —: Tenía que sacarle una muestra de sangre y no podía encontrarle ninguna vena en los brazos ni en las piernas, así que al final he acabado pinchándole en el pene. No tiene ni la mitad de años que usted, Jeffrey, pero va a vivir más que él.

14:00 horas Ha llegado la nueva aspiradora. Es un gran acontecimiento en mi vida.

16:00 horas Llamo a Mary a Grantchester. Tiene varias novedades: Brian Mawhinney ha recibido respuesta a su carta a sir John Stevens, el comisionado de la Policía Metropolitana, en la que le preguntaba por qué me habían retirado mi condición de preso de categoría D y enviado a Wayland. Se ha

solicitado un informe sobre las circunstancias que rodearon esa decisión, y se lo reenviarán a Brian tan pronto como el comisionado lo reciba.

OJO: Falta texto (p. 295 del original).

DÍA 192

Sábado, 26 de enero de 2002
10:00 horas

Me peso. Ay… Nada menos que catorce *stones* y dos libras. Ay… Perdí once libras en mis tres semanas en Belmarsh, bajando hasta los doce *stones* y siete libras. En Wayland volví a engordar esas once libras en diez semanas, a pesar de ir al gimnasio todos los días. En North Sea Camp la comida es mejor, pero por mi trabajo no me queda tiempo para ir al gimnasio (excusa barata). El lunes tengo que dejar de comer chocolate y volver al gimnasio. Estoy decidido a salir de la cárcel, cuando sea, con alrededor de doce *stones* y ocho libras.

13:00 horas

Recibo la visita de un recluso condenado a tres meses, lo que significa que cumplirá alrededor de cinco o seis semanas de condena. ¿Su delito? El robo de 120 libras aprovechándose de su posición de confianza. Era policía. No voy a entrar en muchos detalles sobre el delito en sí, pues me interesan más los problemas que sufre un policía cuando lo meten en la cárcel. Se muestra extraordinariamente franco.

A su llegada, lo instalaron en el módulo norte, y en pocos minutos reconoció a un traficante de drogas al que había arrestado anteriormente. Informó de esto al señor Hughes, el oficial de la unidad, e inmediatamente lo metieron en aislamiento para esa noche. A la mañana siguiente, el director tuvo que tomar la decisión sobre a cuál de los dos enviar a otra cárcel. Eligió al traficante de drogas ya que hacía poco que había dado positivo para un test obligatorio de detección de drogas. Asignaron de nuevo al policía al módulo norte, le dieron un trabajo en la cocina y le dijeron que mantuviera un perfil bajo. Eso fue hace una semana. Hasta ahora no lo ha reconocido nadie más, pero aún le quedan dos semanas de condena.

Por cierto, originalmente fue acusado de robar 1.000 libras, cifra que, para cuando el caso llegó a los tribunales, se había reducido a 120. Sin embargo, eso fue hace tres años, y durante ese tiempo lo suspendieron de empleo y sueldo (un poco más de 60 000 libras).

A la policía y al servicio de instituciones penitenciarias no parece

importarles cuánto gastan del dinero de los contribuyentes. Si cualquiera de las dos instituciones fuera una empresa privada, se declararía en bancarrota en el plazo de un año. No estoy sugiriendo que no deberían haberlo acusado de robo, solo digo que no debería haber costado más de 100 000 libras ni se debería haber tardado tres años en descubrir si había robado ciento 120 libras.

14:00 horas

Me planto bajo la lluvia a ver al equipo de fútbol de la cárcel jugar un poco mejor que la semana pasada. Sin embargo, uno de nuestros mejores delanteros, Jean-Noel, tiene que salir del terreno de juego cuando el señor Masters (nuestro entrenador) recibe una llamada por el intercomunicador en la que le dicen que hay una joven esperando a Jean-Noel en la sala de vis a vis. Sale corriendo del campo, se ducha y se cambia rápidamente, y se reúne con su novia.

En ese momento íbamos ganando 1-0. Perdemos 5-1.

17:00 horas

A la hora de la merienda decido echarle la bronca a Jean-Noel por no tener sus prioridades bien ordenadas y dejar al equipo en la estacada. Después de todo, está claro que el partido era más importante que ver a su novia, y en todo caso, ¿cómo pudo olvidar que ella iba a ir a verlo? Se echa a reír y me explica que se habían peleado durante la semana y ella le había dicho que no iría a verlo. Lo hizo, y perdimos.

18:00 horas

Otra pila de correspondencia me aguarda en el módulo de enfermería, incluida una larga carta manuscrita de John Major, que entre otras cosas menciona que se ha enterado de que estoy escribiendo un diario de la cárcel. Comenta que escribir sobre los hechos será un ejercicio interesante e informativo, pero también quiere saber cuáles son mis impresiones personales sobre los temas y las personas involucradas. Añade que no le sorprende que la gente en general se haya mostrado tan comprensiva; dice que siempre recibía mucha más simpatía y apoyo cuando perdía una elección que cuando la ganaba.

DÍA 193

Domingo, 27 de enero de 2002
16:00 horas

Los miembros del Club de la Enfermería se reúnen para tomar té y galletas. Sin embargo, como Brian (granja de avestruces), Keith (consciente, etc.) y John (estafa) salieron en libertad esta semana, y David (estafa) y Malcolm (estafa) están de permiso en la ciudad, nuestra pequeña banda de malhechores se ha reducido a cinco. Hablamos de si deberíamos pedirle a alguien más que se una al club, como si estuviéramos en una reunión del comité conservador, y es que —más vale admitirlo— el Partido Conservador parece padecer un problema similar: algunos de sus miembros han salido en libertad y otros más están de permiso temporal. Pero al igual que en la cárcel, uno no puede por menos de preguntarse cuántos volverán con el tiempo.

18:00 horas Paso una tarde tranquila leyendo y actualizando el diario.

DÍA 194

Lunes, 28 de enero de 2002
00:45 horas

El funcionario de guardia del turno de noche me despierta y me pide una bolsa de hielo. Saco una de la nevera y le pregunto si necesita ayuda.

—No —dice, sin más explicaciones, y se va corriendo.

2:15 horas

El mismo funcionario me despierta de nuevo cuando regresa acompañado de un preso llamado Davis, que tiene en enorme chichón en la frente y cortes en la cara. El señor Hayes explica que el recluso se ha peleado con alguien y la ventana de su puerta se ha roto, dejando cristales por todo el suelo. El preso no puede quedarse en su habitación, porque si se hiciera daño con un trozo de cristal roto, podría denunciar al servicio de instituciones penitenciarias por negligencia (¿a que es increíble?).

Mientras preparamos su cama, Davis me dice que el otro preso involucrado en la pelea era su compañero de celda, Smith (uno de los once Smiths que actualmente están en North Sea Camp), que ahora ha sido trasladado al módulo sur. Han compartido habitación durante ocho meses, en una especie de matrimonio forzado. Smith, que trabaja en los talleres educativos, necesita gorronear cigarrillos muy a menudo. Davis se cansó de esto y se negó a darle su tabaco, así que Smith le pegó. Davis asegura que él no se revolvió, porque hace poco lo acusaron de consumo de marihuana y no quería que lo «trincaran» de nuevo. Cuando Smith se calmó, Davis decidió salir de la habitación. Mientras abría la puerta, Smith cogió una pata de la mesa que se había roto durante la pelea y volvió a atizar a Davis… de ahí el cristal roto y los cortes y hematomas.

La historia no acaba de convencerme, y estoy seguro de que para cuando Davis tenga que comparecer ante el director, ya la habría pulido un poco más. Me gustaría oír la versión de Smith de lo que ocurrió.

9:00 horas

Los dos presos que participaron en la pelea de anoche deben obtener el alta médica antes de comparecer ante el director a las diez en punto. Se sientan a charlar tranquilamente los dos como si fueran amiguitos del alma en la esquina de la sala de espera.

12:00 horas

En el almuerzo me entero de que a los dos reclusos que se pelearon les han deducido el salario de quince días de su paga para cubrir los daños causados a los muebles y a la ventana rota de su habitación. También les han añadido siete días a su sentencia. Esto resulta relevante para Smith, porque iba a salir en libertad dentro de dos semanas. Me dicen que la razón por la que no les han impuesto un castigo más duro ha sido porque ambos se disculparon con el director y luego el uno con el otro. Por poco si se van cogidos de la mano…

19:00 horas

Voy al economato a comprar unas pastillas de caldo, agua de Evian, dos tarjetas telefónicas y una lata de jamón Princes. Nada de chocolate.

El señor Blackman (el funcionario de guardia) me pregunta si quiero una tarjeta de San Valentín y me enseña un nutrido surtido donde elegir. Todas miden más o menos un pie de alto y contienen alguno de los peores ripios que he visto en mi vida; lo más interesante es que hay tantas tarjetas para hombres como para mujeres. Obviamente no oculto mi sorpresa, porque el señor Blackman suspira y dice:

—Si no las distribuyera en igual número, me acusarían de discriminación.

DÍA 195

Martes, 29 de enero de 2002
9:00 horas

Diez nuevos presos que llegaron anoche de Leicester esperan para ver al médico. Mientras aguardan, uno de ellos se jacta de que siempre supera todas las pruebas de drogas, y que incluso puede engañar al alcoholímetro. Aunque Lee sabe muy bien que estoy escribiendo un diario, está dispuesto a revelar sus secretos de todos modos. Lee tiene veintitantos años, es un joven atractivo y tiene un buen cuerpo. Sin embargo, después de un vistazo a la parte interna de su brazo, no hay duda de que está enganchado a la droga, y sabe Dios en qué estado se encontrará dentro de diez años.

—¿Cómo puedes pasar una prueba de detección de droga? —le pregunto.

—Fácil —dice, y se saca una pequeña pastilla de jabón del bolsillo de los vaqueros, de los que hay que en el baño de cualquier hotel. Parte la pastilla por la mitad, se lo mete en la boca y empieza a chuparlo como si fuera un caramelo duro.

—¿Y qué consigues con eso? —pregunto.

—Si me hacen la prueba en las próximas horas, mi muestra de orina estará tan turbia que no podrán trincarme ni podrán volver a hacerme la prueba hasta dentro de veintiocho días. Para entonces habré tenido tiempo suficiente para eliminarlo todo de mi organismo; hasta puedo seguir consumiendo heroína hasta el día veinticuatro, es solo el cannabis lo que tarda un mes en eliminarse por completo del torrente sanguíneo.

—Pero eso no sirve con el alcoholímetro, ¿no?

—No —dice riéndose—, pero para eso tengo dos maneras de dar negativo.

Se saca tres peniques de otro bolsillo y empieza a chuparlos. Al cabo de un momento se los saca de la boca y afirma que el cobre neutraliza el alcohol y, por tanto, no aparece.

—Pero ¿y si la policía no te da tiempo a que te metas las monedas en la boca?

—Todavía puedo engañarlos —dice Lee— utilizando mi técnica especial de respiración.

Todos los presos de la sala de espera están pendientes de cada una de sus palabras, y cuando llaman al siguiente paciente para ver al doctor, el hombre no se mueve por miedo a perderse la última revelación.

—Cuando la policía te da el cacharro para que soples —continúa Lee, consciente de la atención de su público cautivo—, sacas el pecho, pero no respiras profundamente. Durante los siguientes cuatro segundos sacas muy poco aire al soplar, hasta que en el aparato sale el naranja. Devuelves el aparato y te pones a jadear como si lo hubieras dado todo. Saldrás airoso porque el verde es negativo y el naranja aún está bien. Solo tienes que preocuparte por el rojo, y no pueden trincarte cuando ya has dado naranja. Y —continúa— si tienes la mirada vidriosa o vacía, también tengo una forma de resolver ese problema. Hay un producto que puedes comprar sin receta en cualquier farmacia y que se llama Z1, que produjeron para que a los clientes de las discotecas no se les irriten los ojos por el humo. Si juntas el cobre, con respirar con mucho cuidado y el Z1, no te trincarán nunca.

11:00 horas

Uno de los reclusos está bajo vigilancia por riesgo de suicidio. Es un chico de veintiún años, cinco pies con cinco de estatura y siete *stones* y medio de peso, y tiene miedo hasta de su propia sombra. Está encerrado por conducir con el permiso de conducir retirado y saldrá en libertad dentro de dos semanas.

Aparece a las once para recoger dos sábanas nuevas y nos da dos en una bolsa de plástico porque anoche las mojó. Mientras voy al armario a coger sábanas limpias, él se pasea arriba y abajo, en pequeños círculos, murmurando para sí mismo.

Gail no está segura de si es todo teatro, porque actualmente está trabajando en la granja y hay presos capaces de hacer lo que sea con tal de librarse de esa faena. De hecho, cuando se entera de que le van a conceder un cambio de empleo, sonríe por primera vez. Sin embargo, Gail no puede permitirse el lujo de correr ningún riesgo, así que escribe un informe detallado para el oficial de la unidad.

La vigilancia de presos en riesgo de suicidio en este caso particular significa que un funcionario (el señor Jones) va a tener que comprobar el estado físico del recluso cada hora hasta que todo el mundo esté seguro de que vuelve a comportarse con normalidad. Esto suele llevar de dos a tres días. Os mantendré informados.

19:00 horas

Doug tiene la gripe y Carl está ensayando con el coro de Pros y Cons, así que esta tarde estoy solo.

Leo un artículo sobre los efectos de la heroína en los niños, escrito por el doctor Simon Wills. Nunca imaginé que el doctor Wills reemplazaría a Freddie Forsyth como mi lectura para irme a dormir.

DÍA 196

Miércoles, 30 de enero 2002
9:00 horas

Llegan dos nuevos reclusos de Nottingham (categoría A). Un joven que cumple cuatro meses por un delito de conducción me dice que en su módulo de Nottingham hubo tres suicidios en tres semanas, y todos ellos presos que aún no habían sido condenados.

El otro recluso asiente con la cabeza y me dice que le obligaron a compartir celda con un hombre que se inyectaba vinagre porque no podía permitirse comprar heroína.

DÍA 197

Jueves, 31 de enero de 2002
10:00 horas

El señor Lewis viene a ver a Linda, ya que es su último día oficial como director. Ya ha entregado sus llaves, sus esposas, el silbato, la linterna, tarjeta de identidad y todos los demás símbolos que denotaba su posición de autoridad. Una experiencia que, a todas luces, no le ha resultado agradable. Bromea sobre cómo ha reparado de repente en la existencia de la televisión de mediodía, de los interminables anuncios de sillas cómodas que se mueven cuando aprietas un botón, de camas que cambian de forma cuando te das la vuelta y de bañeras de las que se puede salir fácilmente.

Lewis sonríe, se despide y nos estrechamos la mano. Sospecho que no nos volveremos a ver nunca más, ya que ambos nos encaminamos al mundo de los andadores para la tercera edad.

11:00 horas

El señor McQuity, el inspector del sistema nacional de salud, viene a visitar North Sea Camp y deja muy claro a Linda que está satisfecho con la forma en que dirige la enfermería de la cárcel.

14:30 horas

La prensa va cargada de noticias sobre los problemas que sufre el servicio de instituciones penitenciarias debido al hacinamiento. Actualmente hay un máximo de setenta y una mil plazas, y están ocupadas algo más de setenta mil. El ministro del Interior, David Blunkett, tiene la opción de poner en libertad a los reclusos antes de tiempo o construir más prisiones. Acaba de anunciar que la libertad bajo control telemático se extenderá de dos a tres meses, con efecto a partir del 1 de abril. Esto posibilitaría mi salida de la cárcel tres meses antes si, en la apelación, mi sentencia se redujera aunque solo fuese un día.

16:00 horas

Entre los reclusos de esta tarde hay un preso de Lincoln al que solo le quedan tres semanas de condena. Desde que llegó, no ha dejado de quejarse. Exige una habitación individual con televisión y un somier duro porque sufre problemas de espalda. Todos los presos empiezan la vida en North Sea Camp en una habitación doble, y hay varios reclusos que llevan aquí meses y todavía no tienen televisor. Y en cuanto a los somieres duros, los cuatro ya se están utilizando en este momento.

A la hora de haber salido del módulo de enfermería, han encontrado al preso tendido de espaldas en el aparcamiento junto al coche del director. Cuando llamaron al señor Leighton para solucionar el problema, dijo que no veía razón para que el preso no pudiera dormir en el aparcamiento y se fue en su coche. El recluso volvió a su habitación asignada una hora después. No ha dado ningún problema desde entonces.

DÍA 198

Viernes, 1 de febrero de 2002
9:00 horas

Hoy, entre los que están haciendo la ronda del papeleo hay un joven que aún no ha cumplido treinta años, pero que ha estado en la cárcel dieciocho veces. Es un ladrón de poca monta, que no le tiene —y este detalle es importante— ningún miedo a la cárcel. Para él es un inconveniente pasajero de la carrera que ha elegido. Como no tiene antecedentes de violencia ni ha estado involucrado en asuntos de drogas, rara vez lo han condenado a más de seis meses; pasa unos días en una cárcel de categoría A antes de ser transferido a otra de categoría D y de régimen abierto. North Sea Camp le proporciona tres comidas al día, una habitación y la compañía de compañeros de profesión. Cuando salga, seguirá robando hasta que lo atrapen de nuevo. Entonces lo detendrán, dictarán sus sentencia y volverá a North Sea Camp, el centro de categoría D más cercano a su casa, en Boston[21]. Gana entre cincuenta y cien mil libras al año (sin impuestos), en función de los meses que pase «en la calle» en un año determinado.

El señor Hocking (jefe de seguridad) me dice que a este chico aún le queda un largo camino por recorrer para superar a Greville, el ladrón de pisos, que salió de North Sea Camp el año pasado a la edad de sesenta y tres años, declarando que ya tenía suficiente para retirarse. Durante su carrera delictiva a tiempo completo, a Greville lo condenaron en treinta y una ocasiones (no era un récord) y prefirió North Sea Camp, donde siempre le asignaban trabajo como ordenanza de recepción a los pocos días de volver a ingresar en el centro. Tan profesional era en su especialidad que, cuando había un robo en su zona sin que se hallara ningún rastro, huellas dactilares ni ninguna otra pista, la policía local inmediatamente acudía a la casa de Greville a hacerle una visita. Desde entonces, Greville se ha retirado y vive de sus ganancias en un *bungalow* en la costa, cuidando de su jardín. Y de ahí surge un nuevo relato, que el señor Hocking jura y perjura que es absolutamente verídico.

Greville era el principal sospechoso cuando desaparecieron unas valiosas monedas de un museo local. Días más tarde, la policía recibió

un soplo anónimo informando de que Greville había sido visto enterrando algo en el jardín. Una brigada de policía se plantó en su casa al cabo de en una hora y se puso a cavar; estuvieron allí durante cinco días, pero no encontraron nada.

Más tarde, Greville escribió una carta dándole las gracias al jefe de policía por la excelente labor que habían hecho sus hombres removiendo la tierra de su jardín, especialmente por cómo lo habían dejado todo tan limpio y ordenado.

14:30 horas

Me corta el pelo el excelente barbero de la cárcel, Gary (media tarjeta telefónica). Quiero estar presentable para mis visitas del domingo.

15:00 horas

El viernes es el día del cambio de la muda y la ropa de cama de cada recluso. La enfermería tiene su propia franja horaria asignada porque necesitamos veinte toallas, seis sábanas, doce fundas de almohada y varios artículos de limpieza diferentes cada semana. Mientras el ordenanza en jefe, Mark (robo a mano armada, diez años), escoge una clase de toallas de mejor calidad para la enfermería me habla de un recluso que acaba de llegar para su cambio de muda semanal.

Este preso en particular trabaja en la granja y nunca se quita la ropa de una semana para otra, ni siquiera cuando se va a la cama. Tiene una habitación doble para él solo porque —oh, sorpresa— nadie está dispuesto a compartir espacio con él. Mark se pregunta si no lo hará solo para asegurarse de que sigue con una habitación individual. Me cuesta creer que alguien esté dispuesto a sufrir semejante incomodidad solo para asegurarse de que nadie le incordia.

Antes de que os lo preguntéis, porque ya lo hice yo, el servicio de instituciones penitenciarias no puede obligarlo a lavarse ni a afeitarse. Eso violaría sus derechos humanos.

DÍA 199

Sábado, 2 de febrero de 2002
9:24 horas

El señor Berlyn se pasa por la enfermería. Ha aceptado la sugerencia de Linda de que un especialista en drogadicción visite la cárcel para darme una charla sobre los problemas relacionados con el ámbito de la droga a los que tienen que hacer frente en la actualidad los niños en las escuelas. Sin embargo, el señor Berlyn va un paso más allá y me habla de un funcionario de la cárcel de Stocken que visita regularmente las escuelas de East Anglia para hablarles a los alumnos sobre por qué no quieren acabar en la cárcel, y me dice que tengo la posibilidad, cuando llegue mi fecha de elegibilidad para obtener la libertad condicional, de acompañarlo y aprender más cosas, de primera mano, sobre el mundo de la droga. Si al final me reducen la sentencia, podría visitar las escuelas inmediatamente, en lugar de pasar por todo el proceso de aprendizaje después de mi apelación.

11:00 horas

La enfermera está a punto de cerrar la consulta cuando un recluso con aire de estar muy muy deprimido entra cojeando.

—He pillado ladillas —dice, apretándose con una mano en la parte superior de los pantalones.

La enfermera abre la puerta del consultorio y lo deja entrar. Parece nervioso, y Linda parece preocupada. Se baja la cremallera de la bragueta muy despacio, entre evidentes espasmos de dolor, y se mete las manos dentro. Linda y yo lo observamos mientras abre lentamente las manos y nos enseña dos pequeños cangrejos vivos[22], que le ofrece a Linda. Ella retrocede un paso mientras yo estallo en carcajadas, consciente de que las próximas semanas vamos a ser el blanco de las bromas de toda la cárcel.

—Dios mío… —exclama Linda, mirándole fijamente a la zona de la bragueta, con la cremallera bajada—. No me gusta nada el aspecto que tiene eso de ahí. Creo que voy a tener que sacar una muestra de sangre.

El recluso sale corriendo por la puerta, con los vaqueros cayéndole

a las rodillas. Su honor permanece intacto, salvo que es él quien ríe el último, porque es el ordenanza del módulo de enfermería (o sea, yo) quien acaba devolviendo a los dos cangrejos de vuelta al mar.

14:00 horas

Han pillado a un recluso en el aparcamiento de visitantes en posesión de dos gramos de heroína. En la calle, dos gramos de heroína tienen un valor de ochenta libras. Dentro de la cárcel, cada gramo se convierte en diez puntos, y cada punto se convierte en tres ventas. Cada venta consta de un tercio de heroína y dos tercios de paracetamol en polvo, que cualquier preso que asegure tener dolor de cabeza puede recoger cualquier día en la enfermería. Cada venta vale cinco libras, por lo que el camello acaba con trescientas libras por dos gramos, casi cuatro veces el precio de mercado.

Algunos camellos están encantados de permanecer en de la cárcel porque pueden ganar más dinero dentro que fuera. Este recluso en cuestión afirma que un hombre que había ido a visitar a otro recluso le dio un paquete en el aparcamiento. El jefe de seguridad sabe quién era el visitante, pero no puede acusarlo de nada porque no lo pillaron con las manos en la masa. También sabe a qué preso iba destinada la heroína, pero a ese tampoco le va a pasar nada porque no llegó a recibirla.

DÍA 200

Domingo, 3 de febrero de 2002
5:00 horas

Me levanto temprano y escribo durante dos horas.

***14:00 horas** Mis visitas de hoy son mi hijo Will y Chris Beetles. Will y yo repasamos los preparativos para mi vista de apelación de la sentencia, que ya casi hemos completado porque la labor de investigación tanto sobre el delito de perjurio como el intento de obstrucción a la justicia muestra que dieciocho meses serían históricamente un período mínimo muy alto para un primer delito. Chris me pone al día sobre todas las novedades del mundillo del arte.*

***16:00 horas** En la merienda del Club de la Enfermería del domingo por la tarde, David (estafa, maestro de escuela) me cuenta que Brian (estafa en la granja de avestruces) y John (estafa) han tenido problemas desde que salieron en libertad. Brian se despierta en plena noche sudando a mares porque tiene miedo de no llegar a tiempo para el recuento de las siete de la tarde y John está estresado porque no consigue encontrar trabajo.*

***18:00 horas** Cuando se marchan los miembros del club me preparo algo de cena. En una sopera de gran tamaño (regalo de William), vierto el contenido de*

una lata de jamón Princes, dos paquetes de patatas fritas Walkers y una pastilla de caldo de carne; luego añado agua caliente. Menudo revoltijo… Ceno mientras leo Street Drugs [Drogas de la calle], de Andrew Tyler, mi libro de cabecera de la semana.

La comida está buenísima, pero el libro da mucha angustia.

DÍA 201

Lunes, 4 de febrero de 2002
9:00 horas

Un joven del módulo norte, al que solo le quedan dos semanas de una condena de tres meses, ha sido hallado en su habitación con una soga alrededor del cuello, soga que se había hecho con una sábana colgada del extremo de su cama. El chico, que debe de tener unos veintiún años, me recuerda al muchacho al que le echaban paladas de arena en la cara en esos anuncios de Charles Atlas que veía cuando era niño. Lo llevan a la enfermería, donde es interrogado por el señor Berlyn, el doctor Harris y la enfermera jefe, a puerta cerrada. Sin dudo lo pondrán bajo vigilancia por riesgo extremo de suicidio, con un funcionario controlándolo cada treinta minutos.

El señor Berlyn me dice que en North Sea Camp nunca se ha suicidado nadie porque cuando un preso está muy desesperado, normalmente se fuga. El verdadero problema surge en las cárceles de régimen cerrado, de las que no hay escapatoria. En los centros penitenciarios del Reino Unido hubo setenta y tres suicidios el año pasado, y ninguno de ellos fue en una cárcel de categoría D.

Justo cuando el señor Berlyn se va, el joven que se orina en la cama reaparece con una bolsa negra que contiene dos sábanas más. Le doy dos sábanas limpias y se va con aspecto aún más indefenso que el del chaval en riesgo de suicidio; nadie diría que esta es un cárcel para hombres.

14:00 horas

Veo cuatro vídeos sobre el tema de la heroína. Poco a poco estoy ampliando mis conocimientos sobre las drogas a través de la lectura, los vídeos y mi trabajo diario como ordenanza del módulo de enfermería, pero todavía no tengo experiencia de primera mano. Voy a ver a David a la oficina del servicio de tratamiento de la drogadicción en la cárcel (CARAT por sus siglas en inglés). Se muestra dispuesto a dejarme asistir a una de sus sesiones de orientación sobre drogas, siempre que los demás asistentes estén de acuerdo, porque seré el único que no consuma actualmente —y que nunca haya

consumido— drogas.

18:00 horas

Acudo a la charla sobre rehabilitación y drogas en la oficina del CARAT. David les pregunta a los otros cinco reclusos si alguno de ellos tiene algo que objetar a mi presencia allí, pero todos parecen complacidos de que me haya tomado la molestia de asistir.

David comienza a la charla preguntando si creen que una vez que salgan en libertad podrán resistirse a volver a las drogas y, en particular, a la heroína. Uno de ellos se mantiene firme en que nunca volverá a tocar ni una sola sustancia. Su relación con sus seres queridos es inexistente y se pregunta si alguien estará dispuesto a contratarlo. Le dice al grupo que había llegado al extremo en que era capaz de robar a cualquiera, incluida su propia familia, para asegurarse de conseguirse una dosis, y que justo antes de ser detenido necesitaba cuatro dosis diarias para satisfacer su adicción.

El siguiente participante dice que lo primero que pensaba al despertarse cada día era cómo conseguir su primer chute. Una vez que había suplicado, pedido prestado o robado las veinte libras que necesitaba, iba en busca de un camello. Tan pronto como tenía su medio gramo de heroína, corría de vuelta a su casa y, a menudo con su mujer y dos hijos en la habitación de al lado, ponía el polvo en una cuchara grande, a la que añadía agua y el zumo de cualquier cítrico. A continuación removía la mezcla hasta obtener un líquido marrón espeso, que vertía en un trozo de papel de aluminio y luego lo calentaba con una cerilla. Acto seguido lo aspiraba a través de una pajita. Uno de los reclusos lo interrumpe entonces para añadir que él prefería fumársela. Sin embargo, todos están de acuerdo en que el mejor viaje era cuando te la inyectabas. El chico de Scarborough se levanta entonces la manga de su chaqueta vaquera y la pernera del pantalón, y dice:

—Eso se hace difícil cuando no te quedan venas donde pincharte.

El que hasta ahora no ha dicho ni una palabra interviene por primera vez. Nos dice que lleva cinco semanas sin consumir heroína y que todavía no puede dormir, y lo que lo empeora aún más es que su compañero de cuarto ronca toda la noche. El camello le contesta.

—Empezarás a dormir después de unas ocho semanas, y luego cada día la cosa va mejorando hasta que vuelves a la normalidad.

Le pregunto qué quiere decir con eso.

—Cuando eres un adicto, no necesitas un chute para sentirte bien: necesitas un chute para poder volver a la normalidad. Entonces es

cuando te conviertes en un yonqui de verdad: entre chute y chute empiezas a temblar, y cuanto peor estás, más desesperado estás por volver a la normalidad. Y, Jeff —agrega—, si tu plan es hablar del problema de la droga en las escuelas, tienes que empezar con los chavales de once años, porque a los catorce ya es demasiado tarde. En Scarborough siempre se me están acercando chicas de catorce años guapas, bien educadas y de buenas familias para pedirme su dosis diaria.

La última persona en participar es otro camello que asegura que solo traficaba porque las ganancias le permitían costearse su propia adicción a las drogas. Desde las ocho de la mañana hasta las diez de la noche, su móvil sonaba ininterrumpidamente con las llamadas de sus clientes pidiéndole mercancía. Afirma que él nunca ha tenido que ir abordando a nadie por la calle. Le dice al grupo que lleva casi siete meses sin consumir heroína y que nunca más traficará o consumirá drogas. No me quedo del todo convencido al oír que puede ganar mil libras al día como traficante. Termina la sesión con una declaración que me pilla por sorpresa, aunque solo a mí:

—Casi todos mis amigos están en la cárcel o muertos.

Tiene treinta y un años.

DÍA 202

Martes, 5 de febrero de 2002
7:00 horas

Suelto el bolígrafo después de escribir un par de horas para ver el programa *Today*. Gran Bretaña está inmersa en una huelga ferroviaria. En North Sea Camp no hay ninguna estación de tren.

9:00 horas

Dos de los reclusos que asistieron a la reunión de orientación sobre drogas de anoche tienen que presentarse ante el director. Una vez que el doctor los haya declarado aptos, comparecerán ante el director Leighton para ver qué castigo les impone. Uno de ellos dio positivo en cannabis en su último test obligatorio y añade con tristeza que supone que lo enviarán a una cárcel de categoría B luego. Ahora sé por qué apenas habló en la reunión de ayer. También tiene aspecto de no haber dormido anoche.

13:00 horas

Todos los periódicos publican reportajes a toda página sobre las reformas penitenciarias propuestas por David Blunkett, que no parecen obedecer más que al sentido común. Cualquiera con una sentencia no privativa de libertad por un primer delito no violento será puesto en libertad bajo control telemático de inmediato, con ingreso el fin de semana y posiblemente la obligación de presentarse en una comisaría de policía todas las noches. Para delitos menores, estarían en libertad bajo control telemático inmediatamente, con la obligación de no salir del domicilio entre las siete de la tarde y las siete de la mañana. Un segundo delito y serían enviados a prisión.

A fecha de 1 de febrero, la población penitenciara ascendía a 67 978 personas y se prevé que las cárceles ya superpobladas se verán sometidas a una presión adicional tras el reciente pronunciamiento del presidente del Tribunal Superior, Woolf, sobre los ladrones de teléfonos móviles.

16:00 horas

Hoy me llegan por correo tres manuscritos más acompañados de cartas pidiéndome si puedo evaluarlos. Cuatro editoriales ya han rechazado uno; otro dice que su esposa, que es su crítica más severa, piensa que tiene muchísima calidad, y el último quiere saber mi opinión sobre las empresas de autopublicación[23].

16:20 horas

Uno de los reclusos de hoy es el señor T. Blair. Ha sido condenado a seis meses por alteración del orden público, pero con reducción de la pena y control telemático, espera salir en libertad dentro de solo ocho semanas. El otro señor T. Blair parece que va a cumplir al menos ocho años en el puesto.

16:37 horas

Todavía me asombro de lo que los presos tienen la cara de pedirle a la enfermera. Hoy, un recluso ha pedido un bote de *aftershave* porque tiene un problema en la piel. Estoy a punto de soltar una carcajada cuando veo que Linda le da un bote y él se va sin decir una palabra.

—¿Por qué no se compra uno en el economato? —pregunto.

—No puedes comprar *aftershave* en el economato —me recuerda Linda—: contiene alcohol y hay muchos reclusos que se lo beberían muy a gusto.

—Pero acabas de darle…

—*Aftershave* sin alcohol especialmente para las enfermerías de los centros penitenciarios. El día de su puesta en libertad —me recuerda Linda— cualquier preso puede pedir una jeringuilla gratis para inyectarse heroína, además de un paquete de condones.

DÍA 203

Miércoles, 6 de febrero de 2002
9:00 horas

No me puedo creer lo estúpidas que pueden ser algunas personas.

El lunes asistí a una reunión del CARAT en la que uno de los participantes dijo a todos los presentes que había dejado las drogas. El martes, el mismo hombre compareció ante el director por dar positivo en la prueba obligatoria de cannabis. Le añadieron siete días a su sentencia y me dijo que se consideraba afortunado por que no lo hubieran enviado a otra cárcel. Anoche pillaron al mismo hombre cuando volvía de Boston en posesión de una bolsa de plástico llena de drogas que incluía cannabis y heroína. Lo encerraron en la celda de aislamiento durante toda la noche y esta mañana lo trasladarán a una cárcel de categoría B con otros veintiún días añadidos a su sentencia.

Su estupidez no es el único aspecto de este incidente que vale la pena señalar: si lo hubieran pillado con ese cargamento de drogas «en la calle», lo habrían condenado al menos a siete años, pero como su sentencia ya es de catorce, se libra con solo veintiún días más. Es solo otro indicador del problema con la droga que sufre este país actualmente.

11:00 horas

A Mary le dedican un artículo en *Peterborough* que ha encontrado en la web. Me resulta tan divertido que es mejor reproducirlo aquí que intentar parafrasearlo. (Véase abajo).

Una mujer con sustancia

Lady Archer conserva su sentido del humor intacto. La chispeante química acaba de enviar una «Ficha de datos de seguridad de sustancias peligrosas» al boletín de *Chemistry at Cambridge*:

Elemento: Mujer.

Símbolo: Mu.

Descubridor: Adán.

Masa atómica: el promedio es de 55 kg, pero oscila entre los 45 y los 225 kg.

Prevalencia: se halla en abundancia en las zonas urbanas, con trazas en áreas periféricas.

Propiedades físicas: arranca a hervir al más mínimo descuido; se queda congelada sin razón aparente. Se derrite con atenciones especiales, se amarga con el uso indebido.

Propiedades químicas: afinidad con el oro, la plata, el platino y todas las piedras preciosas. Es el agente reductor de dinero más poderoso conocido por el hombre.

Uso habitual: de gran valor como uso decorativo, en especial en los coches deportivos. Puede ser un agente limpiador muy eficaz.

Riesgos para la salud: sustancia muy peligrosa salvo en manos expertas. Es ilegal poseer más de una, aunque pueden mantenerse varias en distintas ubicaciones siempre y cuando no entren en contacto unas con otras.

El *Telegraph* también publica los resultados de una encuesta sobre las propuestas del señor Blunkett con respecto a que los reclusos no violentos cuya condena responda a su primer delito puedan, en la medida de lo posible, conservar su trabajo siempre y cuando se presenten en las cárceles por las tardes y los fines de semana. El 83 por ciento vota por «tenerlos encerrados», mientras que solo el 12 por ciento considera que el ministro del Interior tiene razón al considerar una legislación más realista en este sentido. Debo confesar que antes de ingresar en prisión, yo habría estado entre ese 83 por ciento.

19:00 horas

Llamo a Mary, quien antes de darme tiempo siquiera a decir «Hola» me comunica que la baronesa Nicholson ha emitido finalmente una declaración en la que ofrece una disculpa a regañadientes. (Véase más abajo).

La baronesa Nicholson desea dejar constancia expresa de que en

ningún momento fue su intención sugerir que lord Archer se había apropiado de forma indebida del dinero recaudado por la campaña Simple Truth. De hecho, jamás se le ocurrió pensar que pudiera haber sido posible para lord Archer tener acceso a los fondos recaudados por la Cruz Roja británica. Si de todo ello se infirió que estaba acusando a lord Archer de haber robado el dinero de la campaña Simple Truth de la Cruz Roja británica, lamenta semejante malentendido, así como cualquier perjuicio que a raíz de ello se pudiera haber causado a la familia de lord Archer.

DÍA 204

Jueves, 7 de febrero de 2002
9:00 horas

El señor Berlyn entra apresuradamente en la enfermería. Después de unos minutos con la enfermera en su oficina, sale para decirme que el Ministerio del Interior ha elaborado un plan de «hacinamiento», ya que todas las cárceles del norte de Inglaterra están al máximo de ocupación. Resultado: tendremos diez nuevos reclusos hoy, y serán «excedentes» en nuestra capacidad actual de 213. Aquí en North Sea Camp ya estamos viendo esas estadísticas de hacinamiento traducidas a la realidad.

Berlyn ha dado instrucciones para que dos reclusos se alojen en la enfermería esta noche. Me temo que esta situación se va a repetir a menudo a lo largo de las próximas semanas y que puede que, sin previo aviso, tenga que compartir mi paraíso particular con otros pecadores. Sin embargo, como pondrán en libertad a seis presos, puede que solo sea algo temporal.

12:07 horas

Linda y Gail salen del módulo de enfermería con una botella de oxígeno y dos botiquines de primeros auxilios. Solo me dicen que un miembro del personal se ha caído de una escalera. Anuncian por megafonía que todos los funcionarios de seguridad deben presentarse de inmediato en el módulo sur. Es como estar otra vez en una cárcel de categoría A, donde esto ocurría a diario. Los presos me dicen que a Nottingham acudían más ambulancias que furgones de policía.

Al cabo de unos minutos, Linda y Gail regresan con un funcionario con la cabeza afeitada y cubierto de sangre. Por lo visto, se inclinó demasiado hacia atrás mientras subía una escalera, perdió el equilibrio y aterrizó en el suelo de cemento. No había ningún preso involucrado.

No tardo en descubrir que puede salir tanta sangre de una pequeña herida en la cabeza que parece mucho peor de lo que es en realidad. Cuando Linda ha terminado de curar al paciente y le doy una taza de té (ingleses…), ya está sonriendo y quitándole hierro a todo el asunto.

Sin embargo, Linda quiere enviarlo al Hospital Pilgrim de todos modos para que le pongan puntos en la herida del cuero cabelludo, y tanto ella como la enfermera del módulo y el señor Hocking, el jefe de seguridad, tienen que rellenar innumerables formularios que demuestren que el responsable no ha sido ningún preso.

18:00 horas

Leo otro capítulo de *Street Drugs*, esta vez para ampliar mis conocimientos sobre el *crack*, sus propiedades y sus consecuencias. No me cuesta aceptar el argumento de que algunos jóvenes, después de haber experimentado con una droga y de que les haya gustado, podrían querer probar otra, simplemente para descubrir si la sensación es aún más excitante.

22:00 horas

Solo uno de los dos reclusos adicionales que debían pasar la noche en la enfermería aparece en mi puerta, con una manta y una sábana bajo el brazo. Parece que han encontrado una cama para el otro recién llegado. Está muy callado, a pesar de que mañana sale en libertad. Se mete en la cama sin más.

—Buenas noches, Jeff —se limita a decirme.

¿Tanto miedo doy?

DÍA 205

Viernes, 8 de febrero de 2002
5:30 horas

—¿Qué coño crees que haces, puto gilipollas?

Estoy a punto de explicarle a mi compañero de habitación por esta noche que escribo durante un par de horas cada mañana, pero cuando me doy la vuelta para mirarlo, me doy cuenta de que todavía está profundamente dormido. Es la primera vez en mucho tiempo que alguien emplea lenguaje malsonante en mi presencia, aunque sea durmiendo, y eso me trae recuerdos de Belmarsh y Wayland. Sigo escribiendo hasta las siete, cuando tengo que despertarlo.

—Buenos días, Jeff —dice.

Para cuando salgo del baño, ha desaparecido. Sus sábanas y sus fundas de almohada están dobladas pulcramente al pie de la cama. A estas alturas ya estará en la recepción, firmando los papeles de su puesta en libertad, y a las ocho y media ya habrá salido de aquí, convertido en un hombre libre [24].

14:00 horas

Nuestros dos nuevos reclusos de hoy son un poco particulares, y no solo porque ambos sean condenados a perpetua (ahora tenemos veintitrés condenados a cadena perpetua de un total de doscientos diez internos). El primero me dice que lleva veintitrés años en la cárcel y solo tiene treinta y nueve. El segundo entra cojeando en la enfermería y pasa un tiempo considerable con la enfermera a puerta cerrada.

Más tarde, cuando le tomo la tensión y compruebo su peso, me dice que ya ha cumplido catorce años, y que hace dos años contrajo encefalitis. Una vez que he rellenado su ficha y se la he entregado a Linda, busco el término «encefalitis» en el diccionario médico. Pobre hombre. Puede que se merezca la cadena perpetua, pero no una encefalitis.

DÍA 206

Sábado, 9 de febrero de 2002
14:00 horas

Hoy vienen a verme Mary y James, y no es ni de lejos un evento social. Mary incluso trae escrito un orden del día. La adoro.

En el terreno doméstico, ha comprado un pequeño espejo victoriano para el salón, y quiere que le dé mi visto bueno. A continuación me dice que la baronesa Nicholson ha escrito diciendo que quiere poner fin a nuestro conflicto, afirmando que nunca quiso que nadie pensara que yo había malversado fondos, para empezar. En ese caso, ¿cómo acabé en una celda de tres pasos por cinco, encerrado durante catorce horas al día en Wayland, si la policía y el servicio de instituciones penitenciarias la malinterpretaron [25] ?

En cuanto a la parcialidad del juez Potts, queda por ver si Godfrey Barker está todavía dispuesto a prestar declaración como testigo. Ha confirmado, en muchas ocasiones en presencia de varios testigos, que Potts, en una cena a la que asistieron él y su esposa, estuvo hablando muy mal de mí durante un espacio de tiempo considerable.

16:00 horas

Cuando me llaman por megafonía para que acuda a recepción, doy por sentado que James ha dejado algo para mí en la puerta. He estado esperando que me llegue una docena de cintas de la serie *El ala oeste de la Casa Blanca*, que tendrán que ir primero a la biblioteca antes de que pueda sacarlas. Resulta que son ocho cintas, doce CD y tres DVD, no de James, sino de un ciudadano anónimo, así que ni siquiera puedo escribirle para darle las gracias.

Alguien más ha enviado siete pliegos de sellos y un paquete de sobres prefranqueados, después de oír cuántas cartas recibo cada día. El señor Garley, el funcionario de guardia, me explica que no puedo quedarme con los sellos (podrían cambiarse por drogas), pero sí puedo quedarme con los sobres prefranqueados (la lógica de la cárcel). ¿No debería haber una regla universal para todas las cárceles? En Belmarsh, una cárcel de categoría A, los sellos están permitidos. No hago ningún comentario. No es culpa del señor Garley, y él no puede



hacer nada al respecto.

DÍA 207

Domingo, 10 de febrero de 2002
7:21 horas

Gail está enfadada. Hace poco compró un Peugeot verde oscuro nuevo y elegante, que aparca delante del módulo de enfermería. Ayer, uno de los presos metió unas cerillas en las cerraduras, así que cuando intentó abrir la puerta, empujó la cerilla más adentro y la cerradura se ha quedado atascada.

16:00 horas

El Club de la Enfermería se reúne para tomar té y galletas. Uno de nuestros nuevos miembros, que solo ha estado con nosotros un mes, saldrá mañana en libertad. Fue juzgado por agresión y condenado a tres meses. Habrá pasado seis semanas en prisión. Lo he observado atentamente en nuestras reuniones y durante su estancia en la cárcel. Es un hombre culto, tiene buenos modales y parece incapaz de matar una mosca.

Le dice al grupo que paró su coche para acudir en auxilio de una mujer que estaba sufriendo una agresión, pero por sus molestias, un hombre que resultó ser el novio de la mujer lo derribó al suelo de un puñetazo. Luego la pareja se fue en su coche. Él regresó a casa, pero luego lo detuvieron por agresión, ya que la mujer declaró que era él quien la había agredido. Si hubiera ido primero a la comisaría y denunciado la agresión, el otro hombre estaría ahora en la cárcel, y no él. Ha perdido su trabajo en la compañía farmacéutica en la que llevaba trabajando veintiún años y le preocupa no poder conseguir otro trabajo ahora que tiene antecedentes penales. Su mujer lo ha apoyado y espera que uno de los competidores de su antigua empresa quiera aprovechar toda su experiencia en el sector[26]. Lo que me lleva al tema de las esposas de los presos.

De los siete miembros casados del Club presentes en la reunión de hoy, dos de sus esposas han tenido que vender sus casas y mudarse a casas más pequeñas en otro barrio; dos han tenido que buscar un trabajo a jornada completa mientras intentaban criar a sus hijos (tres en un caso, dos en el otro), y los otros dos han recibido sendas

demandas de divorcio mientras estaban en la cárcel. Yo soy el séptimo.

No pretendo excusar ninguno de los delitos cometidos por estos hombres, pero creo que merece la pena recalcar que muchas veces son las esposas las que sufren aún más que los maridos…, y para ellas no hay ningún programa de apoyo y reinserción.

DÍA 208

Lunes, 11 de febrero de 2002
9:00 horas

Uno de los presos que espera a que lo visite el doctor el doctor Walling esta mañana es un paciente habitual. Hoy se las ha arreglado para clavarse un clavo en la cabeza. Solo le ha arañado la superficie del cráneo, pero le ha salido mucha sangre. Una vez que Gail lo ha curado y vendado, pregunta:

—¿Podría tener óxido en el cerebro?

14:00 horas

La cárcel está abarrotada; 211 en el recuento de anoche. Dos reclusos han salido en libertad esta mañana y tres nuevos presos han llegado esta tarde procedentes de Leicester. No podrían ser más diferentes. Uno tiene dieciocho años y cumple una condena de seis semanas por un delito contra la seguridad vial. Solo le quedan dos semanas para ocupar una plaza en la Universidad de Leicester en septiembre para estudiar Matemáticas. El segundo tiene unos veinticuatro años y está cumpliendo seis meses por pegarle a alguien en un *pub*. Pide ayuda para sus problemas con el alcohol, que las autoridades penitenciarias consideran una droga tan peligrosa como el cannabis o la heroína. El tercero cumple una condena de seis años por un delito de lesiones graves, un año de los cuales lo pasó en Belmarsh.

18:00 horas

Asisto a la reunión semanal del CARAT, pero uno de los presos tiene reparos sobre mi presencia allí, así que me voy inmediatamente.

El orientador me dice más tarde que como nunca he consumido drogas y estoy escribiendo un diario, el preso siente que no puede expresarse con libertad estando yo presente, lo cual me parece razonable.

Me siento a leer el último folleto sobre el tema de la drogadicción, que lleva por título «¿Su hijo se droga?». No, gracias a Dios. Sin embargo, su lectura es fascinante. No es raro que un niño empiece a

fumar a los siete años —once es lo habitual— así que no resulta sorprendente que algunos chavales se enganchen a la heroína a los catorce años.

DÍA 209

Martes 12 de febrero de 2002
9:00 horas

Esta mañana tenemos la consulta completa: tres para su puesta en libertad, dos para un permiso temporal de una semana y once con enfermedades imaginarias o reales. El doctor Allwood, un hombre minucioso y concienzudo, siempre se toma su tiempo. De hecho, después de cuarenta minutos, uno de los reclusos de la sala de espera se queja de cuánto está tardando. Gail sale de la consulta y le dice al preso que su marido fue a ver al médico de cabecera la semana pasada y tuvo que esperar tres horas, y eso después de tener que esperar una semana para pedir cita. El preso sigue refunfuñando.

Chris, un condenado a perpetua (asesinó a su esposa), se sube la manga y me enseña una cicatriz descolorida en el interior del brazo.

—Esto me lo hice yo solo —dice, enseñándosela al preso protestón, que parece sorprendido—. Sí —continúa—, mi compañero de celda me apuñaló, a media noche, ¿sabes? Bueno, pues cuando apreté el botón de emergencia, no vino ningún guardia a ayudarme porque estaba en el último piso. —Ahora Chris ha captado toda la atención del resto de la consulta—. No hubo ningún médico de Gartree que viniera a ayudarme, así que me lo cosí yo mismo.

Observo su cicatriz descolorida con cara de incredulidad, pero Gail asiente para confirmarme que ha visto muchos ejemplos de sutura *amateur* a lo largo de los años.

—Solo una aguja e hilo, eso fue lo único que necesité —añade.

10:40 horas

El señor Berlyn entra en la enfermería y dice que necesita hablar urgentemente conmigo. Entramos en la sala. Se ha puesto en contacto con el señor Le Sage, de la cárcel de Stocken, para que lo acompañe cuando dé su charla en las escuelas sobre los problemas de los jóvenes que se meten en el mundo de la droga y terminan en la cárcel. La buena noticia es que el señor Le Sage está buscando un nuevo preso para ayudarle y ha accedido a viajar a North Sea Camp el próximo lunes para hablar de la posibilidad de que yo trabaje con él. Es la

mejor noticia que he recibido desde que me nombraron ordenanza del módulo de enfermería.

Escapar de los límites de North Sea Camp, visitar escuelas y sentir que estoy haciendo algo útil debe de ser el siguiente paso en este extraño viaje. Doy las gracias al señor Berlyn y una vez más tengo motivos para esperar algo con ilusión. El próximo lunes.

15:00 horas

Hoy solo llegan dos presos nuevos porque la cárcel está llena. Cuando reviso la lista, veo que uno de ellos se llama Blackburn.

—Ya tenemos a un Blackburn —le digo al joven sentado frente a mí.

—Sí, es mi padre —dice—. Era mi coacusado. —Huelo una historia—. No te vas a creer por qué nos han encerrado, Jeff —añade. Permanezco en silencio—. Nos pillaron robando unas barritas de chocolate Lion y nos cayeron tres años y medio.

—Eso parece un castigo un poco exagerado —digo, como un tonto.

—Sí, bueno, tengo que admitir, Jeff, que eran cuarenta y seis toneladas de barritas de chocolate por valor de casi doscientas mil libras.

—Pero ¿cómo colocas barritas de chocolate robadas en el mercado?

Se ríe.

—Ya teníamos un comprador.

—¿A qué precio?

—Cuarenta mil.

—Entonces, ¿cómo os pillaron?

—Uno de los vigilantes nocturnos que formaba parte de nuestro equipo nos delató, ¿sabes?

—¿Por qué?

—Estaba acusado de un cargo menor de robo e hizo un trato con la poli.

—¿Y se lo rebajaron?

—Sí, retiraron los cargos, pero lo trincaron por otra cosa un par de meses más tarde y luego lo encerraron en la cárcel de Scrubs… con mi padre.

16:07 horas

El señor Hocking aparece por la enfermería para decirme que se alegra de que vaya a salir a ayudar a un funcionario con su charla sobre

drogadicción. Ya ha informado al director que no se me considera un riesgo para la seguridad. Solo ha estado conmigo un par de minutos cuando lo llaman por radio y le pide que acuda a la oficina de seguridad inmediatamente.

—Ha habido otro —son las únicas palabras que escucho con claridad. Pongo cara de interrogación.

—Tenemos un confidente en serie —explica—. Nos escribe todos los días con un soplo diciéndonos quiénes son los traficantes y dónde encontraremos la próxima entrega. Hasta ahora ha acertado todas las veces.

—¿Y se sabe quién es el confidente? —pregunto.

—Ni idea, y no quiero saberlo —responde—. Lo único que puedo decirle es que es la misma letra cada vez.

DÍA 210

Miércoles, 13 de febrero de 2002
5:43 horas

Anoche soñé con un hombre encantador llamado John Bromley —Brommers para sus amigos— que murió de cáncer hace unos días. Tuve el privilegio de trabajar *con* él, porque no trabajabas *para* John, aunque era el jefe de deportes de la ITV. Tenía el increíble don de hacer que hasta la auxiliar encargada de hacer el té se sintiera parte del equipo. Si te gustaba el deporte, el buen humor, el buen vino y las mujeres hermosas, era sencillamente la mejor compañía que un hombre podía pedir. Estoy seguro de que asistirá tanta gente a su funeral como al de un jefe de Estado. Espero salir a tiempo para poder asistir.

9:30 horas

Un hermoso labrador negro llamado Bessie entra en la enfermería acompañado por dos oficiales de la brigada antidroga. Me dicen que espere en el vestíbulo mientras Bessie hace su trabajo. A través de la puerta cerrada, oigo al animal olisquear buscando drogas entre mis objetos personales. Si Bessie sabe leer, encontrará varios libros, folletos y documentos sobre drogas, pero hasta que los tests de droga no detecten los refrescos de grosella, el agua Evian o el Bovril, no va a encontrar mucho más.

Los otros presos sentados en el vestíbulo esperando para ver al médico no pueden ocultar su sorpresa. Momentos después, la puerta se abre y Bessie reaparece, y al pasar por mi lado, me ignora olímpicamente… lo cual es buena señal, porque si Bessie empieza a olisquearte, estás metido en un lío. Si te lame, te denunciarán. Debería estar contento, pero cuando vuelvo al interior de la sala, las huellas de Bessie están por todas partes, y ayer mismo fregué el suelo.

11:00 horas

El señor Hocking explica que el registro para detectar algún rastro de droga tenía un propósito: están a punto de hacer una redada

importante, siguiendo otro chivatazo, y quería que los otros internos vieran que yo también estaba sometido al mismo trato que los demás. Ahora todos en la prisión lo sabrán, y algunos incluso se preguntarán si están a punto de enviarme a otra cárcel. Sospecho que el verdadero registro tendrá lugar hoy más tarde.

15:00 horas

Recibo la visita de mis abogados Tony Morton Hooper y Lord Mishcon, ahora de ochenta y cuatro años; es muy amable por su parte someterse a las siete horas del trayecto de ida y vuelta. Pasamos las próximas dos horas preparándonos para la próxima apelación, aunque no es que se haya fijado una fecha todavía.

18:00 horas

Doug me dice que vamos a tener un nuevo director, el señor Beaumont. Como fue director de la cárcel de Leicester, habrá muchos reclusos que podrán informarnos sobre él.

DÍA 211

Jueves, 14 de febrero de 2002
8:15 horas

Ya no desayuno en el comedor principal porque Linda me suministra una caja de copos de cereales una vez a la semana y media pinta de leche cada día. Hoy ha añadido un nuevo manjar: un plátano.

9:00 horas

Uno de los presos de la consulta de esta mañana necesita un permiso de fin de semana firmado por el médico que demuestre que su estado de salud es apto para salir de la cárcel. Ayer se le revocó el permiso porque sacó una gran suma de dinero de su cuenta de peculio, dejando un saldo de solo 3,72 libras. No puede salir el fin de semana a menos que tenga cuatro libras como mínimo en su cuenta. Suponen que si vacía su cuenta, lo más probable es que no vuelva y se fugue, cosa que parece harto improbable en su caso, ya que al preso solo le quedan dos semanas de condena.

El señor Berlyn muestra algo de sentido común y permite al preso poner veintiocho peniques en la cuenta antes de firmarle el permiso de fin de semana.

12:00 horas

Almuerzo en la cantina. Patatas asadas y coles, seguidas de bizcocho recubierto —y nótese el énfasis en «recubierto»— de natillas. Nunca me como el segundo plato, pero me lo llevo igualmente porque Carl siempre se puede comer dos raciones.

15:00 horas

El doctor Harris está de guardia, y su primer cometido consiste en firmar los papeles de alta de ocho presos que saldrán mañana en libertad. A todos ellos les han concedido la libertad bajo control telemático, lo que les permite salir dos meses antes de finalizar su

condena, siempre y cuando permanezcan en sus casas entre las siete de la tarde y las siete de la mañana. Este horario puede ser flexible si afecta a su trabajo.

Cuando llegué a North Sea Camp y trabajé como ordenanza en la unidad de gestión de las penas, el comité que decidía conceder la libertad bajo control telemático, formado por el señor Berlyn y el señor Simpson, solía dar el visto bueno a cerca del cincuenta por ciento de los presos que podían optar a ese privilegio. Ahora se concede la libertad para los ocho el mismo día[27], incluido un joven de veintitrés años que ya ha estado en prisión cuatro veces. Lee admite que se sorprendió mucho cuando el comité le concedió la libertad bajo control telemático, ya que su delito fue dar un puñetazo a alguien en la nariz en una pelea en un *pub* y, en cualquier caso, considera la cárcel como una forma de vida. De hecho, su último comentario a Linda antes de irse es el siguiente:

—Nos vemos hacia a finales de año, si no antes. —Se vuelve hacia mí y añade—: Esperemos que ya estés fuera para entonces, Jeff.

16:15 horas

Barro la sala y paso la fregona. En días alternos paso la aspiradora por el pequeño despacho de Linda para eliminar las huellas de Bessie. Todo muy terapéutico.

17:00 horas

Llamo a Mary. Me da las gracias por el ramo de flores que le pedí a Alison que le enviara ayer. Luego me pone al día con respecto a Angie Peppiatt y el juez Potts.

17:30 horas

Recojo mi correspondencia. Once tarjetas de San Valentín, que expongo en la sala para que todos las vean, además de varias cartas, incluida una de John Major y otra de Billy Connolly.

Hace muchos años, cuando John era ministro de Hacienda, le pedí que inaugurara la ampliación de nuestro nuevo cenador (un capricho arquitectónico) en la casa de Old Vicarage en nuestra fiesta anual de verano. John describió el edificio como «el segundo “capricho” de Mary». Billy habló a continuación y lo cerró inmediatamente.

DÍA 212

Viernes, 15 de febrero de 2002
5:23 horas

Acabo de descubrir por qué son siempre los mismos cinco reclusos los que se presentan delante de la cola todas las mañanas para que les demos su medicación; Linda, como enfermera del módulo de enfermería, solo les proporciona medicamentos para un día, mientras que si la consulta fuera «externa» les prescribiría mediación suficiente para una semana, y en algunos casos incluso un mes. ¿Por qué?, os preguntaréis.

a. Si un preso recibiera la medicación de un mes, podría tomársela toda perfectamente en un solo día.
b. También podría dar su medicación a cambio de otras drogas[28].
c. Los medicamentos podrían perderse o ser robados.

Como resultado, cada mañana tenemos una larga cola para el suministro diario de medicamentos, así que todos volverán mañana.

7:30 horas

El señor Beaumont, el nuevo director, ha estrenado su puesto con una actividad frenética. Ha pedido que le pinten el despacho y que le cambien todos los muebles, y todo tiene que estar listo para cuando vuelva de una visita al Ministerio del Interior mañana.

8:30 horas

El señor Vessey, un funcionario de seguridad, entra en la enfermería. Su presencia suele ser sinónimo de que están a punto de detener a un preso por algún delito. No se me ocurre ninguno que haya podido cometer recientemente, aparte de estar en posesión de una botella de refresco de grosella Ribena (introducida de contrabando por Doug). El señor Vessey, que nunca hace el menor esfuerzo por ser amable, me pide que le acompañe, y parece encantado de sacarme del módulo de

enfermería y hacerme atravesar las instalaciones. Varios presos miran con incredulidad. Al final me dice que mi nombre ha aparecido en el ordenador para una prueba aleatoria de detección de drogas.

Me escolta hasta un módulo prefabricado, donde me encierran en una habitación con otros cinco presos. Tres de ellos parecen relajados y charlan tan tranquilos, mientras que los otros dos están en silencio, nerviosos y parecen claramente preocupados. Unos minutos más tarde oigo una llave que gira en la cerradura y otro funcionario se reúne con nosotros.

Cuatro de nosotros hemos aparecido en la ordenador de forma aleatoria, mientras que otros dos están aquí por «una sospecha razonable». Seguro que el chivato en serie ha dado sus nombres. El funcionario lee el formulario que le autoriza a llevar a cabo la prueba (véase página siguiente) antes de preguntar quién quiere hacerla primero.

Me levanto y lo sigo a una habitación contigua. Me explica el procedimiento (véase **imagen 315**) y me pide que firme un formulario con mi consentimiento. Entonces me pide que me desvista y me ponga una bata. El señor Vessey me da un recipiente de plástico y me pide que vaya al baño de al lado y lo llene con al menos sesenta mililitros de orina. Una vez hecho esto, le devuelvo el recipiente al señor Vessey, que abre dos tubos de plástico en mi presencia y luego vierte la mitad de la orina en cada tubo. Después de que haya firmado con mis iniciales ambos tubos, él los cierra y los introduce en una bolsa de plástico, que también sella. La bolsa se deposita entonces en la nevera. Señala que mi nombre no está en la bolsa, solo mi número de preso, el FF8282.

Tras completar este procedimiento, firmo otro formulario para confirmar que estoy satisfecho con la forma en que se ha realizado la prueba. Luego me dan permiso para volver a la enfermería.

A pesar de que se trata de una experiencia humillante, la apruebo totalmente. Aunque nunca me he llevado bien con el señor Vessey, es un profesional que no puede ocultar su desprecio por cualquiera que esté involucrado en el mundo de la droga, sobre todo por los traficantes.

MANDATORY DRUG TEST AUTHORISATION FORM

Prisoner Name: ......ARCHER...... **Number:** FF8282

Test Reference Number:
NS 33/01

For allocation when sample is collected

1. The governor has authorised that in accordance with Section 16A of the Prison Act 1952 any prisoner may be required by a prison officer to provide a sample of urine for the purposes of testing for the presence of a controlled drug.

2. You are now required under the terms of Section 16A to provide a fresh and unadulterated sample of urine for testing for the presence of controlled drugs.

3. Authority for this requirement was given by: ......GOVERNOR......

4. Reason for requirement: (only one box to be ticked)

   [✓] **Random test:** You have been selected for this test on a strictly random basis.

   [ ] **Reasonable suspicion:** You have been selected for this test because staff have reason to believe that you have misused drugs. This test has been approved by a senior manager.

   [ ] **Risk assessment:** You have been selected for this test because you are being considered for a privilege, or a job, where a high degree of trust is to be given to you.

   [ ] **Frequent test programme:** You have been selected for more frequent testing because of your previous history of drug misuse.

   [ ] **On reception:** You have been selected for testing on reception on a random basis.

5. The procedures used during the collection and testing of the sample have been designed to protect you and to ensure that there are no mistakes in the handling of your sample. At the end of the collection procedure you will be asked to sign a statement confirming that the urine sealed in the sample bottles for testing is fresh and your own.

6. Your sample will be split at the point of collection into separate containers which will be sealed in your presence. In the event of you disputing any positive test result, one of these containers will be available, for a period of up to 12 months, for you to arrange, if you so wish, for an independent analysis to be undertaken at your own expense.

7. You will be liable to be placed on report if you:

   (a) provide a positive sample;
   (b) refuse to provide a sample; or,
   (c) fail to provide a sample after 4 hours of the order to do so (or after 5 hours if the officer believes that you are experiencing real difficulty in providing a sample).

Consent to Medical disclosure

* (i) During the past 30 days I have not used any medication issued to me by Health Care.

Signature of Prisoner : ......[signature]...... **Date:** 15.2.02.

PRISON SERVICE CHAIN OF CUSTODY PROCEDURE

Prisoner Name: ARCHER — Number: FF8282

RANDOM TESTING PROGRAMME

This form is to be used only for tests conducted as part of the MDT random programme (i.e. where prisoners have been selected by the LIDS computer)

Test Reference Number: NS 33/01

Checklist for sample collection - tick boxes as you proceed. Refer to guidance notes if in doubt.

1 [✓] Only **One** sample collection kit present.
2 [✓] Check identity of prisoner. Complete details above and in sample collection register.
3 [✓] Carry out search and handwashing procedures. (No soap).
4 [✓] Show the prisoner that the collection cup and bottles are empty.
5 [✓] Ask prisoner to provide enough urine to be split **equally** between the two sample bottles.
6 [✓] *Take temperature using the temperature strip. If temperature is out of range (32-38C) (90-100F), make note in comment section and refer to guidance notes.*
7 [✓] **Watched by prisoner,** transfer urine **equally** between the two bottles. Fill each **above 15ml line and below 30ml line. Press caps on securely.**
8 [✓] Ask prisoner to initial and date both bottle seals.
9 [✓] **Watched by prisoner,** place a seal over each bottle cap.
10 [✓] Dispose of any surplus urine and the cup.
11 [✓] Pack two bottles in mailing container and then in chain of custody bag - **Do not seal bag.**
12 [✓] **Watched by prisoner,** fix barcode labels and enter test reference number on all copies of this form.
13 [✓] Ask the prisoner to sign and date the Prisoner's Declaration below.
14 [✓] Complete Chain of Custody Report, tear off and place in chain of custody bag facing outwards.
15 [✓] Seal bag, ask prisoner to initial bag where indicated.
16 [✓] Place sealed bag in secure refrigerator until ready for despatch to laboratory.
17 [✓] Allow prisoner to leave.

Prisoner Declaration

I confirm that (i) **I understand why I was required to provide the sample and what may happen if I fail to comply with this requirement;**
(ii) **the urine sample I have given was my own and freshly provided;**
(iii) **the sample was divided into two bottles and sealed in my presence with seals initialled and dated by me;**
(iv) **the seals used on these bottles carry a barcode identical to the barcode attached to this form.**

Signature of prisoner .... Date 15 . 2 . 02.

Volver a 8:30 horas < <

9:00 horas

Uno de los presos que debe comparecer ante el director esta mañana ha sido acusado de posesión ilegal de marihuana... pero con una diferencia: cuando entraron en su habitación lo encontraron a punto de tragarse un pequeño paquete de plástico. Lo redujeron y le sacaron la prueba de la boca. Si se hubiera tragado el contenido, no habrían podido acusarlo. El paquete era uno de los que suministramos del módulo de enfermería con seis pastillas de paracetamol, solo que este tenía una onza de marihuana dentro, y el recluso acabó con siete días añadidos a su sentencia.

15:00 horas

El señor Hocking se presenta en la enfermería con un maletín de gran tamaño y desaparece en el despacho de Linda. Salen los dos al cabo de unos minutos y se reúnen conmigo en la sala. Depositan el maletín de

plástico encima de una de las camillas de la enfermería y, cuando lo abren, veo que dentro hay un surtido de drogas: veintiún contenedores de plástico cuadrados incrustados en gomaespuma muestran la variedad de drogas que hay actualmente en el mercado. Por primera vez veo heroína, *crack*, pastillas de éxtasis, anfetaminas y marihuana en todas sus formas.

Linda y el señor Hocking me dan la charla introductoria que ofrecen a cualquier funcionario de prisiones sobre cómo reconocer los diferentes tipos de droga y la forma en que se pueden tomar. Es obvio que el señor Berlyn y su equipo de seguridad están decididos a que reciba la formación adecuada antes de dejarme acompañar al señor Le Sage cuando visitemos las escuelas.

Es fascinante estar estudiando a mi edad (sesenta y un años) una asignatura nueva como si fuera un estudiante de primer curso.

17:00 horas

El nuevo director, el señor Beaumont, está haciendo un recorrido por el centro y pasa siete minutos en la enfermería, una visita relámpago. Ha oído que Linda y Gail dirigen el módulo de manera muy eficiente y, mientras eso siga siendo así, tienen la impresión de que no va a interferir en la gestión.

DÍA 213

Sábado, 16 de febrero de 2002
8:45 horas

Ayer me llevaron a marchas forzadas a someterme a una prueba obligatoria de detección de drogas. Hoy anuncian por megafonía que se ofrecen pruebas voluntarias de detección de drogas para los presos cuyos apellidos que empiecen por letras de la A a la E. Se las conoce como pruebas con tiras de orina porque, una vez más, orinas en un contenedor de plástico, pero esta vez el funcionario responsable sumerge una pequeña tira en el recipiente y te da el resultado al cabo de un momento.

Me dirijo al módulo prefabricado, donde proporciono otros sesenta mililitros de orina y doy negativo inmediatamente, lo que hace que la prueba de ayer sea más bien redundante.

Más tarde me entero de que uno de los presos con un apellido que empezaba por B ha dado positivo y ha tenido que llamar a su mujer para decirle que no le dejarán salir de permiso este fin de semana. Como era una prueba voluntaria, no entiendo por qué aceptó someterse a ella.

10:00 horas

La consulta siempre está muy tranquila el fin de semana porque la mayoría de los reclusos que aparecen entre semana con distintas dolencias con la esperanza de librarse de trabajar, se quedan en la cama, mientras que los que están sanos nunca vienen a vernos de todos modos.

11:00 horas

Carl y un recluso llamado Jason que solo estará con nosotros dos semanas (delito contra la seguridad vial) aparecen en la enfermería. Juntos sacamos todas las camas de la sala y las empujamos al pasillo antes de ponernos a limpiar a fondo el módulo.

Jason me dice que «en la calle» es pintor y decorador, y que podría repintar la sala durante sus dos semanas de encarcelamiento. Hablaré

con el director el lunes, porque a 8,20 libras a la semana sería una ganga increíble. Tal vez os estéis preguntando por qué Carl y Jason me han ayudado con la limpieza a fondo del módulo. Por puro aburrimiento. La tarea nos ha tenido entretenidos una mañana entera a todos.

14:00 horas

Veo al equipo de fútbol de la prisión perder 7-2, y soy testigo de otros dos ejemplos de extrema estulticia entre los presos: nuestro portero, que fue expulsado por el mismo árbitro la última vez que jugamos, vuelve a gritarle obscenidades y se sorprende cuando es expulsado de nuevo. Me temo que volverá a la cárcel a los pocos meses de salir en libertad. Sin embargo, lo peor es que nuestro delantero centro es un preso que acaba de salir del Hospital Pilgrim después de una lesión en la ingle y le han prescrito reposo absoluto durante seis semanas. Es evidente que el lunes se presentará en la consulta esperando comprensión. No es de extrañar que el sistema nacional de salud esté sumido en una crisis tan profunda si los pacientes se comportan de forma tan irresponsable después de recibir los consejos de un experto.

DÍA 214

Domingo, 17 de febrero de 2002
6:01 horas

Si me hubieran impuesto la misma condena que a Jonathan Aitken, hoy habría salido en libertad. Jonathan fue condenado a dieciocho meses pero solo tuvo que cumplir siete (la mitad menos dos meses de condena) por buen comportamiento. Mañana no volveré a casa con mi esposa y mi familia porque el juez Potts me condenó a cuatro años. En vez de eso me reuniré con Mark Le Sage, un funcionario de la prisión de Stocken que visita las escuelas de Lincolnshire para advertir a los niños sobre las consecuencias de tomar drogas.

Me quedaré en North Sea Camp hasta que sepa el resultado de mi apelación, pero por primera vez en siete meses (desde el funeral de mi madre) podré salir de la cárcel y volver al mundo exterior.

DÍA 215

Lunes, 18 de febrero de 2002
10:00 horas

El señor Le Sage no se presenta a nuestra reunión.

El director de la cárcel de Stocken ha decidido que no tienen por qué costear los gastos de mi desplazamiento con el señor Le Sage para realizar la visita a la escuela, porque ya no sería una actividad voluntaria que el señor Le Sage haría normalmente en su tiempo libre.

Como suele ocurrir en las prisiones, alguien busca siempre una razón para *no* hacer algo en lugar de intentar poner en práctica las buenas ideas. No puedo fingir que ya esté tan acostumbrado a esta actitud negativa como para no haberme llevado una decepción. El señor Berlyn tampoco puede disimular su ira y parece decidido a no frustrarse por este contratiempo. Ha decidido que North Sea Camp enviará a su propio funcionario (el señor Hocking) para escoltarme y para que así pueda asistir a las charlas con Mark Le Sage. Como no sabré si darán luz verde a esta propuesta hasta que Berlyn haya hablado con el director de Stocken, continuaré en mi papel como ordenanza del módulo de enfermería.

11.30 horas

Alan Purser, el orientador de la cárcel en asuntos relacionados con la drogadicción, se pasa por la enfermería para darme un ejemplar *The Management of Drug Misuse in Prisons* [La gestión del abuso de drogas en las cárceles], de la doctora Celia Grummitt. La doctora Grummitt se va a convertir en mi nueva compañera de cama.

16:00 horas

El señor Vessey ha acusado a Chris (cadena perpetua, asesinato) y a David (cadena perpetua, asesinato) de posesión de cuatro patatas y una col en la granja. En circunstancias normales, esto no habría causado gran interés, ni siquiera en nuestro microcosmos. Sin embargo, esta va a ser la primera resolución disciplinaria del nuevo director, que todos esperamos con impaciencia.

DÍA 216

Martes, 19 de febrero de 2002
10:00 horas

El señor Beaumont desestimó los cargos contra Chris y David cuando un trabajador de la granja salió a declarar que les había dado permiso para coger las patatas y la col.

14:07 horas

Como parte de mi preparación para hablar con los niños sobre los peligros y las consecuencias de las drogas, recibo la visita de una agente de policía adscrita a la brigada antidroga de Lincolnshire. Se llama Karen Brooks y es una atractiva rubia de treinta y cinco años, madre soltera de dos hijos. Solo lo digo para señalar que se trata de una mujer normal. Karen ha cumplido dos años y medio de una asignación de cuatro en la brigada antidroga, habiendo sido miembro de los cuerpos de seguridad durante los últimos catorce años; desde luego, no es la imagen que ofrece la televisión ni que se suele tener de una agente de la brigada antidroga.

Me da una charla que dura poco más de una hora, y quizá su respuesta más terrible a mis interminables preguntas —y es brutalmente sincera— es que ha pedido que la trasladen a otro departamento porque ya no puede soportar más la presión diaria de trabajar con drogadictos.

Karen admite que aunque le gusta su labor, piensa que ojalá no se hubiese ofrecido nunca voluntaria para la brigada antidroga, para empezar, porque las cicatrices mentales y emocionales la van a acompañar el resto de su vida.

Su hijo, de doce años, es alumno de una de las mejores escuelas de Lincolnshire, y un chaval de catorce ya le ha ofrecido drogas. No se trata de una escuela desfavorecida en el East End de Londres, sino un centro de primera categoría en Lincolnshire.

Karen me cuenta entonces una historia que la pone al borde de las lágrimas. Una vez detuvo a una niña de doce años de una familia de clase media, hija de una pareja de profesionales liberales, por robar un par de calcetines de los almacenes Woolworth's. Los padres de la niña

se quedaron horrorizados y le aseguraron a Karen que no volvería a suceder. Dos años después la niña fue arrestada por robar en una tienda de lencería, y salió en libertad condicional. La siguiente vez que la vio, la chica tenía diecisiete años, pero parecía mucho mayor: tres años experimentando con la marihuana, la cocaína, el éxtasis y la heroína, y su relación con un traficante de drogas de veinte años, le habían pasado factura. La chica murió el mes pasado a la edad de dieciocho. El traficante sigue vivo, y sigue con su actividad.

Cuando Karen se dispone a marcharse, le pregunto cuántos agentes hay asignados a la brigada antidroga.

—Cinco —responde—, lo que significa que solo alrededor del diez por ciento de nuestro tiempo es proactivo, mientras que el otro noventa por ciento es reactivo.

Dice que vendrá a verme de nuevo dentro de dos semanas.

DÍA 228

Domingo, 3 de marzo de 2002
6:30 horas

Ayer leí el texto de Celia Grummitt sobre el consumo de drogas en las cárceles y es preciso destacar los siguientes hechos:

a. Siete millones de personas en Gran Bretaña consumen drogas con regularidad (esto no incluye el alcohol ni el tabaco).
b. Dieciséis millones de personas en Gran Bretaña fuman tabaco.
c. Los problemas relacionados con la droga le cuestan actualmente al servicio nacional de salud, al cuerpo de policía, al servicio de instituciones penitenciarias, a los servicios sociales, al servicio de la libertad condicional y a los tribunales —a todo el país— dieciocho mil millones de libras al año.
d. Si Gran Bretaña no tuviera un problema de drogas, y con ello me refiero al abuso de drogas de clase A como la heroína y el *crack*, podríamos cerrar el veinticinco por ciento de nuestras cárceles, y no habría listas de espera en el servicio nacional de salud.
e. En 1975, menos de diez mil personas consumían heroína. Hoy en día son doscientas veinte mil, y para aquellos de vosotros que nunca habéis tenido que preocuparos por vuestros hijos, solo tenéis que pensar en vuestros nietos.

DÍA 231

Miércoles, 6 de marzo de 2002
10:00 horas

Mark Le Sage, el joven funcionario de la cárcel de Stocken, viene a verme a la enfermería. Lleva los últimos doce años en el servicio de instituciones penitenciarias, y durante los últimos ocho, ha pasado muchas horas como voluntario visitando escuelas de la zona de Norfolk.

El señor Berlyn se reúne a nosotros, ya que fue idea suya que yo asistiera a un par de charlas de Mark antes de ir por mi cuenta. Como aún no he llegado a mi fecha de elegibilidad para la obtención de permisos penitenciarios, tendré que ser acompañado por el señor Hocking, que también ha accedido a llevar a cabo esta tarea en su tiempo libre, ya que North Sea Camp no tiene los fondos para cubrir el gasto extra (14 libras por hora). Berlyn dice que escribirá al director de la cárcel de Stocken hoy mismo, ya que el señor Le Sage depende de él.

Blossom (nómada, véase **Fotografía del día 147**) comparece hoy en el Tribunal Superior para la vista de su recurso de apelación. Actualmente está cumpliendo una sentencia de cinco años y medio por robar coches y caravanas. Se ha dejado aún más barba, ya que espera que el juez piense que es mucho mayor de lo que es en realidad y que, por tanto, le reduzca la sentencia. Tiene la intención de afeitarse la barba tan pronto como regrese esta noche.

18:00 horas

Blossom vuelve de la vista oral y anuncia que le han rebajado un año de sentencia. No ha tenido nada que ver con la longitud de su barba, porque solo estuvo en el banquillo un par de minutos y el juez apenas si le echó un vistazo. Está claro que ya había leído toda la documentación relevante mucho antes de que apareciera Blossom.

19:00 horas

Blossom ya se ha afeitado.

El otro dato interesante a partir de la visita de Blossom al Tribunal Superior fue que tres traficantes de cannabis han visto reducidas sus sentencias a la mitad, de siete a tres años y medio. ¿Una señal de lo que vendrá?

DÍA 234

Sábado, 9 de marzo de 2002
8:00 horas

Blossom viene a ver a la enfermera. Llega con muy mala cara: su mujer le ha escrito para decirle que su hijo mayor (de veintinueve años) está enganchado a la heroína. Me pide que rellene un formulario para que pueda solicitar un permiso por motivos humanitarios. Me dice que ya ha conseguido unas esposas y que planea encadenar al chico a una tubería de agua hasta que deje la droga. Lo dice muy en serio.

Linda le señala con firmeza que su plan no es legal ni demasiado práctico, y que tampoco le servirá de gran cosa a su hijo.

18:00 horas

Le han concedido a Blossom un permiso por razones humanitarias de dos días. El hombre es una extraña combinación de nobles valores morales y maleante. No le importa nada robar caravanas y coches, razón por la cual varios miembros de su familia han acabado en la cárcel, pero se queda hecho polvo al descubrir que su hijo consume heroína. Es un hombre que lleva casado treinta y seis años, tiene once hijos e innumerables nietos, y hasta ahora, ninguno de sus hijos había estado metido en drogas.

DÍA 235

Domingo, 10 de marzo de 2002
14:00 horas

Hoy mis visitas son Ed Streator, antiguo representante de la misión diplomática de Estados en el Reino Unido y más tarde embajador de Estados Unidos en la OTAN, y el parlamentario Quentin Davies, que actualmente es secretario de Estado en la sombra para Irlanda del Norte. Los noventa minutos pasan volando, ya que ambos hombres tienen mucho que contarme sobre lo que está pasando ahí fuera donde estáis todos vosotros.

Había olvidado que Quentin era el secretario privado de Kenneth Baker cuando era ministro del Interior. Durante ese período, se formó una sólida opinión sobre la reforma de nuestro sistema penal después de tomar conciencia del problema de las drogas tanto dentro como fuera de las cárceles. Habla con una franqueza y una sinceridad estimulantes sobre ambos temas.

Ed añade un punto de vista desde el otro lado del Atlántico, y cuando hablamos sobre el debate del cannabis me recuerda que California acaba de aprobar una ley para prohibir que los menores de veintiún años compren tabaco, y mucho menos cannabis. De hecho, añade, en California prácticamente está prohibido fumar en cualquier lugar salvo en tu propia casa. Quentin sugiere que si el tabaco se descubriera hoy en día, los cigarrillos serían ilegales y se establecerían condenas dos años por posesión y de cinco años para los estanqueros.

16:00 horas

Stephen es el último miembro en unirse al Club de la Enfermería (los domingos de cuatro a seis de la tarde). Actualmente cumple condena de dos años por robo, obstrucción a la justicia y falsificación contable. Pero hay algunos giros argumentales interesantes.

Es excapitán del Cuerpo General del Ejército Británico y, después de someterse a un consejo de guerra, fue enviado a la cárcel de Colchester (centro penitenciario del ejército) durante el primer mes. Sin embargo, como su sentencia era de más de veintiocho días, lo trasladaron automáticamente al sistema penitenciario civil para que

completara su condena.

Y ahora, el segundo giro: un fallo del Tribunal Europeo de Justicia ha determinado hace poco que el sistema disciplinario de las fuerzas armadas no es válido, y todos los presos que estén cumpliendo una condena resultante de un consejo de guerra deben ser puestos en libertad.

Stephen no solo podría salir en libertad, sino que también tendrá derecho a una indemnización de 60 000 libras, además de ser reincorporado al ejército como capitán. Nuestros jefes en La Haya han decidido que no deberías ser detenido, acusado, juzgado y condenado *por tus compañeros*.

Stephen me dice que en la actualidad hay seiscientos presos de este tipo en las cárceles británicas y espera conocer la consecuencia de este fallo en las próximas semanas.

El último giro argumental: justo antes de ser detenido, Stephen recibió una carta de su superior al mando para comunicarle que estaban considerando su nombre para el ascenso a mayor.

DÍA 236

Lunes, 11 de marzo de 2002
9:00 horas

Entra en la enfermería un hombre al que detesto.

Los conductores borrachos son el pan de cada día en North Sea Camp. De los 220 presos actuales, alrededor del 20 por ciento han sido condenados por delitos contra la seguridad vial. Por desgracia, Tony no es un caso atípico.

Tony tiene unos cincuenta años, es padre de cinco hijos de cuatro madres distintas. Actualmente vive con otra mujer en un *camping* para caravanas de Scunthorpe. Se declaró culpable de su último delito, conducir con el permiso suspendido y sin seguro (desde luego, ha llegado el momento de que todos los conductores exhiban de forma visible, como ocurre en Francia, una etiqueta con el seguro, así como la licencia del vehículo). Por este último delito, Tony fue condenado a doce meses, lo que en términos reales significa que si le conceden la libertad bajo control telemático, saldrá en libertad después de cuatro. Bueno, pues aquí está el problema: durante los últimos veinte años, ha sido acusado de doce delitos similares, y enviado a la cárcel en siete ocasiones distintas. Le han prohibido conducir durante cuatro años y no se corta para decirle a cualquiera que le preste atención que en cuanto lo suelten, volverá a ponerse al volante de un coche.

La cosa se pone aún peor: actualmente trabaja en un taller local como vendedor de coches de segunda mano y, por lo tanto, tiene acceso a una amplia variedad de vehículos, y admite que le gusta «cogerse un pedo» en el *pub* de enfrente cada vez que cierra una venta. No muestra ninguna clase de remordimiento y no le da miedo volver a la cárcel. Considera que North Sea Camp le procura un nivel de vida ligeramente superior del que disfruta en el *camping* de caravanas de Scunthorpe.

Tal vez haya llegado el momento de cambiar la clasificación de los delitos de quienes son condenados regularmente por conducir en estado de embriaguez a uno de «homicidio en grado de tentativa», que conlleva una pena de cuatro años de prisión en régimen cerrado, y también la hora de tratar a esa clase de personas como a cualquier otro delincuente violento.

12:00 horas

Alison me dice que ha llamado la BBC para hablar de un programa sobre autores de *best sellers* llamado *Reading the Decades*. Aunque aceptan el hecho de que no puedo aparecer delante de las cámaras, me peguntan si puedo hacer una entrevista telefónica. Ya cuentan con las contribuciones de Stephen King, John Grisham, Le Carré, Forsyth, Cooper y Rowling. Le pido al director Leighton su opinión y me dice que lo hablará con el Ministerio del Interior [29] .

16:00 horas

El señor Beaumont envió una circular a todos los funcionarios de North Sea Camp unos días antes de su llegada, circular a la que he tenido acceso recientemente. Da una idea de la personalidad del sujeto. (Véase página siguiente). No me creo que su secretaria repasara el texto en busca de errores gramaticales. Hasta un niño de once años habría detectado el error en la última línea. Me muero de ganas de conocerlo en persona.

HM PRISON NORTH SEA CAMP

STAFF INFORMATION NOTICE NO. 62/2002
(Not to be displayed in inmate areas)

APPOINTMENT OF NEW GOVERNOR NORTH SEA CAMP

The following message has been received from Keith Beaumont, who has been appointed as Governor of North Sea Camp with effect from Monday, 18 March 2002:

"By now you will all know that I am appointed as your new Governor and I have no doubt that there are a thousand and one opinions as to why I am coming to North Sea Camp and why I have left Nottingham. The truth is very simple. I am coming to North Sea Camp to take over as its Governor and to help develop it for the future. *The new units give it a chance to re-emphasise and re-focus itself so that it can establish itself as a place of excellence.

This will require hard work from us all but, as you have already demonstrated so far, keeping North Sea Camp open was not just about staying there but about offering reasons why the place should remain open and demonstrate that to one and all. This you have clearly done in order to get the new development.

I have no doubt equally, that you have heard much rumour, some of it true, some of it malicious, about my person, about my styles and about how I like to operate. Again, I am an honest person who believes in honesty and together we will be able to move forward.

I look forward to the chance of working with you and trust, over the months to come, we will get to know one and other well."

KEITH BEAUMONT
Governor designate

* New units = Quick Build this next 3 months for one or two blocks holding 40 inmates!

R LEIGHTON
Acting Governor

13 March 2002

DÍA 238

Miércoles, 13 de marzo de 2002
7:22 horas

Gail entra precipitadamente, un poco sofocada. Acaba de abordarla una mujer del *News of the World* que ha descubierto (por un preso) que se va a ir de North Sea Camp para ocupar otro puesto de trabajo. La periodista está buscando alguna historia y le ha preguntado: —¿Se marcha por culpa de Archer?

Gail ha respondido que estoy trabajando como ordenanza del módulo de enfermería y que me tomo mi trabajo muy en serio, que soy popular tanto entre los funcionarios como entre los demás presos y que estoy ampliando mis conocimientos sobre las drogas y sus repercusiones en la cárcel. Gail ha preguntado inocentemente cuánto pagarían por una historia, a lo que la periodista ha respondido que un par de miles de libras, más si se trataba de una exclusiva que dejara en mal lugar a Archer.

10:11 horas

Me llaman para una prueba de drogas voluntaria. Puedes negarte, pero si lo haces es probable que te retiren todos tus beneficios penitenciarios: las visitas a la ciudad, el dinero para el economato y los permisos de fin de semana. Descubro que dos presos han dado positivo, uno por anfetaminas, el otro por cannabis.

Al final de la mañana, esa cifra ha ascendido a cinco; todos comparecerán mañana ante el director.

12:00 horas

Un funcionario acude a la enfermería y me dice que una vez trabajó en la unidad de delincuentes sexuales de la prisión de Whitemoor y que podría contarme suficientes historias para llenar otro libro.

—Deme un ejemplo —le pido, rellenándole el café.

Hace una pausa un momento.

—Una vez tuvimos un preso joven en el módulo B que tenía un periquito en su celda, y el pajarillo se convirtió en lo más importante

de su vida. Otro preso que vivía en el mismo pabellón, intuyendo la vulnerabilidad del muchacho, amenazó con matar al periquito a menos que le hiciera una mamada. El preso aceptó de mala gana. A los pocos días, el primer preso se había convertido en un prostituto, y el segundo en su chulo. El chulo cobraba dos tarjetas telefónicas cada vez que el preso se la chupaba a alguien y tres si lo sodomizaban. El chulo acabó ganando cien libras a la semana, y el periquito sobrevivió. Eso fue hasta que un preso lo delató con la esperanza de que trasladaran al proxeneta a otra cárcel y él poder ocupar su lucrativo puesto. Ambos presos fueron trasladados a cárceles separadas al día siguiente.

»Esa misma mañana estrangularon al periquito.

DÍA 247

Viernes, 22 de marzo de 2002

El director Berlyn viene esta mañana a la enfermería y me dice que, a pesar de sus esfuerzos, no me van a dar permiso para acompañar a Mark Le Sage cuando vaya a las escuelas para hablar del problema de las drogas. El director de Stocken le ha dicho al señor Le Sage que no permitirá esas excursiones ni aunque me acompañe un funcionario de seguridad de North Sea Camp.

Ahora mismo el país se halla inmerso en una epidemia masiva de drogas, con niños de doce años a los que se les ofrece heroína en nuestros patios de recreo. Como parte de mi programa de reinserción, me he ofrecido voluntario para visitar las escuelas de la zona de Lincolnshire y hablarles del problema. Hasta la fecha, he recibido ayuda y formación de la brigada antidroga de la policía local, de las autoridades educativas de Lincolnshire y del equipo médico de North Sea Camp, dirigido por el doctor Walling, así que no puedo por menos de preguntarme por qué el director de Stocken querría poner freno a un proyecto tan positivo para todos.

¿Tal vez el Ministerio del Interior sabe cuál es la respuesta a esa pregunta?

DÍA 249

Domingo, 24 de marzo de 2002
16:00 horas

Ha sido una semana de visitas: el domingo pasado, Henry Togna y David Watson; el lunes, Gilly Gray; el miércoles, los lores Hayhoe y Denham, Bertie, mi antiguo responsable de la disciplina de partido.

Así que ahora ya me he puesto al día con respecto al proyecto de reforma de la Cámara de los Lores, la caza del zorro y el estado de salud de Margaret Thatcher. Por no hablar del euro, y de cuándo el referéndum planeado podría o no celebrarse.

Le estoy proponiendo una idea a Bertie sobre el proyecto de reforma de los Lores cuando, para mi estupor, se saca de un bolsillo interior una pequeña grabadora. Miro hacia el mostrador y veo a los funcionarios de guardia charlando entre ellos. Siento un gran alivio cuando Bertie se mete la grabadora de nuevo en su bolsillo. No necesitamos que otro miembro de la Cámara de los Lores ingrese como residente en North Sea Camp.

DÍA 250

Lunes, 25 de marzo de 2002
10:00 horas

Todos los periódicos publican artículos sobre la modelo Naomi Campbell, que ha obtenido 3.500 libras del *Daily Mirror* y su editor de entonces, Piers Morgan, por violar su intimidad. Sin embargo, el juez también afirma que ella mintió deliberadamente cuando subió al estrado para declarar.

Norman Tebbit ha preguntado en la prensa si la van a juzgar por perjurio o esas leyes solo se aplican a los políticos conservadores…

16:00 horas

El señor Belford viene a la enfermería con los resultados de mi prueba de detección de drogas. (Véase pág. siguiente).

18:00 horas

Peter (incendio provocado, prender fuego a una comisaría de policía) ha cumplido hasta ahora treinta y un años; recordaréis que ya hice una crónica sobre su primera visita a la ciudad. Esta mañana, dos funcionarios se han plantado en su habitación y se lo han llevado a las celdas de aislamiento, lo que solo puede significar una cosa: hoy lo enviarán a una cárcel de régimen cerrado.

Sospecho que esa visita a Boston va a ser la última vez que vea el mundo exterior.

Cuando llegué a North Sea Camp hace unos meses, Peter barría la carretera principal que va desde la puerta de entrada hasta el módulo de administración, a unas trescientas yardas de distancia. Con una estatura de seis pies y cuatro pulgadas, la presencia de Peter no pasaba desapercibida, pero tenía cero habilidades sociales, y treinta y un años en prisión (veintiocho de ellos entre rejas) garantizaban que nunca le resultaría fácil aclimatarse a ningún sitio.

Todas las mañanas interrumpía su labor como barrendero y abría las puertas de los coches para los miembros del personal femenino. Luego entablaba largas conversaciones con ellas. Todo muy

inofensivo, podríais pensar, pero varias de las chicas más jóvenes se sentían acosadas y no se quejaban por temor a perjudicar a Peter y a sus posibilidades de acceder a la libertad condicional. Por desgracia, estos episodios continuaron, a pesar de varias advertencias de los funcionarios. Al director Berlyn, que está a cargo de los condenados a perpetua, no le quedó más remedio que tomar medidas para calmar los temores del personal.

Retiró a Peter de su trabajo como barrendero y le pidió que fuera ordenanza de recepción. Peter preparaba el té y ayudaba a los funcionarios con tareas menores. Aquello le superaba. Duró quince días. Luego lo trasladaron al comedor de los funcionarios, para que ayudara en las labores de limpieza y en el servicio de vez en cuando. Duró diez días antes de ser trasladado a la granja como pastor de ganado, donde aguantó menos de una semana hasta que lo enviaron a la cocina. Esta maniobra resultó igual de infructuosa y ha terminado en aislamiento antes de que lo trasladen de nuevo a una cárcel de categoría B.

Peter tiene sesenta años y ninguna posibilidad de volver a una cárcel de categoría D en menos de cinco años, si es que vuelve algún día. Este caso pone de relieve un problema mayor. ¿No tenemos alguna obligación para con un ser humano más allá de encerrarlo para el resto de su vida? Peter no ha logrado adaptarse al sistema, así que el sistema le ha fallado.

Cuando me pongan al fin en libertad, me van a hacer muchas preguntas para las que no tengo respuesta.



H M PRISON NORTH SEA CAMP

MANDATORY DRUG TEST

NAME: ARCHER **NUMBER:** FF8282 **LOCATION:** HOSP.

I am pleased to inform you that the urine sample you gave under the Mandatory Drug Test Programme has tested **negative** and no further action will be taken.

You will, however, still be liable to be tested again, if need be, at a later date.

DRUG TEST CO-ORDINATOR **DATE:** 20 / 2 / 02.

DÍA 257

Lunes, 1 de abril de 2002
10:30 horas

Escucho un anuncio por megafonía.

—Aquellos interesados en ayudar con el viaje del grupo de necesidades especiales a Skegness, preséntense por favor en el autobús de la puerta principal.

Ese «por favor» debería haberlos delatado. Los funcionarios de prisiones rara vez piden las cosas «por favor», si es que lo hacen alguna vez. Sin embargo, dos reclusos se personan en la puerta con la esperanza de subirse al inexistente autobús a Skegness.

La broma del día de los Inocentes en Inglaterra que me gastaron a mí adoptó una forma distinta. El señor Hewitt, el jefe del departamento de talleres, compró un rompecabezas de la Cámara de los Lores en un mercadillo y me dijo que esperaba que lo terminara para el fin de semana como parte de mi programa de gestión de la ira y las emociones negativas.

Tardé dos horas solo en terminar el borde externo. Tengo la intención de reclutar a todos los miembros del Club de la Enfermería para que me ayuden con este megapuzzle de mil piezas.

DÍA 262

Sábado, 6 de abril de 2002

La doctora Susan Edwards, profesora de Derecho de la Universidad de Buckingham, ha completado su estudio independiente en el que demuestra la dureza de mi sentencia de cuatro años [30] .

Jeffrey Archer, exvicepresidente del Partido Conservador y autor de *best sellers*, fue condenado por perjurio y por obstrucción a la justicia a raíz de una denuncia por difamación sobre si pasó una noche en concreto con la señorita Monica Coghlan, por la que, tras declararse «no culpable», recibió una pena de prisión de cuatro años. Como la sentencia de prisión de Jeffrey Archer es la más larga que se ha dictado en cualquier caso de perjurio civil y la duración de la sentencia es comparable a la de las penas de prisión dictadas en los casos más graves de perjurio penal, incluidos el asesinato y la corrupción policial, requiere un análisis mucho más detallado.

Mi abogado, Gilbert Gray, ya ha advertido a Mary que podrá predecir el resultado de mi apelación tan pronto conozca la composición del tribunal formado por tres jueces. Es una imagen terrible y triste de la justicia británica: que mi futuro no se decida sobre la base de si soy inocente o culpable, sino sobre quiénes me juzgan.

DÍA 265

Martes, 9 de abril de 2002

North Sea Camp, como la mayoría de las prisiones de Gran Bretaña, tiene una gran escasez de personal. Tenemos más de doscientos reclusos y solo veintisiete funcionarios a tiempo completo, lo que significa que nunca hay más de doce funcionarios oficiales de servicio a la vez. Varios periódicos locales publican el siguiente anuncio *todas las semanas*, y suscita pocas respuestas. (Véase página siguiente).

Me han dicho que ocurre lo mismo en las otras ciento treinta y siete cárceles de Gran Bretaña. No es una carrera profesional atractiva, salvo para verdaderos espíritus vocacionales que creen firmemente en la justicia o para alguien que no es lo bastante alto para ingresar en el cuerpo de policía.







HMP NORTH SEA CAMP
OPERATIONAL SUPPORT GRADE VACANCIES

HM Prison North Sea Camp has vacancies for operational support grades (OSG). The posts will involve the supervision of prisoners: applicants should be able to communicate clearly and effectively and want to be an effective part of the prisoner rehabilitation process. Duties may include security, working in the gate lodge, driving escorts, switchboard,-canteen and stores.

Hours:	39 hours per week
Annual leave:	22 days a year rising to 25 after one year
Salary:	starts at £12,651 rising annually to the maximum of the grade by annual increments A full clean driving licence is essential A PSV licence would be an advantage but is not essential

Application forms may be obtained from the Boston Job Centre, West Street, Boston, Lincs. Tel: (01205) 883000.

For further information please contact Mrs Carole Pattinson in the personnel office at North Sea Camp. Tel (01205) 760481 ext 2 28.
Application forms should be returned to the Boston Job Centre by Friday, 22 March, 2002.

Applicants will be required to declare whether they are a member of a group or organisation which the Prison Service considers to be racist.

The Prison Service is an equal opportunities employer. We welcome applications from candidates regardless of ethnic origin, religious belief, gender, sexual orientation, disability or any other relevant factor. Members of the ethnic minorities are currently under-represented at North Sea Camp and applications from them would be welcome. All applications will be considered and appointments made on merit.

DÍA 268

Viernes, 12 de abril de 2002
9:07 horas

El doctor Walling llega unos minutos tarde. Cuando Stephen Sherbourne (exsecretario político de Margaret Thatcher) vino a verme, le dije que si te ponías enfermo entre las siete y media y las ocho de la mañana cualquier día, de lunes a viernes, tenías garantizado que te viese un médico a las nueve en punto del mismo día.

Stephen me preguntó si se me ocurría algún delito por el que pudieran condenarlo a dos semanas de cárcel, para poder resolver todos sus problemas médicos.

11:11 horas

Es la clase de titular que uno espera leer en el *Sun*.

Hoy, a Andy, un condenado a cadena perpetua que ha cumplido doce años, le han concedido una semana de permiso. Ha sido un preso modelo y espera salir en libertad en algún momento del próximo año. Cuando estaba en su anterior prisión, Ashwell, parte de su curso de reinserción incluía reuniones regulares con la psiquiatra de la cárcel, y a medida que fueron pasando los meses, iniciaron una relación sentimental. Creo que llegados a este punto cabe señalar que Andy tiene treinta y cinco años y mide seis pies y una pulgada de estatura y tiene el físico moreno e irresistible de un actor de cine italiano. Cuando lo trasladaron a North Sea Camp, la psiquiatra lo iba a visitar regularmente. Un informe de su visita acabó en su propia cárcel y tuvo que renunciar a su puesto allí. Encontró un nuevo trabajo en Loughborough y su relación con Andy siguió adelante. Hoy se han casado en una ceremonia en Boston a la que han asistido cinco funcionarios y nueve presos.

North Sea Camp tiene actualmente veintitrés asesinos entre su población residente, y creo que he conocido a todos y cada uno de ellos. Tres de ellos, incluyendo a Andy, están entre las personas más amables con las que me he cruzado.

15:30 horas

Uno de los reclusos se niega a someterse a un test obligatorio de drogas. Todo el mundo sabe que es heroinómano, y ha encontrado otra forma de hacerle trampas al sistema. Si se niega a someterse al test, el director solo puede añadirle veintiocho días a su sentencia, mientras que si accede a hacerlo y luego da positivo en heroína, podrían añadirle cincuenta y seis e incluso enviarlo a una cárcel de categoría B. Sin embargo, el señor Vessey señala que si se niega a hacerse la prueba por segunda vez, pueden expulsarlo el mismo día.

DÍA 269

Sábado, 13 de abril de 2002

El nuevo ordenanza de la capilla ha cometido un delito poco habitual. «En la calle» era ejecutivo de cuentas de una conocida empresa de muebles. Lo ascendieron a jefe del departamento de reclamaciones, y su responsabilidad consistía en asegurarse de que cuando los clientes devolviesen el producto, recibiesen un reembolso y el artículo pasara al departamento de devoluciones de la tienda.

Una Navidad, el ordenanza de la capilla compró un sofá para su madre, pero a ella no le gustó. Devolvió el sofá y solicitó un reembolso, dando su propio nombre y dirección. Le devolvieron el dinero legalmente. Fue entonces cuando el hombre se dio cuenta de que solo él y el ordenador estaban al tanto de la transacción. Utilizando un nombre falso pero su propia dirección, autorizó y presentó una reclamación falsa y el ordenador la aceptó y le reintegró el dinero en su cuenta tan contento. Cambiando el nombre cada vez, podía hacer una reclamación una vez por semana, y durante el año siguiente, complementó sus ingresos con más de doscientas mil libras. El ordenanza de la capilla y su novia (ella de forma involuntaria) vivían con todas las comodidades del mundo, mientras él se sentía cada vez más seguro, aumentando las cantidades semanalmente, e incluso premiándose con una bonificación por la campaña navideña.

Entonces, ¿cómo lo pillaron? Una secretaria abrió por error un archivo al azar en su ordenador y se sorprendió mucho al ver lo que había allí: ¿cómo era posible que ciento veintisiete personas que vivían en la misma dirección hubiesen reclamado todas un reembolso por ciento veintisiete muebles diferentes que habían comprado el año anterior?

El ejecutivo de cuentas se declaró culpable y fue sentenciado a tres años. Ahora es el ordenanza de la capilla de North Sea Camp.

DÍA 278

Lunes, 22 de abril de 2002

Como parte de su programa de reinserción en la sociedad, uno de los condenados a perpetua (Malcolm, robo a mano armada) acaba de empezar a trabajar en el exterior como limpiador en el instituto de secundaria Haven.

El primer día fue una especie de *shock* cultural cuando descubrió lo maduras y seguras de sí mismas que se han vuelto las jóvenes modernas. Repitió una conversación que había mantenido esa mañana con una chica de catorce años que se le acercó en el pasillo.

—¿Eres un presidiario?

—Sí, soy un preso.

—¿Por qué estás en el trullo?

—Por robo a mano armada.

—¿Cuántos años has cumplido?

—Catorce.

—¿Catorce años sin sexo? —exclamó la chica con fingida incredulidad.

—Sí —contestó él, a lo que la chica se levantó la falda.

—Bueno, pues entonces seguro que estás más que preparado… —le dijo ella.

Malcolm salió corriendo del edificio. Si lo hubiera denunciado aunque solo fuera por hablar de sexo siquiera, lo más probable es que lo hubieran trasladado de vuelta a un una cárcel de categoría B el mismo día.

DÍA 287

Miércoles, 1 de mayo de 2002
10:30 horas

Hoy han pasado cosas muy raras en la cárcel. Tony, un conocido traficante de drogas, se ha desmayado después de tomar una sobredosis horas antes de salir en libertad. ¿Qué clase de problemas puede tener en la calle que hacen que considere el suicidio una mejor salida que la puerta principal?

Últimamente Tony ha estado acudiendo a menudo al módulo de enfermería durante estas semanas, así que es imposible saber si ha estado acumulando pastillas y cuántas se ha tragado hoy. En lugar de esperar a una ambulancia, han trasladado a Tony al Hospital Pilgrim en el minibús de la cárcel, acompañado por dos funcionarios. Esta noche sabré más detalles.

18:00 horas

Tony acaba de volver para pasar su última noche en la cárcel. Le han hecho un lavado de estómago, así que saldrá en libertad mañana a las ocho de la mañana, como estaba previsto. Pero ¿cuánto tiempo sobrevivirá fuera?

19:08 horas

Acabo de volver de un paseo de una hora por el campo de juego con la intención de ver a Hendry enfrentarse a Doherty en los cuartos de final del Campeonato Mundial de *Snooker*[31] cuando alguien llama a la puerta.

Es Tony, que me trae una carta que quiere que le entregue a la enfermera jefe, pero me pide que la lea primero. Es una carta escrita por las dos caras, disculpándose por su comportamiento las últimas semanas y agradeciendo a la enfermera su amabilidad y comprensión. Prometo dársela mañana por la mañana. Tony está a punto de irse cuando le pregunto si estaría dispuesto a responder algunas preguntas sobre drogas. Imagino que me va a indicar dónde puedo meterme mis preguntas, empleando la jerga local habitual de la prisión, pero, para

mi sorpresa, se sienta en la sala de espera y dice: —Pregúntame lo que quieras, Jeff. Me importa una mierda, me voy de aquí a primera hora de la mañana.

Paso la siguiente hora haciéndole una pregunta tras otra, todas las cuales me responde con una franqueza brutal.

—¿Intentaste suicidarte?

—No, solo fue una sobredosis.

—¿Con qué frecuencia tomas heroína?

—Mientras he estado aquí dentro, normalmente cuatro veces al día. Cuando me despierto por la mañana, justo después de comer, luego otra vez después de la cena y justo antes de irme a la cama.

—¿Te pinchas, la esnifas o te la fumas?

—Me la fumo —responde Tony—. Solo los tontos del culo se pinchan. He visto a demasiados yonquis contraer el VIH o la hepatitis B al inyectarse con la jeringuilla de otro. Mientras he estado en la cárcel, he visto a cientos de presos usar las mismas jeringuillas para meterse un pico. No olvides, Jeff, que hay 235 000 personas en Gran Bretaña que son consumidoras habituales de heroína, y si cuentas también a sus familias, la cosa debe de afectar a más de un millón de personas. La heroína le cuesta al servicio nacional de salud tres mil millones al año.

—¿Cómo introduces la heroína en la cárcel?

—Hay varias maneras, pero la más común es pillarla de un camello cuando estás fuera, de permiso de fin de semana, y luego meter un par de onzas en un condón y metértelo por el recto. A ningún funcionario le gusta buscar por ahí.

—¿Un par de onzas?

—Eso fue lo máximo que pude permitirme esta vez. Mi récord «en la calle» fue cuando volví de Holanda con siete onzas de marihuana.

—¿Cuánto valdría eso?

—Si es pura, la mejor, estaríamos hablando de unas cien mil libras.

—Y cuando introduces las drogas en la cárcel, ¿son solo para ti?

—No, no, tengo que pagar a mi proveedor «en la calle». Yo solo soy un camello. Los camellos son reyes o peones. Yo soy un peón. Un rey rara vez toma drogas, solo las trae de fuera y las distribuye entre sus peones, la mayoría de los cuales solo trafican para alimentar su propia adicción.

—¿Y cuántos de los doscientos internos de North Sea Camp están enganchados a la heroína?

Hace una pausa para reflexionar sobre la pregunta.

—Treinta y nueve, que yo sepa —dice.

—Pero eso es alrededor del veinticinco por ciento.

—Sí —responde con toda naturalidad.

—¿Cómo le pagas al rey de los camellos estando aquí dentro?

—Es muy fácil —dice Tony—. Solo les vendo a los presos que tienen a alguien fuera que le dará el dinero directamente a mi proveedor. Nunca suministro nada hasta que el dinero se ha recibido.

—Pero eso podría llevar días, y si estás con el mono…

—Solo hace falta una llamada telefónica; al cabo de una hora compruebo si el traficante ya ha recibido el dinero en efectivo, y entonces suministro la mercancía.

—Si estuvieras en la calle y no fueras un camello, ¿cuánto necesitarías para cubrir tu propia adicción?

—Trescientas libras al día.

—Pero eso son cien mil libras al año, en efectivo.

—Sí, pero como camello puedo ganar el doble y aun así conseguir mi dosis cuatro veces al día.

Tony continúa hablando de sus temores para cuando salga en libertad, mañana por la mañana. Sus padres vendrán a recogerlo a las ocho en punto. Ellos creen que ha dejado el hábito después de una estancia en una cárcel especial de Devon, donde lo desintoxicaron y estuvo quince meses sin consumir heroína. Sin embargo, una vez que consideraron que estaba curado, lo trasladaron a una cárcel de categoría D, en este caso North Sea Camp, donde la tenía a su disposición «en cada esquina», y en pocas semanas volvió a engancharse.

—No viviré para cumplir los cincuenta —dice Tony—. Habré estado en la cárcel más de la mitad de mi vida. —Hace una pausa—. Ojalá nunca la hubiera probado aquella vez, gratis, cuando tenía quince años. Todos los días te has cruzado con diez como yo por la calle, Jeff, y no te habrás dado cuenta. Tal vez lo hagas de ahora en adelante.

Tony salió de la enfermería a las 19:28 horas.

Le di su carta a la enfermera a la mañana siguiente.

DÍA 294

Miércoles, 8 de mayo de 2002
9:00 horas

La lista de hoy de los nuevos reclusos que tienen visita con el médico incluye a Patel, Patel, Patel y Patel. Cuesta creer que no haya ahí una historia curiosa. Cuando aparecen los presos en cuestión, enseguida se hace evidente que se trata de un padre y tres hijos. Más tarde descubro que la madre también está en la cárcel de Holloway; los cinco acusados del mismo delito.

Los Patel son sijs, y sus valores familiares son muy fuertes, así que cuando descubrieron que su hija/hermana se ganaba la vida como prostituta, idearon un plan para secuestrarla (según la legislación vigente) *rescatarla (según los valores familiares de los Patel). La primera parte del plan no resultó difícil de llevar a cabo por un hábil equipo de sijs razonablemente decididos: simplemente metieron a la chica en un coche y la llevaron a la casa de la familia. Sin embargo, el proxeneta*amante/ amigo —no estoy seguro cuál de las tres opciones es la correcta— salió en su busca para *rescatarla* a ella, con el fin de que se pudiera poner a trabajar de nuevo. Por desgracia para él, no había tenido en cuenta la resolución de la familia Patel, por lo que terminó con un brazo y la nariz rotos después de recibir una paliza.

El proxeneta denunció el incidente a la policía, lo que tuvo como resultado que el padre y los tres hermanos fueran condenados a dos años por secuestro y un delito de lesiones, y la madre a dieciocho meses como cómplice. Los cinco fueron a la cárcel, mientras que la hija fue puesta en libertad para seguir ejerciendo su oficio. Como novelista, ya me estoy imaginando una docena de escenarios posibles con lo que podría pasar cuando la familia Patel salga a la calle en 2003.

10:30 horas

Entre los presos que saldrán hoy en libertad se halla Daryl, que está cumpliendo doce meses por robo. Ha sido un preso ejemplar, no hay indicios de que tome ninguna droga, nunca le han abierto un parte y siempre que visita la enfermería se muestra amable y cortés, por lo

que no me sorprende que le hayan concedido la libertad anticipada bajo control telemático y vaya a dejarnos después de solo cuatro meses. Cuando el médico lo examina y le da el visto bueno, Daryl le da las gracias por todo a la enfermera y me estrecha la mano.

—Buena suerte —le digo, y añado—. Espero que no volvamos a vernos nunca más. —Es la despedida tradicional de aquellos que consideras poco probable que vuelvan a delinquir. Imaginaos cuál fue mi sorpresa cuando esta tarde me enteré de que Daryl volvía estar de vuelta en la cárcel. Fue así como sucedió.

Lo llevaron a la estación de Boston en el autobús de la cárcel, donde le dieron un vale para el tren de Manchester y cuarenta libras en efectivo. A todos los presos a quienes no viene nadie a recogerlos en la puerta principal se les da un bono de viaje y cuarenta libras si tienen un domicilio fijo al que ir. Si no lo tienen, se les da noventa libras y la dirección de un albergue de la zona a la que se dirigen. Después de catorce días, si no han conseguido encontrar trabajo pueden ir al registro de servicios sociales y cobrar el subsidio de desempleo. Y ahora, volvamos a Daryl.

Se subió al tren en Boston, pero tuvo que hacer transbordo en Birmingham para coger otro tren a Manchester. Durante la parada en Birmingham, se compró una ración de *fish and chips* antes de dirigirse al andén número seis, pero como todavía faltaban unos minutos para la llegada del tren, se fue a un quiosco W. H. Smith y cogió una revista para leer durante el viaje. Las revistas estaban junto a la estantería de los libros, y se le iluminó la mirada al ver la sección de la A. Se fue al cabo de unos minutos con una revista y tres libros de bolsillo del mismo autor. Estaba a punto de subir al tren cuando un policía de la estación lo detuvo por hurto.

Cuando la policía se enteró de que Daryl acababa de salir de la cárcel esa mañana bajo control telemático, lo trasladaron inmediatamente a la penitenciaría de Gartree en Market Harborough, Leicestershire, donde pasará los próximos dos meses hasta que termine su condena y el período de tiempo que le sumen por el hurto.

Sin embargo, Daryl no ostenta el récord de ser el más rápido en estar de vuelta en la cárcel después de salir a la calle. El señor Belford me asegura que ese honor le corresponde a Danny el Dedos, de Pentonville.

Danny salió de Pentonville a las ocho de la mañana en un frío día de noviembre. Con sus noventa libras se dirigió a pie a Islington, no en busca del albergue más cercano, sino del supermercado Sainsbury’s más próximo. Llegó justo cuando abrían las puertas de entrada. A continuación, llenó un carrito con productos y luego salió despacio de

la tienda, sin hacer el mínimo intento de pagar. Cuando el guardia de seguridad de la tienda lo abordó en la acera, Danny salió corriendo, pero no demasiado rápido.

Danny fue detenido y compareció ante el juez a las diez de la mañana. Se declaró culpable. Antes de que dictara la sentencia, Danny hizo algunas observaciones sobre la calvicie del magistrado, su falta de carisma y su dudoso origen familiar, asegurándose de ese modo de estar de vuelta en su celda de Pentonville hacia el mediodía.

Sin embargo, la diferencia entre Danny y Daryl es que el irlandés había planeado toda la operación semanas antes de salir en libertad. Al fin y al cabo, era el mes de noviembre, y ¿dónde si no podía Danny tener garantizada una cama en una celda con calefacción, tres comidas al día y la compañía de sus amigos durante las navidades?

Ingresó las noventa libras de su puesta en libertad en su cuenta de peculio.

DÍA 311

Sábado, 25 de mayo de 2002

Ayer se fugaron tres reclusos; hay una hora a pie hasta Boston, y hora y media hasta Skegness. El primero, Slater (delito de lesiones graves), tenía una condena de seis años y solo llevaba cuatro días en North Sea Camp. Aún más inexplicable es el hecho de que en septiembre iba a decidirse su libertad condicional, y habiendo sido trasladado a una cárcel de categoría D, lo lógico era que se la hubiesen concedido. A Slater lo detuvieron cuatro horas después de salir de North Sea Camp y lo llevaron a la penitenciaría de Lincoln, una cárcel de categoría B, donde pasará el resto de su condena, dos años más y otros veintiocho días por fuga. Es demencial.

Un funcionario me ha dicho que el segundo recluso, Benson (delito de lesiones), esperaba un resultado positivo en una prueba de detección de drogas obligatoria, y como era su segundo delito en tres meses, el director no habría tenido más remedio que enviarlo a una cárcel de categoría B, así que decidió irse él mismo. Lo detuvieron en Boston esta mañana temprano y ahora va de camino a Nottingham (categoría A) con veintiocho días adicionales en su condena.

El tercer recluso, Blagdon (apuñalamiento en un *pub*), es un caso más interesante. Iba a salir en julio, habiendo cumplido ya nueve años de condena. Esta mañana entró en una comisaría de policía y se entregó después de permanecer huido solo siete horas. Ahora también está encerrado en un una cárcel de categoría A. Sin embargo, en el caso de Blagdon, nunca pretendió que su fuga tuviera éxito; su compañero de celda me dice que no se veía capaz de desenvolverse en el mundo exterior después de nueve años en la cárcel, ocho de ellos en régimen cerrado (encerrado durante veintidós horas al día), por lo que ahora volverá a ese régimen al menos otros cinco años, al final de los cuales tendrá que encontrar otra manera de asegurarse de no salir en libertad, porque nunca volverá a una cárcel de categoría D.

10:00 horas

Cada día de esta semana, un preso llamado Jenkins ha venido a la enfermería a preguntarme a cuántos nuevos internos esperábamos ese

día, y añadía:

—¿Alguno de ellos viene de la cárcel de Lincoln?

Daba por sentado que Jenkins esperaba que trasladasen a alguno de sus amigos a North Sea Camp, pero resulta que es todo lo contrario: teme la llegada inminente de un viejo enemigo.

Ayer por la mañana en la lista del módulo de enfermería figuraban seis presos nuevos procedentes de Lincoln, y cuando Jenkins examinó la lista con los nombres, se puso blanco como el papel antes de salir a toda prisa del módulo. Esa fue la última vez que lo vi, porque no apareció en el siguiente recuento, a las 11:45 horas. Tres horas después se entregó en una comisaría local. Lo detuvieron y lo enviaron a Lincoln.

En el almuerzo me senté junto al compañero de habitación de Jenkins, que me contó encantado que Jenkins se había estado acostando con la mujer de un preso llamado Owen cuando salía de permiso nocturno a la ciudad, cada quince días. Luego me dijo que Owen (homicidio) se había enterado recientemente de que su esposa le era infiel, e incluso le había dicho el nombre de su amante. Owen, que acababa de progresar al grado de la categoría D después de ocho años de cárcel, solicitó de inmediato que lo enviaran a North Sea Camp, y está previsto que llegue esta tarde. Ahora entiendo por qué se ha fugado Jenkins.

14:00 horas

Llega un grupo de cinco presos procedente de Lincoln, pero Owen no está entre ellos. Cuando entran por la puerta, informo a la enfermera de que parece que hemos perdido a uno.

—Ah, sí, a Owen —dice, mirando su lista—. Esta mañana cometió una pequeña infracción y le han retirado el grado de la categoría D, así que se quedará en Lincoln durante otra temporada.

DÍA 313

Lunes, 27 de mayo de 2002
9:07 horas

Una carta del Tribunal Superior me informa que se ha fijado la fecha para mi vista del recurso de apelación para el lunes 22 de julio, dentro de ocho semanas.

10:07 horas

Esta mañana ha llegado un preso llamado Morris. Tiene treinta y seis años y cumple una condena de cuatro años por fraude con tarjetas de crédito. Morris ha robado más de 500 000 libras desde que salió de la escuela y no muestra ningún remordimiento. Me dice con mucho orgullo que todavía le quedan poco menos de 100 000 libras en efectivo guardadas en un lugar seguro, y que él y su coacusado se «pegan la gran vida». Comparten un piso grande en Londres, conducen un Mercedes, tienen un armario lleno de ropa de diseño y solo se alojan en los mejores hoteles. Vuelan en primera clase y trabajan incluso durante las vacaciones. Es un delincuente profesional para el que la cárcel es un inconveniente pasajero, y como las autoridades siempre lo trasladan a un centro penitenciario de categoría D a las tres semanas de ser encerrado, tampoco es que suponga un gran inconveniente.

Morris ha sido declarado culpable de fraude cuatro veces en los últimos diez años y le han caído condenas de seis meses, ocho meses, doce meses y cuatro años. Sin embargo, el próximo enero cuando salga en libertad habrá cumplido menos de tres años en total.

En 2003, anticipa que él y su compañero habrán reunido más de un millón de libras en efectivo, y si los pillan, estará encantado de volver a North Sea Camp.

En la época de Dickens, a Morris se le habría llamado un «ratero». Mientras que los hábiles ladronzuelos en aquellos tiempos robaban pañuelos y relojes de bolsillo, Morris roba tarjetas de crédito. Su *modus operandi* consiste en reservar en un hotel de cuatro estrellas donde se celebre un congreso importante el fin de semana. Luego, por las noches, trabaja en el bar del hotel, cuando muchos de los clientes

han bebido demasiado. Después de un buen fin de semana, puede irse del hotel con una docena o más tarjetas de crédito. El domingo por la noche, vuela en primera clase en un avión a Viena (ya ha utilizado un tarjeta) donde se aloja en un hotel de cinco estrellas (segunda tarjeta). Entonces alquila un coche, no con una tarjeta de crédito, sino con dinero en efectivo, porque necesita viajar por Europa sin que lo pillen. Luego conducirá desde Viena a Roma, gastando dinero a espuertas, antes de volver a Inglaterra en un coche cargado de mercancías. Él y su compañero se toman entonces un pequeño descanso, antes de repetir toda la maniobra de nuevo.

Morris actúa bajo varios pseudónimos, y me dice que puede conseguir un pasaporte falso por tan solo mil libras. Tiene la intención de pasar otros diez años ascendiendo a la cima de su profesión antes de retirarse a climas más cálidos.

—Es una vida maravillosa —me dice—. Puedo contarte más cosas, Jeffrey.

Pero no quiero oír nada más.

11:45 horas

Entra un preso pidiendo ver urgentemente al médico. Le explico que se fue hace una hora y que la enfermera está en el módulo de administración, pero que puede ver al médico mañana. Parece ansioso, así que le pregunto si puedo ayudarle.

—Acabo de volver de un permiso —explica—, y mientras estaba fuera, tuve relaciones sexuales sin protección y me gustaría estar seguro de que no he pillado nada.

—¿Conocías a la chica? —pregunto.

—No conocía a ninguna —responde.

—¿A ninguna?

—Sí, había siete.

Cuando se lo cuento luego a la enfermera, ella ni siquiera pestañea, solo programa una visita para que lo vea el médico.

12:00 horas

Entre las nuevas llegadas de hoy se encuentra un preso llamado Mitchell (conducción bajo los efectos del alcohol, tres meses). Mientras le tomo la tensión, me dice que no ha vuelto a North Sea Camp desde 1968, cuando era un centro de menores.

—Ha cambiado un poco desde entonces —añade—. La enfermería todavía estaba aquí, eso es verdad, pero antes de la visita con el

médico te lavaban con una manguera y te afeitaban la cabeza con una navaja de afeitar, para asegurarse de que no tuvieras piojos.

—¿Qué hay de la comida? —pregunto.

—A pan y agua los primeros quince días, y si hablabas durante las comidas, un guardia que se llamaba Raybold te estampaba la cabeza contra la pared.

Se me escapa la sonrisa, porque conozco a uno o dos celadores a los que todavía les gustaría hacer eso.

14:30 horas

El director general, Martin Narey, ha hecho pública una directiva requiriendo a todos los funcionarios de la prisión que se dirijan a los reclusos anteponiendo la palabra «señor» al nombre.

Cuando una funcionaria me grita a través del aparcamiento: «¡Mueve ese puto culo y ven aquí, Archer!», le señalo cortésmente que no debe de haber leído el comunicado del director general.

—Me importa una mierda el director general —responde—, te llamaré como me dé la puta gana.

Un preso encontró una forma un tanto novedosa de sortear este problema hace unos años: se cambió el nombre oficialmente para llamarse Señor Rogers, pero lo cierto es que tenía una condena de veinte años.

15:00 horas

Si trabajas fuera de la cárcel, puedes ganar hasta trescientas libras a la semana, lo que te permite enviar dinero a tu mujer, pareja o familia, cosa que, desde luego, no puedes hacer con lo que te pagan trabajando dentro. Otra ventaja adicional es que algunas empresas ofrecen un empleo a jornada completa al salir de la cárcel a los presos que hayan demostrado su capacidad de trabajo estando a su servicio.

Una vez que estás cualificado para trabajar fuera, primero debes completar un mes de voluntariado en servicios a la comunidad, parcialmente como parte de la pena y también para demostrar que eres apto y digno de confianza para trabajar en la sociedad. Una vez completada esa etapa, puedes pasar el resto de tu condena trabajando fuera para que cuando salgas en libertad, en el mejor de los casos, la transición vaya como la seda. En el peor de los casos, no obstante…

A Mike le faltaban solo unas semanas de esa etapa de transición sin problemas cuando dos funcionarios de la cárcel se presentaron en su lugar de trabajo y lo acompañaron de vuelta a North Sea Camp. Al

parecer, una compañera de la fábrica no pudo hacer nada para disuadirlo de que no siguiera acosándola con sus proposiciones deshonestas. Su madre también trabajaba allí y lo denunció a la dirección. La dirección, con razón, no estaba dispuesta a condenar al preso basándose simplemente en la palabra de la madre, y llevó a cabo su propia investigación. Unos días después enviaron un informe completo al director de la prisión.

Mike fue trasladado posteriormente de North Sea Camp de nuevo a la prisión de Lincoln, un cárcel de categoría B con un régimen muy duro. Solo le quedaban unas pocas semanas para conseguir la libertad condicional, y la fábrica ya le había ofrecido un empleo a jornada completa al salir. Ahora ha perdido su grado de categoría D, su trabajo, sus ingresos y posiblemente su libertad condicional.

Me recuerda el clásico comentario de Robin Williams: «Dios le dio al hombre un pene y un cerebro, pero no el volumen de sangre suficiente para que funcionen los dos al mismo tiempo».

DÍA 314

Martes, 28 de mayo de 2002

Pocos presos rechazan la oportunidad de tener visitas semanales, o el privilegio de conseguir la libertad bajo control telemático y salir dos meses antes. Gary es la rara excepción.

Gary fue condenado a dos años por robo de un vehículo de motor (un BMW), y solo cumplirá doce meses por buen comportamiento. Pero ¿por qué nadie viene a visitarlo y por qué no se acoge a su opción de dos meses bajo control telemático y solo cumple diez meses?

Ninguno de los familiares o amigos de Gary sabe que está en la cárcel. Su madre cree que está trabajando con su amigo Dave en un contrato de un año en una plataforma petrolífera en aguas mexicanas. Cuando llegó a México, Dave le envió a Gary una gran selección de postales con paisajes mexicanos. Gary escribe una postal semanal a su madre, se la envía a su amigo Dave en México, quien la franquea con un sello y luego la envía a Inglaterra.

Gary saldrá en libertad la semana que viene, y parece que su pequeña triquiñuela ha funcionado, porque Dave vuela de vuelta de México el mismo día, cuando se reunirán en Heathrow y volverán juntos a Wolverhampton. Durante el trayecto, Dave proporcionará a Gary todos los detalles sobre el trabajo y la vida en una plataforma petrolífera mexicana.

Eso es lo que yo llamo un amigo.

DÍA 316

Jueves, 29 de mayo de 2002

North Sea Camp tiene cinco médicos que trabajan por turnos, y uno de ellos, el doctor Harris, también es responsable de la unidad de abuso de sustancias de Boston. Hoy el doctor Harris llega a la enfermería acompañado por un enfermero. Nigel, que tiene poco más de treinta años y va vestido con una camiseta negra y vaqueros azules, y lleva un aro en la oreja, ha venido a verme porque trabaja actualmente con jóvenes de doce a diecinueve años que tienen problemas con la heroína. Entiendo perfectamente por qué los chavales se encuentran cómodos y a gusto con él.

Nigel explica que solo puede trabajar con jóvenes que quieran trabajar con él. Escucha sus preguntas y les ofrece respuestas, pero nunca juzga. Ya están hartos de que sus padres les digan que maduren, se porten bien y que encuentren un trabajo. Me resume las estadísticas; son aterradoras.

Actualmente hay 220 000 heroinómanos en Gran Bretaña, de los cuales solo 3.000 (11 por ciento) participan en algún tipo de programa de desintoxicación. Uno de los problemas, explica Nigel, es que si solicitas a tu médico de cabecera una plaza en uno de estos programas, la espera puede ser de hasta seis semanas, momento en el que «el cliente» con frecuencia ha renunciado a intentar dejar la droga. La ironía es que si terminas en la cárcel, te meten en un programa de desintoxicación al día siguiente. Nigel sabe de varios drogadictos que cometen un delito con la esperanza de que los envíen a la cárcel para poder desengancharse de las drogas. Nigel trabaja directamente con un pequeño grupo de siete toxicómanos, aunque me recuerda: «No puedes salvar a nadie, solo puedes ayudar a aquellos que quieren ayudarse a sí mismos».

Luego me describe los problemas a los que se enfrentan los jóvenes hoy en día: comienzan experimentando con cannabis o esnifando disolventes, luego pasan al éxtasis y la cocaína, seguidos del *crack*, terminando con la heroína. Conoce a varios jóvenes de diecisiete años que han experimentado toda la gama. Añade con pesar que, si se cumpliera la ley a rajatabla, siete millones de británicos estarían en la cárcel por fumar cannabis, ya que la posesión se castiga actualmente

con una pena mínima de dos años. Un gramo de una droga de clase A cuesta alrededor de cuarenta libras, lo que explica el aumento exponencial de la delincuencia callejera en la última década, especialmente entre los jóvenes.

El peligro no son solo las drogas, sino también las jeringuillas. Con frecuencia los consumidores de droga viven en comunas y comparten las mismas jeringuillas. Este es el grupo que termina con VIH y hepatitis B y C.

Hoy, por ejemplo, Nigel tiene hora con dos chicas adictas a la heroína, una de diecinueve años y la otra de diecisiete, que quieren empezar un programa de desintoxicación. Su mayor problema son sus novios, que no solo son los responsables de que ellas se droguen, para empezar, sino que también son sus proveedores, así que lo último que quieren es que sus novias se desenganchen. Nigel me dice que solo hay un cincuenta por ciento de posibilidades de que se presenten a la cita, y si lo hacen, los toxicómanos hacen un promedio de siete intentos de dejar la heroína antes de lograrlo.

La responsabilidad de Nigel consiste en derivar los casos a un médico especialista para que puedan apuntarlos a un programa de desintoxicación. Teme que demasiados toxicómanos vayan directamente a su propio médico de cabecera, quien a menudo se equivoca y prescribe un remedio que no servirá para curarlos.

Nigel no muestra ningún tipo de cinismo mientras me describe un día de su vida normal y me recuerda que no recibe ningún apoyo económico oficial, algo que espera que el servicio nacional de salud resuelva en un futuro próximo. De pronto lleva el problema al plano local, resaltando el malestar nacional. Nigel supervisa el historial de siete heroinómanos, cuando hay diez mil en el condado; eso no supone ni siquiera astilla, ni una abolladura, ni siquiera un arañazo, sobre la superficie total.

Nigel se va para asistir a su cita con un chico de diecisiete años que desde hace cuatro va a los *campings* de caravanas para poder alimentar su adicción: corta el tubo de goma y esnifa el gas del hornillo. Ni siquiera infringe la ley, salvo por los daños a la propiedad privada.

14:00 horas

Gail está buscando un somier rígido para un nuevo recluso con problemas de espalda. Hay doce somieres duros en alguna parte, el problema es que una vez que los has asignado, no los recuperas nunca, porque cuando un recluso sale en libertad, lo último que se le ocurre

es devolver un somier.

Gail llama a la oficina del módulo sur y descubre que un funcionario sustituto de Lincoln está cuidando el fuerte. Levanta las manos en el aire con gesto de desesperación, pero le explica su problema de todos modos. Cotejando los datos de los expedientes de los presos puede comprobar quiénes son los que lo necesitan de verdad y aquellos a quienes les han asignado un somier por defecto. Para su sorpresa, el funcionario vuelve una hora más tarde con siete de los somieres adjudicados de forma irregular.

Le ofrezco una taza de café y no tardo en descubrir que toda su vida está igual de bien organizada. Me habla de su trabajo en Lincoln, y una frase me deja seco: «He inventado un sistema que me asegura tener que trabajar solo cinco meses al año».

El funcionario lleva en el servicio de instituciones penitenciarias algo más de siete años y ha desarrollado, junto con otros cinco compañeros, un horario por turnos según el cual solo necesita estar de servicio cinco meses al año por su sueldo de veintitrés mil libras. Me asegura que en la mayoría de las cárceles se lleva a cabo el mismo sistema con ligeras variaciones. Estaría encantado de trabajar horas extras si se le pagaran, pero actualmente pocas cárceles pueden permitirse ese gasto adicional excepto para las visitas acompañadas (hospitales, juzgados o traslados). Ahora viene la parte en la que hace falta estar muy concentrado. Los funcionarios trabajan en los siguientes turnos:

Turno A: el primer turno, de 7:30 a 10:30 o el turno B: un turno principal (día), de 7:30 a 17:.30.

Turno C: el segundo turno, de 13:30 a 20:30 o el turno D: el turno de tarde, de 17:00 a 21:00.

Turno E: un turno principal (noche), de 21:00 a 7:00.

El funcionario y sus compañeros se cambian los turnos y, como no hay horas extras, se toman tiempo y días libres en su lugar. Cada funcionario debe trabajar treinta y nueve horas por semana, pero si cambian de turno con sus compañeros, pueden terminar haciendo A +C o B+D o D+E, y de esa forma llegar a casi setenta horas por semana, mientras otro compañero se toma la semana libre. Si le añadimos los veintiocho días de vacaciones pagadas al año, solo tienen que trabajar cinco meses mientras se toman siete de descanso. Tres de sus compañeros también tienen otros trabajos a tiempo parcial «en la calle», y el funcionario me asegura que un gran porcentaje de los funcionarios subalternos complementan sus ingresos con esos sobresueldos.

Entiendo que esto no debe de ser ninguna sorpresa para Martin Narey, el actual director general del servicio de instituciones penitenciarias. Tengo que decir que si mi secretaria, mi asistenta, mi agente, mi contable, mi editor o mi médico se tomaran siete meses al año para hacer otro trabajo, yo remodelaría el sistema o los sustituiría.

DÍA 320

Lunes, 3 de junio de 2002

Desde hoy, el Ministerio del Interior ha otorgado a North Sea Camp su nueva clasificación como cárcel de reinserción. De ahora en adelante, todos los presos que hayan cumplido un cuarto de la sentencia y superado con éxito la fecha de elegibilidad para la obtención de permisos penitenciarios podrán trasladarse a uno de los módulos construidos recientemente y empezar a trabajar fuera de la cárcel. La teoría que hay detrás es que al permitir a los presos ganarse la vida, será menos probable que vuelvan a delinquir cuando salgan definitivamente en libertad. Para este propósito se han construido dos nuevos módulos (prefabricados) de cuarenta habitaciones en los campos de deporte que hay cerca de la puerta. Desde hoy, podrán salir de North Sea Camp sesenta y dos presos a partir de las siete y media de la mañana y no tendrán que volver hasta las siete de la tarde.

Pero —y siempre hay peros en la cárcel— el señor Berlyn ha colgado un aviso en los dos módulos nuevos dejando claro que esto debe considerarse un privilegio, y quien no cumpla con las directrices será suspendido y lo pondrán a trabajar en la granja a razón de 5,60 libras a la semana[32].

DÍA 325

Viernes, 7 de junio de 2002

El señor Beaumont (el director general) acaba de entrar en la enfermería acompañado del señor Berlyn. El doctor Walling, David y yo estamos viendo a Inglaterra jugar contra Argentina en la Copa del Mundo, y Beckham acaba de marcar un penalti que nos sitúa por delante en el marcador. Creía que habían oído los grito de júbilo y que venían a saber el resultado. Sin embargo, ni siquiera miran la pantalla. Me observan un momento y ambos salen apresuradamente de nuevo.

Me entero más tarde de que el director había recibido una llamada de Reuters pidiéndole confirmación de que me había suicidado.

No mientras vayamos ganándole a Argentina.

11:00 horas

Un funcionario se pasa por la enfermería y me dice mientras nos tomamos un café que hay inquietud entre los funcionarios y el personal penitenciario ante la posibilidad de que los delincuentes sexuales conformen, en el futuro, un porcentaje considerable de nuestros reclusos. Los funcionarios temen que el ambiente pueda cambiar del estado tranquilo y relajado del que gozamos actualmente a uno de tensión constante, ya que los presos comunes odian a los pederastas. Es posible incluso que uno o dos de los reclusos más violentos se encarguen de administrar justicia por su mano [33] .

A continuación, el funcionario me cuenta la historia de un asesino en Gartree que compartió una celda con un preso que supuestamente estaba en la cárcel por robo. Sin embargo, el condenado a perpetua descubrió por otro preso —que había estado en una cárcel anterior con su compañero de celda—, que en realidad se trataba de un delincuente sexual que había violado a su hija de nueve años.

En el recuento de la mañana siguiente, el condenado a perpetua acudió a la oficina principal. Su declaración fue simple y precisa: había apuñalado a su compañero de celda hasta matarlo y lo había dejado en su cama. Metieron al preso inmediatamente en aislamiento, lo acusaron y más tarde lo condenaron a otra cadena perpetua. El juez añadió que en esta ocasión, «perpetua» significaba «a perpetuidad».

18:00 horas

Soy el árbitro del partido de críquet de esta noche entre North Sea Camp y una escuela local. Elimino al bateador del bando visitante tras señalar un *caught* y un *bowled*. Cuando veo la expresión de sorpresa en la cara del bateador, inmediatamente me entra ansiedad porque el boleador había atrapado la bola mientras corría delante de mí. ¿Me habré equivocado? El bateador ya se dirige hacia el banquillo (una pequeña cabaña de madera) cuando Mo (asesino, terrorista), que está en el centro del campo, me mira y dice:

—Era una bola de rebote, Jeff.

Llamo al bateador y me disculpo por mi error mientras el resto del equipo aplaude la deportividad de Mo.

El equipo visitante acaba ganando gracias a una magnífica entrada del bateador. Qué mundo tan curioso…

DÍA 369

Lunes, 22 de julio de 2002

Ha sido un día tenso mientras espero para saber cuánto tiempo más tendré que estar aquí. El juez Rose tardó dos minutos en desestimar mi recurso de apelación contra la condena, que era justo lo que mi abogado, Nick Purnell, había vaticinado. El recurso de apelación contra la sentencia fue admitido por el juez Brown, por lo que todos estábamos más seguros de que el juez Rose me rebajaría por lo menos un año, posiblemente dos, permitiéndome regresar a casa esta noche.

A las 17:07 horas, el señor Hocking entra despacio en la enfermería con aspecto sombrío. Como funcionario superior de seguridad, ya había preparado un plan para sacarme de las instalaciones antes de que llegaran los periodistas. Me dice que ha llamado Alison para decir que no me han reducido la sentencia, ni siquiera un día. Aunque el señor Purnell estuvo dirigiéndose a los magistrados durante más de dos horas, el juez Rose volvió al tribunal un minuto y cuarenta y ocho segundos después de que Nick se sentara y leyó una declaración preparada que debía de haber escrito unos días antes. El juez Rose podría haber tenido al menos la cortesía de decirle al señor Purnell que no se molestara, ya que ya había tomado una decisión y no estaba interesado en la presentación de ninguna prueba nueva.

Y a esto ha quedado reducida la justicia británica.

DÍA 370

Martes, 23 de julio de 2002

La prensa tiene curiosidad por saber por qué Mary no acudió ayer al tribunal para la vista oral de mi recurso de apelación. A las 13:00 horas tenía una entrevista para el puesto de presidenta del Hospital de Addenbrooke, y la fecha había sido ya fijada hace algunas semanas.

Le había dicho que no debía pedir bajo ninguna circunstancia que le cambiasen la fecha, ya que se trataba a todas luces de la entrevista más importante de su vida. Addenbrooke, adscrito desde su nacimiento a la Universidad de Cambridge, es uno de los principales hospitales universitarios del país. Tiene un presupuesto de unos doscientos cincuenta millones de libras al año, y una plantilla de cerca de mil médicos y dos mil quinientas enfermeras. Mary ha sido vicepresidenta durante los últimos dos años y lleva ocho en la junta, y aunque se enfrenta a una formidable lista de candidatos preseleccionados, creo que tiene muchas posibilidades.

Pasamos más de una hora al teléfono (hasta que me quedé sin tarjetas telefónicas) abordando las preguntas que podrían surgir. Quiero con toda mi alma que Mary consiga este trabajo de presidenta, más incluso que salir en libertad de este cárcel; de lo contrario, pasaría el resto de mi vida pensando que yo fui la razón por la que no lo consiguió.

DÍA 371

Miércoles, 24 de julio de 2002

Llamo a Mary para confirmar que vendrá a recogerme el sábado y me llevará a mi primera visita a la ciudad, presagio del permiso domiciliario. No tengo ocasión de hacerle ninguna pregunta porque todo queda eclipsado por la noticia de que ha sido nombrada presidenta de Addenbrooke.

Estoy tan contento que ni siquiera me acuerdo de por qué he llamado.

DÍA 373

Viernes, 26 de julio de 2002

Nunca ha habido ningún suicidio en North Sea Camp, a pesar de que el año pasado hubo setenta y tres suicidios en las cárceles británicas.

Hoy un recluso ha llevado a cabo dos intentos de quitarse la vida: primero intentó cortarse las venas de la muñeca y después de que lo trasladaran al Hospital Pilgrim y le curaran las heridas, intentó ahorcarse. Sin éxito.

Es un joven que ha perdido a su madre recientemente, y la semana pasada su novia le envió una carta en la que le decía lo dejaba. Más tarde me enteré de que en su juicio se tomó ciento seis pastillas de paracetamol y aunque le hicieron un lavado de estómago, le ocasionó daños irreversibles en el hígado. Su delito, por cierto, fue cometer un hurto en una tienda, por lo que lo condenaron a seis meses, y cumplirá tres como máximo.

Sin embargo, ha salido algo bueno de todo esto: a los Escuchadores, que llevan algún tiempo solicitando una sala para sus reuniones de orientación, se les ha asignado una esta mañana.

DÍA 374

Sábado, 27 de julio de 2002
7:00 horas

Hoy han apagado la calefacción central, que es todo lo que necesitáis saber sobre el funcionamiento de North Sea Camp.

10:00 horas

Mi primer día fuera de la cárcel en un año.

Mary me recoge y, mientras los periodistas esperan en la entrada, evitamos Boston. Acabamos en una pradera con vacas, haciendo un pícnic. Es como estar en la gloria, aunque la prensa consiga su inevitable foto[34].

Durante un almuerzo a base de ensalada de pavo y jamón, seguida de queso Cheddar y regado con una Coca-Cola *Light*, Mary y yo hablamos de sus nuevas responsabilidades como presidenta del Hospital de Addenbrooke.

Después de una vuelta en coche por el campo, Mary me lleva de regreso a North Sea Camp justo después de las cinco, ya que mañana vuela a Japón para dar una conferencia.

En la primera visita a la ciudad, no está permitido ir más allá de los alrededores de Boston (diez millas) y hay que regresar al centro penitenciario hacia las siete de la tarde. La próxima semana, suponiendo que no haya incumplido ninguna de las reglas, que no haya traspasado el límite de las diez millas, que no haya bebido alcohol o cometido un delito (siendo el hurto más común), podré viajar una distancia «en línea recta» de cincuenta y cinco millas, radio que incluye Cambridge y Grantchester.

Al volver a la enfermería, decido coger una tarjeta telefónica y llamar a Mary para agradecerle todo lo que está haciendo. Cuando abro cajón junto a la cama descubro que mis tarjetas telefónicas han desaparecido. Aún tardo unos minutos en asimilar que un compañero de prisión ha entrado en la enfermería y me ha robado todas las tarjetas telefónicas (ocho, por valor de dieciséis libras). No olvidéis que gano 11,70 libras a la semana. Cuando examino la ventana que hay delante de mi cama, advierto que no está en su posición habitual.

Así que ahora ya sé cómo entró el ladrón.

Tendré que pedirle un par de tarjetas a David, dos a Stephen y dos a Tony si quiero sobrevivir la próxima semana.



DÍA 377

Martes, 30 de julio de 2002
8:00 horas

Esta mañana han subido a cuatro de los presos de Highpoint a un furgón y los han llevado a Lincoln (categoría B) acompañados por seis celadores y un conductor. Justo antes de salir de North Sea Camp, uno de los presos atacó a uno de los celadores. El director ha dejado claro que no va a aceptar más presos procedentes de ese centro.

9:00 horas

Cinco inspectores de prisiones llegan sin avisar a la puerta principal. El señor Beaumont (el director general) está de vacaciones en Gales, pero regresa apresuradamente, junto con varios funcionarios más.

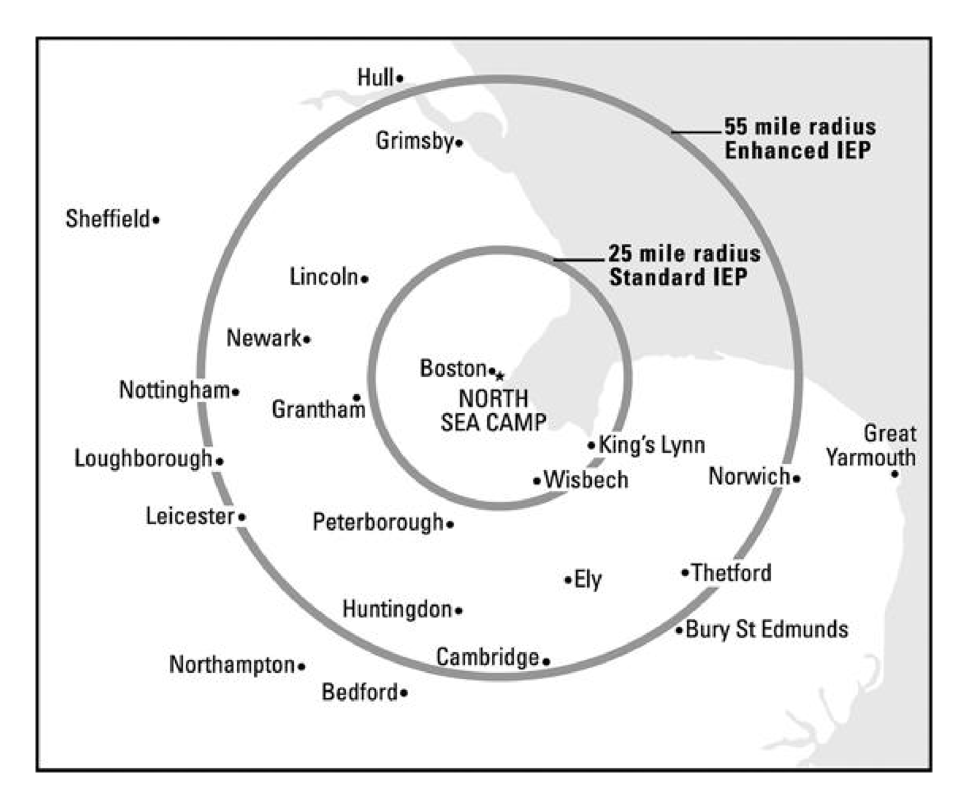
A lo largo de los tres días siguientes me encuentro con los cinco inspectores y me impresiona la rapidez con la que identifican lo bueno, lo malo y lo que resulta simplemente indiferente. Destacan la cocina y la enfermería —ambas dirigidas por mujeres— y les dedican grandes elogios.

Sin embargo, el director no estaba para escuchar su informe final, ya que había vuelto a Gales.

DÍA 382

Domingo, 4 de agosto de 2002

Como ya he completado mi primera visita a la ciudad sin incidentes, ahora tengo derecho a viajar a Cambridge (dentro de un radio de cincuenta y cinco millas de North Sea Camp). (Véase mapa abajo). Mary está en Japón asistiendo a una congreso y Will está trabajando en el Centro Kennedy, en Washington DC, así que paso el día con James.



Cuando conducimos por Grantchester, siento el impulso de ver la casa de Old Vicarage. Paso la primera hora paseando por el jardín ligeramente cubierto de maleza —nuestro jardinero ha estado de vacaciones un par de semanas— admirando las flores, el lago lleno de carpas Koi y las esculturas que adornan el césped.

James prepara el almuerzo y después de leer los periódicos dominicales me siento a comer unas rajas de melón con jamón de

Parma, seguidas de espaguetis a la boloñesa (mi elección) y una Coca-Cola *Light*. Normalmente tomamos un vaso de vino tinto, pero no hasta dentro de un año. Después de una tabla de quesos —solo me interesa el Cheddar— volvemos a pasear por el jardín en un día sin una sola nube, antes de volver a la casa para ver los Juegos de la Commonwealth. Un gran triunfo para Manchester.

Salgo a las cinco en punto, ya que tengo que estar de vuelta antes de las siete de la tarde, cuando me harán la prueba de alcoholemia y me cachearán. Al más mínimo indicio de que hubiese tomado aunque solo fuese un trago de vino, perdería mi puesto como ordenanza del módulo de enfermería y no podría optar a un voluntariado en los servicios a la comunidad en el futuro. También tendría que volver a una celda doble en el módulo norte y me pondrían a trabajar en la granja. ¿Puede alguien ser tan estúpido?

Dos presos superaron el límite de alcoholemia al regresar a la prisión esa tarde. Ambos perdieron todos sus beneficios penitenciarios.

DÍA 384

Martes, 6 de agosto de 2002

Todos los presos que han llegado a su fecha de elegibilidad para la obtención de permisos penitenciarios pueden optar a trabajar en la comunidad siempre y cuando estén dentro de los doce meses de la fecha de su libertad condicional (la mía es el 19 de julio de 2003). Un preso puede entonces trabajar fuera del centro entre las siete de la mañana y las siete de la tarde durante cinco días a la semana, e incluso disfrutar de un sexto día de formación. Una vez aceptado en el programa de reinserción, el preso se traslada a uno de los módulos de viviendas situados cerca de la puerta (habitaciones individuales) y se le permite llevar su propia ropa en todo momento. También puede conducir su propio coche para ir al trabajo y tener un teléfono móvil (que no se puede sacar del coche).

El objetivo del programa de reinserción es ayudar a los presos a ayudarse a sí mismos ganando un salario digno (150-250 libras a la semana). Si eres independiente económicamente, en tu caso esas normas no se aplican. Sin embargo, todavía puedes colaborar con una organización benéfica o de voluntariado y la cárcel te pagará 12,50 libras a la semana (el sueldo actual de un ordenanza de enfermería es de 11,60 libras a la semana).

El director Berlyn (jefe de reinserción) ya ha rechazado mi solicitud para trabajar para el doctor Walling en la clínica Parkside como enfermero en prácticas. Da dos razones para su decisión: parte de la plantilla de North Sea Camp son pacientes de la clínica, y el doctor Walling, como jefe de la consulta, técnicamente es miembro del personal y, por tanto, no puede contratarme. Sin embargo, el señor Berlyn ha recibido una carta de un tal señor Moreno, del teatro Royal Lincoln, que me ha ofrecido un puesto como ayudante en el programa comunitario del teatro. El señor Berlyn me acompañará a Lincoln el próximo martes para una entrevista. El teatro Royal Lincoln entra en la categoría de organización benéfica, ya que está subvencionado por el Consejo del Condado de Lincolnshire.

DÍA 386

Jueves, 8 de agosto de 2002
8:00 horas

Algún gracioso ha colgado en el tablón de anuncios de las tiendas: «Si te queda bien, devuélvelo».

Parece que en las últimas dos semanas han entrado a robar en veinte habitaciones (celdas) y han cogido más de doscientas tarjetas de teléfono. Los más veteranos me dicen que tiene que ser un yonqui si estaba tan desesperado como para entrar en la enfermería. Al final de la semana, el ladrón ha entrado en la capilla y en el economato (tienda).

Algunos reclusos afirman que saben quién es el culpable.

18:00 horas Un preso que acaba de llegar de Highpoint dice que va a darme una paliza antes de que lo pongan en libertad. Profirió esta amenaza durante mis rondas matutinas delante de un grupo de colegas suyos. Debe de tener unos treinta años y está en la cárcel por un delito de lesiones graves.

Confieso que siento miedo por primera vez en meses.

DÍA 387

Viernes, 9 de agosto de 2002
8:00 horas

Esta mañana el mismo preso se presenta en la enfermería. Intento aparentar tranquilidad. Se disculpa por lo que dijo ayer, asegurando que era una broma y que es evidente que lo malinterpreté.

—Nunca haría nada que pudiera hacerte daño, Jeff.

Sospecho que le preocupa que su amenaza pueda llegar a oídos de un funcionario, lo que tendría como consecuencia su traslado inmediato a un una cárcel de categoría B. La intimidación y el acoso se consideran delitos aún peores que el consumo de drogas. Asiento con la cabeza y sale rápidamente de la enfermería.

18:00 horas

David (robo a la oficina de correos) me dice que el preso de Highpoint que me amenazó ha recibido una visita de Jim (robo, solo antigüedades), Mo (terrorista) y Big Al (delito de lesiones graves) en plena noche. Le explicaron lo que le sucedería si Jeff sufría algún daño, o algo parecido.

Me conmueve que tres reclusos a los que no conozco muy a fondo se sientan lo bastante cercanos a mí como para defenderme.

Le señalé a Big Al una pierna antes del wicket en el partido de críquet de la semana pasada, y no ha dejado de refunfuñar desde entonces.

DÍA 391

Martes, 13 de agosto de 2002

El señor Berlyn me lleva a Lincoln para una entrevista con Chris Moreno y Chris Colby, el propietario y el director del Teatro Royal Lincoln.

Los dos caballeros no podrían haberse mostrado más amables. Le dejaron claro al señor Berlyn que necesitaban «voluntarios» y que estarían encantados de aceptar a más presos además de a mí. El señor Berlyn parece satisfecho de que se trate de una verdadera oferta de trabajo y de que pueda ser de utilidad para la comunidad. Dice que recomendará que empiece el lunes.

DÍA 393

Jueves, 15 de agosto de 2002
14:00 horas

Un preso llamado Hugh ha agredido a un funcionario en el módulo norte. Llega a la enfermería con un pómulo roto. Hugh es trasladado inmediatamente a la prisión de Lincoln y lo acusarán de agresión. El funcionario le dice a Linda que va a pedir una indemnización y que espera estar de baja por lo menos cuatro meses.

17:30 horas

Lucky Ball llega a North Sea Camp, el hombre que afirmó haber ganado la lotería y, acto seguido, se dedicó a gastarse sus ganancias inexistentes.

19:00 horas

Es mi último día como ordenanza del módulo de enfermería. Stephen (dos años, fraude con el IVA, ciento sesenta mil libras) va a reemplazarme. Continuaré como ordenanza los sábados para poder mantener mis privilegios como el baño diario, cuando Stephen tenga el día libre.

DÍA 396

Domingo, 18 de agosto de 2002
8:00 horas

Jim (ordenanza del gimnasio) me lleva a Cambridge para que pueda pasar el día en casa con James. Mary está todavía en Japón. James y yo compramos cuatro carpas Koi nuevas en el centro de jardinería local. La libertad está subestimada.

17:00 horas

Llevo el coche de Mary al centro penitenciario y lo dejo en el aparcamiento de la cárcel. Este será el vehículo que usaré para ir y volver de Lincoln cada día. He decidido no conducir mi BMW 720 porque eso causaría todo tipo de problemas, con la prensa, con el personal de la cárcel y con los otros presos. Mientras conduzco, me siento un poco como el señor Sapo en su coche en la carretera.

DÍA 397

Lunes, 19 de agosto de 2002
9:00 horas

Hoy empiezo a trabajar en el Teatro Royal Lincoln y disfruto de poder ponerme una camisa y una corbata por primera vez en un año. No encontraba aparcamiento y he llegado unos minutos tarde. Más de cien periodistas, fotógrafos y cámaras de televisión me están esperando.

Lo primero que advierto es que mi pequeño despacho tiene barrotes en la ventana.

Cuando salgo a la calle durante la pausa para el almuerzo, la gente se muestra amable y considerada. Me cuesta salir a las cinco, coger algo para comer y volver a las siete.

Llego a North Sea Camp con tres minutos de sobra. Si no hubiera llegado a tiempo, habría perdido todos mis beneficios penitenciarios el primer día, y probablemente me habrían puesto a trabajar en la granja.

DÍA 424

Domingo, 15 de septiembre de 2002

Ahora puedo salir de la cárcel todos los domingos y viajar hasta Grantchester para pasar el día con Mary y mi familia.

Hoy, en mi cuarto domingo, a Mary y a mí nos han invitado a almorzar con Gillian y Tom Shephard y algunos de sus amigos en su casa de Thetford. Como Thetford está de camino a North Sea Camp dentro del radio de las cincuenta y cinco millas reglamentarias, decidimos coger coches separados para que pueda volver a la cárcel después de comer[35].

Salimos de la casa de Old Vicarage a las 12:15 horas[36].

DÍA 434

Miércoles, 25 de septiembre de 2002

Cinco semanas idílicas trabajando en el Teatro Royal. *Annie* pasa a la fase de ensayos con Su Pollard, Mark Wynter y Louise English. He estado a cargo de los niños y, en particular, de su alojamiento para cuando se vayan de gira por el país. Después de los terribles sucesos de Soham, el señor Moreno insiste en que su seguridad debe ser la máxima prioridad. Paso horas organizando dónde se alojarán las jóvenes y sus acompañantes en cada ciudad.

Hoy asisto al ensayo general de *Annie* a las 14:30 en el Liberal Club y me despido del reparto después de que Chris Colby haya repasado sus notas[37]. Les deseo suerte a todos y me marcho unos minutos antes de las seis. Ahora no solo me siento parte del equipo, sino que mi trabajo resulta útil.

Llego a Boston a las seis y voy al restaurante Eagles para cenar lo que no sabía entonces que serían mi último filete y pastel de riñón.

A mi llegada a North Sea Camp, el señor Elsen, un funcionario de rango superior, me pide que lo acompañe al despacho del director. Hago un esfuerzo por pensar qué es lo que puedo haber hecho mal. El señor Beaumont, el director, y el señor Berlyn, el director adjunto, están sentados esperándome. El director va directo al grano y me pregunta si el domingo 15 me detuve en el camino de regreso a la cárcel para almorzar con la parlamentaria Gillian Shephard.

—Sí —respondo sin dudarlo, ya que no considero a Gillian ni a ninguno de sus otros invitados delincuentes.

El señor Beaumont me dice que he violado las condiciones de mi permiso penitenciario al dejar mi casa en Cambridge. Eso a pesar de que permanecí dentro del radio permitido de la prisión, de que estuve con mi esposa, de que no bebí nada más fuerte que zumo de manzana y de que llegué a North Sea Camp con tiempo de sobra.

Sin ofrecerme la oportunidad de dar una explicación, me llevan al módulo de aislamiento y ni siquiera me permiten hacer una llamada telefónica.

La fría y sombría habitación, de cinco pasos por tres, solo tiene un colchón delgado en el suelo, arrimado a la pared, un lavabo de acero y un retrete sin tapa.

DÍA 435

Jueves, 26 de septiembre de 2002
5:00 horas

No he dormido ni un solo segundo de las diez horas que he estado encerrado en esta celda.

8:00 horas

Mi primer visitante es la doctora Razzak, quien me asegura que informará al director de que, por razones médicas, no deberían trasladarme[38].

10:00 horas

Recibo una visita del señor Forman (presidente de la Junta de Supervisión Independiente de la cárcel), que me asegura que no me trasladarán a ningún sitio si mi único delito fue almorzar con Gillian Shephard.

11:30 horas

Me escoltan para mi comparecencia ante el director. No tarda en hacerse evidente que es el señor Narey, el director general del servicio de instituciones penitenciarias, quien toma todas las decisiones desde Londres. Una vez que me doy cuenta de eso, me resigno a que no se haga justicia.

El señor Beaumont me dice que como resultado de este incumplimiento de las condiciones del permiso me van a trasladar a la cárcel de Lincoln, a pesar de que, hasta ahora, mi expediente ha sido ejemplar y nunca me han abierto ningún parte. Añade que he puesto en evidencia al servicio de instituciones penitenciarias tras una noticia aparecida en la prensa. El periódico me acusó de ponerme a beber champán en un guateque de los *Tories*.

—¿Qué periódico? —pregunto inocentemente.

—El *Sun* —contesta Beaumont, revelando así qué diario lee el

señor Narey cada mañana y qué editoriales le ayudan a tomar sus decisiones.

La semana pasada en North Sea Camp, a un preso que llegó tarde y borracho le suspendieron todos sus beneficios penitenciarios durante un mes; a otro, que trajo vodka al centro, lo castigaron sin permisos durante un mes. La semana pasada, un recluso apodado Ginger se fue de permiso a casa y volvió al cabo de tres días. Su excusa fue que su novia lo había retenido contra su voluntad (lo que provocó una mezcla de envidia e hilaridad entre otros reclusos). Su único castigo fue el confinamiento en una celda de aislamiento por un breve período. Varios expresidiarios se han puesto en contacto con mi mujer señalando que visitaban regularmente a sus amigos y a sus familiares en sus días de permiso domiciliario, además de llevar a sus hijos de excursión al parque o a la piscina, y nadie les advirtió nunca, ni una sola vez, que aquello fuera contra las normas.

No me dieron la oportunidad de presentar ningún recurso.

Más tarde me enteré de que el doctor Walling (el jefe médico de la prisión) protestó por que me hubieran puesto en aislamiento y por mi traslado a la cárcel de Lincoln. El doctor Walling me dijo que le advirtieron que si hacía públicas sus protestas, sus días en North Sea Camp estarían contados.

15:45 horas

Un funcionario, el señor Masters, está tan horrorizado por lo ocurrido que acude junto al furgón del Grupo 4 para estrecharme la mano.

> *30 de abril de 2004*
>
> *Apreciado Sr. Wragg:*
>
> *Investigación sobre la conducta del Sr. Keith Beaumont:*
>
> *Tengo entendido que dirige usted una investigación sobre la conducta del Sr. Keith Beaumont como director general de la cárcel de North Sea Camp.*
>
> *Como tal vez sepa, fui recluso de la cárcel de North Sea Camp desde octubre de 2001 hasta septiembre de 2002, fecha en que me trasladaron de forma harto expeditiva a la cárcel de Lincoln, siguiendo las órdenes del Sr. Beaumont.*
>
> *Sin duda es de gran importancia que pueda proporcionarle pruebas para su investigación acerca de este tema, sobre el que dejé constancia por escrito en su momento. A este respecto, estoy a su disposición para cuando lo considere oportuno. Puede*

ponerse en contacto conmigo en días laborables en el número que aparece en el encabezado de esta carta y los fines de semana, en el 01223 840213.

Atentamente,

Jeffrey Archer

cc Sr. Phil Wheatley, director general del Servicio de Instituciones Penitenciarias[39].

DE VUELTA AL INFIERNO

16:19 HORAS

El furgón del Grupo 4 atraviesa las puertas de la cárcel de Lincoln justo después de las cuatro de la tarde. La cárcel de Lincoln está a menos de una milla del Teatro Royal, pero es como si estuviera a mil millas de distancia.

Me acompañan a la recepción, donde me recibe el señor Fuller. Parece desconcertado sobre los motivos por los que estoy allí. Examina mis bolsas de plástico y deja que me quede con mis maquinillas de afeitar y con un par de zapatillas de deporte. El resto, me asegura, me lo devolverán cuando me trasladen a otra cárcel o me pongan en libertad. Rellena varios formularios, un proceso que se prolonga más de una hora, mientras permanezco a la espera en un pasillo sucio y lleno de humo, tratando de asimilar lo que ha ocurrido estas últimas veinte horas. Cuando el último formulario ha sido completado, otro funcionario me escolta a una celda doble en el famoso módulo A.

Cuando entro en el módulo principal, soy blanco de las burlas y el lenguaje soez habituales. Nos detenemos frente a la celda catorce. El funcionario abre la enorme puerta de hierro y luego la cierra de golpe a mi espalda. Mi nuevo compañero de celda levanta la vista desde su cama, sonríe y se presenta como Jason. Mientras saco de la bolsa lo que queda de mis pertenencias y preparo mi cama, Jason me dice que está en la cárcel por un delito de lesiones graves. Encontró a un hombre en la cama con su mujer y le dio una paliza hasta dejarlo medio muerto.

—Ojalá hubiera llegado hasta el final —añade.

Su sentencia es de cuatro años.

Jason continúa charlando mientras me acuesto en mi colchón duro y miro al techo verde. Me dice que está tratando de volver con su mujer. La verá por primera vez desde su condena (hace diez semanas) en un vis a vis el sábado. También descubro que Jason sirvió diez años en las fuerzas aéreas, que lo condecoraron con tres medallas en la guerra del Golfo, y que fue el campeón de boxeo de peso ligero de la RAF. Dejó las fuerzas armadas con una hoja de servicios ejemplar, lo que cree que puede haber contribuido a que le redujeran el cargo de asesinato en grado de tentativa a delito de lesiones graves.

Me quedo dormido, pero solo porque no he pegado ojo en treinta y nueve horas.

DÍA 436

Viernes, 27 de septiembre de 2002

Me despierto con las palabras «Que se jodan todos los boquerones», que resuenan en el aire desde el piso de arriba.

Hace dos días que no como nada y hago un esfuerzo por masticar una rebanada de pan y por tragarme un sorbete de limón caducado.

Cuando me dejan salir de la celda (cuarenta y cinco minutos al día), llamo a Mary. Un preso de la galería de arriba me escupe y luego se ríe a carcajadas.

A pesar de que los funcionarios se muestran amables y comprensivos, nunca en mi vida he estado más deprimido. Sé que si mi sentencia fuera de veinticinco años, me suicidaría. Ha habido tres intentos de suicidio en Lincoln esta semana, uno de ellos con éxito: un muchacho de veintidós años; aún no había recibido la sentencia.

Jason me dice que ha oído que me van a trasladar al módulo C. Dice que es más limpio y que cada celda tiene un televisor pero —y siempre hay un pero en la cárcel—, tendré que trabajar en la cocina. Si ese es el caso, me quedaré en el módulo A todo el tiempo que tenga que estar aquí. Jason me pasa su periódico. El *Mirror* publica un artículo veraz de mi almuerzo con Gillian y Tom Shephard; nadie sugiere que bebiese alcohol. El *Times* añade que Martin Narey ha dicho que no tardarán mucho tiempo en trasladarme. Eso me anima… solo un poco, porque enseguida me acuerdo de lo que significa en realidad «no mucho tiempo» en la cárcel. La prensa en general considera que se han pasado conmigo y el *Daily* Mail no duda de que las huellas del ministro del Interior están por todas partes en la decisión de vengarse de mí. Me quedo horas y horas tumbado en la cama, preguntándome si saldré en libertad algún día.

DÍA 437

Sábado, 28 de septiembre de 2002
12:00 horas

Estoy haciendo cola para el almuerzo, preguntándome si habrá algo comestible. Veo una manzana. Tengo que acordarme de escribir a Wendy y felicitarla por la calidad de la comida en North Sea Camp. Un preso, el tercero por delante de mí en la cola, pide bruscamente un poco de arroz. El preso que sirve la comida le planta un cucharón lleno arroz en la bandeja, de malas maneras.

—Joder, ¿eso es todo lo que me vas a dar? —pregunta el recluso, a lo que el otro responde:

—Mueve el culo, payaso de mierda.

El preso deja su bandeja en el suelo, se dirige con paso furioso hacia la parte trasera del mostrador y le pega un puñetazo al otro preso en la nariz. En la pelea posterior, el segundo preso golpea con el pesado cucharón la cabeza del primer preso y la sangre sale a borbotones entre la comida. El resto de la cola forma un círculo alrededor de los dos contrincantes. Los presos nunca se meten en las peleas de otros, son muy conscientes de las consecuencias, pero eso no les impide burlarse y animarlos, algunos incluso hacen apuestas. La pelea se prolonga durante más de un minuto hasta que suena la alarma, lo que hace que los celadores aparezcan corriendo, desde todas direcciones.

Para cuando llegan los celadores, hay sangre por todas partes. Hacen falta cinco para separar a los dos hombres. Los dos contrincantes son llevados entonces a las celdas de aislamiento [40] .

17:00 horas

No me como la comida de la prisión. Una vez más, tengo que recurrir a las galletas de chocolate y al zumo de grosella negra. Y una vez más, tengo un problema con el suministro, del que en Belmarsh se encargaba Del Boy. No tardo en descubrir a su homólogo en Lincoln, Devon.

Devon es el limpiador veterano del módulo. Me dice con orgullo que tiene cuarenta y un años, cinco hijos de tres mujeres diferentes, y

ya tiene cinco nietos. Le digo cuáles son mis necesidades. Me sonríe; es la sonrisa de un hombre que sabe que puede cumplir.

Al cabo de una hora, ya tengo una segunda almohada, una manta, dos botellas de agua, un KitKat y un ejemplar del *Times* de ayer. Por cierto, como Del Boy, Devon es antillano. Como Devon está en prisión preventiva, puede pasar más tiempo fuera de su celda que un preso con condena firme. Lo acusan de atacar a un traficante rival con un machete (delito de lesiones graves). Le cercenó el brazo derecho, así que no se muestra muy optimista sobre el resultado de su próximo juicio.

—Después de todo —dice, con una sonrisa—, todavía tienen su brazo, ¿no? —Hace una pausa—. Ojalá le hubiera cortado la cabeza.

Vuelvo a mi celda, sintiéndome indispuesto.

18:00 horas

Me resulta difícil adaptarme a permanecer encerrado de nuevo veintidós horas al día, pero imaginaos mi sorpresa cuando, durante la hora de socialización, ese descanso de cuarenta y cinco minutos en el que se nos permite salir de la celda, me encuentro con Clive. ¿Os acordáis de Clive? Venía a la enfermería por las tardes en North Sea Camp y jugaba al *backgammon* conmigo, y casi siempre ganaba. Bueno, pues vuelve a estar en prisión preventiva, esta vez acusado de blanqueo de dinero. Mientras paseamos por el patio, me cuenta lo que ha pasado en su vida desde la última vez que nos vimos.

Al parecer, después de salir de North Sea Camp, Clive abrió una empresa que vendía teléfonos móviles a los árabes, quienes le pagaban en efectivo. Luego él distribuía el dinero a distintos bancos alrededor del mundo, mientras se quedaba con un diez por ciento para él.

—¿Por qué es eso ilegal? —pregunto.

—Bueno, es que no había ningún teléfono, para empezar —admite.

Clive parece confiar en que no podrán probar el blanqueo, pero tal vez lo trinquen por no pagar el IVA[41].

Llamo a Mary en la hora de socialización. Mientras me informa sobre los intentos de Narey en radio y televisión para justificar su decisión de enviarme a Lincoln, estalla otra pelea. Observo como se llevan a otros dos presos más. Mary sigue diciéndome que Narey está retractándose y tratando de dar marcha a atrás en la decisión lo antes posible, y que el Ministerio del Interior no aparece por ningún lado. Los periodistas parecen convencidos de que volverán a trasladarme a una cárcel de categoría D enseguida. Pues ya están tardando demasiado, le digo, porque este sitio está lleno de matones violentos y

drogadictos. La verdad es que siento verdadera admiración por la forma en que los funcionarios consiguen controlar la bomba de relojería que es esta prisión[42].

Mientras paseo a la hora de socialización en compañía de Jason, me señala a tres lituanos que están solos en la esquina del fondo.

—Están en prisión preventiva pendientes de juicio por asesinato —me dice—. Hasta los funcionarios les temen.

Devon se une a nosotros y añade que son sicarios de la mafia rusa y que los enviaron a Inglaterra para llevar a cabo una ejecución. Los acusan de matar a tres de sus compatriotas, cortarlos en pedacitos, pasarlos por una picadora y luego dárselos de comer a los perros.

DÍA 438

Domingo, 29 de septiembre de 2002
11:00 horas

La puerta de la celda se abre y un oficial me acompaña a la capilla: cualquier cosa con tal de salir de mi celda. Después de todo, la capilla es la estancia más grande de la prisión. Hoy el oficio incluye la Santa Comunión, con el placer añadido de oír los cánticos del coro de la Catedral de Lincoln. Son diecisiete miembros, mientras que congregación la forman trece presos.

Me siento junto a un hombre que lleva las últimas diez semanas en el módulo A. Tiene cincuenta y tres años, y cumple una condena de dos. Es su primer delito, y no tiene antecedentes de drogas o violencia.

El ministro del Interior no puede tener idea del daño que está causando a estas personas al obligarlas a mezclarse, en unas condiciones espantosas, con asesinos, matones y drogadictos. Esos hombres deberían ser enviados a una cárcel de categoría D el día que se dicta su condena[43].

12:00 horas

Voy a la biblioteca y escojo tres libros, el máximo permitido. Paso las siguientes veinte horas en mi celda, leyendo.

22:00 horas

Acabo el día con la selección de cuentos de Alfred Hitchcock *Stories To Be Read With The Doors Locked* [Historias para leer con las puertas cerradas]. Irónico es poco.

DÍA 439

Lunes, 30 de septiembre de 2002
6:00 horas

Los últimos días he estado escribiendo frenéticamente, pero el director adjunto me acaba de confiscar mi trabajo. Y luego se les llena la boca con la libertad de expresión… Dejó claro que sus órdenes de impedirme enviar cualquier material escrito venían directamente del Ministerio del Interior. Reescribo mi día y consigo sacar esta copia de la cárcel de forma subrepticia, lo cual no es muy difícil con casi un centenar de reclusos en prisión preventiva que salen de la cárcel para ir a los tribunales todos los días.

8:00 horas

Después del desayuno, me encierro en mi celda en compañía de Jason durante las siguientes ocho horas.

18:00 horas

El señor Marsh, un funcionario de alto rango que tiene un raro don para mantener las cosas bajo control, abre la puerta de la celda y me dice que tengo una reunión con el responsable de zona[44]. Me conduce hasta una sala privada, donde me presenta al señor Spurr y a la señora Stamp. El señor Spurr explica que se le han asignado la responsabilidad de investigar mi caso. Como he recibido unas seiscientas cartas en los últimos cuatro días (todas ellas retenidas), expresando todas ellas su indignación por la decisión del director general, esto no supone para mí una gran sorpresa.

Las inteligentes preguntas del señor Spurr me llevan a creer que le interesa realmente corregir una injusticia. Les explico a él y a la señora Stamp qué fue lo que pasó exactamente.

El viernes 27 de septiembre, el servicio de instituciones penitenciarias anunció que se habían presentado nuevas alegaciones más graves contra mí. Resultó que dichas alegaciones estaban relacionadas con un almuerzo al que había asistido el miércoles 25 de septiembre en el restaurante Zucchini's, de Lincoln (que está cerca del

Teatro Royal) con el señor Paul Hocking, entonces funcionario superior de seguridad de North Sea Camp, y la agente Karen Brooks, de la policía de Lincoln.

Le expliqué al señor Spurr que el único propósito del almuerzo, en lo que a mí respecta, era poder describir a la agente Brooks cuáles habían sido mis impresiones con respecto a la cultura de la droga que impera en las cárceles británicas, puesto que para entonces la agente había vuelto a trabajar con la brigada antidroga de la policía de Lincolnshire. A fin de cuentas, ya había mantenido varias reuniones anteriores con Hocking y/o Brooks relacionadas con el tema de las drogas. No sabía que se supone que los funcionarios de la prisión no deben almorzar con los presos, ni hay ninguna razón por la que debería haberlo sabido. Además, cuando un funcionario superior le pide a un preso que asista a una reunión, incluso en un contexto social, un preso sensato no cuestiona el derecho del funcionario a pedírselo.

En cuanto al supervisor Hocking, me ha producido una gran tristeza saber que fue obligado a presentar su dimisión del servicio de instituciones penitenciarias el 27 de septiembre bajo la amenaza de perder su pensión si no lo hacía [45]. La agente Karen Brooks tuvo más suerte con sus superiores. Su papel fue investigado exhaustivamente por el inspector jefe Gossage y el sargento Kent de la policía de Lincolnshire, y permanece en el cuerpo. El inspector jefe Gossage y el sargento Kent me interrogaron durante su posterior investigación del mismo almuerzo, y dejaron muy claro que pensaban que el servicio penitenciario había actuado precipitada y desproporcionadamente al trasladarme a la cárcel de Lincoln.

Cuando el señor Spurr se va, me asegura que terminará su informe lo antes posible, aunque todavía tiene que interrogar a algunas personas más. Repite que su principal prioridad es que se haga justicia con cualquier preso que haya sido tratado injustamente.

Fue algún tiempo después cuando el *Daily* Mail informó que el ministro del Interior había coaccionado al señor Narey para que me trasladara a la cárcel de Lincoln.

La cronología de los hechos, hasta donde yo sé, fue la siguiente: el periódico *The Sun* llamó a la oficina de Martin Narey la tarde del miércoles 25 de septiembre y al día siguiente publicó una crónica plagada de exageraciones sobre el almuerzo con Gillian Shephard. Esto provocó que el ministro del Interior enviara un fax incendiario (véase página siguiente) a Martin Narey exigiendo que este tomara «medidas disciplinarias rotundas e inmediatas» contra mí. Narey, que en ocasiones anteriores siempre había luchado contra los intentos de

la prensa de presentar el trato que se me dispensaba en la cárcel como un trato de favor, esta vez cedió y dio instrucciones al señor Beaumont de que me trasladaran a Lincoln inmediatamente. Narey también apareció en varios programas de televisión y radio para lanzarme ataques en términos muy personales en lo que el *Independent on Sunday* describió como «un ataque sin precedentes sobre un preso en concreto», especialmente a la luz de las posteriores celosas afirmaciones de que el servicio de instituciones penitenciarias «no puede hablar de un preso en concreto con terceros».

El señor Beaumont se encontró en un apuro aún mayor: no me había preguntado por el almuerzo en Zucchini's, así que difícilmente podía basar en eso la orden para mi traslado. Al final, la notificación de traslado que firmó decía simplemente: «A raíz de las graves acusaciones publicadas en los medios de comunicación y confirmadas por usted mismo de que el 15 de septiembre de 2002 asistió a una cena en lugar de pasar el día en un permiso domiciliario en Cambridge con su esposa, no es procedente que permanezca más tiempo en el centro penitenciario de North Sea Camp».

Mi permiso no limitaba mis movimientos a mi casa en Grantchester mientras estuviera en libertad, pero el Ministerio del Interior hizo circular un correo electrónico que decía: «El centro penitenciario [de North Sea Camp] había concedido a JA un permiso domiciliario, pero las condiciones de su permiso estipulaban que no debía ir a ningún otro lugar que no fuera su casa. A la luz de esto, ha violado sus condiciones del permiso domiciliario y deberá comparecer ante un tribunal sancionador». En ese momento, la copia de mi libro de registro personal (un registro que lleva la prisión donde figuran todas las salidas de los presos con permisos temporales) no contenía ninguna limitación de esa índole, ni tampoco comparecí nunca ante un tribunal sancionador por el incumplimiento de dicha limitación.

El señor Spurr dijo más tarde en una carta que fue «incapaz de localizar» mi libro de registro personal cuando llevó a cabo su investigación sobre mi traslado, un hecho que reconoció como «lamentable». Uno no puede por menos de preguntarse por qué y cómo desapareció dicho libro. Sin embargo, el señor Narey me dijo que dejara de escribirle sobre el tema ya que el asunto estaba cerrado.

FROM THE HOME SECRETARY

PRIVATE & CONFIDENTAL

FROM: Home Secretary
Queen Anne's Gate

DATE: 26 September 2002

MARTIN [redacted]

Dear Martin

I would be grateful if you would report personally to me on the two incidents you are investigating in relation to Jeffrey Archer.

If either of these incidents are true, I expect you to take immediate and decisive disciplinary action.

I am sick and tired of reading Jeffrey Archer stories about the cushy conditions in which he was placed, the freedom he has been given, the opportunity to do whatever he likes, and the snook that he is cocking at all of us.

Best wishes

David

DAVID BLUNKETT

DÍA 440

Martes, 1 de octubre de 2002
6:00 horas

Una queja frecuente entre los funcionarios de la prisión y los reclusos —por la que siento cierta simpatía— es que los pederastas y los delincuentes sexuales son tratados con más indulgencia y viven en un entorno mucho más agradable que el resto de nosotros.

Al llegar a Lincoln te asignan inmediatamente al módulo A, descrito con razón por los tabloides como un agujero infecto de la época victoriana. Pero si eres un delincuente sexual con condena firme, vas directo al módulo E, un moderno módulo de alojamiento de celdas individuales inteligentes, cada una con su propio aparato de televisión. El módulo E también tiene mesas de *ping-pong* y de billar y una pista de bolos.

En los últimos días, me han encerrado en aislamiento, me han trasladado a Lincoln, me han metido en un módulo con asesinos, criminales violentos y narcotraficantes, en una celda de la que cualquier rata que se precie huiría por patas, me han ofrecido comida que soy incapaz de comer y tengo que compartir mi celda con un hombre que le dio de puñetazos a otro hasta dejarlo medio muerto. Todo esto por almorzar con la honorable parlamentaria señora Gillian Shephard en compañía de mi esposa cuando regresaba al centro de North Sea Camp desde Grantchester.

Los delincuentes sexuales pueden sobrevivir en una cárcel de régimen abierto porque los otros presos están en grado de «confianza» y no quieren arriesgarse a que los envíen de vuelta a una cárcel de categoría B o que les alarguen las sentencias. Sin embargo, estas reglas no se aplican en una cárcel de régimen cerrado. Un celador me relató hace poco el peor caso con el que se ha encontrado durante sus treinta años en el servicio de instituciones penitenciarias. Si eres una persona un poco aprensiva, es mejor que te saltes esta página y pases a la siguiente, porque confieso que me costó mucho escribirla.

El preso en cuestión fue juzgado y condenado por mantener relaciones sexuales con su hija de cinco años. Durante el juicio salió a la luz que el acusado no solo la violó, sino que para que se produjera la penetración tuvo que cortar la vagina de su hija con una cuchilla de

afeitar.

Sé que no podría haber matado a ese hombre, pero sospecho que sí habría hecho la vista gorda mientras otro lo hacía.

10:34 horas

Recibo la visita de un preso portugués llamado Juan. Me advierte que han visto a algunos reclusos en mi celda durante la hora de socialización mientras yo estaba al teléfono. Parece que esperaban echarle mano a algún recuerdo personal para vendérselo a la prensa.

El inglés es la segunda lengua de Juan, y no me he encontrado con un preso que domine mejor nuestra lengua materna; además, dudo que haya otro preso en el módulo A que tenga una letra más pulcra, yo incluido. Por cierto, es un hombre muy amable y educado. Me escribió una carta de agradecimiento por darle un vaso de zumo de grosella. Tengo que intentar averiguar por qué está en prisión.

11:17 horas

Un funcionario (el señor Brighten) abre mi puerta y me dice que tengo que rellenar un formulario para poder trabajar en la cocina. Al principio pienso que me está gastando una broma, pero luego me doy cuenta de que lo dice en serio. Estoy seguro de que al personal no puede habérsele escapado que apenas he comido nada desde el día que llegué, ¿y ahora quieren ponerme a trabajar donde se prepara la comida? Le digo educadamente, pero con firmeza, que no tengo ganas de trabajar en la cocina.

15:11 horas

Miro arriba a mi pequeña ventana, casi pegada al techo, y pienso en Oscar Wilde. Esto debe ser lo más cerca que he estado a vivir en las condiciones descritas de forma tan vívida y expresiva por el gran dramaturgo mientras cumplía una condena de dos años en la cárcel de Reading.

Nunca vi a nadie que mirara con ojos tan ansiosos la pequeña carpa azul que los presos llaman cielo.

17:15 horas

El señor Brighten vuelve para decirme que me abrirán un parte si me



niego a trabajar en la cocina. Accedo, pues, a trabajar en la cocina.

DÍA 443

Viernes, 4 de octubre de 2002

El final de la segunda semana más larga de mi vida.

Esta mañana Jason (delito de lesiones graves) ha recibido una orden de traslado para transferirlo a la cárcel de Stocken, en Rutland (categoría C). Está «hecho polvo», porque esperaba que lo enviasen directamente a una cárcel de categoría D; sin embargo, la condena por violencia lo ha impedido. Por cierto, él y su mujer han decidido volver juntos y ahora ella lo visitará todos los sábados.

10:00 horas

Un celador abre la puerta de mi celda y grita: «¡Gimnasio!». Veinte o treinta presos formamos una fila junto a la puerta de reja al final de la sala desprovista de ventanas y con paredes de ladrillo. Minutos más tarde nos conducen por pasillos largos y sombríos, con muchas puertas pesadas que se abren y se cierran mientras avanzamos con paso lento hacia el gimnasio, situado al otro extremo de la prisión.

Nos llevan a un vestuario, donde me pongo una camiseta y unos pantalones cortos. Clive (blanqueo de dinero) y yo entramos en el espacioso gimnasio. Calentamos con un partido de pádel, y me gana en cuestión de minutos. Hago mil metros en la máquina de remo en cinco minutos, y acabo con un poco de entrenamiento con pesas ligeras. Cuando uno de los celadores grita «¡Cinco minutos!», me peso en la báscula. Doce *stones* con doce libras. He perdido seis libras en seis días. Me reúno con mis compañeros en la ducha y me doy mi primera ducha a presión en un año, cosa que evoca más recuerdos desagradables de Belmarsh.

Cuando el señor Lewis, el funcionario superior del gimnasio, nos acompaña de regreso al módulo A, pasamos por el módulo E (pederastas) y ninguno de los reclusos dedica ni una sola mirada a aquellas caras que nos observan fijamente. ¿Por qué? Porque nos acompaña un funcionario. Se advierte a los presos que cualquier tipo de agresión verbal (en forma de gritos, insultos o lenguaje soez) se tratará como un asunto disciplinario, capaz de provocar la pérdida del derecho a ir diariamente al gimnasio como castigo. Cuando estás

encerrado veintidós horas al día, eso es incentivo suficiente para permanecer en silencio, sea lo que sea lo que estés pensando.

17:00 horas

La puerta de la celda se abre y entra mi nuevo compañero de celda, con la sempiterna bolsa de plástico. Jason es reemplazado por Phil, un joven de veintiocho años simpático y bien parecido, a pesar de la cicatriz en la cara.

Lo han asignado a mi celda porque no fuma, lo cual es muy raro en una cárcel. Phil habla por los codos, y me dice que quiere volver a trabajar en la cocina. Desde luego, parece que sabe desenvolverse bien en la cárcel, lo que tiene su explicación en el hecho de que ya ha estado varias hecho veces en Lincoln durante los últimos diez años.

Está encantado de contarme todos los detalles sobre su historial delictivo.

Delito	**Edad**	**Duración sentencia**	**Tiempo de condena cometido**
delito de lesiones	17	18 meses	13 ½ meses
robo a mano armada (oficina de correos)	19	4 ½ años	3 años 2 meses
fraude con tarjetas de crédito, falsedad	22	21meses	11 meses
conducir con el permiso de conducir retirado	25	6 meses	3 meses
conducir sin carnet	25	4 meses	2 meses
conducir bajo los efectos del alcohol	25	servicios comunitarios	80 horas
delito de lesiones (accidente de coche, agresión al otro conductor)	26	6 meses	3 meses
agresión (su	27	5 meses	10 semanas

mujer)			
Total	28	9 ½ años	6 años 1 mes

Tuvieron en cuenta otros veintiocho delitos antes de que el juez dictara sentencia contra Phil esta mañana.

—Se acabó —me dice Phil.

Ahora tiene una vida familiar feliz —no le pregunto cómo explica su última condena— y un buen trabajo. Puede ganar quinientas libras a la semana colocando suelos de cemento y no le hace ninguna falta volver pasar por la cárcel. Phil admite que su problema es que no sabe controlar su mal genio.

—Enciendes una cerilla y exploto —añade, riéndose.

17:40 horas

El señor Brighten abre la puerta de la celda para informarme de que empiezo a trabajar en la cocina mañana a las ocho. Cierra la puerta de golpe antes de que pueda hacer algún comentario.

18:00 horas

Vuelven a abrir la puerta de mi celda y nos llevan a Phil y a mí, junto con otros tres presos, a la enfermería. Me dicen que tengo que someterme un test de drogas antes de poder trabajar en la cocina. A pesar de que yo no quiero trabajar en la cocina, Phil me dice que todos los días cinco presos se postulan para ese puesto porque es muy popular. Phil y yo superamos el test de orina con un negativo para sustancias estupefacientes y el funcionario de guardia nos dice que nos presentemos en la cocina a las ocho. Los otros tres dan positivo.

18:40 horas

Llamo a mi agente, Jonathan Lloyd, durante la hora de socialización. Repasa conmigo los detalles del anuncio de mañana de la publicación del primer volumen de estos diarios. Lo felicito por cómo ha conseguido mantenerlo en secreto: ni un solo periódico ha publicado que *Diario de la cárcel, de FF8282* se publicará mañana. Es un gran logro, teniendo en cuenta que al menos veinte personas debían de saberlo en la editorial Macmillan y otras diez o más en el *Daily* Mail.

DÍA 444

Sábado, 5 de octubre de 2002
5:52 horas

Este es mi décimo día de encarcelamiento en Lincoln.

6:01 horas

La publicación de *Diario de la cárcel, Volumen I - Belmarsh: Infierno* acapara los informativos. Los hechos se presentan de forma imparcial. Al parecer, nadie cree que el Ministerio del Interior vaya a intentar impedir la publicación. Sin embargo, el director general va a comprobar si he infringido alguna norma penitenciaria. Al señor Narey le inquieta especialmente la mención de los nombres de otros presos. Solo he reproducido los apellidos de los presos cuando son personajes importantes en el diario, y solo después de haber obtenido su permiso para hacerlo[46].

Un representante de la Asociación de Funcionarios de Prisiones ha declarado en el programa *Today* que, como me pasaba todo el día escondido en mi habitación, no cree que tenga nada reseñable que decir sobre el sistema penitenciario. Tal vez habría sido más prudente que abriera la boca después de haber leído el libro, cuando hubiese descubierto lo bien parados que salen sus compañeros de mi experiencia.

7:32 horas

Me abren la puerta de la celda para que pueda trasladarme del módulo A al J. Esto se considera un privilegio para el selecto grupo de presos que trabaja en la cocina. Las celdas están mucho más limpias, y también tienen aparatos de televisión. Mi nuevo compañero es un no fumador llamado Stephen (de treinta y nueve años), que es el responsable de la cocina.

Stephen cumple una condena de siete años por introducir una tonelada y media de cannabis en Gran Bretaña. Es un hombre inteligente, que dirige tanto el módulo como la cocina con una combinación de encanto personal y buen ejemplo.

8:00 horas

Un grupo de catorce presos es escoltado hasta las cocinas. Solo dos de los cinco presos que se presentaron ayer al test de drogas seguimos en el grupo.

Me ponen a trabajar en la sala de las verduras y hortalizas para ayudar a un joven de veintitrés años que se llama Lee y que hace tan bien su trabajo —cortar patatas, partir cebollas, rallar queso y machacar colinabos— que me convierto en su incompetente ayudante. Mi falta de experiencia no parece preocuparle.

El funcionario a cargo de la cocina, el señor Tasker, resulta ser uno de los hombres más honrados y profesionales con los que he tratado desde que entré en prisión. Su cocina es como el aeropuerto de Singapur: se puede comer en el suelo. Insiste en señalarme que solo cuenta con un presupuesto de 1,27 libras por preso para dar tres comidas al día. En esas circunstancias, lo que él y su equipo consiguen es poco menos que un milagro.

DÍA 445

Domingo, 6 de octubre de 2002
11:14 horas

En este, mi undécimo día, recibo una segunda visita del señor Spurr y su colega, la señora Stamp.

Dicen querer aclarar algunos aspectos secundarios. Me impresiona ver hasta qué punto el señor Spurr está al corriente de lo que ocurre en North Sea Camp y, una vez más, tengo la impresión de que le preocupa de veras.

Se va prometiéndome que podrá comunicarme el resultado de su investigación este próximo viernes.

DÍA 450

Viernes, 11 de octubre de 2002
7:30 horas

Un funcionario especialmente diligente y maleducado abre la puerta de mi celda y me tira unos papeles. Me dice con cara de inmensa satisfacción que esta tarde a las cuatro debo comparecer ante un comité disciplinario.

Releo los papeles varias veces. No tengo mucho más que hacer. Al parecer, publicando *Diario de la cárcel* he infringido la Regla 51 Párrafo 23 del reglamento al «nombrar al personal penitenciario de tal forma que pueda ser identificado», en contra del SO 5 Párrafo 34 (9) (d).

8:10 horas

Al salir de mi celda para ir a trabajar a la cocina, me sorprende encontrar al señor Spurr y a la señora Stamp esperándome. Me acompañan a una sala anexa. El señor Spurr me dice que ha finalizado su investigación y que me trasladarán a la cárcel de Hollesley Bay (categoría D) en algún momento de la semana que viene. ¿Os acordáis de las palabras del director Lewis: «Haga lo que haga, asegúrese de no acabar en Hollesley Bay…»?

10:30 horas

Me tomo un descanso y dejo de pelar patatas, aunque no es que haya pelado muchas, sinceramente. Advierto que el señor Tasker está sentado en su oficina leyendo el *Daily* Mail. Me hace señas para que entre y me dice que cierre la puerta.

—Acabo de leer sus declaraciones sobre su etapa en Belmarsh —dice, señalando con el dedo las páginas centrales— y veo que da a entender que el 70 por ciento de los consumen drogas y hasta el 30 por ciento podrían estar enganchados a la heroína. —Levanta la vista, me mira con expresión de congoja y añade—: Está equivocado.

No hago ningún comentario, suponiendo que va a rebatir mis afirmaciones y a recordarme las estadísticas oficiales que el Ministerio

del Interior repite como un loro cada vez que se pone sobre la mesa el problema de la droga.

—¿Cuál diría que usted es el trabajo más solicitado en la cárcel? —me pregunta el señor Tasker, doblando su periódico.

—La cocina, sin duda —respondo—, y por todas las razones obvias.

—Efectivamente —dice—. Cada día, al menos cinco reclusos solicitan trabajar en la cocina. —Hace una pausa, toma un sorbo de café y añade—: ¿Le hicieron un test de drogas ayer?

—Sí —respondo—, a mí y a otros cuatro presos.

—¿Y a cuántos los invitaron a trabajar en la cocina?

—Solo a Phil y a mí —respondo.

—Correcto, pero lo que usted no sabe es que tengo derecho a disponer de veintiún presos trabajando en la cocina, y que actualmente solo hay diecisiete. —Toma otro sorbo de café—. En los últimos diez años nunca he conseguido cubrir todas las vacantes, a pesar de que nunca tenemos menos de setecientos reclusos. —El señor Tasker se levanta de su asiento—. Bueno, yo no soy ningún matemático —dice—, pero coincidirá conmigo en que diecisiete de setecientos no llega al 30 por ciento.

15:00 horas

El mismo zopenco maleducado y diligente que me abrió la puerta de la celda esta mañana vuelve a recogerme de la cocina y me acompaña al módulo de aislamiento. Esta vez solo me dejan allí unos cuarenta minutos antes de llevarme en presencia del señor Peacock, el director. Peacock se sienta presidiendo la mesa con el director adjunto a su derecha y el responsable de mi módulo a su izquierda. El tarugo se sitúa detrás de mí por si intento escapar. El director lee los cargos en voz alta y pregunta si quiero declararme culpable o inocente.

—No estoy seguro —respondo—. No tengo muy claro qué delito he cometido.

Entonces me enseña todo el reglamento penitenciario. Expreso cierta sorpresa, diciendo que entregué todas las páginas de *Belmarsh: Infierno* al censor de la prisión y que este se las envió amablemente a mi secretaria, y en ningún momento sugirió que estuviese cometiendo algún delito.

El director parece lógicamente avergonzado cuando le pido que escriba todo lo que acabo de decir. Así lo hace.

El señor Peacock señala que todos los reclusos tienen acceso a una copia del reglamento penitenciario, en la biblioteca.

—Sí, pero cualquiera que haya leído el *Diario* —tiene un ejemplar de *Belmarsh* en la mesa, delante de él— sabría que no me dejaban visitar la biblioteca o tener acceso a los talleres educativos mientras permanecí en Belmarsh.

Le señalo el párrafo de la página correspondiente. Al menos tiene el detalle de sonreír, añadiendo que el desconocimiento de la ley no es excusa para infringirla.

Peacock pide entonces al responsable de mi módulo que presente su informe.

—Archer FF8282, trabaja en la cocina y es un preso educado y cortés, sin antecedentes de violencia o consumo de drogas.

El director también anota esas palabras antes de aclararse la garganta y dictar sentencia.

—Pérdida de todos los beneficios penitenciarios durante catorce días, y del acceso al economato durante el mismo período de tiempo… —el director hace una pausa—, suspendido por seis meses.

Me levanto, le doy las gracias y me voy. Tengo la sensación de que se va a quitar un peso de encima cuando no tenga que verme más. Pero lo más importante es que han decidido no retirarme el grado de preso de categoría D, cosa que demuestra que no tenían ninguna razón para enviarme allí, para empezar.

Aún faltaban otros seis días antes de mi traslado a Hollesley Bay, en Suffolk, e incluso con algo tan sencillo como eso se las han arreglado para fastidiarlo.

DÍA 457

Viernes, 18 de octubre de 2002
6:00 horas

Me levanto y meto mis cosas en una bolsa de plástico reglamentaria mientras me preparo para mi próximo traslado con el mismo entusiasmo con el que te vas de un motel cochambroso al final de unas vacaciones lluviosas. Mientras recojo mis pertenencias, hablo con mi compañero de celda, Stephen (marihuana, siete años), quien me dice que le han concedido el grado de preso de categoría D y que espera que no tarden mucho en trasladarlo a North Sea Camp.

7:00 horas

Abren las puertas de las celdas de nuestro módulo para que Stephen y sus compañeros puedan ser escoltados a las cocinas y empezar su jornada de trabajo. Trato de darle las gracias, no sin cierta torpeza, por su amabilidad y ayuda durante estos últimos diez días mientras le deseo suerte para que lo trasladen pronto.

8.07 horas

La puerta de la celda se abre por última vez y aparece un joven funcionario. Sin decir una palabra, me acompaña a la recepción. El trayecto se hace largo, ya que tengo que arrastrar dos bolsas de plástico grandes y pesadas, y por muchas veces que me pare, el funcionario no hace ningún amago de ayudarme.

Cuando llegamos al fin a la recepción, me dejan en la inevitable sala de espera. De vez en cuando, el señor Fuller me llama al mostrador para que firme unos formularios y examine el contenido de otras seis bolsas de plástico que han estado guardando bajo llave. Están llenas de regalos, principalmente libros, que la gente corriente me ha estado enviando las últimas tres semanas. Clasifico los que se pueden donar a la biblioteca (incluidas nueve Biblias) y aun así acabo con cuatro bolsas llenas hasta los topes, que tendrán que viajar conmigo a Suffolk.

Aún hace falta otra media hora para rellenar el último formulario y

poder salir hacia mi próximo destino. Mientras tanto, de vuelta a la sala de espera.

10:19 horas

Dos jóvenes celadores del Grupo 4 aparecen en el pasillo. Son quienes deberán escoltarnos a mí y a otros dos internos de este lugar infernal, aunque no puedo decir que los cancerberos de esta endiablada cárcel no hayan sido amables conmigo. De hecho, salvo por la excepción del tarugo, todos han sido simpáticos y comprensivos.

Los celadores del Grupo 4 me ayudan con mis innumerables bolsas de plástico, antes de encerrarme en un pequeño cubículo dentro del furgón policial. Me quedo agazapado y en silencio esperando una «orden de movimiento».

11:49 horas

Las puertas automáticas se abren despacio y el furgón se incorpora a la carretera principal. Miro a través la ventanilla de cristales tintados y veo a varios fotógrafos disparando sus cámaras. Lo único que van a conseguir sacar es una ventanilla negra.

Permanezco encorvado dentro del furgón, a pesar de que como preso de categoría D tengo derecho a que mi esposa me lleve a Hollesley Bay en el coche familiar. Sin embargo, una vez más, el Ministerio del Interior se ha encargado de impedirlo.

Paso las cinco horas siguientes encerrado con dos sándwiches rancios y una botella de agua mientras recorremos cuatro condados en el interminable viaje a algún lugar de la costa de Suffolk.

15:19 horas

El furgón llega al fin a Hollesley Bay y se detiene en la puerta de un edificio de ladrillo. Los tres presos salimos del furgón y nos acompañan a la recepción. Más formularios que rellenar y más bolsas que revisar; más decisiones que tomar sobre lo que podemos quedarnos y lo que no.

Mientras examinan el contenido mis bolsas de plástico, el funcionario de guardia se delata sin querer con un comentario inocente:

—Es la primera vez que registro a alguien de Lincoln.

Y lo que es peor: a los otros dos presos que han venido conmigo

solo les quedan dos y tres semanas de condena, respectivamente, y eso a pesar de que sus domicilios están en el norte de Yorkshire. Los han trasladado más lejos simplemente porque el Ministerio del Interior está dispuesto a jugar con sus vidas solo para asegurarse de que yo no pueda viajar en coche.

Cuando acabamos con todos los trámites, otro funcionario me acompaña al módulo norte, donde me suelta en una habitación individual.

Otra vez empiezo a sacar mis cosas de la bolsa. Otra vez tendré que familiarizarme con todo esto. Otra vez tendré que pasar por el proceso de iniciación. Otra vez tendré que sufrir las interminables burlas y las miradas hostiles, sin bajar nunca la guardia. Otra vez tendré que buscarme un trabajo.

Otra vez…

EPÍLOGO

Los últimos catorce meses he estado escribiendo dos mil palabras al día, casi un millón en total, lo que ha dado como resultado la publicación de tres diarios.

Aunque Hollesley Bay resultó ser muy diferente de North Sea Camp, no lo era tanto como para justificar un cuarto diario. Sin embargo, hay una diferencia significativa digna de mención: Hollesley Bay es una cárcel de régimen abierto, no un centro de reinserción. Estaba claro que la escogieron para asegurarse de que no pudiera trabajar fuera. Después de completar mi período de iniciación, el director de Genesis, un proyecto de la organización benéfica de Mencap, en Ipswich, me ofreció un trabajo. Su oferta fue rechazada por el señor Jones, el director de la prisión, a pesar de que había otros tres internos trabajando en Genesis en ese momento. Presenté una queja ante el Defensor de la Prisión sobre esta discriminación tan flagrante, pero dijo que no tenía autoridad para revertir la decisión del director.

Me conformé de mala gana con el puesto de ordenanza de la biblioteca, con instrucciones del señor Jones de «hacer que lean más presos». Mi primera semana como bibliotecario hubo treinta y dos préstamos, mientras que la última, ocho meses después, fueron ciento noventa y uno.

Sin embargo, como la biblioteca solo estaba abierta a los presos entre las 12:30 y las 13:00 horas y entre las 18:00 y las 19:00 horas, me quedaba todavía mucho tiempo para entretenerme. No se necesita tanto tiempo para colocar en los anaqueles los veinte o treinta libros que se devolvían al día. Podría haber pasado las horas muertas escribiendo un cuarto diario, pero como ya he dicho, no creía que fuese a aportar gran cosa.

Durante esos primeros meses de encarcelamiento en Hollesley Bay, corregí el *Diario de la cárcel, Volumen II - Wayland: Purgatorio*, y lo saqué a hurtadillas de la cárcel semanalmente a través de un preso que trabajaba en Ipswich. Pero ni siquiera ese exigente ejercicio ocupaba todo mi tiempo.

Mi siguiente proyecto fue escribir nueve relatos cortos basados en las historias que había ido recopilando en las cuatro cárceles. Esta colección se publicará en 2005 bajo el título *Cat of Nine Tales*[47]. Por desgracia, incluso este proyecto, con sus distintas fases de reescritura, solo me mantuvo ocupado hasta Navidad, dejándome con otros seis meses en los que buscar en qué ocupar mi tiempo antes de mi puesta en libertad.

Fue la muerte de un viejo amigo lo que me impulsó a pasar a la acción, y una vez más me fijé un propósito para mi vida…

Unos meses antes de que empezara mi juicio, almorcé en Mosimann's con Chris Brasher y un amigo común, John Bryant. El objetivo del almuerzo —y Chris siempre tenía un propósito— era, en primer lugar, persuadirme para que corriera la maratón de Londres e intentara batir el récord mundial de la cantidad recaudada para obras benéficas en ese evento por una sola persona (1.166 212 libras) y en segundo lugar, para que escribiera mi primer guion.

Si bien la maratón se pospuso por los acontecimientos que siguieron, de repente me encontré con tiempo de sobra para escribir un guion. Chris Brasher también tenía claro el tema que quería que abordara y me contó la historia de George Mallory, el inglés que en 1924 subió hasta quedarse a 800 pies de la cumbre del Everest, vestido con un traje de *tweed* de tres piezas, con una cuerda enrollada al hombro y una mochila de cincuenta y cinco libras a la espalda, y sujetando un piolet en una mano y un paraguas en la otra.

A las 12:50 horas del 17 de julio de 1924 (Día de la Ascensión), él y su joven compañero Sandy Irvine quedaron envueltos por las nubes y no se les volvió a ver nunca más.

¿Fue Mallory el primer hombre en conquistar el Everest?

La prematura muerte de Chris Brasher fue lo que me hizo evocar el recuerdo de ese almuerzo.

Resolví poner en práctica su segunda sugerencia.

DÍA 725

Lunes, 21 de julio de 2003
5:09 horas

He dormido bien y me levanto temprano para ducharme. Recojo mis cosas para no perder tiempo cuando me llamen por megafonía para que acuda a recepción.

Me emociona la cantidad de presos que vienen a mi habitación esta mañana para estrecharme la mano y desearme suerte. Sin embargo, no es cierto, tal como sugirió un tabloide, que me despidieran con una ceremonia con honores cuando abandoné la cárcel.

7:00 horas

Mi último desayuno en prisión: copos de cereales con leche. No puedo evitar mirar la hora en mi reloj cada pocos minutos.

8:09 horas

Me llaman para que acuda a recepción donde —no es ninguna sorpresa— hay que firmar una nueva serie de formularios antes de que pueda salir en libertad.

El señor Swivenbank terminar de rellenar al fin los papeles de mi puesta en libertad y no trata de ocultar una sonrisa mientras me entrega mis cuarenta libras reglamentarias. Meto los billetes en la hucha para caridad del mostrador, estrecho las manos de los dos funcionarios y salgo, con el séptimo borrador de un guion metido bajo el brazo, y en el bolsillo un CD de una canción que interpretaron The Seven Deadly Sins en mi fiesta de despedida de anoche. (Véase página siguiente).

Will está sentado al volante de mi coche, aparcado frente a la puerta trasera, esperándome. Conduce despacio para abrirse paso a través de las hordas de periodistas que invaden ambos lados de la carretera. Justo cuando logramos acelerar para alejarnos y cuando ya creo que hemos escapado de ellos, vemos encima de nosotros un helicóptero del canal de noticias de Sky TV, así como tres motocicletas que llevan a sendos cámaras de paquetes, además de otros cinco

coches detrás, pisándonos los talones. Will no superó el límite de velocidad ni una sola vez en todo el trayecto de regreso a Cambridge.

Al llegar a la casa de Old Vicarage, Mary sale corriendo a recibirme y doy un breve comunicado de prensa:

Comunicado de prensa: Bajo embargo hasta la medianoche del domingo 20 de julio de 2003

Declaración de Jeffrey Archer

Quiero agradecer a mi esposa Mary y a mis hijos, William y James, su apoyo incondicional e inquebrantable durante esta infortunada etapa de mi vida.

También quiero dar las gracias a los numerosos amigos que se han tomado la molestia de ir a visitarme a la cárcel, así como a los innumerables ciudadanos que me han enviado cartas, tarjetas y regalos.

No tengo previsto dar ninguna entrevista en el futuro inmediato.

Sin embargo, he aceptado una invitación para dirigirme a los asistentes al congreso de la Liga Howard para la Reforma Penal en el New College Oxford en septiembre, y varias solicitudes para participar en subastas benéficas en las fechas previas a la Navidad.



JEFFREY

(to the tune of 'Daniel' by Elton John)

Jeffrey is leaving today down the lane
I can see the paparazzi, flashing away in vain;
Oh, and I can see Jeffrey waving goodbye;
God, it looks like Jeffrey might have a teardrop in his eye.

Oh, ooh, Jeffrey our brother, bet you're glad to be free;
Now you can tell the world what you think of Narey.
You did time well, it's now your time to tell;
Jeffrey, you're a star, go on, son, give 'em hell.

No he dado una entrevista en prensa, ni he aparecido en radio o en televisión, desde entonces.

Durante el último año, he impartido charlas en una docena de instituciones desde que hablé en la Liga Howard, incluida la Disraeli Society, el Trinity College Oxford, el Thirty Club, el Hawks club y la Asociación de Abogados de Derecho Penal.

También he llevado a cabo veinte subastas benéficas, en las que he recaudado algo más de un millón de libras, y he corrido la maratón Flora de Londres (5 horas y 26 minutos) donde me adelantaron un camello, una cabina telefónica, un pastel y una chica andando.

He dedicado la mayor parte de mi tiempo libre a tareas de documentación para mi próxima novela… y a seguir trabajando en el guion de *Mallory: Walking* Off *the Map*.

POST SCRÍPTUM

A lo largo de este último año mucha gente me ha preguntado si hay alguna reforma penitenciaria en particular que querría pedirle al Ministerio del Interior que implantase.

Creo que el ministro del Interior podría realizar tres modificaciones con pequeños costes adicionales que resultarían en un gran beneficio para la sociedad:

a. Durante el juicio, los acusados deberían ser clasificados según las categorías A, B, C o D. Esto permitiría que en el caso de que se trate de un primer delito, si el acusado no tiene antecedentes por delitos violentos o relacionados con drogas, este fuera enviado directamente a una cárcel de régimen abierto, donde sería menos probable que entrase en contacto con delincuentes profesionales, criminales peligrosos y toxicómanos.
b. La penalización por fumar marihuana en la cárcel no debería ser la misma que para los presos que consumen heroína. Esto impediría que los fumadores sociales de marihuana se pasen a la heroína simplemente porque la marihuana permanece en el torrente sanguíneo durante veintiocho días, mientras que la heroína se puede eliminar en veinticuatro horas bebiendo varios litros de agua, evitando de ese modo un resultado positivo en un test obligatorio de abuso drogas.
c. El pago a los reclusos por todos los trabajos realizados en el servicio de instituciones penitenciarias debería ser universal y estar estandarizado, incluido el pago a los que opten por cursos educativos. Si los presos supieran que en el aspecto económico se gratifica del mismo modo aprender a leer y escribir, sacarse el Certificado General de Educación Secundaria (GCSE) o incluso un título universitario, tal vez no solo se matricularían

en dichos cursos, sino que habría menos probabilidades de reincidencia cuando saliesen en libertad.

Si se aceptaran estas tres recomendaciones, sentiría que mis dos años de cárcel no fueron del todo inútiles.

ACERCA DE DIARIO DE LA CÁRCEL, VOLUMEN III - NORTH SEA CAMP: PARAÍSO

El volumen final de la trilogía de diarios carcelarios de Jeffrey Archer abarca desde su transferencia desde el Centro Penitenciario de Media Seguridad Wayland de Su Majestad hasta su puesta en libertad condicional en julio de 2003. Supone el relato del traumático período que pasó en la famosa Prisión Lincoln y los acontecimientos que llevaron a su encarcelamiento en ella. Asimismo, el libro presenta una dura visión de un sistema penitenciario a punto de quebrarse. Contado con humor, misericordia y honestidad, este diario cierra con un reflexivo manifiesto que debería ser recibido con aplausos entre defensores de la reforma del sistema y presos de las cárceles británicas.



JEFFREY HOWARD ARCHER, Baron Archer of Weston-super-Mare (Londres; 15 de abril de 1940), es un escritor y expolítico inglés, estudió en el Wellington School y en el Brasenose College de la Universidad de Oxford.

A comienzos de 1960 representó al Reino Unido en atletismo (en la especialidad de 100 metros lisos). En 1969 ingresa en la Cámara de los Comunes por el Partido Conservador, y fue el miembro más joven. También formó parte de la Cámara de Lores (es lord desde 1992), como dirigente del partido conservador. A lo largo de su carrera política protagonizó varios escándalos y controversias. En 2001 fue condenado a cuatro años de cárcel, acusado de un delito de perjurio.

Tuvo dos hijos con su esposa, la científica especialista en energía solar Mary Archer: William y James.

NOTAS

[1] North Sea Camp tiene dos módulos, el norte y el sur, con unos 110 presos residentes en cada uno. (*N. del A*). < <

[2] Con el sistema de control telemático, tus movimientos están restringidos y debes permanecer en casa entre las siete de la tarde y las siete de la mañana siguiente. (*N. del A.*). <<

[3] En realidad, no puedes escaparte ni fugarte de una cárcel de régimen abierto, simplemente no regresas del permiso. No hay vallas ni muros, solo una barrera para coches en la entrada y un camino público en la parte de atrás. La mayoría de los presos que se «fugan» (no regresan) lo hacen en las primeras dos semanas. Nueve de cada diez vuelven a estar entre rejas en un plazo de cuarenta y ocho horas. (*N. del A.*). < <

[4] Hay cinco rangos de director; al hombre o la mujer cuyo rango está por encima de los demás se le conoce como «director general». Todavía no he conocido a ninguno. (*N. del A.*). < <

[5] Matthew acabará cumpliendo cinco meses y medio de condena. (*N. del A.*). < <

[6] Esto solo es así en las cárceles de categoría D (de régimen abierto). (*N. del A.*). < <

[7] Un período de dos años de servicio obligatorio en una de las ramas de las fuerzas armadas, que dejó de aplicarse para cualquier persona nacida después de 1940. (*N. del A.*). <<

[8] La puerta de la cada habitación tiene una hoja de vidrio de gran tamaño, cubierta con tela metálica. Por la parte de fuera hay una cortina verde para evitar que cualquiera que pase se asome a mirar. Sin embargo, por las noches, los funcionarios apartan la cortina para comprobar que estás en la cama y que no te has fugado. (*N. del A.*). < <

[9] New prohibió todos los frascos de colutorio del economato después de un incidente similar hace un año. Como Storr compró el bote en su última cárcel, New va a emitir una nueva directiva: que se confiscarán los enjuagues bucales que traigan consigo todos los nuevos presos que lleguen a North Sea Camp. (*N. del A.*). < <

[10] El gobierno retiró el proyecto de ley en marzo de 2004. (*N. del A.*). <<

[11] Nunca llamo a Mary al móvil porque mi tarjeta de teléfono de dos libras se acaba en segundos. (*N. del A.*). < <

[12] Durante los doce meses siguientes no apareció ninguna referencia a ningún escándalo en Spring Hill en la prensa nacional. (*N. del A.*). < <

[13] Porque es la última cárcel la que corre con los gastos de la puesta en libertad de un preso. (*N. del A.*). < <

[14] Véase el Volumen II - *Wayland: Purgatorio. (N. del A.)*. < <

[15] En Belmarsh, alrededor del 70 por ciento de los reclusos eran negros; en Wayland, el 30 por ciento, y actualmente en North Sea Camp tenemos cuatro presos negros de un total de 207. No sé muy bien qué es lo que demuestra eso: posiblemente haya más presos negros relacionados con delitos de violencia que con delitos de estafa. (*N. del A.*). <<

[16] Un recluso que haya cumplido un cuarto de su condena y demuestre ser un preso modelo es elegible para trabajar fuera de la cárcel. Primero debe realizar dos visitas a la ciudad sin que haya incidentes. El siguiente paso es solicitar puesto como voluntario en servicios comunitarios (CSV), tal vez en un geriátrico o en una tienda de Oxfam. Una vez que haya completado un mes de trabajo comunitario sin incidentes, puede pasar a un empleo como asalariado, ganando entre doscientas y quinientas libras a la semana tal vez. Eso le da al preso la oportunidad de enviar dinero a su esposa o pareja, y de acumular algunos ahorros a los que poder recurrir una vez que salga en libertad. (*N. del A.*). < <

[17] White, E. B. *Esto es Nueva York*, Minúscula, Barcelona, 2003. Traducción de Miguel Temprano García. (*N. de la T*). < <

[18] Interesante ambigüedad en la redacción. (*N. del A.*). < <

[19] Frank voló de Los Ángeles a Londres para comparecer en mi juicio para desmentir una declaración de Angie Peppiatt en la que afirmaba que yo había estado en Roma con una amante cuando en realidad estaba con Frank asistiendo a los Campeonatos Mundiales de Atletismo. Aunque eso al juez Potts le importaba un bledo, ya que para entonces ya había decidido que yo era culpable. (*N. del A.*). < <

[20] El señor y la señora Barker están ahora separados. La señora Barker se retiró de la junta de la libertad condicional en septiembre de 2001. (*N. del A.*). < <

[21] El año pasado le afectó mucho enterarse de que el Ministerio del Interior estaba planteándose el cierre de la cárcel. (*N. del A.*). < <

[22] Juego de palabras con el término inglés *crabs*, que significa tanto «cangrejo» como «ladilla» en castellano. (*N. de la T*). < <

[23] Las llamadas empresas de autopublicación están encantadas de publicarte tu libro… siempre y cuando, además del manuscrito, les envíes adjunto un cheque de 3.000 libras. (*N. del A.*). < <

[24] El centro tiene derecho a retenerte hasta la medianoche del día de tu puesta en libertad, pero normalmente estás fuera de las instalaciones a las nueve. (*N. del A.*). < <

[25] La baronesa Nicholson escribió a sir John Stevens, comisionado de la Policía Metropolitana, en julio de 2001, exigiendo «una investigación sobre la participación de Jeffrey Archer en los fondos recaudados y gastados a través de la campaña Simple Truth». Este hecho no solo precipitó una investigación policial, sino una larga y costosa investigación de la empresa KPMG en nombre de la Cruz Roja. La insinuación de la baronesa Nicholson de que había robado dinero de la campaña fue irresponsable y carecía por completo de fundamento, y el 23 de enero de 2002 la policía cerró su investigación «ante (…) la falta de pruebas de la parte denunciante». (*N. del A.*). <<

[26] Más adelante me escribió para decirme que su antigua empresa lo aceptó de nuevo el día que salió en libertad y consideraron las seis semanas de ausencia como vacaciones pagadas. (*N. del A.*). <<

[27] Por el problema del hacinamiento en las cárceles. (*N. del A.*). < <

[28] El analgésico más solicitado por los reclusos ingleses es el Kapake, que es una mezcla de paracetamol y codeína. La razón es que la codeína aparece en las analísticas de las pruebas obligatorias como un opiáceo, encubriendo así la presencia de opiáceos ilegales. En ese caso, el adicto puede protestar y decir: «Es que me estoy tomando el Kapake que me recetó el médico». Ahora los médicos de las cárceles están intentando limitar la prescripción de Kapake y de diazepam cuando un preso tiene un historial de consumo de drogas. (*N. del A.*).
< <

[29] El señor Leighton no puede tomar esa decisión él solo. Al día siguiente me informa de que la BBC ya se había puesto en contacto con el Ministerio del Interior, y que este había rechazado la propuesta. (*N. del A.*). < <

[30] El informe completo se publicó en la revista *Criminal Law Review* en agosto de 2003. (*N. del A.*). < <

[31] Fui presidente de la Asociación Mundial de *Snooker* hasta que me detuvieron, cuando la junta me pidió que dimitiera. También me expulsaron otros dos organismos, la Royal Society of Arts y el Marylebone Criquet Club. (*N. del A*.). < <

[32] Durant su primera semana de trabajo, se fugaron dos presos. Ambos fueron detenidos y trasladados a una cárcel de categoría B en Nottingham. A otros dos los pillaron en un *pub* y están trabajando otra vez en la granja, mientras que tres fueron despedidos por conducta inapropiada (proposiciones deshonestas al personal femenino). Y eso fue la primera semana. (*N. del A.*). < <

[33] Cuando ingresan en una cárcel de régimen abierto se suele proporcionar una tapadera a la mayoría de los delincuentes sexuales por si alguien pregunta por qué están dentro. (*N. del A.*). < <

[34] La consiguieron. Apareció publicada en el *Sunday Mirror* al día siguiente. (Véase página siguiente). (*N. del A.*). < <

[35] Véase el mapa de la página 414. (*N. del A.*). < <

[36] No tenía ni idea de lo importante que sería este almuerzo la noche que escribí estas palabras. (*N. del A.*). <<

[37] Cuando entré en el Liberal Club, un hombre mayor me comentó: «La cárcel es una cosa, Jeff, pero ¿el Club Liberal?». (*N. del A.*). < <

[38] Doy por sentado que el señor Beaumont recibió la recomendación de la doctora Razzak. Si es así, hizo caso omiso de dicha recomendación. (*N. del A.*). < <

[39] Una semana después recibí un fax del señor Wragg rechazando mi petición.

El 18 de abril de 2004, el señor Beaumont fue suspendido de sus funciones hasta que una investigación completa pudiera determinar su conducta como director de North Sea Camp.

El 30 de abril de 2004 escribí al señor Wragg, el presidente del tribunal, pidiéndole que se me permitiera prestar declaración. (Véase más arriba). (*N. del A.*). < <

[40] Un celador empuja la cabeza del preso hacia abajo mientras otro le sujeta las piernas dobladas por detrás de la espalda; lo que se conoce como «doblado» o «retorcido». En la normativa viene recogido como «control y contención». (*N. del A.*). < <

[41] Me alegra saber que David, el amable maestro de escuela de North Sea Camp que frecuentaba la compañía de Clive al salir de la cárcel, se dio cuenta rápidamente de lo que pretendía y se alejó de él. (*N. del A.*). < <

[42] La semana después de irme de allí hubo un motín, y diecisiete reclusos acabaron en el hospital. (*N. del A.*). <<

[43] Escribí esto mismo en el primer volumen de mi *Diario de la cárcel - Belmarsh: Infierno* y el Ministerio del Interior ha mostrado muy poco interés. Los presos no votan. (*N. del A.*). < <

[44] El responsable de zona está por encima del director, y puede tener hasta cincuenta cárceles bajo su ámbito de actuación. Responde directamente ante el director general adjunto. (*N. del A.*). < <

[45] Desde la suspensión del señor Beaumont, el señor Hocking ha comparecido ante el tribunal y ha dejado claro que fue Beaumont quien lo obligó a dimitir, bajo amenaza de despido. Pero ¿quién coaccionó al señor Beaumont? (*N. del A.*). < <

[46] Dos años y dos diarios después, y no he recibido ni una carta con alguna queja de un preso o de un funcionario de prisiones sobre los diarios, a pesar de haber recibido unas 16 000 cartas en los últimos tres años. (*N. del A.*). < <

[47] Publicado en España en 2007 con el título *Casi culpables*, con tres relatos adicionales que no están basados en las historias recopiladas en la cárcel: Archer, J. (2007). *Casi culpables*. Barcelona: Grijalbo. Trad. de Eduardo G. Murillo. (*N. de la T*). < <